ALBERTO HURTADO CRUCHAGA S.J.
Doctor en Pedagogía y Psicología (Universidad Lovaina)

HUMANISMO SOCIAL

ENSAYO DE PEDAGOGÍA SOCIAL DEDICADO A LOS EDUCADORES Y PADRES DE FAMILIA.

Prólogo de Mons. Manuel Larraín Errázuriz
Obispo de Talca

EDITORIAL DIFUSION S.A.

HUMANISMO SOCIAL

ENSAYO DE PEDAGOGÍA SOCIAL DEDICADO
A LOS EDUCADORES Y PADRES DE FAMILIA

Imprimi potest.

ALVARUS LAVÍN, S. J.,
Praepositus Vice-Prov.
Chilensis.

Santiago, 16 de Julio de 1947.

Visto el informe favorable del censor nombrado, Monseñor Francisco Vives, puede imprimirse y publicarse.

RICARDO MESA,
V. G.

A. Huneeus C.,
Secret.

ALBERTO HURTADO CRUCHAGA S. J.
DOCTOR EN PEDAGOGÍA Y PSICOLOGÍA (UNIVERSIDAD DE LOVAINA)

HUMANISMO SOCIAL

ENSAYO DE PEDAGOGÍA SOCIAL DEDICADO A LOS EDUCADORES Y PADRES DE FAMILIA

PROLOGO

DE

S. E. MONS. MANUEL LARRAIN ERRAZURIZ,

OBISPO DE TALCA

EDITORIAL DIFUSION S. A.
SANTO DOMINGO 1114 -:- SANTIAGO

PRINTED IN CHILE

52273.— Imprenta Chile, Teatinos 760. Santiago.

INDICE

PROLOGO

UN *mundo en gestación espera del Cristianismo su forma definitiva.*

Sobre las aguas confusas del momento presente flota, como sobre el Caos primero, el Espíritu Creador.

Quizás sin tener una conciencia clara de ello, el mundo espera de los cristianos, algo. No sabe, qué. Pero sí algo decisivo que en este momento no posee.

Nosotros lo sabemos. Busca el rostro de Dios que se manifiesta en la verdad, la justicia y el amor. Busca un mundo nuevo donde la visión evangélica de la vida lleve

a los hombres a aquella unidad que las filosofías materialistas no han podido darle. Donde todas las colectividades de los hombres estén concentradas en la unidad del hombre. Esa unidad es Dios; ese Hombre es Cristo.

Para dar al mundo lo que él espera se necesita un sentido social fuertemente arraigado en los espíritus.

El Cristianismo está hecho de ese sentido. Se expresa en el mandamiento de Amor dado por Cristo como supremo, se explica y desarrolla en la magnífica tradición patrística, a menudo tan olvidada hoy día, se fundamenta en el dogma del Cuerpo Místico, clave y columna, de la teología católica.

Quien no posee ese sentido social no ha comprendido en su vasta amplitud el mensaje salvador de Jesús.

Quien hace de su fe cristiana sólo un argumento de salvación personal o de egoista prefección no ha penetrado en el designio redentor de Cristo.

Quienes buscan la solución a los males presentes en recursos humanos de fuerza, diplomacia o combinaciones políticas van acercando más el mundo a su catástrofe final.

En la gestación de un orden nuevo el Cristianismo debe estar presente con su colaboración decidida, con su vibración ante la necesidad ajena, con su sentido de responsabilidad que constituye una llamada permanente a nuestra acción personal.

Ante los males de nuestra época, el cristiano debe ofrecer como primer y fundamental aporte social, la práctica de la justicia y el inconformismo ante los abusos que no podamos resolver. Es la actitud que prolonga el "nolite conformare hoc saeculo" de la generación primera.

De todo esto se encuentra hecho el sentido social cristiano.

¿Será menester añadir que dicho sentido social debe penetrar toda nuestra vida, que es algo inherente a la vida del cristiano y que toda educación que pretendiera prescindir de él, no podrá jamás llamarse verdadera y auténtica educación cristiana?

¿Será atrevimiento el afirmar que nuestra actual educación, sea en el hogar, en la escuela, o en el seno de nuestras asociaciones está, a menudo, lejos de poseer aquella honda visión social que requiere?

No formaremos cristianos en el verdadero sentido de la palabra mientras no tengamos presente que existe en el fondo del Evangelio la visión obsesionante de la unidad de la comunidad humana.

A la formación de este sentido social responde la nueva obra que el Revdo. Padre Alberto Hurtado S. J. nos brinda y que me ha pedido bondadosamente prologar.

En las páginas de "Humanismo Social", vibrantes, como el alma del que las escribe, hemos vuelto a releer las grandes tésis sociales del Cristianismo tan olvidadas por el mundo de hoy día.

Al tener en nuestras manos los originales del nuevo libro ha venido a nuestra memoria la frase de Lacordaire: "es propio de los grandes corazones el descubrir la principal necesidad de los tiempos en que viven y el consagrarse a ella".

El Revdo. Padre Hurtado, ancho corazón de apóstol, nos hace sentir la necesidad de dar a nuestro Cristianismo todo el hondo sentido social que encierra.

Su obra llama fuertemente a la necesidad de una acción que sin detenerse en prejuicios o consideraciones pequeñas responda a lo que la humanidad presente, consciente e inconscientemente, espera de nosotros: la construcción de la ciudad fraterna donde los hombres bajo el signo de la justicia realicen el orden del amor.

El libro despertará inquietudes. Más de alguno al recorrer sus páginas revivirá, quizás sin conocerla, la página de Jean Giono: "Cuando la miseria me asedia, yo no puedo calmarme bajo murmullos de genio. Mi alegría no permanecerá mientras no sea la alegría de todos. No quiero atravesar las batallas con una rosa en la mano".

El libro señalará rutas. Mejor dicho: la ruta. La única que en la disgregación presente puede ofrecer la paz; el sentido de nuestra solidaridad social y cristiana; la marcha hacia la unidad humana; la colaboración inmolada y plena por un orden donde los hombres puedan vivir como hombres y realizar su vocación de hijos de Dios.

Quiera el Señor que "Humanismo Social" realice el anhelo del gran corazón que lo dictó; el descubrir a muchos la gran necesidad de nuestros tiempos y de consagrarse plenamente a su solución.

MANUEL LARRAÍN ERRÁZURIZ.
Obispo de Talca.

INTRODUCION

Tres Actitudes

La lucha social es un hecho que no necesita demostraciones. Escribimos estás páginas de regreso a la Patria, después de unos meses pasados en los Estados Unidos en un ambiente de huelgas que ha paralizado a más de un millón de trabajadores y mientras en Buenos Aires los patrones ordenaban el cierre momentáneo de las empresas para detener las exigencias de los operarios. No hay para qué detenerse en el hecho de la lucha social. Es demasiado evidente.

Y frente a este hecho caben tres actitudes.

La primera la de los que fomentan esa contienda y hacen de la lucha un instrumento de reforma social. Azuzan el odio de clases, encienden la hoguera y aspiran a poner a los que hoy poseen a los pies de los que hoy obedecen. Tal actitud no podemos aceptarla. Los hombres no podemos considerarnos enemigos. Somos hermanos.

Otra actitud es la de los que se abstienen en la pelea, más aún se despreocupan de ella. Hay quienes llegan a erigir en sistema su indiferencia: innumerables son los que al menos en la práctica se cruzan de brazos, indolentes ante el porvenir, desinteresados del bien común, del progreso de la justicia social, del bienestar de sus hermanos. Poseen bienes y los gozan. ¿Quién les ha ordenado encargarse de sus hermanos? y si después de ello viene el diluvio ¡Qué importa! ¡Cuiden de salvarse los que han de venir! A quienes así piensan, y sobre todo a quienes sin darse cuenta de la filosofía abstencionista así obran en la vida cotidiana, van dirigidas estas páginas.

Muchos así proceden no por malicia sino por desconocimiento de los hechos y por falta de reflexión de la doctrina. Hay en ellos más ignorancia que malicia.

Hay una tercera actitud, la actitud católica, que no es de lucha ni de abstención, sino de sincera colaboración social; su meta es realizar en la práctica la verdadera y auténtica fraternidad humana.

* * *

La Iglesia tiene una doctrina social bien precisa sobre la cual está contínuamente insistiendo, (1) doctrina que tiene como "aspiración substancial la elevación del proletariado", la difusión de la mayor suma de bienes al mayor número de ciudadanos, la convivencia pacífica de los hombres en espíritu de colaboración social.

Para que esta doctrina penetre en el alma de los católicos y se traduzca luego en realidades se impone, antes que nada, despertar en ellos *sentido social*. El es previo a las realizaciones sociales y aun a la cultura social: tiene el valor del apetito; si éste no se despierta ¿de qué sirve preparar la comida?

Nuestro sentido social deja mucho que desear como unánimemente lo reconocemos. Hay, pues, que avivarlo, educarlo, orientarlo. Si la educación no consigue formar ciudadanos penetrados de sentido social, no ha logrado lo que de ella esperaba la sociedad, sobre todo la nuestra.

Por otra parte nuestro país tiene una inmensa urgencia de que un mínimun al menos de bienestar sea extendido a gran número de ciudadanos que hoy carecen de una vida que se pueda llamar humana. Hay que derramar educación, riqueza, valores espirituales, fe, opti-

---

(1) Consúltese la colección de encíclicas sociales, Edit. Poblet, o bien la obra a punto de aparecer: "La Iglesia y el Problema Social", exposición sistemática de los documentos pontificios desde León XIII a Pío XII, con apéndice de documentos del episcopado universal. Recopilación y anotaciones de Alberto Hurtado, S. J.

mismo, confianza, en muchos que hoy desesperan del sentido de la vida. Esto no puede realizarse sin un hondo sentido social en aquellos que han tenido la dicha de recibir una educación y una mayor abundancia de bienes materiales y espirituales.

A despertar este sentido social se orienta este libro dirigido a los católicos y a quienes acepten al menos su moral, no porque ellos lo necesiten más que los demás, sino porque enfocamos el problema partiendo de los grandes argumentos que nos proporciona la revelación de Jesucristo.

Estas páginas pretenden ser un ensayo de pedagogía social.

¡Quiera Dios que contribuyan a avivar entre nosotros, sobre todo en la juventud y, a través de los educadores, en la niñez, un espíritu de justicia social, de amor benévolo, un hondo sentido de colaboración y progreso para que nuestra tierra sea como dice el himno patrio: "La copia feliz del Edén".

A bordo del "Illapel" frente a Arica.

Marzo, de 1946.

I

EN QUE SE FUNDA LA ACTITUD SOCIAL DEL CATOLICO

LA doctrina social de un hombre es una parte de su filosofía moral. ¿Cuál es la filosofía moral de la Iglesia? ¿Cuál es el principio básico que sirve de orientación a la conducta de quienes tienen el Evangelio como norma suprema de conducta y de acción?

Muchos se pierden en el estudio de una ética compuesta de multitud de principios y de reglas de conducta sin aparente trabazón externa. Más que un sistema de vida, parece un recetario que desalienta a quienes pretenden estudiarlo, descorazona a quienes procuran vivirlo por lo complicado de sus exigencias, y desconcier-

ta a quienes sueñan en una reforma social valiente y eficaz para nuestros atormentados tiempos.

Con todo esa doctrina de la Iglesia allí está llena de vigor y de simplicidad. No es un recetario: es un gran principio con todas sus consecuencias. El genio de Bossuet vió esa síntesis y así la expuso: "Seamos cristianos; esto es, amemos a nuestros hermanos" Poco antes había dicho: "Quien renuncia a la caridad fraterna, renuncia a la fe, abjura del Cristianismo, se aparta de la escuela de Jesucristo, esto es, de su Iglesia."

Una Actitud de Vida

Un gran principio bien comprendido es el fundamento de una doctrina moral y permitirá a quien lo asimile resolver por sí mismo las dificultades que se presentan, o por lo menos —si el problema es muy complicado— formará en él *un estado de ánimo* que lo preparará para recibir la solución; le dará una simpatía espontánea por la verdad, una connaturalidad con el bien que lo dispondrá a abrazarlo, creará en él una *actitud* de alma que es mucho más importante que la ciencia misma.

Cuando esta actitud existe la discusión se facilita enormemente, la verdad penetra sin tropiezos, las resistencias se ablandan o se deshacen."

Por eso antes de entrar a estudiar los problemas y mucho antes de hablar de reformas y de realizaciones es necesario crear en el alma una *actitud social*, una actitud que sea la asimilación vital del gran principio del amor fraternal.

Si esta actitud no existe se levantará una amarga protesta de quienes tienen riquezas y son invitados a participarlas generosamente. Si se llega a dar será con quejas, sin respeto y sin amor, sólo para tapar la boca de quienes exigen y amenazan, pero sin el gesto amplio de la comprensión y del afecto. De parte de quienes reclaman, sus peticiones no tendrán otro límite que su poder, más que a la justicia y al bien común, mirarán a sus intereses cuando no a sus odios y a sus rencores.

El católico que quiera resolver los problemas sociales como católico, necesita antes que nada una *actitud católica;* sin ella por más ciencia que tenga, no tendrá la visión católica.

Esta sólo existe cuando se resuelve a mirar el problema social con los ojos de Cristo, a juzgarlo con su mente, a sentirlo con su corazón.

Una vez que el católico haya alcanzado esta actitud de espíritu, todas las reformas sociales que exige la justicia están ganadas. Para su realización concreta se necesitará la técnica económica, un gran conocimiento de la realidad humana, de las posibilidades industriales en un momento dado, de las repercusiones internacionales de los problemas sociales, pero todos estos estudios se harán sobre un terreno propicio si la cabeza y el corazón del cristiano ha logrado comprender y sentir el mensaje de amor de Jesucristo.

Para obtener una educación social la primera preocupación del educador no ha de ser tanto exponer doctrinas sociales, cuanto crear esta actitud de espíritu empapada en caridad. Para iniciar este trabajo no hay que esperar la universidad ni siquiera el colegio, sino que

la escuela comienza en el hogar, desde los primeros años, en cierta forma desde los primeros días de la existencia, pues hay una manera, el menos negativo de practicar la caridad que ha de inculcarse al niño desde la cuna. Todos los acontecimientos de la vida internacional y nacional hasta los más menudos pormenores de la vida doméstica y escolar deben ser aprovechados para crear esta actitud, elemento básico de la educación. De aquí aparece cuan importante es que sean católicos, los que forman una actitud católica, y cuán desastrosa al menos, por los que han dejado de dar, es la influencia de educadores neutros que limitan su actitud a no crear actitud, llenan la cabeza, pero no la forman, no rozan siquiera el corazón.

El Cristianismo Mensaje Social

El pensamiento de Bossuet: "Seamos cristianos, esto es, amemos a nuestros hermanos", como resumen de la moral católica, a primera vista parece exagerado, pero a poco de ahondar en las páginas del Evangelio podemos verificar su profundidad y exactitud (1).

¿Cómo podría conocer el mundo que somos discípulos de Cristo, esto es, cristianos? la respuesta nos la da el propio Jesús. "Un mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos a los otros, en esto conocerá el mundo que sois mis discípulos" (J. XIV, 34).

---

(1) Thellier de Poncheville en su obra: "Todo el Evangelio en toda la vida", desarrolla la trascendencia del mensaje de caridad. Citamos en este capítulo varios pensamientos suyos.

¿Cómo conocerá el propio Cristo que un hombre le pertenece de verdad, que es un cristiano sincero, un miembro vivo del Cuerpo místico? El también se encargó de decírnoslo. El día supremo cuando todos los hombres comparezcan a él preguntará a cada uno: "Tuve hambre ¿me diste de comer? Tuve sed, ¿Me diste de beber? Estuve desnudo, ¿Me vestiste?, Estuve enfermo, ¿Me visitaste? Y a los que puedan responder afirmativamente, a los que hayan cumplido el mandamiento del amor los reconocerá como suyos y les dará la participación en la gloria.

Este programa del examen final choca a muchos hombres aún a los que siguen a Cristo. Se sienten ellos tentados de pedir a Jesús que agregue otras preguntas; pero Jesús sonríe y nos deja entender que si alguien es fiel a la moral del amor, El tiene mil caminos para llevarlo al Padre. El nos pide que amemos, que lo amemos a El con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas y al prójimo como a nosotros mismos; esto es con un amor no de palabras, sino de verdad. Como El expresó en la regla áurea del sermón del monte.

"Todo cuanto queráis que los hombres os hagan a vosotros, hacedlo asimismo vosotros a ellos". (Mt. VII-12).

La Tradición Apostólica

El mensaje de Jesús fué comprendido en toda su fuerza por sus colaboradores más inmediatos, los Apóstoles.

"El que no ama a su hermano no ha nacido de Dios". (Juan II,I).

"Si pretende amar a Dios y no amas a tu hermano mientes. (Juan IV, 20).

"¿Cómo puede estar en él el amor de Dios, si rico en los bienes de este mundo y viendo a su hermano en necesidad le cierra el corazón?" (Juan III, 17).

¡Con qué insistencia inculca Juan esta idea, que es puro egoismo pretender complacer a Dios mientras se despreocupa de su prójimo!

Santiago Apóstol con no menor viveza que San Juan dice: "La religión amable a los ojos de Dios, no consiste solamente en guardarse de la contaminación del siglo, sino en visitar a los huérfanos y asistir a las viudas en sus necesidades". (Santiago, I, 27).

San Pablo, apasionado de Cristo reitera los llamanientos: "Haceos por la caridad, servidores los unos de los otros, pues toda nuestra ley está contenida en una sola palabra: "Ama a tu prójimo como a tí mismo". (Gal, V. 14).

"'El que ama a su prójimo cumple con la ley. (Rom. XIII,8).

"Llevad los unos la carga de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo." (Gal. VI,2).

San Pablo resume todos los mandamientos no ya en dos, sino en uno que compendia los dos mandamientos fundamentales:

"Toda ley se compendia en esta sola palabra: Amarás a tu prójimo como a tí mismo". (Rom. XIII, 19).

San Juan repite el mismo concepto: "Si nos amamos unos a otros Dios mora en nosotros y su amor es perfecto

en nosotros". (I. Juan IV, 12)). Y añade este pensamiento, fundamento de todos los consuelos del cristiano: "Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida (sobrenatural) si amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte". (I, Juan III, 14).

Después de recorrer rápidamente unos cuantos textos entre los muchos que podríamos citar de cada uno de los Apóstoles que han consignado su predicación por escrito no podemos menos de concluir que no puede pretender llamarse cristiano quien cierra su corazón al prójimo.

Se engaña si pretende ser cristiano quien acude con frecuencia al templo, pero no cuida de aliviar las miserias de los pobres. Se engaña quien piensa con frecuencia en el cielo, pero se ovida de las miserias de la tierra en que vive. No menos se engañan los jóvenes y adultos que se creen buenos porque no aceptan pensamientos groseros, pero no son capaces de sacrificarse por sus prójimos. Un corazón cristiano ha de cerrarse a los malos pensamientos, pero también ha de abrirse a los que son de caridad.

La Enseñanza Papal

La primera encíclica dirigida al mundo cristiano la escribió San Pedro. Ella encierra un elogio tal de la caridad que la coloca por encima de todas las virtudes incluso de la oración. "Sed perseverantes en la oración, pero por encima de todo practicad continuamente entre vosotros la caridad" (1.ª Pedro, IV. 7-8).

Desfilan los siglos. Doscientos cincuenta y ocho Pontífices se han sucedido, unos han muerto mártires de Cristo, otros en el destierro, otros dando testimonio pacífico de la verdad del Maestro; unos han sido plebeyos y otros nobles, pero su testimonio es unánime, inconfundible. No hay uno que haya dejado de recordarnos el mandamiento del Maestro, el mandamiento nuevo del amor de los unos a los otros como Cristo nos ha amado. Imposible sería recorrer la lista de los Pontífices aduciendo sus testimonios, tales citaciones constituirían una biblioteca.

Citemos entre los más modernos a León XIII, quien en la encíclica Rerum Novarum decía: "Es de una abundante efusión de caridad de la que hay que esperar la salvación, hablamos de la caridad cristiana que *resume todo el Evangelio* . . . Que los ministros sagrados se apliquen por sobre todas las cosas a alimentar en sí mismos y en los otros la caridad".

Para detener la horrenda guerra de 1914 Pío X; y Pío XI, para oponerse al actual conflicto dieron sus vidas predicando la caridad. Para acelerar la hora de la Paz Benedicto XV, el Pontífice de la paz, como se le llamó, no hizo sino predicar la caridad. Cuando el mundo yace oprimido por centenares de miles de toneladas de bombas y los campos ensangrentados con millones de cadáveres, mientras los diplomáticos fracasan en sus tentativas, de arreglo, escribe Pío XII a los fieles una impresionante encíclica sobre el Cuerpo Místico de Cristo, para recordarles que son hermanos, ya que son uno en Cristo, hijos del mismo Padre Dios. Su deseo supremo es el del Maestro: "Padre Santo conserva en tu

nombre a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros somos uno, para que sean consumados en la unidad" (Juan XVII, 11).

PADRES, DOCTORES DE LA IGLESIA, TEÓLOGOS

San Agustín, eco fiel de la tradición cristiana habla el mismo lenguaje de los apóstoles: "La caridad es el único signo que distingue a los hijos de Dios de los hijos del demonio. Aunque impriman todos sobre su frente el signo de la cruz, aunque reciban el bautismo, aunque entren en la Iglesia. aunque formen como muros maestros las basílicas; sólo la caridad distingue a los hijos de Dios de los hijos del demonio. Los que tienen caridad son nacidos de Dios; los que no la tienen no participan del nacimiento divino. Reunid todas las otras condiciones, si ésta os falta las otras no sirven para nada; al contrario a falta de las demás, tenedla y habréis cumplido toda la ley de Dios. Dios no nos manda más que amarnos los unos a los otros. ¿Por qué signos puede un cristiano conocer que ha recibido el Espíritu Santo? Que interrogue su corazón: si ama a su hermano el espíritu de Dios habita en él". (In. Ep. Jo. V. 6, 9, 10).

San Juan Crisóstomo nos recuerda la vehemencia de San Pablo, cuando nos dice: "No adornes las Iglesias si con ello olvidas a tu hermano; este templo es más augusto que aquél" (In. Mt. Hom. 4).

San Francisco de Sales nos dice que el precepto de la caridad ha sido predicado por el Salvador con tal *exa-*

geración y con términos tan admirables que parece que se olvida de recomendarnos el amor que debemos a su Padre Celestial, para inculcar mejor en nuestro espíritu el amor, la concordia y la unión que él desearía ver entre nosotros (Dom. III de Cuaresma).

Santa Teresa de Jesús, la gran mística española hace un elogio insigne de la caridad:

"La más cierta señal, que a mi parecer hay de si guardamos estas dos cosas (el amor de Dios y el del prójimo), es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios, no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; más el amor del prójimo sí. Y estad ciertas que mientras más en esto os viéredes aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo, hará que crezca el que tenemos a su Majestad" (1).

Más adelante agrega refiriéndose al mismo tema, el amor del prójimo:

"Si entendiésedes lo que nos importa esta virtud, no traeríades otro estudio. Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen, y muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir, ni menear el pensamiento porque no se les vaya un poquito de gusto, y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión, y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no, obras quiere el Señor; que si ves una

---

(1) Las Moradas: Morada quinta, cap. III, 8; Obras de Santa Teresa de Jesús, t. II, Madrid, 1881, pág. 254.

enferma a quien puedes dar un alivio, no se te dé nada de perder esa devoción, y te compadezcas de ella, y si tienes algún dolor, te duela a tí, si fuere menester lo ayunes, porque ella lo coma" (1).

Otra Teresa, hija espiritual de la primera, que parece haber recibido una misión especial del cielo en nuestro siglo, que vivió encerrada en las paredes de un convento dedicada a la contemplación y a la oración, de quien parece que podríamos esperar solo palabras que nos incitan al puro amor a Dios, nos envía un mensaje de caridad fraterna sumamente alentadora, Teresa del Niño Jesús nos confiesa que en los últimos meses de su vida comprendió el sitio de la caridad en la vida cristiana:

"Entre las gracias innumerables que he recibido este año, no creo sea la menor la que me ha permitido comprender en todo su valor el precepto de la caridad". No había yo jamás profundizado estas palabras de Nuestro Señor: Amarás a tu prójimo como a tí mismo... Yo me dedicaba sobre todo a amar a Dios... Oh Jesús, la caridad dilata mi corazón. Desde que esta divina llama me consume recorro con gozo el camino de vuestros mandamientos".

Esta alma de predilección llena siempre de caridad, que por amor de las almas partió al Carmelo a los 15 años de edad, que vivió devorada por el celo ardiente de los misioneros y de los que por ellos habían de llegar a la fe, hasta el punto de merecer el título de patrona de las misiones, señala como una gracia especial el

(1) Las Moradas, lugar citado, Núms. 10 y 11.

haber comprendido el sitio de predilección que la caridad ocupa en la vida cristiana".

La Iglesia que en todo tiempo ha penetrado este sitio de la caridad no cesa de urgir a sus sacerdotes que recuerden a los fieles esta doctrina sin atenuarla por consideraciones personales de ninguna especie.

El Catecismo del Concilio de Trento enseña a prelados y sacerdotes que: "tengan cuidado de recordar por medio de exhortaciones premiosas a los fieles de todas las categorías que no olvidan los lazos de esta fraternidad universal, que se traten con afabilidad como hermanos, que no se alcen insolentemente los unos encima de los otros... Este es un punto que los pastores de almas tratarán cuidadosamente y sobre el que deberán detenerse en detalle, puesto que es tan eficaz para levantar el ánimo y dar valor a los pobres y humildes, como para reprimir y abatir la arrogancia de los ricos y poderosos".

Fundamento teológico de la Caridad

La caridad es predicada por Jesús y por la Iglesia entera como la primera de las obligaciones morales, precisamente porque se basa en la esencia misma del dogma cristiano. (1).

El cristianismo en sus fundamentos es el mensaje de la divinización del hombre, de su liberación del pecado,

---

(1) Cfr. Marmión: "Cristo vida del alma", cuya doctrina está ampliamente citada en este párrafo.

de su vuelta a la gracia, de la adquisición del título y realidad de hijo de Dios".

El hombre por el pecado de Adán había roto sus relaciones sobrenaturales con el cielo. No podía llamar a Dios su Padre. Nacía como dice San Pablo, "hijo de ira". Estas relaciones sobrenaturales sólo podía reanudarlas el propio Dios descendiendo hasta el hombre, ya que el hombre era incapaz por sus solas fuerzas de subir hasta Dios.

Y llegada la plenitud de los tiempos el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros, "para que nos llamásemos hijos de Dios y lo fuésemos de verdad". Esta última palabra jamás podrá ser bastante ponderada. Por la redención podemos *en realidad absoluta de verdad ser auténticos hijos de Dios*, hermanos del Verbo, templos del Espíritu Santo. Nuestra incorporación a Cristo nos autoriza a llamar a Dios con absoluta verdad Padre nuestro.

Este insigne favor de la elevación del hombre al orden sobrenatural lo obtenemos porque el hijo de Dios al unirse una naturaleza humana elevó en ella a todo el género humano. Nuestra raza está unida en principio a la divinidad y nosotros podemos mediante nuestra unión con Cristo recuperar nuestra unión con Dios. Cristo es el primogénito de una multitud de hermanos a quienes Dios hace participantes de su naturaleza y con quienes comparte su propia vida divina. Los hombres por gracia pasan a ser lo que Jesús es por naturaleza: hijos de Dios. Aquí tenemos la razón íntima de lo que Jesús llama su mandamiento nuevo; desde la encarnación y por la encarnación todos los hombres estamos

unidos de derecho a Cristo y muchos de hecho: Sólo los condenados quedan excluídos de esta unión.

Al buscar a Cristo es menester buscarlo completo. El ha venido a ser la cabeza de un cuerpo, el Cuerpo Místico cuyos miembros somos o estamos llamados a serlo nosotros los hombres, sin limitación alguna de razas, cualidades naturales, fortuna, simpatías... Basta ser hombre para poder ser miembro del Cuerpo Místico de Cristo, esto es para poder ser Cristo. El que acepta la encarnación la ha de aceptar con todas sus consecuencias y extender su don no sólo a Jesucristo sino también a su Cuerpo Místico.

Y este es uno de los puntos más importantes de la vida espiritual: desamparar al menor de nuestros hermanos es desamparar a Cristo mismo; aliviar a cualquiera de ellos es aliviar a Cristo en persona. Tocar a uno de los hombres es *tocar a Cristo*. Por esto nos dijo Cristo que todo el bien o el mal que hiciéramos al más pequeño de sus hermanos a El lo hacíamos. El núcleo fundamental de la revelación de Jesús, "la buena nueva", es pues nuestra unión, la de los hombres todos con Cristo. Luego no amar a los que pertenecen, o pueden pertenecer a Cristo, por la gracia, es no aceptar y no amar al propio Cristo.

¿Qué otra cosa sino esto significa la pregunta de Jesús a Pablo cuando se dirige a Damasco persiguiendo a los cristianos: "Saulo, Saulo, ¿por qué *me* persigues..."? No dice la voz ¿por qué persigues a mis discípulos sino ¿por qué *me persigues"?* Soy Jesús a quien tú persigues".

Años más tarde San Martín, soldado aún no bautizado da a un pobre la mitad de su capa. Al día si-

guiente se le aparece Cristo vestido con ese trozo de su capa y le dice estas maravillosas palabras: "Martín, tú eres quien me ha cubierto con estas vestiduras". Santa Isabel de Hungría encuentra a un leproso y lo lleva a su propia cama. Lleno de ira su esposo al saberlo quiere arrojar al leproso, pero, al acercarse al lecho ve en él la imagen de Cristo crucificado".

Cristo se ha hecho nuestro prójimo, o mejor nuestro prójimo es Cristo que se presenta a nosotros bajo una u otra forma; preso en los encarcelados, herido en un hospital, mendigo en las calles, durmiendo con la forma de un pobre bajo los puentes de un río. Por la fe debemos ver en los pobres a Cristo y si no lo vemos es porque nuestra fe es tibia y nuestro amor imperfecto. Por esto San Juan nos dice: si no amamos al prójimo a quien vemos ¿cómo podremos amar a Dios a quien no vemos? Si no amamos a Dios en su forma visible ¿cómo podremos amarlo en sí mismo?

Estas breves ideas son el núcleo de la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo y esta doctrina es la llamada a unificar toda la teología católica, como lo decía tantas veces uno de sus más ardientes vulgarizadores, el P. Emilio Mersh S. J. Utilísimo sería que esta doctrina fuera estudiada a fondo en todas sus consecuencias y en todas sus aplicaciones. La comunión de los santos, dogma básico de nuestra fe, es una de las primeras realidades que de ella se desprende: todos los hombres somos solidarios. Todos recibimos la Redención de Cristo, sus frutos maravillosos, la participación de los méritos de María nuestra Madre y de todos los santos, palabra esta última que con toda verdad puede aplicarse a todos

los cristianos en gracia de Dios. La comunión de los santos nos hace comprender que hay entre nosotros los que formamos la "familia de Dios" vínculos mucho más íntimos que los de la camaradería, la amistad, los lazos de familia. La fe nos enseña que los hombres somos uno en Cristo, participantes de todos los bienes y sufriendo las consecuencias, al menos negativamente, de todos nuestros males. Estamos asistidos por plegarias invisibles, rodeados de gracias que no hemos merecido, sino que nos han alcanzado nuestros hermanos. ¿Cómo no amar a quienes con toda verdad podemos llamar nuestros invisibles bienhechores.

Vivir en Caridad

El que ha comprendido la razón íntima del mandamiento del amor lo traducirá en su vida cotidiana, lo tendrá como una inspiración para cada una de sus acciones. En su fidelidad a Cristo se medirá por su fidelidad al amor al prójimo que lo representa.

La verdadera devoción, por tanto, no consistirá solamente en buscar a Dios en el cielo o a Cristo en la Eucaristía, sino también en verlo y servirlo en la persona de cada uno de nuestros hermanos. Cómo podríamos decir que ha comulgado sacramentalmente con sinceridad el cuerpo eucarístico de Cristo si después permanece duro, terco, cerrado frente al Cuerpo Místico de Jesús? ¿Cómo puede pretender ser fiel a Jesús a cuyo sacrificio ha asistido en el templo quien al salir de él destroza la fama de Cristo encarnado en sus hermanos?

El amor que ha de distinguir al cristiano es un amor grande, inmenso como el deseo de Cristo. No se limita al respeto de los familiares, ni al de los amigos o compatriotas, ni siquiera a los solos buenos. Su amor ha de ser universal: por todos los hombres Cristo derramó su sangre, a todos ello ha de extenderse mi amor. Amor sin fronteras, amor que no conoce tiempo, amor que no se detiene ni siquiera ante la injuria o la maldad. Amor universal.

Amor real, que no sea una pura declaración platónica sino que trata de encarnarse en obras, en servicio, al menos en deseos, en plegarias. Oración por mis hermanos para quienes suplico los bienes del cielo, las gracias sobrenaturales en primer lugar, pero también los bienes materiales cuando éstos son necesarios. Vale exactamente de la caridad lo que Santiago dice de la fe: ¿"De qué servirá, hermanos míos, el que uno diga tener fe, si no tiene obras? ¿Por ventura la fe podrá salvarle? Caso que un hermano o una hermana estén desnudos y necesitados del alimento diario, ¿de qué les servirá que alguno de vosotros les diga: id en paz, calentaos y comed a satisfacción, si no les dais lo necesario para el cuerpo. Así la fe si no va acompañada de obras está muerta en sí misma". (Sant. II 14-17).

El realismo de la caridad exige su traducción en obras que estén a la altura del amor que se profesa. Nada puede hacer tanto daño a nuestra religión como ese horrendo contraste entre la predicación oral de una doctrina que pone como corona de las virtudes y distintivo de su fe a la caridad y el egoísmo práctico, la vida encerrada en sí misma de quienes dicen profesar esa doctrina.

Cuando esto sucede los hombres que son testigos de tal contraste no sólo condenan a los hombres sino que desprecian su fe. El cristianismo será juzgado por nuestros contemporáneos por el realismo de nuestra caridad. Por eso San Pablo nos exhorta tanto: "Amaos recíprocamente con ternura y caridad fraternal, procurando anticiparos unos a otros en las señales de honor y deferencia. Sed caritativos para aliviar las necesidades de los santos; prontos a ejercer la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecidlos y no los maldigáis. Alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran. Estad siempre unidos en los mismos sentimientos y deseos . . . A nadie volváis mal por mal, procurando obrar bien no sólo delante de Dios, sino de todos los hombres. Vivid en paz y si es posible y, en cuanto está de vuestra parte con todos los hombres . . . Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber . . . No te dejes vencer por el mal, mas procura vencer el mal con el bien". (Rom. XII. 10-21).

Finalmente nuestro amor ha de ser más que pura filantropía, más que benevolencia, que educación y respeto, ha de ser *caridad*, don de sí al prójimo por amor de Cristo. Esta caridad es la más preciosa y la más indispensable de las virtudes, con tal que sea piedra verdadera y no falsificada. Nadie ha hecho mejor su elogio que San Pablo: "Cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles, pero no tuviera caridad, vengo a ser como un metal que suena o campana que retiñe. Y cuando tuviere el don de profecía y penetrase todos los misterios y poseyese todas las ciencias; cuando tuviera toda la fe, de manera que

trasladare de una parte a otra los montes, mas no tuviera caridad soy una nada. Cuando yo distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres y cuando entregara mi cuerpo a las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve de nada. La caridad es sufrida, es bienhechora; la caridad no tiene envidia, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la injusticia, complácese, sí, en la verdad, a todo se acomoda, lo cree todo, todo lo espera y lo soporta todo. La caridad nunca fenece; en cambio las profecías se terminarán, y cesarán las lenguas y se acabará la ciencia... Ahora permanecen estos tres: la fe, la esperanza y la caridad; pero de los tres la caridad es la más excelente". (I. Cor. XIII, 1-13).

El Modelo del Amor y su Imitación por los Cristianos

La ley de la caridad no es para nosotros una ley muerta, tiene un modelo vivo que nos dió ejemplos de ella desde el primer acto de su existencia hasta su muerte y continúa dándonos pruebas de su amor en su vida gloriosa: ese es Jesucristo. Hablando de El dice San Pablo que es la benignidad misma que se ha manifestado a la tierra; y San Pedro, que vivió con El tres años, nos resume su vida diciendo que pasó por el mundo haciendo el bien. Como el buen samaritano, cuya caritativa acción El mismo nos ponderó, tomó al género humano en sus brazos y sus dolores en el alma. Vino a destruir el pecado que es el supremo mal, a echar a los

demonios del cuerpo de los posesos, pero, sobre todo, lo arrojó de las almas dando su vida por cada uno de nosotros. "Me amó a mí, también a mi y se entregó a la muerte por mí. "¿Puedo dar señal mayor de amor que dar su vida por sus amigos?"

Junto a estos grandes signos de amor nos muestra Jesús su caridad en los leprosos que sanó, en los muertos que resucitó, en los adoloridos a los cuales alivió. Consuela a Marta y María en la muerte de su hermano hasta bramar de dolor, se compadece del bochorno de los jóvenes esposos y para disiparlo cambió el agua en vino; en fin no hubo dolor que encontrara en su camino que no lo aliviara".

Para nosotros el precepto de amar es recordar la palabra de Jesús: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado". ¡Cómo nos ha amado Jesús!

Verdaderos cristianos desde el principio han comprendido maravillosamente el precepto del Señor. En un precioso libro de la remota antigüedad llamado "La enseñanza del Señor por medio de los doce apóstoles a los gentiles", encontramos el resumen del pensamiento cristiano que ha permanecido intacto en el transcurso de los siglos.

"Dos caminos hay, uno de la vida y otro de la muerte. La diferencia entre ambos es enorme. La ruta de vida es así: Amarás ante todo a Dios tu Creador y luego a tu prójimo como a tí mismo: Todo cuanto no quieres que se haga a tí, no lo hagas a otro. El contenido de estas palabras significa: bendecid a los que os maldicen, orad por vuestros enemigos, ayunad por los que os persiguen. ¿Qué hay en efecto de pasmoso si amáis a los que

os aman? ¿No hacen otro tanto los gentiles? pero vosotros amad a quienes os aborrecen y a nadie tendréis por enemigo. Absteneos de apetitos corporales. Si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, vuelve hacia él la otra y serás perfecto. Si alguien te contratare para caminar una milla, acompáñalo dos; si alguien te quitare la capa dale también la túnica... A todo aquél que te pidiere, dale y no lo recrimines para que te lo devuelva, porque el Padre quiere que todos participen de sus dones."

Esto fué escrito cuando Nerón acababa de quemar a centenares de cristianos en los jardines de su palacio, como lo narra Tácito; cuando imperaba Domiciano, mezquino y vil cuando sangraba el anfiteatro por miles de mártires despedazados por las fieras. Los hombres que escribían, enseñaban y aprendían la doctrina que acabamos de transcribir continuaban inpertérritos amando a Dios y al prójimo. No perdían el ánimo ante los horrores del presente, ni se amedrentaban al tener siempre suspendida sobre su cabeza la amenaza del martirio. Por encima de todo estaba en su corazón la certeza del triunfo del amor. Cristo no sería para siempre vencido por Satán. No había de ser en vano vertida la sangre del Salvador".

II

DOLORES HUMANOS

ACTITUDES ANTE EL DOLOR

EL auténtico cristianismo es el que ha comprendido y practica la ley del amor. Pero ¿qué es amor?

Muchas definiciones se han ensayado del amor, pero talvez ninguna más precisa que la clásica de nuestra filosofía perenne: *Velle bonum alicui,* esto es, desear el bien a alguien; aliviar sus dolores, llevarle alegría, querer para la persona amada los bienes que yo apetezco para mí. La persona amada es otro yo, o como ya lo decía David, es la "mitad de mi alma". "Un alma

en dos cuerpos", era el símbolo del verdadero amor para los filósofos griegos. Nuestro Señor Jesucristo al darnos la señal del verdadero amor nos dice que es desear para el otro lo que yo deseo para mí: "Ama al prójimo como a tí mismo".

Un cristiano verdaderamente consciente de su fe no puede menos de preguntarse cuál es la situación de sus hermanos, cuáles son sus alegrías y sus dolores para "gozarse con los que gozan y dolerse con los que lloran", como lo hacía Pablo de Tarso. A esto obedece este capítulo, rápida mirada a algunos dolores humanos para simpatizar con nuestros hermanos y movernos a ayudarlos en la medida de nuestras fuerzas sostenidas por la gracia divina.

Al echar una mirada al inmenso dolor humano podemos sacar dos conclusiones igualmente erróneas: una sería la resolución de remediarlo todo al punto, de atacar al mal por todas partes, y de esperar un pronto, definitivo y total remedio. Esta actitud llevará necesariamente al escepticismo, a perder el ánimo y a terminar confesando que no se puede hacer nada. El otro error comienza donde terminó el primero. Parte del hecho de la inmensidad del dolor humano, de lo desesperante del problema, para los cortos medios humanos, de las dificultades insalvables que oponen las pasiones egoístas y de la escasez de los medios, y se cruza de brazos, derrotado de antemano: ¡No hay nada qué hacer! Lo que tenga remedio se arreglará solo, y lo demás quedará definitivamente sin solución. ¿Para qué amargar inútilmente mi vida?

Al declarar erróneas ambas actitudes tenemos en vista otra línea de conducta, la única que nos parece legítima. Conocer el mal para dolerse con los que padecen, mirar con profunda simpatía, a los que sufren, para ir a buscar el remedio con toda el alma. Cuando la complicidad del corazón está ganada ¡qué diferente resulta el estudio de las soluciones! ¡De qué distinta manera pedimos el remedio de un abuso cuando se trata de alejarlo de nosotros, que cuando hay que defender al prójimo! ¡Conocer el mal y hacer cuanto se pueda por remediarlo! El problema en su solución total nos sobrepasa, porque radica en la diferencia esencial de los hombres entre sí, en la fuerte carga pasional congénita en todos, secuela del pecado original, y en el hondo misterio del dolor cuya razón íntima no acabaremos nunca de penetrar, ¿No será acaso la causa más profunda del sufrimiento humano "completar lo que falta a la pasión de Cristo", colaborar con Jesús en la redención de la humanidad? "Pobres y dolientes siempre los tendremos con nosotros; siempre será señal distintiva del cristiano el cargar la cruz detrás de Jesús: morir como el grano de trigo para dar fruto en abundancia.

Esta certeza de la perennidad del dolor en el mundo no nos autoriza a contentarnos con predicar la resignación y el quietismo. La resignación sólo es legítima cuando se ha quemado el último cartucho en defensa de la verdad, cuando se ha dado hasta el último paso que nos es posible por obtener el triunfo de la justicia. Cuando esto se ha hecho y sin embargo persevera el dolor entonces el cristiano no acude a la rebelión, no se dejar vencer por la amargura ni por el rencor, sino que

besa la mano de Dios que es su Padre no menos cuando premia que cuando prueba.

Ante el mal del mundo el cristiano es un perpetuo y total inconformista y al mismo tiempo un hombre realista que hace cuanto las circunstancias le permiten, sabiendo que la peor de las cobardías es la evasión de la acción porque no puede hacer una obra que cumpla con todas sus aspiraciones. Algo, por pequeño que sea vale infinitamente más que nada.

Uno de los mayores tropiezos, si no el mayor, para aliviar el dolor humano es desconocerlo. En todo hombre hay una chispa de lo divino, ya que fué hecho a imagen y semejanza de Dios Es imposible que quien participa en su ser de la vida divina, que es caridad, no se conmueva si conoce el mal. Algunos casi no conocen el sufrimiento porque viven en un ambiente demasiado alejados de los grandes dolores humanos; otros no conocen el dolor ajeno porque están absorbidos por el propio dolor: lo tienen demasiado cerca para poder ver a los demás que sufren.

Dar a conocer en forma cabal todo el dolor humano es tan difícil como conocer al hombre mismo y los más íntimos repliegues de su ser, en cada uno de los cuales se esconde a ratos un dolor; pero por lo menos podíamos ensayar de asomarnos a ese inmenso campo de luchas para ver siquiera los dolores más externos, los más aparentes, los que más fácilmente se pueden sensibilizar y también los que menos difícilmente pueden ser solucionados por el esfuerzo combinado de los hombres de buena voluntad.

No son sólo los pobres los que sufren, los dolores de la gente de la clase media, de las personas de situación que han descendido de su posición son aún mayores, pero están más ocultos, porque ellos mismos por dignidad se encargan de esconderlos de toda mirada indiscreta. Entre las personas pudientes, aún entre las que nadan en la abundancia, cuántos dolores íntimos que no pueden solucionarse con dinero, cuántos desgarramientos de alma, deseos insatisfechos, tragedias de hogar, pérdidas de los seres queridos, tanto más mortificantes cuanto que los que padecen están acostumbrados a ver realizados todos sus deseos y hasta sus caprichos. Un análisis completo del dolor humano nos llevaría muy lejos, mucho más allá de lo que permite el plan de este libro.

El momento en que vivimos

Es un lugar demasiado común deplorar los males de nuestro siglo pero en verdad que son sin cuento. Hijos de una América en paz no tenemos la más remota idea de lo que es sentir en carne propia todas las miserias de la atroz guerra que acaba de terminar, pero cuyas consecuencias perdurarán por mucho tiempo. El cine da una pálida idea de lo que significa una ciudad destruída, arrasada: habitantes que lo pierden todo, el fruto de sus economías, lo heredado de sus mayores, sus tradiciones, la esperanza de una vejez tranquila, el techo bajo el cual cobijarse y. . . muchas veces la vida de los seres más queridos que allí yacen insepultos entre los escom-

bros. El número de víctimas de esta guerra se calcula en más de cincuenta millones de personas, y los que escapan quedan con sus nervios hechos pedazos después de soportar semanas, meses y a veces años continuos de intensos bombardeos. Hemos conocido antiguos combatientes de la guerra pasada totalmente enloquecidos, que no podían soportar el menor ruido sin recibir una descarga nerviosa ¿qué será ahora de los nervios de todos esos soldados, futuros padres de familia, de los nervios de esos hijos nacidos y criados entre el estruendo de las granadas? Jamás se había puesto una causa tan formidable para producir una psicosis colectiva semejante a la actual.

¡El hambre! ¡¿Quién de nosotros ha tenido hambre?! A lo más, algunas veces apetito. . . ! Pero saber que no hay nada que comer no porque los almacenes estén cerrados, sino porque materialmente se han agotado todos los víveres para una inmensa población; que no habrá leche, pan, nada, ni siquiera para los niños... Los telegramas de la prensa nos hablan continuamente de poblaciones donde se registran numerosos casos de muertos de hambre. ¿Cuántos serán en realidad esos casos y cuánto más terribles de todo lo que podemos imaginar! los niños europeos, sobre todo los hijos de los pobres de esta generación son candidatos a la tuberculosis, en proporción mucho más numerosa con serlo muy fuerte —que los educandos durante la pasada guerra.

Un dolor que antes no se había contemplado nunca en la historia en proporción semejante es el del exilio colectivo. Una sociedad prolija en sus investigaciones

ha hecho el cálculo aproximado a 50.000.000 las personas que por motivos de política racial o de la destrucción de sus ciudades han debido huir de su patria o al menos de su ciudad. Nunca se había visto sobre la tierra una migración colectiva semejante. En algunos casos esta huída ha tenido caracteres tan trágicos como el de Stephan Zweig arrojado de Ausrtia por los alemanes a causa de su origen judío, acude a Estados Unidos y ha de abandonar ese país por ser considerado ciudadano alemán; se refugia en el Brasil y después de corto tiempo debe abandonarlo al entrar en guerra con Alemania... No tuvo valor de seguir huyendo y prefirió suicidarse.

¡Cuántos odios va a dejar esta guerra!

Corrupción moral

Otro aspecto del dolor humano contemporáneo es el de la horrible corrupción moral. Las generaciones jóvenes se van a criar con un inmenso rencor, y al propio tiempo con un hambriento deseo de gozar para compensarse de la atormentadora tensión de la guerra. Después del armisticio pasado se abrió la compuerta a los vicios más descarados, a los más insolentes, aun a las pasiones más contra la naturaleza, llegándose a celebrarlas en la prensa, en el cine, y hasta en obras literarias de celebridad. Con razón decía S. S. Pío XI que desde el diluvio no había conocido la humanidad una corrupción semejante.

No tenemos estadísticas europeas de estos últimos años, pero antes de la guerra había países como Alema-

nia, en que el número de abortos era estimado por el Dr. Clement en cerca de un millón al año. Proporción no menor era la de los otros países de Europa. En Francia antes de la guerra había más de 30.000 divorcios al año, y el número de cruces en los cementerios era mayor que el de cunas alegradas con la sonrisa del niño.

La búsqueda hambrienta del placer desorientaba a la juventud y aún a la edad madura en todas partes cuando estalló el conflicto: "Todo viviente ambiciona una existencia de fin de semana, con un mínimun de esfuerzo y un máximun de placer. Las diversiones han sido aspiración nacional: "darse buena vida", la consigna. La vida perfecta como la entienden el promedio de los jóvenes y adultos, es sucesión de diversiones: películas, programas de radio, fiestas y excesos alcohólicos y eróticos, sistema que ha agotado el vigor individual. . . Hoy día la gente joven se apoltrona en un cine para ver una película tonta, o busca el estímulo enervante del baile al son de una orquesta radiofónica, en tanto que, recios problemas sociales y políticos solicitan su atención como alimentos que piden vigorosa masticación. La inteligencia de una generación llamada a resolverlos da la impresión de una dentadura carcomida por la carie, por falta de uso". Así hablaba el gran sabio Alexis Carrel, preocupado como pocos del decaimiento del hombre por la civilización contemporánea, tema que constituyó su mejor obra: La incógnita del hombre.

Quejas semejantes lanza la Iglesia en la mayor parte de sus encíclicas y pastorales y a nadie sorprende su

estilo. De repente aparecen en la pluma de pensadores seglares como el político radical chileno D. Ramón Briones Luco (1) quien escribe: "Algo grave ha pasado en nuestro país en las últimas décadas de su existencia. El criterio, moral, el sentimiento de vergüenza por las malas acciones casi ha desaparecido. ¿Qué fenómeno ha pervertido la severa austeridad de nuestros hombres públicos, la moralidad de nuestra juventud y el relajamiento de los lazos de familia".

No es extraño que la pérdida de las costumbres acarree la pérdida de la fe, de consecuencias todavía más graves, porque sin fe la reconstrucción moral es casi imposible. En Estados Unidos un 60 a un 70% de la población declara no adherir a ninguna confesión religiosa determinada (2). ¿Cuál puede ser la moral de esta inmensa población? Para suponer lo mejor, aspirarán a no hacer mal a nadie, y ¡a ser felices! Ninguna visión ultraterrena, fuente de insospechadas energías a alegrar sus vidas. Son hombres cultos, honrados; la civilización, el confort, los negocios son sus grandes preocupaciones. En Alemania con estadísticas bien controladas de antes de la guerra, en 10 años habían apostatado de la Iglesia Católica 440.000 hombres; y 2.100.000 protestantes" (3).

---

(1) "El Mercurio", Santiago, 7 de marzo de 1945.

(2) Consúltese el "The World Almanac", 1946, pág. 308: Census of religious bodies in United States; o "The National Catholic Almanac", 1946, pág. 604.

(3) J. Will: "Problemas de Acción Católica", pág. 198 Buenos Aires, 1937.

La crisis del protestantismo inglés es profunda (1). "Al presente el pueblo inglés, es un pueblo religioso sin religión... Una oscuridad se ha echado encima de la tierra, obscuridad la más profunda que recuerda nuestra historia. En un congreso protestante se afirmó que en la capital, de 7,500.000 habitantes, menos de 400.000 estaban vinculados a un culto religioso... En ese mismo congreso el presidente afirmó que la asistencia a los locales de culto ha declinado en un 75% después de la guerra pasada. Un informe de la Y. M. C. A. asegura que sólo un 7.5% de las tropas inglesas y un 20% de las escocesas tienen en tiempo de paz alguna conexión con asociaciones religiosas".

En cuanto a las masas trabajadoras, la frase de S. S. Pío XI al Canónigo Cardyn: "El gran escándalo del siglo XX es que la Iglesia haya perdido a la clase obrera", es una triste realidad que nos ha de invitar a seria meditación.

El P. Robinot Marcy (2), al pensar en París se pregunta: "¿En la actualidad son fieles a sus deberes religiosos más del 2 al 3% de los obreros?" La respuesta es muy dudosa. Las barriadas excéntricas de París, apenas reúnen los Domingos entre hombres, mujeres y niños un 5 o 6% de los fieles. Un buen número de obreros, ni bautizan siquiera a sus hijos. Ultimamente se

---

(1) Cfr. The Month, III, 1940: "The future of Christianity in Great Britain", artículo del P. Fr. Wooklod.

(2) "Ante la apostasía de las masas", pág. 8. Madrid, 1932.

ha fundado "la misión de Francia" para ir a evangelizar, no al Extremo Oriente, sino a Francia, al Centro de Europa.

Las preocupaciones de orden material se han adueñado de las masas. Salir de la pobreza, a veces de su miseria, es su preocupación dominante. Los intereses espirituales han ido poco a poco relegándose a segundo término. Y cuando los proletarios se han dirigido a los intelectuales, en busca de solución, los han hallado dominados por un subjetivismo agnóstico heredado de Kant que provoca en ellos escepticismo o al menos frialdad religiosa. Grandes sectores que aún son cristianos guardan su fe como una tradición de familia como un sentimiento, no como una vida que se adueña de ellos (1).

Dolores Nacionales

Esta mirada a los dolores humanos que estamos considerando, hagámosla más precisa y más definida considerando los dolores que padece nuestro pueblo en el momento que vivimos.

---

(1) Los últimos romanos pontífices nos hablan con absoluta franqueza de la descristianización de las masas, con esa valentía propia de quien tiene fe bastante en el futuro para confesar sus dolores del presente, sabiendo que tienen remedio y son pasajeros.

Falta de Instrucción y educación en nuestro Pueblo.

Las estadísticas arrojan resultados bien pesimistas. Tenemos aun en Chile un 25% de la población adulta analfabeta, esto es más de 1.200.000 personas mayores que carecen de los primeros rudimentos de la instrucción. Si desfilaran en fila, a un metro de distancia demorarían más de ocho días, en pasar.

Las escuelas primarias han aumentado, pero a pesar de todo hay aun 400.000 que no reciben instrucción alguna, esto es el 42% de la población escolar. Si a este número agregamos los 112.000 niños que, a pesar de estar matriculados, no asisten regularmente a la escuela, tenemos que en cada período escolar de seis años, 500.000 niños aumentan la cifra de analfabetos (1).

Cada año se matriculan en la escuela primaria unos 215.000 niños, pero terminan sus estudios apenas unos 10.000 esto es un 5%. Esto nos indica que los que han salido realmente del analfabetismo y saben algo más que deletrar algún libro y garabatear su firma son pocos dentro del total de la población. La gran distancia de la escuela, la pobreza, a veces suma de los padres los hace preferir la ayuda del niño a su educación, y el poco interés de los mismos niños por estudios desvinculados de su vida real mantienen aún en la ignorancia un gran sector de nuestra población.

---

(1) Cfr. Dr. Salvador Allende: "La realidad médico social chilena", 1939.

La ignorancia es un indicio y contribuye también como causa a mantener al pueblo en un standard bajo de cultura, de falta de educación. Indudablemente que se ha progresado en esta materia, pero lo que aún falta por hacer es mucho. La mayoría de los pobres se presentan todavía vestidos con sumo descuido y suciedad, lleno de roturas el traje, que a veces es un harapo. La mujer que debería remediarlo carece de educación familiar. La mayor parte no es capaz de hacer un traje a sus hijos: ignora las funciones de dueña de casa, desconoce el valor alimenticio de las comidas y la forma de cocinar los alimentos para que sean agradables. Al inaugurarse un centro de madres, el 65% no había tomado nunca en sus manos un par de palillos. De aquí se sigue que un salario escaso habría de hacerse más escaso todavía en manos de una mujer que no sabe administrarlo.

El Problema de la Vivienda

¡Qué horriblemente mal vive nuestro pueblo! El Colegio de Arquitectos, en un informe emitido en 1943, manifestó que hacían falta en Santiago 400.000 casas, y un aumento de 8.000 casas cada año para el aumento vegetativo de la población. Desde 1906 a 1943 se construyeron 18.000 casas, que no bastan ni siquiera para el incremento de la población, cuánto menos para saldar el enorme déficit de arrastre de falta de viviendas. Actualmente según cálculos del arquitecto D. Ramón Venegas Carrasco, especialista en materias de vivienda obrera, se calcula en 2.000.000 el número de personas que viven en casas inadecuadas. De 420.000 obreros

que hay en Santiago, 100.000 viven en conventillos,, y 320.000 en piezas, pocilgas y mediaguas. El tipo más corriente de pocilgas es el construído con latas, pedazos de cartón, cañas de maíz trabadas con barro, de un par de metros de altura. La puerta es un pedazo de saco y el mobiliario la payasa, en la que duermen dos o más personas.

El resultado que arrojó la inspección sanitaria de 891 conventillos fué el siguiente: 232 en regular estado; 541 en pésimas condiciones. En el 12% de estos conventillos había 8 personas por pieza, no siendo ninguna mayor de 9 metros cuadrados.

Las piezas son caras y consumen una buena parte del presupuesto obrero. La construcción de una casa modesta está fuera del alcance del presupuesto obrero. Cuesta por lo menos 50.000, por lo que las casas económicas están en manos de empleados.

La habitación corriente del obrero no tiene de ordinario más ventilación que la puerta. Allí se come, se duerme, se trabaja... a veces se cocina, como lo demuestran las murallas ennegrecidas por el humo. El patio sirve de sitio donde se tiran las basuras; muchas no tienen servicios higiénicos, ni siquiera un pozo ciego.

En una población obrera situada en sitio céntrico en Santiago, sólo el 39% de las piezas tienen piso de madera; el 61% lo tiene de tierra; el 35% de las casas no tiene agua potable; y el 79% carece de luz eléctrica, teniendo que alumbrarse con velas.

A veces la falta de educación del obrero lo lleva a malgastar el dinero en cosas suntuarias, como ser una radio, por ejemplo, mientras que carece de frazadas o

de un traje decente para sus hijos, quien por este motivo no puede asistir a la escuela. Esta tentación es tanto más frecuente cuanto que dan grandes facilidades de pago para tales objetos. Una Visitadora Social narra el caso de un obrero que compró un catre de bronce a su hija, que dormía muy ufana en él sin colchón.

En nuestros campos la casa obrera, es por lo menos, casa. Mucho se ha mejorado la vivienda en algunas zonas, que presentan lindas casitas que invitan a la vida de familia. Pero todavía hay mucho por hacer, pues en muchas partes son ranchos con techo de totora y piso de tierra. A nuestros campesinos habría que darles una educación familiar seria para que supieran arreglar su casa, tenerla aseada y aprovechar su cerco. Con mucha frecuencia el huerto está abandonado; no hay hortalizas ni árboles frutales. Sus habitantes "no arriban nunca" por falta de educación. ¡Qué lindo campo de trabajo educacional para los patrones si comenzaran por irse a vivir al campo, como lo realizan algunos con excelentes resultados para sus obreros y para sus propios intereses. En una misma zona hay fundos de casas limpias, inquilinos bien tenidos, mientras en el fundo del lado la impresión es de total abandono... La responsabilidad y el mérito es en gran parte de los patrones, que en nuestro sistema de inquilinaje, no pueden olvidarse que son los padres de esa gran familia que con sus sudores riega sus campos.

Más grave aún que el problema de los que tienen mala vivienda, es el de los que no tienen ninguna vivienda. En el campo son forasteros que se allegan en casa de una familia acogedora, dejando muchas veces al

marcharse un problema moral insoluble. En las ciudades, son los vagos ocasionales o de profesión. Según datos de 1945 hay en Santiago una población de más de 5.000 vagos que duermen debajo de los puentes del Mapocho, bajo los árboles de los parques, en los huecos de las puertas de calle, o pagan la modesta pensión para alojarse accidentalmente en algún albergue nocturno.

¿Podemos imaginar lo amargo e inhumano que debe ser no tener ni siquiera un modesto techo que pueda llamar mi pieza, una cama, que pueda llamar mi cama? Y cada uno de esos seres es Cristo; el pobre es Cristo que vaga miserablemente por las calles de Santiago tendiendo la mano y pidiendo una limosna. No podremos olvidar el caso de una mujercita que vino al párroco a pedirle que la dejara recogerse en la Iglesia, para morir allí, porque no tenía sitio alguno que pudiera llamar suyo, y allí murió muy luego. Otra pobre que cayó desmayada de inanición y recogida por una piadosa señora murió luego agotada por los dolores de su pobre vida. . ¡Hermana nuestra!

Situación Económica de la Clase Obrera

No es nuestro ánimo discutir las posibilidades de la economía chilena en materia de retribución del trabajo en las actuales circunstancias porque atraviesa el país, ni la influencia que las leyes sociales hayan traído o puedan traer en la economía nacional. Estas páginas, como lo decíamos ya en la introducción no tienen ninguna pretensión técnica sino que únicamente pretenden mostrar al cristiano que quiere amar a su prójimo sus gran-

des dolores para que los conozca, para que adopte un estilo de vida en el que entre la conciencia adquirida de esta realidad. Si no se conoce la situación real del pobre se puede tener la tentación de juzgar como exageradas e infundadas todas sus peticiones de mejoramiento de vida; cada reclamo puede ser interpretado como la obra de agitadores sin conciencia y en toda aspiración de mejoramiento de su standard de vida puede verse un germen revolucionario. Poner en guardia contra esta actitud es lo primero que pretendemos al hacer algunas rápidas consideraciones sobre la situación económica real de la clase obrera, considerada en su conjunto. Quien se haya penetrado a fondo de la gravedad del problema lo estudiará con cariño, buscará soluciones, se resolverá a colaborar en una acción social directa, o por medio de la política para mejorar el estatuto jurídico del trabajador o desde la industria para abrirle nuevos campos de riqueza. Pero lo primero que se impone es mirar el problema de cerca, mirarlo con cariño como que se trata del dolor de mi hermano, que es otro yo, abandonar todo prejuicio y dejarse poseer por un inmenso deseo de hacer al obrero todo el bien que sea posible, el que se le debe en justicia en primer lugar, y el que una caridad inteligente le proporcionará para llenar las deficiencias de la justicia que subsistirán mientras haya hombres sobre la tierra.

Es indiscutible que las leyes sociales chilenas han mejorado el nivel de vida del trabajador, y que hay una preocupación pública por introducir en la legislación una defensa del obrero en los momentos difíciles de su existencia: cesantía, desahucio, enfermedad, inva-

lidez. Es cierto también que algunos sectores obreros están bien retribuídos y que, por ejemplo, un maquinista de tren gana más que muchos empleados particulares y fiscales siendo así que las obligaciones sociales de un empleado son muy superiores al obrero. Esto es perfectamente cierto.

Y no es menos cierto, por desgracia, que en grupos muy numerosos de la clase obrera no se nota ningún esfuerzo por hacerse trabajadores más capaces, más eficientes, más técnicamente preparados que puedan compensar con su mejor trabajo esa alza de jornales. En la economía actual un aumento de salarios no compensado con un mayor y mejor trabajo encarece la vida general y dificulta enormemente la competencia del producto chileno con productos extranjeros. Países hay en que la mano de obra, por falta de un sentido social es extraordinariamente barata. Otras naciones logran producir más barato por el empleo de métodos más perfectos en su industrialización.

La falta de educación de algunos sectores obreros llega a tal punto que un alza de jornales va seguida de un menor número de días de trabajo, pues, para vivir estrictamente y satisfacer sus vicios les basta una ganancian menor. Esto está demostrando que junto al aumento de salarios es indispensable un trabajo educativo profundo, el cual en muchos casos ha de ser previo para que el aumento de jornales produzca saludables resultados.

Todo ésto es cierto, absolutamente cierto y aún podrían alegarse muchas otras consideraciones de esa misma índole, pero no es menos cierto que el estado general

de un sector importantísimo de nuestra clase obrera es de inmensa postración y miseria. Ya hemos visto el atroz problema de la vivienda; en cuanto al estado sanitario general del pueblo tenemos los siguientes antecedentes.

El Dr. Eduardo Cruz Coke, en la Semana Social organizada en 1944 por la Asociación de Jóvenes Católicos, expresaba estos conceptos: "De los 400.000 niños que se educan en nuestras escuelas primarias un gran porcentaje tiene un desarrollo tan deficiente por falta de alimentación adecuada que no es temerario afirmar que más tarde constituirá una generación anormal o, por lo menos, inferior a la de otros países.

La falta de alimentación adecuada en el niño destruye para siempre sus posibilidades orgánicas aunque más tarde se le dé una alimentación perfecta; el mal está hecho y es irreparable. La ausencia de ciertos alimentos atrofia la glándula tiroides y produce cretinismo. Si de niño no recibe esos alimentos va camino cierto al raquitismo, aunque después se hagan esfuerzos por compensar esa falta de alimentación.

La falta de leche en cantidad suficiente trae trastornos que producen la sordera. Las placas de la retina tienen que ser renovadas cada cierto tiempo y para que esta operación se realice se requieren determinados y precisos alimentos. Las deficiencias orgánicas o funcionales que se notan en nuestro pueblo, su falta de iniciativa, de percepción, de atención, que tan frecuentemente notamos en él, ¿no tendrá una raíz honda en la deficiente alimentación infantil?

Nuestros niños, porvenir de la Patria están en grave peligro. El peso y estatura de los niños de 10 a 15 años se nota que disminuye. Igual constatación se ha hecho en nuestros cuarteles, pues, la estatura media de nuestros conscriptos está en sensible decadencia, lo que está denotando un problema alimenticio en su base.

Los adultos chilenos no tienen la conciencia clara de este problema de la niñez desnutrida. Es aquí donde antes que nada hay que meter el Evangelio a chorros. Al ir a la escuela primaria y ver a los niños sufriendo y a los profesores mal pagados surge la pregunta: ¿es posible predicar a estos pingajos humanos que prefieren el orden a la justicia?"

El problema de la niñez tiene un desenlace aún más trágico: el de la enorme mortalidad infantil. En 1939 murieron en Chile 36.736 niños menores de un año, o sea, el 22%, mientras en Noruega morían en ese mismo año el 5%, y el 9% en Australia. Casi la mitad de los niños muere antes de llegar a los 9 años de vida (1).

Chile, ocupa con gran diferencia sobre otros países, el primer lugar en el porcentaje de mortalidad infantil. Este problema debiera remover la conciencia de todos los hombres de buena voluntad y decidirlos a preocuparse de la educación popular.

---

(1) S. Allende: "La Realidad Médico-Social Chilena", pág. 1.

Remuneración del trabajo.

La Inspección General del Trabajo estimaba a fines de 1938, en 828.000 el número de obreros que ganaban menos de $ 10 diarios. Si se recuerda que el total de la población activa de Chile es de 1.450.000 personas, la cifra antes citada de gentes que tienen salario inferior al vital, resulta de alcance gravísimo. En 1938 se estimó en Santiago el salario mínimo individual de $ 16.37. El salario medio pagado en la industria manufacturera en 1937 fué de $ 14.40, jornal que no llega al mínimo, y eso que la industria manufacturera es de las que retribuye mejor a sus operarios.

El índice del costo de la vida en 1938 era de 196,7, y el índice del alza de salarios de 210. En mayo de 1944 el costo de la vida había subido a 372,9 y el de los salarios estaba lejos de aumentar en esa proporción.

Un estudio serio sobre las condiciones de vida del obrero del campo está por hacerse. La retribución de su trabajo varía de zona a zona, pero queda la impresión general que es baja. Además de mejorarla hay que dar al obrero campesino educación y medios para aprovechar inteligentemente su cerco y garantías.

En un hogar normal el salario del padre de familias debiera bastar para proveer a las necesidades de la familia, hasta que los muchachos crezcan, porque la mujer tiene harto que hacer con atender a su hogar. Su salida a la fábrica o a emplearse destruye la vida de familia y es causa de inmoralidades sin cuento. La fuerte mortalidad infantil en la clase obrera obedece en gran parte

a la salida de la madre del hogar para buscar un salario. Hemos visto el caso de una familia de seis niños entregados durante el día al cuidado del mayor, de ocho años, que era responsable hasta del recién nacido.

El trabajo de la madre para completar las entradas necesarias para la vida es un fenómeno harto común. Con frecuencia para ayudarse, sobre todo en las ciudades, lava, cose, incluso va a la fábrica. Una memoria de servicio social da cuenta que el 54% de las obreras de la región estaban obligadas a trabajar como chacareras, viñateras, lecheras o lavanderas. En esa misma comuna el 70% de las mujeres son analfabetas. El trabajo prematuro las alejó de la escuela y las hizo abandonar después, su hogar, con daño gravísimo de los hijos.

La sociología católica insiste en que ha de asegurarse al padre un salario suficiente para las necesidades de la familia. El salario familiar es de justicia social, claman los Papas. Hay que trabajar con todo empeño a fin de que la sociedad civil establezca un régimen económico y social en que los padres de familia puedan ganar lo necesario para alimentarse ellos, su esposa y sus hijos, según su clase y condición.

¡Ojalá que este criterio orientara las discusiones relativas al salario vital, necesario para mantener una vida familiar normal! Mientras el pueblo no pueda vivir decentemente la raza degenerará, crecerán los vicios. El alcoholismo que tantos estragos hace en nuestra Patria tiene en buena parte una explicación relacionada con la escasez del salario. El pobre bebe por hambre, bebe para compensar ciertas calorías que debiera darle el

alimento y bebe también para olvidar las tristezas del hogar hecho insoportable por la pobreza.

¿Cómo podrá alimentarse suficientemente una familia cuando se calcula en 1944 que una dieta modesta y adecuada vale $ 7.50 al día para el adulto y, por lo menos, $ 5.50 para el niño. La dieta para una madre embarazada vale $ 10 diarios, según cálculos del doctor Julio Santa María S. C., dietético de la Beneficencia y uno de los médicos que más se ha preocupado en Chile y en el extranjero del problema alimenticio. Según él la gran mortalidad infantil, a que hemos aludido, se debe en gran parte a falta de leche de la madre.

Esa dieta de $ 7.50 y $ 5.50 diarios por persona hay que multiplicarla por lo menos por cinco personas que suelen componer la familia obrera: padre, madre y tres niños y tendríamos que por el concepto de alimentación suficiente necesita una familia obrera por lo menos $ 30 diarios. A esto hay que agregar los gastos de vivienda, vestuario, movilización, alguna modesta recreación, sin hablar de su legítimo derecho de ir guardando algo para su vejez o para poder descansar algún día después de su vida de trabajo.

Como decía el Dr. Santa María: "Se impone en Chile crear la conciencia de que existe una subalimentación trágica, si queremos salvar nuestra raza". La población francamente tuberculosa del país fluctúa entre 140.000 y 200.000 personas, de las cuales mueren unas 25.000 cada año. Encuestas de la Escuela de Servicio Social "Elvira Matte de Cruchaga" nos revelan que un 70% de las mujeres que trabajan a domicilio en la costura son tuberculosas; nos revelan también que un

20% de los obreros sin hijos tienen un déficit de peso; un 32%, de los que tienen uno a tres hijos; y sube esta proporción al 54% entre los que tienen más de cuatro hijos.

Al conocer estos antecedentes un católico seguirá con simpatía los esfuerzos por el alza de jornales: no se irritará al ver que cada año es necesario hacer reajustes en el salario vital sin que esto signifique un pronunciamiento sobre la oportunidad de tal o cual medida en concreto; ese es aspecto técnico, pero su corazón estará ganado para el que sufre, sentirá con él; aspirará sinceramente a su mejoramiento dentro de lo que permitan las posibilidades del país, pero sin jamás olvidar que el salario no es una mercancía sino el medio de vida para una persona, que tiene derecho a una existencia conforme a su categoría de hombre y de hijo de Dios.

El dolor de la pobreza del obrero es el que más aparece, pero hay otros dolores más ocultos: el de esas pobrezas que tienen que disimularse y que no declaran huelga, ni presentan pliegos de peticiones; el de tanta gente que vive de unos cuantos bonos que se han depreciado hasta no valer casi nada, de una jubilación suficiente hace diez años, misérrima ahora, el de los empleados atascados a un sueldo del todo insuficiente que no pueden celebrar matrimonio porque no pueden afrontar esa nueva vida, o tiemblan ante las cargas familiares, que muchos rehusan abiertamente, aún por medios ilícitos, que no pueden dar educación cristiana a sus hijos porque no pueden pagarla y se ven obligados a enviar a sus hijos donde la educación es gratuita, aunque sus padres quisieran darles una orientación más

conforme con sus creencias... ¡Cuántos dolores ocultos de esta especie que quienes viven en la abundancia no sospechan!

En cuanto a los empleados públicos el 50% gana menos que los particulares. Cierto es que el Presupuesto de la Nación está abultado, que hay una burocracia excesiva... pero que la primera reacción de nuestro espíritu sea la de comprensión para quienes están atados a una vida muy dura.

Una palabra siquiera al terminar este aspecto económico que tantos dolores ocasiona, sobre aquellos que nada tienen, que nada ganan, que viven exclusivamente de la mendicidad o de la limosna de personas que socorren estos dolores, pero rara vez en forma que pueda ser suficientes. ¡Qué tragedias las que se pueden constatar al visitar a los pobres de las Conferencias de San Vicente. Recordamos a una anciana y a sus dos hijas tuberculosas, de las cuales una hacía años que vivía tendida en su pobre jergón. No podíamos menos de pensar: lo que desperdician tantos sería la vida para esta pobre madre. ¡Con lo que gastan las mujeres en cosméticos y los hombres en licor, cuántos pobres podrían vivir! ¡Si pudiésemos llegar a una nivelación más humana!

¡Cuántas personas bien intencionadas desean hacer una acción patriótica, hablan continuamente de chilenidad! ¡Cuántos están perplejos ante el porvenir de nuestra nacionalidad en la nueva estructuración de la post-guerra! Sentimientos bien legítimos por cierto, pero, ojalá que se tradujeran desde luego en un trabajo en pro del mejoramiento de la vida de nuestros con-

ciudadanos. Se impone un alza de salario en la medida que dependa de nosotros, pero sobre todo un trabajo serio, hondo, constante de todos los que tienen cultura para enseñarle al obrero a vivir en condiciones más humanas, para que pueda adquirir una especialización que lo capacite para ganar un salario más abundante, y en todo caso para que la lucha de clases hoy encendida se transforme en colaboración social.

PROBLEMAS MORALES.

La constitución de la familia.—Más doloroso aún que los anteriores y todavía de mayor trascendencia, son los problemas morales. Si comenzamos por lo que es fundamental en todo hogar obrero: la constitución de la familia, hallaremos allí un inmenso desorden. La inmensa mayoría de las familias obreras se forman al azar, por razones pasionales del momento, o para escapar a una situación difícil. La mujer con frecuencia se casa para tener quien la defienda, y el hombre, quien lo cuide... pero una desaveniencia originada por el alcohol o un incidente cualquiera bastan para romper esa unión. Y el hombre se va con otra mujer, sin cuidarse más de la primera, ni de los hijos, y la pobre mujer cargada de hijos se deja tentar por otro hombre que busca sus servicios. Cuando se intenta legitimar esas uniones ¡con qué dificultades se tropieza! Dificultades acrecentada enormemente por esa ley, uno de los mayores atentados contra la Patria, la ley de matrimonio civil que viene a complicar la vida de los pobres y que deconoce en absoluto su psicología. Si se llegase a

legitimar el matrimonio religioso de cada uno según su conciencia, dejando el civil, solamente para los que no tienen ninguna confesión religiosa ¡cuántos problemas se solucionarían!

Buena prueba de esta irresponsabilidad de nuestro obrero frente a sus obligaciones familiares es lo ocurrido en el Norte, en la crisis salitrera: muchos miles de obreros vinieron al Sur en busca de trabajo dejando allá a sus familias sin nunca más preocuparse de ellas. En una ciudad como Iquique llegó a haber cerca de mil niños en calidad de vagos, habiendo adquirido todas las lecciones del vicio.

No hay una estadística, ni puede haberla, acerca de la manera cómo está constituída la familia chilena en un momento dado. En una encuesta realizada por la Escuela de Servicio Social "Elvira Matte de Cruchaga" entre familias campesinas, se llegó a la conclusión que el 60% tenía regularizada su vida, mientras el 40% hacía vida matrimonial irregular; con factores de imposible solución. En un ensayo de generalización publicado en el libro: "¿Es Chile un país católico?", sosteníamos por las razones allí indicadas que sólo un 50% de las uniones matrimoniales existentes han sido legitimadas ante la Iglesia. En tal caso la mitad de la población sería ilegítima, en el sentido cristiano; el porcentaje es aterrador.

En el interior mismo del hogar hay problemas morales muy hondos ocasionados por la pobreza. La habitación que con frecuencia es toda la casa del obrero, estrecha, sin otro mobiliario que una mesa, dos o tres sillas y un par de camas es todo lo que contiene. En

cada una de estas camas, viven dos, tres, hasta siete personas en promiscuidad de sexos y edades. Allí conviven los padres, muchachos de 17 años, la hermana y a veces hasta el "allegado", esto es, el pobre que ha quedado sin casa y que viene a compartir el lecho, que la inmensa caridad del pobre no se atreve a rehusar.

¿Podrá haber moralidad? ¿Qué no habrán visto esos niños habituados a esa comunidad absoluta desde tan temprano? ¿Qué moral puede haber en esa amalgama de personas extrañas que pasan la mayor parte del día juntos, estimulados a veces por el alcohol? Todas las más bajas y repugnantes miserias que pueden describirse son realidad, realidad viviente en nuestro mundo obrero. ¿Hasta dónde hay culpa? O mejor, ¿de quién es la culpa de esta horrible situación . . . ?

El impudor cunde en forma alarmante, y al llegar ciertas horas no se pueden presenciar las escenas que ocurren en ciertos barrios populares. Es demasiado frecuente el caso de niñas que antes de los 15 años haya tenido un accidente. A la Maternidad llegan a veces, madres de 14 años. Se presentan a veces uniones que no pueden legitimarse, porque la edad de los *niños* que quieren casarse no llega al mínimum que exige la Iglesia, 16 años en el joven y 14 en la joven.

Esta vida brutal es causa que los vicios se apoderen de la familia obrera y de que las enfermedades sociales se contagien. Entre 589.000 niños preescolares (1 a 5 años), 22.000 son tratados por sífilis; en 10 años, 17.656 jóvenes murieron por sífilis, y cada año ingresan a los hospitales más de 10.000 enfermos de este horrible mal. En una clínica de Santiago casi el 50%

de los niños se perdió por las enfermedades venéreas de la madre; y en el Dispensario N.º 9 antivenéreo de Valparaíso, murió el 61% de los seres recién nacidos (1).

El alcoholismo hace graves estragos en nuestra raza. La debilita, la degenera, le imposibilita una ascensión social. Un cálculo de los detenidos en 1938 nos indica que el 44% del total fueron presos por ebriedad, proporción que más o menos se mantiene en los años posteriores. De un total de 314.560 detenidos, 138.607 lo fueron por ebriedad. Entre éstos 15.612 habían cometido lesiones en ese estado. Un cálculo seriamente fundado nos hace pensar que el número de accidentados por causa de ebriedad alcanza anualmente a unos 100.000. La venta de alcohol en el interior del país ha ido en aumento desde 1934 hasta 1939, años que hemos podido controlar. ¿Qué se ha hecho por parte del Gobierno y de los particulares por atacar de frente al problema del alcoholismo? ¿No está acaso en su mano por lo menos hacer cumplir las leyes existentes?

El alcoholismo nos está revelando honda falta de educación. ¡Qué hermoso campo de apostolado para quienes amen de veras a sus hermanos que dedicarse a elevar su nivel moral, reducido a veces a un estado casi animal! ¡Nada como la religión da al hombre conciencia de su dignidad y le revela los valores que están ocultos en él! Pero en una religión que sea algo más que prácticas semi supersticiosas, que sea conciencia de haber sido elevado por Dios a la vida divina.

---

(1) "Ultimas Noticias", 12 de mayo de 1941.

Los dolores chilenos tienen una honda raíz educativa. Pobre es nuestro pueblo, pero su misma ignorancia es la raíz más profunda de su pobreza . . . Antes que nada hay que pedir al Gobierno que abandone su politiquería para ir de frente al fondo del problema nacional, que exige ante todo levantar el nivel cultural con la colaboración de todos los hombres de buena voluntad.

III

PROBLEMAS ESPIRITUALES DE CHILE

UNA auténtica educación social es la que pone en íntimo contacto al educando con la realidad del ambiente en que vive, con sus alegrías, triunfos, cualidades para la acción a fin de que se alegre y las aproveche, con sus dolores para que los sienta como propio, con sus problemas para que se esfuerce en resolverlos, siempre teniendo presente en su espíritu el pensamiento de San Agustín: "Decís que los tiempos son malos, sed vosotros mejores y los tiempos serán mejores: vosotros sois el tiempo".

Los problemas nacionales de que hemos hablado en el capítulo anterior se ven agravados por factores espirituales: la tremenda crisis de valores morales y religiosos por que atraviesa nuestra Patria (1).

Creen algunos que la fe persevera en la casi totalidad de los chilenos. Los resultados que arrojan las encuestas y estadísticas nos obligan, sin embargo, a pensar de otra manera. Es verdad que hay aún en la mayoría de nuestro pueblo un fondo de religiosidad que se manifiesta por el bautismo de los niños, por las imágenes que se conservan en las casas, y por algunas prácticas, muchas de ellas más supersticiosas que religiosas. La vida cristiana empero, se va debilitando casi hasta desaparecer en algunas regiones.

En un folleto titulado "La Crisis Sacerdotal en Chile" publicado en 1936, lanzamos la idea que era una ínfima minoría de los fieles la que asistía a misa los domingos y que los hombres que cumplían el precepto dominical no podían pasar de 100.000 en todo Chile, incluídos los niños. Estos datos parecieron exagerados. Para llegar a resultados más precisos, lanzamos una encuesta a todos los párrocos de Chile sobre la vida religiosa en sus parroquias. La cuarta parte de los señores párrocos respondió a la encuesta. Estos datos fueron completados con los que tuvieron la bondad de suministrar los Excmos. Sres. Obispos, referen-

---

(1) Nos servimos de los datos publicados por el Autor en el libro agotado *¿Es Chile país católico?*, capítulo: "La vida cristiana en Chile"

tes a la vida religiosa de toda la diócesis. Estos datos como que provienen de todas partes de Chile, a pesar de las imprecisiones naturales de una encuesta de esta especie, nos suministran, sin embargo, bastante luz para apreciar las grandes líneas de la vida católica en el país.

El número de parroquias que respondió a nuestra encuesta fué de 126, y hay en ellas una población de 1.488.600 habitantes. De esta población sólo 66.405 mujeres y 25.590 hombres, van a misa los domingos y cumplen con la Iglesia 206.370 fieles.

Simplificando los resultados llegamos a la conclusión que *9% de las mujeres y 3½ % de los hombres van a misa los domingos; y que cumplen con la Iglesia un 14% de los fieles.* Esta proporción es aún menos pesimista que la de la Pastoral colectiva del Episcopado chileno de noviembre de 1939. Los señores Obispos estiman "en un cálculo optimista, que apenas el 10% de la población de Chile asiste a misa en los domingos y días festivos".

Si reducimos este porcentaje del total de la población al de los que están obligados y capacitados para asistir, podríamos pensar que talvez un 20 o un 30% de aquellos a quienes obliga el precepto dominical lo cumplen.

El significado de esta cifra es profundamente significativo. Por imposibilidad física, muchos; por descuido y negligencia culpable los más; por falta de sacerdotes que den facilidades a los fieles para cumplir sus deberes religiosos y recuerden a los extraviados el camino de la casa paterna, la fe se va perdiendo gra-

dualmente. Un gran porcentaje de chilenos viven alejados de la Iglesia. En Alemania se calcula que un 60% de los católicos cumplen con la Iglesia.

Por otra parte, un fondo de fe subsiste en nuestro pueblo. Tiene virtudes típicamente cristianas y un sincero deseo de no alejarse de la Iglesia. Aún hoy, el 98,2% bautizan a sus hijos, lo que indica que la gran mayoría de la población guarda una vinculación cristiana. Claro está que el significado profundo del bautismo no lo comprenden: algunos bautizan a sus hijos por seguir una tradición; otros porque hay que ponerles un nombre, porque no tengan mal de ojo... los menos, por hacer de ellos hijos de Dios. Como decía un celoso Cura Párroco, muerto a consecuencia del terremoto de 1938: "En Chile hay tres sacramentos: bautismo, confirmación y *procesión*..." Más importancia que a la recepción del cuerpo de Cristo y al perdón de sus culpas atribuye nuestro pueblo al culto de los santos y a las vistosas procesiones, muy dignas de respeto, pero que no deben tener la primacía en la vida cristiana.

Es curioso el afán de nuestros huasos por confirmar a sus hijos, mientras ponen grandes dificultades para legitimar sus uniones matrimoniales. Si se les habla de la primera comunión de los niños, no se negarán a traerlos —porque no les gusta contradecir— pero muchos no los traerán. Un señor Párroco escribe: "Del 8 al 15 de diciembre, prediqué una misión en X. De los 70 niños matriculados en la escuela sólo uno había hecho la primera comunión. ¿Cuántos vinieron al catecismo?: 7; comulgaron 3 o a lo más 4. En las demás

misiones he visto lo mismo. Pocos niños asisten al catecismo y las primeras comuniones son poquísimas. Calculo sin exageración que el 40% de los novios que vienen del campo, hacen su primera comunión al casarse".

Si no temiera cansar a mis lectores haría un recorrido de las respuestas recibidas de algunos Párrocos que reflejan la vida cristiana a lo largo de Chile. Escojo algunas entre aquellas que indican más claramente el descenso de nuestra vida religiosa. Los datos son no sólo de una zona sino de todas las latitudes de Chile.

Parroquia nortina de 9.000 habitantes. Asisten a la Santa Misa 60 mujeres y 10 hombres. Cumplen con la Iglesia 60 personas, y sólo 40% reciben los sacramentos en artículo de muerte. Un 55% de las uniones son ilegítimas. No hay escuela parroquial y en las escuelas del Gobierno un solo profesor enseña la religión. 20 niños asisten al catecismo. 1 sola persona paga el dinero del culto.

Otra parroquia nortina con 22.000 habitantes. Cumplen con la Iglesia 450 personas. Casi todos mueren sin sacramentos.

Parroquia nortina de ciudad: 15.000 habitantes. Asisten a misa 500 mujeres y 60 hombres. El 30% de los matrimonios son legitimados ante la Iglesia. "Los niños crecen sin religión, sin nada... pues es imposible que un solo sacerdote enseñe a tantos miles de niños y todo gratuitamente; aquí el Párroco perece de miseria por la carestía de la vida".

Aún en el Norte: Parroquia de 10.000 habitantes, con pueblos que distan 120 kilómetros entre sí. Asis-

ten a misa 160 mujeres y 10 hombres. Cumplen con la Iglesia 50 personas y 3 pagan el dinero del culto.

Otra parroquia de esa zona parece un lugar de extrema desolación. Entre semana nadie asiste a misa. Los domingos de 20 a 30 mujeres y de 8 a 10 hombres. Cumplen con la Iglesia unas 10 personas. De cada 20 personas, 15 mueren sin sacramentos. Pagan el dinero del culto 2 personas. El párroco tiene que atender 7 pueblos; hay 13 escuelas y en ninguna se enseña religión... El Cura termina su informe: "Aquí debiera haber 13 sacerdotes y hay uno solo... al menos tres son indispensables..."

El Párroco de una parroquia ya más cercana al centro, fallecido piadosamente después de haber escrito este informe, dice: "Tengo a mi cargo 10.000 habitantes, de los cuales, unos 220 asisten a misa y unos 200 niños asisten al catecismo. El 50% muere sin sacramento. No tengo Teniente y tengo que atender solo la parroquia en la cual tengo 7 capillas al interior y 3 pueblos con más de mil almas".

En otras dos parroquias de esa zona, informa el cura que el 70% de los enfermos mueren sin sacramentos.

En una parroquia de la zona central, hay 32.000 habitantes. A las escuelas del Gobierno asisten 2.000 niños, pero ningún sacerdote enseña religión en ellas por falta absoluta de tiempo.

Parroquia del centro de 40.000 almas: asisten a misa 800 mujeres y 250 hombres. No llaman al sacerdote para asistir a los moribundos en la mitad de los casos que ocurren. Los matrimonios eclesiásticos son

apenas un 25%; 70% de los niños son bautizados. 80 personas pagan el dinero del culto.

Parroquia del centro con 25.000 habitantes y una extensión de 140 cuadras. Entre la iglesia parroquial y otra asisten en su territorio a misa unas 700 mujeres y 400 hombres. 6.000 niños asisten a las escuelas del Gobierno, pero solamente en dos de ellas se enseña religión. La vida religiosa es deficiente "por falta de religiosos y religiosas que se dediquen a la instrucción y al apostolado entre los pobres".

Parroquia de la zona central: Extensión 2.000 kilómetros. Con dos pueblos de 100 kilómetros de distancia. De sus 5.000 habitantes, unas 100 mujeres asisten a misa los domingos y unos 20 hombres. Comuniones de hombres: unas 20 anuales, fuera de la misión, en que comulgan unos 140.

Zona central: 5.000 habitantes. Asistencia dominical a misa 300 mujeres y 70 hombres. Comuniones mensuales de hombres 5. 60% de niños bautizados.

Zona central: De 11.000 habitantes, unas 50 mujeres y 15 hombres asisten a misa los domingos. Al año, unas 200 comuniones de hombres y 2.000 de mujeres, en las misiones. Por la gran extensión de la parroquia (1.000 kilómetros cuadrados), sólo unos veinte niños pueden asistir al catecismo.

Zona central hacia el Sur: 12.500 habitantes. Asisten a misa unas 500 mujeres y 100 hombres los domingos. 150 comuniones de adultos varones al año. Los 2.000 niños que acuden a las escuelas del Gobierno al año no tienen clase de religión. No hay escuela parroquial. Hay un patronato.

La misma zona: 1.800 kilómetros cuadrados y 6.000 habitantes. 100 mujeres asisten a misa y unos 50 hombres. Cumplen con la Iglesia: "fuera de las misiones, nadie". Mueren sin sacramentos el 40%. Pagan el dinero del culto 40 a 50 personas.

La misma zona: 4.500 habitantes, de los cuales 30 mujeres y 20 hombres asisten a la misa dominical. Comuniones de adultos: varones, 50; mujeres, 90. Unas 300 personas cumplen con la Iglesia. 50% mueren sin sacramentos. "El Párroco reside más o menos tres meses fijos en la parroquia, pues, a la vez, es Párroco de X y de Z, Vicario Cooperador de M y profesor de Religión del Liceo de hombres".

La misma zona: 2.000 kilómetros cuadrados. 2.000 habitantes. Van a misa 150 personas, de las cuales 20 son hombres. Mueren sin sacramentos el 60%. Pagan el dinero del culto 4. Existen 87 cantinas, sin contar las numerosas clandestinas.

Zona sur: Tres leguas y media entre los puntos más distantes. Mueren sin sacramentos el 70%. De las 12.000 personas, pagan el dinero del culto solamente quince.

Zona sur: Extensión de la parroquia: 11 leguas de largo por 3½ de ancho. De los 8.000 feligreses, van a misa de 40 a 50 mujeres y de 10 a 20 hombres. Sin sacramentos mueren el 70%.

Zona sur: 27.500 habitantes, de los cuales 45 hombres y 65 mujeres van a misa .

Zona sur: Los extremos de la parroquia distan 150 kilómetros con una población de 6.000 habitantes, de los cuales 200 mujeres y 30 hombres van a misa. Mue-

ren sin sacramentos el 70%. Un 50% de matrimonios religiosos. Sólo cumplen con la Iglesia 200 personas.

En las parroquias obreras de Santiago nos queda la impresión de que no más del 10% de la población asiste a misa los domingos y la asistencia es en sus nueve décimas partes de mujeres. En las iglesias del centro, la afluencia es mayor, pero siempre en pequeña proporción respecto al total; y si crece el número, decrece el fervor con que se oyen esas misas tardías, que tienen más de acto mundano que de espectáculo religioso.

¡Qué impresionante resulta este frío recorrido de nuestra Patria de Norte a Sur! En todas partes la misma impresión desoladora: la masa de los fieles vive alejada de la Iglesia... sumiéndose nuevamente en el paganismo, perdiendo los valores de vida, con peligro gravísimo de perder sus antiguas virtudes, su moralidad... y lo que es más trágico: sus almas. ¡Cómo no conmovernos profundamente y tomar en serio nuestra fe cristiana, que es caridad, amar al prójimo con el mismo amor con que nos amamos a nosotros mismos! No debiera haber un católico que lea estas páginas y que no saque la firme resolución de hacer algo por sus hermanos. La Acción Católica les ofrece una organización maravillosamente planeada para el apostolado, si se toma en serio y se tiene el valor de aceptar los sacrificios que ella impone. Para los jóvenes aún más generosos se abren también posibilidades de apostolado aún más fecundo en el sacerdocio, consagrando su vida a la salvación de sus hermanos que perecen por falta de apóstoles.

De urgencia inmediata es la educación religiosa seria del pueblo. Estos últimos años se han producido fenómenos que han influído notablemente en el cambio de concepciones religiosas de la masa. El éxodo de los campos a las ciudades ha venido creando grupos sin arraigo ciudadano, hambrientos de placer y diversión, que es lo que ha traído a muchos a las grandes poblaciones. Aquí se encuentran desvinculados de los centros religiosos y absorbidos en una lucha por la vida cada vez más creciente. A esto viene a juntarse la propaganda roja anti-cristiana que durante tantos años se ha estado esgrimiendo en Chile en la escuela y en el liceo contra la religión. Y por encima de estos causas, la escasez pavorosa de sacerdotes y educadores religiosos que puedan transmitir la vida cristiana y los conocimientos fundamentales. Hace unos veinte años era inusitado encontrar en los campos gente que no supiera los fundamentos de la religión. Hoy, por desgracia, los jóvenes, con mucha frecuencia, ignoran completamente los misterios centrales del cristianismo y hasta las oraciones más comunes. Los pocos rezos que logran rezar, muchos hasta la mitad... son deformados horriblemente, lo que demuestra que no han captado su sentido: "Señor mío Jesucristo, yo soy hombre verdadero, Criador del padre..." o bien: "Dios pecador me confieso..." Estas expresiones no las oye uno todos los días en esa forma burda, pero sí se descubre el fondo de ignorancia que es demasiado frecuente. En algunas poblaciones obreras el desconocimiento religioso es to-

tal. Un Obispo chileno cuenta que en un viaje al Norte, los niños de una población obrera se agruparon junto a él, pero no se encontró uno solo que supiera responder a una pregunta del catecismo, o dar señas de haber oído el nombre de Dios, o el de Nuestro Señor Jesucristo. Otro señor Obispo cuenta que un chauffeur en la pampa le preguntó si su cocinera diría la misa en su ausencia... ¡Cuántas veces hemos visto personalmente agruparse multitud de niños de los cuales dos o tres entre veinte saben el Padre Nuestro o aciertan a alguna pregunta religiosa! ¿Conciencia de las ideas fundamentales del cristianismo? ¿Darse cuenta de lo que es ser cristiano...? ¿De las obligaciones fundamentales que encarna? ¡Qué poquísimos aún en la clase alta!

Las dificultades con que tropieza la enseñanza religiosa en Chile son inmensas. En primer lugar, la familia de nuestro pueblo, salvo honrosas excepciones, no tiene la formación religiosa necesaria, su fe es simple y no cultivada y con frecuencia mezclada de supersticiones.

El sacerdote que es llamado por principal misión a enseñar la religión, apenas si puede hacerlo en Chile en forma eficiente. La gran escasez de sacerdotes hace que estén absorbidos por mil preocupaciones de sus inmensas parroquias o en la enseñanza en colegios y liceos, o en la administración eclesiástica o en misiones rápidas que recorren el país. Mucha tarea para los operarios. Hay algunos párrocos y algunas congregaciones religiosas dedicadas especialmente a la enseñanza que dan una formación religiosa seria y van produciendo esos frutos de regeneración religiosa que se comienzan

a ver en nuestra Patria. Pero la *educación cristiana de la niñez chilena, como problema nacional, no está resuelto.* Tenemos a la vista un cuadro en que se nos muestra la población escolar por diócesis, el número de sacerdotes y el número de niños que le correspondería educar de los que están en edad escolar, siendo así que la misión educadora del párroco dura lo que dura la vida de sus feligreses. Según estos datos, a cada sacerdote, si todos ellos pudieran dedicarse a la instrucción de la niñez, corresponderían en varias partes más de mil niños; en las que menos, más de trescientos, lo que muestra que es imposible pretender hablar de una educación religiosa dada por el sacerdote. La inmensa mayoría: el 80% de los niños quizás... escapa a la influencia profunda del sacerdote. No se puede, pues, decir que reciban una educación cristiana. Muchos no reciben absolutamente ninguna.

Enseñanza catequística

Si en el hogar no recibe una educación religiosa el niño, y la inmensa mayoría no la recibe del sacerdote, ¿la recibirán en la escuela?

Tenemos para comenzar el hecho que unos 400.000 niños escapan anualmente a la asistencia a la escuela y que, por tanto, no pueden recibirla.

Hay 461.490 alumnos matriculados en 3.367 escuelas primarias de Chile, y para enseñar la religión sólo hay 267 *profesores titulados.* ¿Qué podrán hacer estos poquísimos maestros para tantos alumnos? La clase de religión, por tanto, será hecha por el maestro

o la maestra, si quieren hacerla, y con la preparación que tengan. Por desgracia, la preparación religiosa de nuestro magisterio —sin ánimo de querer ofender a tan digno gremio— es bien escasa. Además, la mayoría del profesorado primario tiene, por lo menos, graves prejuicios antireligiosos; muchos son francamente hostiles. ¿Qué formación van a sacar esos niños? De los 389.069 niños que, según cálculos oficiales de 1939, asisten a la escuela fiscal, calcula el Secretariado Catequístico que un 40% en Santiago y un 25% en provincias tienen en realidad clase de religión. No olvidemos que, además de los que no reciben educación religiosa en la escuela, quedan unos 400.000 niños que escapan a la educación escolar y que tampoco reciben educación religiosa en la casa, por tratarse precisamente de aquellos niños de familias tan descuidadas que ni siquiera se preocupan de que reciban educación primaria. Según estos cálculos, tendríamos que reciben educación religiosa en la escuela fiscal unos 130.000 niños y unos 100.000 en las escuelas católicas. *Frente a estos 230.000 que dan cerca de 700.000 niños en edad escolar que no reciben educación religiosa* regular en la escuela y que en su gran mayoría no la recibirán tampoco del sacerdote ni del hogar, al menos en forma suficiente.

La enseñanza catequística en general es pobre, con poco método y menos atracción, y apenas deja en las mentes unas pocas verdades confusas. Se ve en los catecismos muchos niños menores de cinco años que sólo molestan, y los mayores no pasan de doce años, de modo que su instrucción religiosa no supera el aprendizaje de memoria de las oraciones y verdades funda-

mentales. La enseñanza religiosa es imposible sin maestros bien formados que hagan vivir los dogmas de la fe y no se contenten con un conjunto de fórmulas muertas incapaces de arrancar los sacrificios que exige la vida cristiana.

Un celoso Párroco nos escribe a propósito de la enseñanza catequística: "El 98% de los niños no acude al catecismo y los padres de familia no cooperan a su asistencia porque no pesan su responsabilidad. Hay entonces necesidad de echar mano a mil medios para que aumente el número: se inventan libretas de asistencia, puntos, juegos, golosinas, cuando el Párroco puede hacerlo, pero los más necesitados son tal vez los que menos pueden hacerlo. Pero aunque se dispusiese de estos medios, falta atraer a los jóvenes y hombres de 13 a 50 años. Para éstos, no valen las libretas, los puntos ni las golosinas... ¡Cuántos jóvenes vienen a casarse y a duras penas saben la doctrina cristiana y unas cuantas oraciones, y van a ser los padres de familia!" Estos son los que necesitan del sacerdote celoso y del catequista entusiasta e interesante.

Catequistas seglares preparados para dar la enseñanza religiosa hay pocos. En algunas ciudades y pueblos hay algunas personas abnegadas que cumplen bien la misión de catequistas; pero son muy escasas. En los fundos se prepara rápidamente a los niños de primera comunión con ocho días de catecismo, del que poco queda, pero hay que dar gracias porque siquiera se hace ésto... La mayor parte de las catequistas en los fundos hacen una clase de religión tan pobre que sería mara-

villa que los niños se interesaran en la religión y no se aburrieran horriblemente.

Para obviar estas dificultades se fundó en Santiago el Hogar Catequístico femenino, una de las obras de mayor trascendencia en el campo del apostolado y que está produciendo grandes frutos, formando maestras técnicamente preparadas y llenas de celo, capaces de hacer amar la enseñanza religiosa. El número de tituladas es desgraciadamente escaso. Aquí tienen un campo bien preciso de apostolado las jóvenes con espíritu social y religioso.

Los hombres, en un momento de entusiasmo, iniciaron su preparación catequística para enseñar la religión en las escuelas, pero muy pocos lograron dar su examen. Sería una vergüenza que los católicos chilenos, teniendo una ley que les permite la entrada en las escuelas oficiales a enseñar lo que ellos más aman, su religión, por desidia, por cobardía o por no molestarse, dejaran inactiva su fe. ¡Qué hermoso argumento tendrían los no católicos de la frialdad de la fe de los católicos chilenos si, habiéndoles abierto las puertas de las escuelas, por pereza, no penetraran en ellas! ¡Querría decir que eran católicos nominales¡ !Que respondan a ese reto! ¡Pero ojalá que respondan con hechos!

La enseñanza religiosa en los liceos

Los alumnos de los liceos fiscales, cuya familia lo desea, pueden tener *una hora de religión por semana durante el primer ciclo de humanidades,* esto es, hasta el tercer año. ¡Una hora por semana durante el primer

ciclo es totalmente insuficiente como enseñanza religiosa! A ésto se agrega la poca estima que se atribuye a dicha enseñanza, considerada como ramo técnico, en la misma categoría que el dibujo, la gimnasia, los trabajos manuales. Una enseñanza en estas condiciones, totalmente desligada de la vida del niño y de sus preocupaciones, no puede formar cristianos que estimen su religión como el primer valor de esta vida. Es cierto que entre los alumnos de liceo se encuentran jóvenes que reciben más auxilio religioso en su hogar que los alumnos primarios, pero esto tampoco basta.

Además, es frecuente encontrar, por desgracia, profesores que son totalmente contrarios al catolicismo y que no desperdician ocasión para demoler las creencias religiosas, respaldeándose cobardemente con el nombre de la ciencia. Hay otros cuya moral es pobrísima y que no trepidan en aconsejar a sus alumnos una actitud en la relación de los sexos absolutamente inmoral, que ellos estiman la única posible para el hombre, pues desconocen el apoyo de la gracia. Esto hace que hombres (1) bien conocedores de nuestro alumnado estudiantil no trepidan en afirmar que "hay liceos en que existe un porcentaje apreciable de niños que tienen enfermedades venéreas, la mayor parte frecuenta prostíbulos, leen de preferencia libros que excitan sexualmente y sus preocupaciones y lenguaje giran casi siempre alrededor de asuntos de carácter erótico". Consecuencia lógica de la supresión real de la enseñanza religiosa y

---

(1) Eduardo Frei: "Chile desconocido", pág. 107.

moral para dejar convertida la escuela en un almacén de nociones desprovistas de todo idealismo.

Produce hondo pesar ver la ignorancia religiosa de tantos miles de jóvenes destinados a ser la élite intelectual de Chile porque cuando niños no tuvieron quién les partiera el pan del espíritu... "Pidieron pan y no hubo quién se los diera..." ¡Si algunos jóvenes católicos llenos de amor a sus hermanos se acercaran a ellos y les comunicaran la buena nueva del Evangelio, la religión del amor al Padre Dios y a nuestros hermanos los hombres; la misión de la Iglesia, continuadora de la persona de Cristo, que no viene a cortar estérilmente nuestra personalidad sino a elevarla! Si les dieran a conocer el cristianismo, como la participación de la vida divina. ¡Cuántos de ellos abrazarían con amor la fe católica! Algunas obras se han formado en Chile para el cultivo espiritual de los alumnos de liceos fiscales; pequeñas todavía pero han dado fruto abundante. Los católicos franceses y los católicos austríacos frente al liceo oficial han puesto el hogar católico donde el alumno recibe una formación cristiana, encuentra su director espiritual, su capilla, salas de estudio, bibliotecas de consulta, salas y patios de juego, excursiones interesantes y la compañía amistosa de jóvenes de las mismas creencias que son los hermanos mayores que los elevan a un plano espiritual.

El ambiente universitario y profesional

El ambiente universitario chileno viene a ser una resultante de la obra de los liceos y colegios particu-

lares. Hay en Chile 6.195 alumnos universitarios (1), de los cuales 4.482 pertenecen al Estado y 1.713 a las Universidades libres: la Católica, la de Valparaíso y la de Concepción. Es bastante frecuente encontrar entre el alumnado, sobre todo el oficial, el caso de alumnos que no están bautizados, muchos desprovistos de toda creencia, y aún de todo conocimiento religioso. Muchos de los alumnos universitarios no tienen en materia religiosa más formación que los alumnos de la enseñanza primaria. Desconocen en absoluto la religión y lo que es peor, aceptan sobre ella las más absurdas leyendas.

Los resultados de los trabajos de recristianización de la universidad obtenidos entre nosotros y en el extranjero, son espléndidos. Varias de las escuelas universitarias han vuelto a ser católicas en su gran mayoría y donde los creyentes no han llegado a imponerse numéricamente, están tan prestigiados y son hombres de tal capacidad que obtienen por mérito los puestos que reponen una mayor preparación.

Hay un grupo numeroso de profesionales y universitarios que viven su fe y de los cuales puede gloriarse la Iglesia. Son ellos más que una esperanza, una bella realidad. Pero frente a este grupo escogido, la gran masa de los católicos cultos tienen una profunda ignorancia sobre el sentido íntimo de su fe, sobre el significado de los sacramentos, sobre lo que es la gracia santificante, la noción teológica de la Iglesia, sobre los principios de sumisión a la Jerarquía, sobre las enseñanzas pontificias, sobre la historia de la Iglesia.

(1) Revista de Estadística, 1939.

La cultura religiosa de la masa culta católica no va más allá de las nociones que aprendieron desde los 12 hasta los 16 años, mientras la cultura profana se ha extendido enormemente, pues han leído centenares de libros, escuchando conferencias radiofónicas, y recorrido el mundo en el cine, sin embargo, en el terreno religioso no sobrepasan la formación infantil. Faltos de fundamento no aprecian la vida católica; la minimizan; no encuentran en ella un apoyo en la lucha por la vida, ni un ideal que los saque enteros en los años difíciles. En los problemas de hogar tan agravados con las modernas teorías sobre limitación de la natalidad y con la práctica de la disolución de matrimonios, sucumben con mucha frecuencia y estos mismos problemas mal resueltos los llevan a abandonar las prácticas religiosas y a criticar la intolerancia de la Iglesia que no comprende la mentalidad moderna y no se pliega a sus deseos de gozar.

Este es uno de los problemas más graves. A él se junta por un lado el espíritu practicista llevado al extremo, esa valorización exagerada del dinero, de lo útil, que se respira por todas partes, y que hacía decir a un eminente extranjero: "Uds. necesitan desarrollar ideales, visiones más desinteresadas de la vida". Esta concepción materialista es una dificultad real para la formación religiosa, la más desinteresada de las visiones.

Por otra parte, la comodidad e indolencia que se va apoderando de la generación joven, esa pereza para los esfuerzos nobles, característica de nuestra época, hacen que se encuentren pocas almas desinteresadas y generosas para los sacrificios que supone la labor de

educarse cristianamente, educación que no da pesos; y la de sacrificar regularmente una parte de su tiempo a la misión ingrata de educar a los demás. Por eso es que escasean tanto las vocaciones sacerdotales que son los grandes educadores, los consagrados por oficio a formar el alma de los cristianos; por eso escasean los catequistas para ir a los barrios obreros, porque es aburrido; por eso no se realiza la misión educadora en los campos, porque muchos dueños de fundo prefieren ir a la costa en verano y pasar el invierno en Santiago, descuidando sus obligaciones con los inquilinos a quienes debieran mirar como a sus hijos y colaboradores.

Un renacimiento de idealismo es lo que más falta nos hace. Idealismo que significa desinterés, generosidad, sacrificio, amor, pero más ajeno que propio, deseo de dar más que de recibir. Cuando esto se haya logrado, el nivel de instrucción, el nivel cultural, el conocimiento, y sobre todo la vida cristiana estarán en franco progreso entre nosotros.

La falta de cristianismo integral

El pueblo tiene derecho a exigir a los que han sido educados en colegios católicos, favorecidos con la fortuna, con la holgura suficiente para atender los intereses de su alma, que vivan esa fe que profesan. Y es triste confesarlo: la gran masa de esos cristianos lo son solamente de nombre. Una vida superficial o insubstancial, un mundo hueco llena sus días con preocupaciones de fiestas y diversiones que les quitan el tiempo

y humor para dedicarse a hacer el bien con profundidad. Carecen de valor para el sacrificio. Cualquier obra que cueste "es pedir demasiado", "es exageración"... Esa maldita palabra "exageración" que suena a apostasía... que tan frecuentemente escapa de los labios de los cristianos nominales.

El gran enemigo del cristianismo es "el mundo", ese mundo por el cual Cristo no rogó. El mundo es ese conjunto de máximas, de modos de vivir fáciles, muelles, en que el dinero y el placer son los ídolos... ¡Cuánta alianza ahora entre cristianismo y mundo! Una misa tardía, oída de cualquier manera, es lo único que rompe el ambiente pagano de las 24 horas del día, de los siete días de la semana, de los 365 días que tiene el año... ¿Es eso cristianismo? Sucesión ininterrumpida de fiestas en la ciudad, y de diversiones mundanos en la playa, casino, ruleta, boites, bailes, programas radiales, excesos alcohólicos de los hombres y... por desgracia ahora hasta de las mujeres. Esto no significa que el cristianismo prohiba las diversiones sanas, los honestos entretenimientos; pero una vida con programa de diversión ininterrumpida, ciertamente no responde a los ideales de Cristo. No decimos que se cometa pecado mortal en cada una de esas acciones, talvez en ninguna de ellas separadamente, pero sí afirmamos que esa vida no corresponde a lo que Cristo vino a traer a este mundo; y que en el fondo todo eso es paganismo con un manto social de cristianismo y constituye una de las causas más profundas de la apostasía de las masas. Muy poco aprecio revelan por "ese tesoro escondido", por "esa perla preciosa"

que es el reino de los cielos, los que encuentran caro cualquier sacrificio que se les pide por Cristo.

Excusable es nuestra generación de la vida que lleva, porque el ambiente moderno invita a la disipación: el hombre vive fuera de sí, solicitando por todas partes, por mil ocupaciones que lo asedian para ganar su pan en forma más difícil que antes, lo que hace que, cansado, busque un relajamiento completo y venga a caer en esa vida pagana. Pero si puede uno comprender cómo se ha llegado a este ambiente, no puede uno justificarlo.

Toda la vida moderna está dominada por las ideas de dinero y sexo. Esa música pegajosa que se oye en todo momento, el biógrafo, el gran maestro espiritual de la generación actual, la prensa y la revista, las danzas exóticas y neo-paganas recibidas con alborozo por un sector demasiado grande de nuestro mundo moderno.

La inmoralidad cunde en forma alarmante. Hemos estudiado la curva de la disolución del hogar en Chile y ésta asciende rápidamente. La estadística de diciembre de 1939 nos presenta un cuadro comparado del número de causas de disolución de matrimonios y divorcios ingresadas a los tribunales desde 1933 hasta 1939. En 1933 ingresaron 630 causas; en 1938, 1.050; en 1939, 1.100. Desde el 1.º de diciembre de 1939 hasta el 30 de noviembre de 1940 ingresaron en consulta a la Corte de Apelaciones de Santiago, de los cinco Juzgados de la capital, 1.774 causas de toda especie; de este número 482 corresponden a disoluciones de matrimonios, de la sola ciudad de Santiago, o

sea, el 27,2% de las causas en consulta ante la Corte de Apelaciones de Santiago, son argucias para deshacer un hogar.

Si volvemos nuestra mirada a los campos, cuánto daño hacen con frecuencia algunos patrones que se dicen católicos, con el mal ejemplo de sus costumbres. Un celoso Párroco del campo nos escribe: "Los esfuerzos que hace el sacerdote se ven anulados muchas veces por los escándalos que dan algunos hacendados católicos. Lo he constatado en mis quince años de vida parroquial en los campos. Muchas veces los hijos de estos hacendados educados en colegios católicos son la perdición de las muchachas de los fundos y el mal ejemplo de los inquilinos. Salen en automóvil con las niñas de los sirvientes y después en las misiones aparecen haciéndose los santos y llevando con aparente devoción el palio. Y ¡ay del Párroco que critique tales desmanes!"

PAGANIZACIÓN DE LAS MASAS.

La gran amargura que nuestra época trae a la Iglesia es el alejamiento de los pobres, a quienes Cristo vino a evangelizar de preferencia.

Amargamente se quejaba Su Santidad Pío XI de las condiciones de la vida moderna que a gran parte de la humanidad la absorbe en la conquista del pan cotidiano hasta el punto que les es casi imposible pensar en la salvación de sus almas. La civilización moderna ha multiplicado sus exigencias, y para satisfacerlas, se ne-

cesita dinero, mucho dinero. Los que lo tienen, aspiran siempre a más, para mantener un nivel de vida que estiman necesario... Los que no lo tienen, aspiran a tenerlo, y envidian a los que lo poseen, a quienes ven llenos de un todo.

La civilización ha convertido a la vida moderna en un aparente paraíso, cuya llave de entrada se llama dinero. Viajes rápidos y cómodos, veraneos en la playa, habitaciones lujosas y atemperadas, casino ruleta, fiestas sociales espléndidas... El pueblo presencia esa vida, contempla las caravanas de automóviles que llevan a los ricos a pasar su *week-end* a una playa vecina, mientras ellos quedan sumidos en su pobreza y aburrimiento. El biógrafo ha puesto más de relieve esa vida artificial y los goces mundanos que acarrea el dinero... y la envidia germina en sus corazones.

Una canción moderna ha preconizado los grandes ídolos de nuestro tiempo: "el amor y la platita... quien lo tiene que lo cuide, que lo cuide". Una generación que tiene así puestos sus ojos en la materia, ¿cómo podrá comprender los valores del espíritu? ¿Qué lugar encontrará en esas mentes una religión que encierra la perfección en la pobreza de espíritu, en la humildad, en la cruz cargada tras los pasos de Jesús?

El pueblo, por desgracia, no ha visto en los sectores que se llaman católicos el ejemplo que tenía derecho a esperar por la doctrina que profesan. El escándalo de los malos cristianos es uno de los grandes responsables de la pérdida de la fe en las masas. Cuando se ve una sociedad que se llama cristiana que sólo piensa en divertirse, que derrocha cifras enormes en

fiestas y banalidades, no se reconoce en ella el signo de la cruz. En los sectores que se dicen católicos, entre los que han sido favorecidos con los bienes de fortuna y que han tenido la suerte de tener una educación cristiana en establecimientos de religiosos hay muchos que escandalizan a las masas con una vida frívola e insubstancial. La fortuna y la posición ha dejado de ser para muchos un motivo de servicio y quiere ser de privilegio, con graves consecuencias para la Iglesia y la Patria. El pueblo, niño grande, no sabe separar la sublimidad de la religión de la debilidad humana, ni tiene ojos para ver las virtudes de tantos cristianos auténticos como hay en todas las condiciones sociales.

Estos últimos años, nuestra Patria ha sufrido una crisis profunda, sobre todo en el orden moral. La juventud, llamada a dirigir, ha ido desgastándose poco a poco: se ha hecho perezosa; vive sumida en "un mundo social", en la misma vida que llevó la Roma pagana cuando pereció y la nobleza francesa cuando una revolución de sangre la barrió. Es muy justo que los jóvenes salgan y se diviertan, pero con límite y con moderación y sin que la diversión y el dinero pasen a ser las realidades ejes de la vida. Nobleza obliga. Fortuna obliga. Cultura obliga... Y mientras más se ha recibido de estos dones, mayores son las responsabilidades sociales. Los malos cristianos son los más violentos agitadores sociales.

A este escándalo viene a juntarse la prédica disolvente, amargada, llena de odios, con frecuencia mal intencionada y con fines egoístas, de medro personal tras palabras de mucho amor al pueblo. Y el pobre

pueblo, niño grande, se deja engañar. Esta ignorancia es aún más grave cuando se trata de aquellos que apenas han dejado de ser analfabetos, pues sus escasas letras les han servido para leer mentidas promesas de felicidad, que mejor sería que las hubiesen ignorado, pues les han quitado la ciencia de Dios y no les han dado nada en cambio.

Es un hecho que la masa obrera de nuestras ciudades ha engrosado en su inmensa mayoría las filas del marxismo, que no puede llevarla sino a experiencias más dolorosas que las pasadas si lograra realizarse... Pero si ese pueblo quiere buscar un mejoramiento legítimo y pide a las asociaciones cristianas un cuadro de vida donde lograr sus aspiraciones sin abandonar su fe, por desgracia, en Chile, hoy por hoy, no podemos ofrecérselo. ¿Dónde están los sindicatos católicos? ¿Dónde las mutualidades? ¿Dónde las asociaciones de defensa justa de los intereses obreros? El marxicmo se las presenta. Los católicos, no. ¿Por qué? No ciertamente porque no hayan hablado los Romanos Pontífices. No porque nuestros Prelados no hayan repetido dichas enseñanzas y pretendido aplicarlas a Chile, sino porque no han encontrado eco entre los católicos; por la falta de sacerdotes que puedan consagrarse por entero a esa labor de formación y organización social y por las dificultades mismas del problema propias a nuestra Patria. Las enseñanzas de nuestros Pontífices y de nuestros Obispos que conocen la realidad chilena, quedan en pie y constituye un urgente llamado, una grave obligación para todos los católicos de obedecerlas y de

ir unidos para cooperar en esa obra lenta, difícil, expuesta a mil fracasos del momento, de levantar el nivel social de nuestra clase obrera.

El deber de los cristianos.

El primer choque del pueblo con las brutales realidades de la vida moderna ha sido desfavorable a su vida cristiana. Pero su fe no ha muerto y las almas rectas comienzan a encontrar el camino de vuelta a la Casa del Padre. Para facilitarlo, se necesita que los cristianos tengamos una visión justa de la vida, una comprensión de los dolores ajenos, una simpatía humana, un criterio que sea un eco del criterio de Cristo. Mientras los cristianos no encarnen en sus corazones y en sus obras la concepción de los hombres que tuvo el Maestro, el pueblo vivirá alejado de la Iglesia.

La desconfianza debe ser alejada antes que nada; y si alguno hubiese que hiciera suyo el pensamiento "que es necesario que los pobres tengan el sentido de su impotencia, como primer elemento de paz social" ése habría de comenzar por cambiar su mentalidad si quiere acercarla a la de Cristo. No es justo tampoco tener el criterio de lucha social; no podemos alegrarnos de que las revueltas hayan sido sofocadas por la sangre. Cuando haya sido preciso emplear la fuerza, el dolor de los hermanos caídos debe llegarnos al corazón.

Aún al atacar al comunismo lo hemos de hacer con criterio cristiano, no por lo que perjudica a nuestros intereses, sino por lo que contradice a nuestros principios, por su concepción del hombre, de la vida y del

más allá. Aún a este adversario que no respeta al catolicismo, lo hemos de juzgar con inmensa lealtad. Nada más contrario al cristianismo que ese ataque cerrado a todo lo que sea elevación del proletariado, sin detenerse a considerar las exigencias del pueblo para ver lo que haya en ellos de justificado. Toda crítica de las doctrinas disolventes debe tener dos puntos: una vuelta hacia nosotros, hacia nuestros egoísmos, hacia nuestras culpabilidades para corregirlas; otra, al sistema disolvente en lo que tiene de falso, de destructor. No es justo condenar al enemigo mientras yo guardo mis egoístas complicidades.

Hace siglos el mundo cristiano presenció una herejía que encerraba un peligro semejante al del comunismo: la de los cátaros y albigenses, herejes peligrosos, pero entre los cuales había muchos movidos por un idealismo que aspiraba a un mundo más fraternal, más bello, más desligado de las potencias del dinero. Y Domingo de Guzmán, que sintió en su corazón el deseo de reducirlos al buen camino, no pidió para ellos la hoguera o la horca, sino que comenzó él por desprenderse de todo fausto y con otro monje parte a pie hacia ellos para enseñar a las masas la fidelidad a la pobreza y al renunciamiento. No estaría conforme a este ejemplo quien sólo pensase que el remedio consiste en barrer con metralla a los pobres cuando claman por una vida más digna, aunque haya quienes aprovechan su ignorancia para medrar y especular con ella. En las aspiraciones de nuestros adversarios hay que procurar con inmensa simpatía descubrir el fondo de verdad que encierran, que seguramente es un principio cristiano que

los cristianos dejamos volverse loco, según expresión de Chesterton.

El dogma cristiano es tan categórico en este sentido. Los hombres todos somos hermanos, hijos todos de una misma Iglesia, miembros del mismo cuerpo, cuya cabeza es Cristo y participantes de esta vida que de El desciende. Somos según otra expresión bíblica, la viña cuya raíz es Cristo. El Hijo de Dios al descender del cielo a la tierra se hizo como uno de los obreros, más semejante en sus condiciones de vida a ellos que a mí. Quien a los pobres desprecia, a Cristo desprecia. La Comunión de los Santos no significa solamente la participación de todos los hombres de los bienes sobrenaturales, sino también una disposición a hacer todos los sacrificios que el bien de los demás me exija. San Pablo se consideraba deudor respecto a todos. ¿Nos hemos dado cuenta que no hemos cancelado esta deuda?

Esta sinceridad y lealtad a las enseñanzas de Jesucristo, tomadas como normas actuales, aplicables a Chile, obligatorias para todos los que quieran llamarse cristianos, es la condición básica del apostolado social. Un pagano maravillado al conocer la imagen del Corazón de Jesús con su pecho rasgado, sus manos y costado atravesados por heridas, su rostro inflamado de amor y su gesto de donación total, exclamó: "Cuando los cristianos reflejen en sus vidas el gesto de amor que representa la estatua de su Dios, todos seremos cristianos, pues, no podremos resistir a la fuerza de semejante amor". El mundo está cansado de palabras: quiere hechos: quiere ver a los cristianos cumpliendo los dogmas que profesan. ¡Qué el número de los que

así proceden aumente de día en día mediante una meditación profunda del sentido social de nuestra fe!

EL MÁS GRAVE DE LOS PROBLEMAS.

Aún nos queda por considerar un problema que creemos el más grave, porque es la causa de muchos de los males que hemos señalado: nos referimos al problema sacerdotal.

El sacerdote es por misión el educador nato del pueblo, aquél cuya labor puede llegar donde no alcanza la obra de maestro humano alguno porque habla en nombre de Dios y sus argumentos tienen alcance no sólo temporal, sino eterno, porque cuenta en su ministerio con el auxilio especial de Dios, que comunica a las almas, mediante los sacramentos, la predicación, el consejo, de modo que no sólo propone la doctrina, sino que da medios, los más eficaces, para cumplirla. La enseñanza del sacerdote no procede por temor, sino ante todo por amor, por amor a quien por amarlo a él murió en una cruz, y alcanza al dominio más íntimo del hombre, al de la conciencia, a donde no llegan las leycs humanas, que sólo legislan sobre las acciones externas. El sacerdote es el educador que tiene para cumplir su misión, la confianza del pueblo, que le abre su alma de par en par y le franquea sus secretos más íntimos; por eso, el sacerdote puede hacer revivir los hogares, acercar los padres a los hijos, apagar los odios, unir los ricos a los pobres. El sacerdote enseña a los obreros el cumplimiento de sus deberes y a los patronos puede obligarlos en la forma más

absoluta a ser justos en todo y a suplir las lagunas de la justicia con una espléndida caridad. Los escándalos sociales no se corregirán con leyes, que son burladas tan pronto han sido dictadas, sino con una purificación de la conciencia y una elevación del hombre a la vida cristiana en sentido integral.

La misión del sacerdote engloba la del maestro, confidente, amigo, abogado, defensor de los débiles, apoyo de los pobres. Al sacerdote se le pide todo: la formación en la piedad, la solución de los problemas más difíciles de la vida, organizar las obras sociales y, sobre todo, comunicar a las almas, mediante los sacramentos, la gracia que ennoblece y eleva al hombre al plano divino. Sin sacerdotes, no hay sacramentos; sin sacramentos, no hay gracia, no hay divinización del hombre, no hay cielo. Por eso se ha dicho con razón que nada hay tan necesario como la Iglesia y en la Iglesia nada tan necesario como los sacerdotes.

La crisis mundial, acaba de decirlo el Papa (1), es una crisis de cristianismo. Y esta palabra de Su Santidad vale bien para Chile. Nuestra más grave crisis es crisis de fe, que se origina en gran parte en la falta de cultivo espiritual y se traduce luego en mayor escasez de sacerdotes que reanimen la vida interior.

La Iglesia necesita de operarios en número suficiente como nos lo recuerdan continuamente las enseñanzas de los Pontífices haciendo eco al Maestro, que nos enseña que el buen Pastor ha de conocer nominalmente a sus ovejas, las ha de llamar por su nombre, las llevará

(1) Alocución del 26 de febrero de 1941.

a los buenos pastos y las conducirá al redil. San Pablo dice también: "¿Cómo creerán si no hay quien les predique?" La fe por la predicación. Cada sacerdote está llamado, pues, a tener su pequeña grey de feligreses, de alumnos, de almas a las cuales dirige espiritualmente. Y esta grey no puede ser muy numerosa. La carta colectiva de nuestro Episcopado afirma que "es regla de teología pastoral que un solo párroco no puede atender debidamente a más de mil feligreses".

Y ¿cuántos son los sacerdotes y cuántos los fieles que debe atender cada uno? La pastoral colectiva de noviembre de 1939 afirma: "La población de Chile asciende a 4.600.000 habitantes. *El número de sacerdotes es de* 780 *del clero secular y de* 835 *religiosos, en total* 1.615, lo que da 1 sacerdote para cerca de 3.000 almas. En toda la República hay sólo 451 parroquias, lo que da un *término medio de* 10.000 *fieles por parroquia.* Si un párroco no puede atender a más de 1.000 feligreses, bien podremos decir cuán deficiente, y podemos decir casi nula, es la atención espiritual que pueden tener los otros 9.000 fieles restantes. En términos más exactos e impresionantes, podemos decir: *que en Chile hay más de cuatro millones de fieles que están casi al margen de una debida acción pastoral de la Parroquia.* Y debemos notar que hay parroquias que pasan en mucho de los 10.000 fieles, y llegan algunas a tener hasta 40.000. Tómese en cuenta, además, que son muchas las parroquias que, por falta de sacerdotes, se encuentran actualmente vacantes, y considérese, también, las condiciones de la mayoría de nuestras diócesis, cuyas parroquias son de extensión

inmensa, cuya población diseminada y con difíciles medios de comunicación, y podrá medirse entonces en toda su realidad el *estado de abandono de las almas*".

Quienes acaban de hablar son todos los Obispos de Chile, en un documento colectivo dirigido a todos los fieles, con la máxima solemnidad claman angustiados: "*Para cinco millones de almas apenas hay* 1.615 *sacerdotes. Cuatro millones de fieles al margen de la debida influencia sacerdotal.* ¿Puede darse hecho más desgarrador y de mayores consecuencias para las almas, para la Iglesia, para la Patria?"

Y lo que debiera hacernos avergonzar más todavía es ver que nosotros, país católico, para poder cultivar tan escasamente nuestra Patria, hemos tenido que llamar en nuestro auxilio sacerdotes extranjeros, pues la piedad de los hombres de Chile no tiene el valor de aceptar los sacrificios del sacerdocio. Entre los sacerdotes que cultivan nuestra Patria 700 son extranjeros. *¡Sólo* 915 *sacerdotes chilenos han dado los católicos de Chile!* Los sacerdotes extranjeros han realizado entre nosotros una labor abnegada, han tomado a su cargo puestos difíciles. Muchos de ellos son los que evangelizan la Pampa nortina, las inmensas llanuras de Magallanes y del Aysen, y los que han abierto colegios para educar nuestra juventud. Pero nosotros, país católico, debiéramos sentir remordimiento de privar a los países paganos de ese auxilio sacerdotal que ellos tienen más derecho a reclamar que nosotros. Si los sacerdotes extranjeros nos abandonaran, la vida lánguida del catolicismo en Chile vendría casi a perecer Esto significaría el cierre de cuántos colegios, de cuán-

tas parroquias, de cuántos talleres para niños pobres, de cuánta obra misional a lo largo del país. Bien pobre es el catolicismo chileno que para llevar una vida tan lánguida, todavía necesita reclutar sus sacerdotes en el extranjero. Tenemos la firme esperanza que esto va a cambiar.

En el momento actual, Chile no tiene la atención religiosa que tienen los católicos en los países de misión y ha sido mucho menos viva la fe de los chilenos que la de los paganos recién convertidos para dar sacerdotes a la Iglesia.

Indochina con 1.500.000 católicos, tiene 1.300 sacerdotes indígenas; esto es, proporcionalmente, *tres veces más que Chile.*

China con 2.819.000 católicos, tiene 1.747 sacerdotes chinos; *dos veces más que Chile.*

India con 4.000.000 de católicos, tiene 2.700 sacerdotes indígenas; *el doble de Chile.*

Menos podemos comparar nuestra atención religiosa con la que tienen los países católicos, o aún los de minoría católica.

Alemania para 20.000.000 de católicos, tiene 22.000 sacerdotes: 1 *por cada* 900 *habitantes.*

Inglaterra para 2.375.000 católicos, tiene 5.642 sacerdotes: 1 *por cada* 440 *católicos.*

Estados Unidos para 21.000.000 de católicos, tiene 31.211 sacerdotes: 1 *por cada* 660 *habitantes.*

Francia con 41.000.000 de habitantes, tiene 50.000 sacerdotes: 1 *por cada* 800 *habitantes.*

España con 24.000.000 de habitantes, tiene 40.000 sacerdotes: 1 *por cada* 600 *habitantes.*

La sola diócesis de Malinas, en Bélgica, que no debe tener más de 10.000 kilómetros cuadrados (la cuarta parte de algunas de nuestras parroquias) con 2.969.000 habitantes, tiene 817 parroquias, 4.301 sacerdotes, habiendo 158 sacerdotes más que hace cinco años. Milán, pequeña diócesis, tiene 2.000 sacerdotes. El pequeño reino de Holanda, protestante en su gran mayoraí, tiene más de 5.000 sacerdotes. En Francia, tan perseguida por el ateísmo, hay un inmenso lamento por la crisis del sacerdocio, y sin embargo, París, el punto negro de la República, tiene un sacerdote por cada 2.512 habitantes, mientras alguna diócesis llega a tener uno por cada 188 habitantes. En la ciudad de Nueva York, donde hay la tercera parte de los católicos que hay en Chile, hay casi tantos sacerdotes como en todo Chile.

Si entramos ahora a considerar las dificultades reales del ministerio sacerdotal, nos encontraremos con que el escaso número tiene que luchar con la soledad, con las enormes distancias, con la pobreza, a veces con la miseria.

La extensión de nuestras parroquias es inmensa. Algunas tan grandes como el reino de Bélgica. La parroquia de Lagunas en el Norte tiene una extensión de cinco y media veces la diócesis de Valparaíso, atendida por un solo sacerdote. La de San Pedro de Atacama tiene más de 20.000 kilómetros cuadrados, esto es, más grande que toda la provincia de Santiago: deslinda con Argentina y Bolivia; debe atender cuatro centros de población; cuatro escuelas públicas y una particular para todo lo cual cuenta con un solo sacerdote.

La Parroquia de Vallenar tiene 11.000 kilómetros cuadrados y tres pueblos que atender. La de Placilla 11.000 almas con tres pueblos a su cargo. La de San Carlos una extensión de 144 leguas, con una población de 40.000 almas. La Parroquia de El Salvador (diócesis de Valparaíso) 30.000 almas y 8 escuelas en su jurisdicción. Puchuncaví 8.000 almas, 10 centros de población y 7 escuelas. La de Parral 20.000 kilómentros cuadrados; 20.000 habitantes, 15 escuelas, 3 centros de población. Villa Alegre 15.000 habitantes, 10 escuelas. El término medio de habitantes en las parroquias de Temuco es de 18.888; en las de Magallanes, 10.000; en las de Santiago, 13.656; en Valparaíso, 12.672; en Valdivia, 13.235.

¡Qué triste es ver tanta mies abandonada por falta de operarios que vayan a recoger la abundante cosecha! ¡En algunos pueblos de Chile los habitantes no recuerdan haber visto nunca un sacerdote! Y ¡qué abrumador resulta para un sacerdote encontrarse solo en regiones tan vastas... Una confesión le significa a veces un par de días a caballo, teniendo que abandonar completamente sus otros trabajos y volver extenuado, a veces arrojando sangre como no faltan casos. Y, a pesar de todos sus esfuerzos ¡cuántos son los enfermos que mueren cada año sin recibir los sacramentos!

CONSECUENCIAS DE LA ESCASEZ SACERDOTAL.

Hemos procurado diligentemente reunir informaciones oculares sobre las consecuencias de esta falta de sacerdotes en la vida religiosa del país. Refiriéndose

a la zona Norte, nos dice un testigo: "La impresión que tenemos de la gente es optimista. Toda de muy buena voluntad. Los obreros escuchan atentos y silenciosos la explicación de la religión. No ha habido una nota discordante en nuestra jira, pero lo que me llega al alma es el abandono religioso por la escasez de clero. Todos estos pueblos serían nuestros si hubiera sacerdotes. En la Oficina Cecilia hay 5.000 habitantes, dan toda clase de facilidades y para todos los cultos, como también lo ví en Chacabuco". Me decía un jefe: "Si viniera un mahometano, a él le daríamos las facilidades; queremos que haya religión"; de manera que hay muchos evangélicos. Atiende ambas Oficinas un Padre que viene de Antofagasta y tiene también una serie de pueblecitos a su cargo. No puede imaginarse la buena voluntad de esta gente y la docilidad para escuchar. . ."

En una oficina salitrera nuestro informante encontró en una sola cuadra 11 familias sin matrimonio religioso; una mujer de pelo blanco sin haber hecho la primera comunión; una persona de esta localidad nos escribe: "Hemos hecho toda clase de diligencias para traer misioneros, pero no los hemos podido conseguir porque el Obispo no tiene a quién mandar".

Los hospitales de la zona Norte casi todos son laicos: no tienen religiosas ni capellán; así en Vallenar, Freirina, Chañaral, Potrerillos, Barquitos. Igual cosa en los hospitales de las salitreras y Chuquicamata. Cuando nuestro visitante pasó por una de esas localidades acababa de suceder que un enfermo gravísimo del hospital llamó al señor Cura, pero como no había sacerdotes se hincó en la cama, tomó una imagen y empezó la

confesión de sus pecados en alta voz. Los demás enfermos lloraban. El enfermo murió esa misma noche.

En Chañaral, hospital laico en que los enfermos mueren sin sacramentos. En el pueblecito vecino, hospital laico también. Pueblo Hundido, a varias horas en ferrocarril desde la Parroquia más cercana también sin sacerdote, habiendo tren sólo dos o tres veces por semana para comunicar estas poblaciones. En un pueblecito vecino a Salamanca agoniza un hombre y no hay un sacerdote. La gente va a la Capilla vecina y trae en procesión un crucifijo para que "perdone al enfermo que moría sin confesión".

La Pampa ha sido evangelizada en su mayoría por sacerdotes extranjeros que tienen que llevar una vida ruda en medio de aquellas soledades. Uno de estos celosos sacerdotes tenía a su cargo 55.000 kilómetros cuadrados, casi dos veces la extensión de Bélgica. En esta inmensa zona multitud de poblaciones diseminadas: Puerto de Pisagua con 200 almas; al exterior la Parroquia de Dolores con 2.000; Negreiros que tiene dos oficinas salitreras con 1.000 personas cada una. Para ir desde Zapiga, donde llega el ferrocarril, a Camiña se necesita un día a caballo, y desde aquí a la frontera con un calor de más de 35 grados durante el día y de 6 bajo cero en la noche. En cada quebrada de la cordillera se encuentran aldehuelas y así tenemos aquí 9 capillas rodeadas de numerosas familias. Todos los años va el misionero recorriendo esos lugares apartados, muchas veces, sin otro medio de locomoción que el que usaba San Francisco. Caminando por este lugar a la Cordillera se llega a la frontera boliviana con unos

30 pueblecitos de indios que hablan el aimará, a los cuales presta voluntariamente sus servicios el sacerdote. La otra parroquia a cargo del mismo párroco cuando se escribieron estas líneas, comprende 5 pueblos con unas 1.500 personas diseminadas. Para llegar al último de estos pueblecitos, se necesita andar 5 días a caballo. La distancia entre una parroquia y otra es inmensa, el viaje dura horas y horas antes de alcanzar al párroco vecino, al cual es necesario visitar siquiera para poderse confesar. Uno de estos párrocos nos decía que tenía más de 150 bautismos y 50 matrimonios por mes. Esta pobre gente privada y abandonada de sacerdotes, va siendo presa ahora de los protestantes. ¡Cómo es verdad que tenemos actualmente en Chile tierras de misión aisladas de todo socorro! El silencio de la Pampa es un silencio religioso en la plenitud de la palabra. ¡Cuánta culpa tenemos de ello los católicos! ¡Cuántos jóvenes que sueñan con grandes ideales ignoran tal vez que tienen en las partes nortinas el más bello campo de apostolado, la más noble empresa que jamás pudieron soñar!

Dirigiendo ahora nuestras miradas al Sur, fijémonos por ejemplo en la Diócesis de Temuco. Su Obispo nos escribía en 1936, que hay 30.000 araucanos casi abandonados por la escasez de sacerdote. Esta diócesis tiene en su inmenso territorio 310.000 almas. Para atenderlas hay sólo 18 parroquias, de las cuales 2 están sin párroco más de un año. En Osorno, la parroquia tiene 45.000 almas en una extensión de 4.000 kilómetros cuadrados y para atenderla sólo 3 sacerdotes, con la obligación de proveer tres parroquias. Una pa-

rroquia vecina a ésta tiene 30.000 almas, con un solo sacerdote para la parroquia. Otro cura de esta diócesis, tiene a su cargo 2 parroquias con 25.000 almas. No es raro que en estas condiciones los celosos pastores pierdan pronto sus fuerzas. En un solo año perdió un Obispo la tercera parte de sus párrocos por muerte o enfermedad.

Un párroco del Sur daba cuenta a su Obispo cómo con frecuencia se presentan mapuches pidiendo el bautizo para sus niños y aún para adultos, pero que carecen de toda instrucción religiosa y no tienen medio alguno de aprenderla entre los suyos, tan ignorantes como ellos. El día en que escribe esta carta se le habían presentado cuatro mapuches, de los cuales tres pedían el bautismo: el padre, una hija de 20 y otra de 8. Carecían de toda instrucción, pero la madre suplicaba que se les bautizara, diciendo: "Bautícelos no más, señor cura; Dios hace lo demás y salva a los mapuches".

En estas circunstancias ¿cómo puede existir vida cristiana en nuestro pueblo? ¿Cómo puede pedírseles que abandonen las supersticiones y vivan un cristianismo integral? La culpa de los errores y vicios de nuestro pueblo ¿de quién será? ¿de las pobres ovejas que no han tenido nunca pastor o de los que pudiendo ser pastores han preferido sus comodidades al sacrificio del apostolado?

OTROS ASPECTO DE LA CRISIS SACERDOTAL.

Faltos de clero los Obispos no pueden sino con gran dificultad dar a los sacerdotes jóvenes el tiempo

necesario para los estudios superiores. ¡Cuántos hombres que podrían cultivar con gran provecho una ciencia han de renunciar a ella! Es un grave problema que merece meditación el de la cultura científica de nuestros sacerdotes. La ciencia no es para la Iglesia un lujo, sino una *"condición vital de la fe y del apostolado"*. Por la escasez de teólogos, de filósofos, de exégetas, un clero puede correr los peores peligros. Al menos corre el peligro de perder el sentido de las cosas del espíritu. Ahora bien, entre nosotros los trabajos dogmáticos serios, los históricos y exegéticos son raros. ¿Podemos pensar en lanzar a nuestros seminaristas y jóvenes religiosos un llamamiento al trabajo de alta cultura religiosa, cuando las almas perecen de hambre? Ahora bien, como decía un orador sagrado a sus soldados a punto de partir a la guerra: "Más que pan, más que vestidos, el hombre necesita admiración". Lo primero que se pide al sacerdote es la santidad de su vida, pero además se le exige la ciencia divina y humana y el conocimiento de todo lo que tiene un valor espiritual.

Otro aspecto al que hay que atender también cuando se considera la falta de sacerdotes, es la imposibilidad en que éstos se encuentran de atender a otros que no sean los corderos piadosos del rebaño. Parece ser ésta una maldición propia de nuestro siglo atormentado y recargado de obras. La culpa no es del clero pero ¡cuánto daño para las almas! Si miramos nuestra Universidad oficial casi completamente desprovista de ayuda sacerdotal, la Universidad de Concepción, los liceos a todo lo largo de la República, los colegios protes-

tantes, las asociaciones obreras y el grupo inmenso de hombres alejado de la Iglesia, a quienes deberíamos predicar a Cristo, no podemos menos de dolernos al ver que hoy no podemos realizar este apostolado porque no hay quien atienda los puestos más indispensables. Una vida así no es normal. Apenas se cultiva a un grupito fiel pero no se lleva la luz a los incrédulos, ni se conquistan almas nuevas.

Pobreza de la Iglesia Chilena.

Desde hace mucho tiempo se ha difundido la fantástica idea de las grandes riquezas de la Iglesia Chilena, que hace eco a los millones de los jesuítas guardados en los recónditos subterráneos. ¡Si conociese nuestra gente la realidad tan distinta de estos cálculos quiméricos!

Un Obispo nortino escribe: "Hoy la mayor parte de las parroquias no alcanzan a dar al párroco $ 50 mensuales por sus servicios y atenciones, porque sus feligreses son pobrísimos. Y hay que pensar que sólo el agua en el Norte llega a costar $ 4 el metro cúbico. En otras diócesis del Norte la asignación a los párrocos llega a $ 200 mensuales. ¿Qué se hace con esa suma? Ha de vivir, viajar, ayudar a los pobres. . . y los hay tan numerosos. Hay barrios obreros que son una vergüenza humana. En Tocopilla existe el barrio llamado Manchuria, vergüenza humana, horror de pobreza, suciedad y desorden, construído en gran parte de latas, tablas de cajones y gangochos. Estos suburbios existen a lo largo de todo Chile, incluso en San-

tiago, donde muchos hermanos nuestros van a vivir bajo los puentes del río. El sacerdote que se acerca a ellos para hablarles de Cristo no puede menos de ayudar de su pobreza al que tiene menos que él, pues no puede predicar donde hay estómagos vacíos.

En pleno centro del país hay parroquias que no tienen más que la modesta subvención que les da la Curia y algunas entradas parroquiales, que en total suman una entrada que no llega a $ 400 mensuales, con los cuales el Párroco ha de vivir y alimentar a veces a personas de su familia. Vive urgido por la pobreza y cuando ve los libros que debiera comprar para continuar su formación, para hacer bien a las almas, tiene que quedarse con el deseo de adquirirlos porque no le alcanzan las entradas para cubrir su costo.

Un Obispo del Sur nos escribe: "Afirmo en conciencia que ni siquiera vivo al día. Las pocas entradas fijas que tengo son $ 2.500 mensuales para todos los gastos de mi diócesis: sostener la Curia, al Obispo, Vicario General, Tesorero, pago de hipotecas, ayuda de obras religiosas y a los párrocos". ¿Qué puede hacer con este presupuesto que apenas basta a una familia de un mediano empleado fiscal?

En la diócesis de Temuco de sus 18 parroquias, sólo tres tienen su templo y casa parroquial en buen estado. Las 15 restantes o tienen la iglesia inconclusa o no tienen casa parroquial siquiera en regular estado. Hay muchos caseríos distantes que han de ser atendidos en forma transitoria por los párrocos menos lejanos, lo que ocasiona gastos de viajes que no pueden

hacer los propios párrocos porque viven con suma estrechez.

En la diócesis de Ancud el Obispo apenas puede ayudar con $ 50 mensuales a los párrocos más pobres, para proveer a su mantenimiento. Misioneros que han recorrido algunas de esas parroquias han vuelto con el corazón oprimido al ver no la pobreza sino la miseria. Hay parroquias donde apenas hay una cama, una mesa, una silla, un cubierto, y el propio párroco ha de hacer su cocina. El sacrificio de la pobreza se agrega a las privaciones que significan el alejamiento en medio del océano donde apenas llegan los diarios y el correo, donde no hay ni luz eléctrica ni la más mínima comodidad. Los viajes los han de hacer en barcos de pequeño calado, en botes expuestos a hundirse en medio de las fuertes tormentas del Sur, y en el interior de las islas a caballo por caminos intransitables, sobre todo en el invierno. Recuérdese que en Chiloé llueve casi nueve meses en el año, lo que dificulta enormemente la atención de los feligreses.

Un aspecto de la pobreza sacerdotal en la que muchos cristianos no han reparado, es la vejez del sacerdote, sus enfermedades, su invalidez. A veces hemos visto heroicos curas que no han tenido en su enfermedad más remedio que ir al hospital, y sus hermanos en el sacerdocio han debido hacer una colecta para comprar el ataúd y darle una sepultura que no sea la fosa común. Y estos hombres abnegados consagran su vida al servicio de los demás.

La educación religiosa de los alumnos debe hacerlos conscientes de estas realidades: debe hacerlos ver a qué

precio sus Obispos, sus párrocos, sus educadores han sembrado y cultivado en sus almas la semilla de la fe, lo que exige de ellos la respuesta de la gratitud, virtud por desgracia demasiado rara.

Hay quienes creen que se les deben a ellos todos los servicios, los reciben con la mayor naturalidad sin haber reparado nunca en el inmenso sacrificio de sus pastores y educadores y mucho menos sin haber jamás pensado en mostrarles su gratitud. Por el contrario, los defectos de sus maestros están bien presentes en su espíritu y en sus conversaciones. La ingratitud de los fieles, tomada como fenómeno colectivo, es un hecho demasiado frecuente y demasiado triste que denota ausencia de educación social.

El despertar del sentido social hará a los alumnos más conscientes que la Iglesia es *su Iglesia,* que los sacerdotes son *sus sacerdotes*, que los fieles son *sus hermanos* y los pródigos *el objeto de sus desvelos*. Una comunidad cristiana con sentido social será una comunidad regida por el vínculo del amor, de la gratitud, del apostolado, será el testimonio viviente que Cristo pidió a sus discípulos para que el mundo conociera que lo son.

IV

URGENCIA DE UNA ORIENTACION SOCIAL

DOS GRUPOS DE PROBLEMAS.

ACABAMOS de pasar la vista rápidamente sobre los conflictos y dolores que solicitan el amor de quien ha comprendido que la caridad ha de ser la norma de su vida. Es necesario resolverse a traducir este amor en obras.

Jules Simon (1), ha planteado con nitidez la actitud del católico ante los problemas que éste tiene

(1) Citamos ampliamente pensamientos esparcidos en su obra: "Los católicos, la política y el dinero".

constantemente frente a su conciencia. Dos son éstos: "Uno atañe a su vida interior y moral: como miembro de la Iglesia tiene una fe que conservar, un dogma que conocer, ritos y mandamientos que observar y sobre todo una llama espiritual que alimentar. El otro atañe a su vida exterior y social: como miembro de una ciudad terrestre debe comportarse igual que cualquier otro ciudadano y cumplir sus deberes hacia la comunidad y hacia el Estado, pero con un acrecentamiento particular de dificultades, dado que siendo cristiano necesita confrontar y poner de acuerdo las exigencias de su conciencia social con las de su conciencia religiosa.

El primer problema es ciertamente el de la vida interior: de ella y nada más que de ella ha de venir la fuerza, el dinamismo necesario para afrontar los grandes sacrificios de la acción exterior. El mundo no será devuelto a Jesucristo por cruzados que sólo lleven la cruz impresa en su coraza. La Iglesia no puede ser salvada por soñadores que sólo entran en su nave con ensueños o buenos deseos. Un testigo no será útil a la causa de Cristo, sino en la medida en que un auténtico espíritu cristiano anime su pensamiento y su corazón".

La intensidad de la vida interior, lejos de excluir la actividad social la hace más urgente, como un desborde necesario de esa riqueza que contenida aprieta el fondo del alma. Quien ha comprendido algo del mensaje de Cristo se da perfecta cuenta que no podrá llegar a ser cristiano si contentándose con un cierto orden puramente interior, a lo más con ciertas prácticas exteriores se desinteresa del bien común; si profesando una religión que coloca en la cumbre de su moral las virtudes

de justicia y caridad no se pregunta constantemente cuáles son las exigencias de esas virtudes en la vida social cotidiana.

Un doble conflicto se plantea constantemente para el cristiano: Uno exterior entre su Iglesia y el mundo: y otro mucho más agudo en su conciencia íntima de hombre, entre su fe en la fraternidad sobrenatural de los hombres y el cumplimiento de sus deberes de justicia y caridad. De estos dos conflictos, el segundo es aún más violento que el primero. Más fácil es encontrar quienes defiendan a la Iglesia en sus luchas estrictamente religiosas, quienes quieran afrontar íntegramente la lucha contra la concepción egoísta y pagana del mundo económico contemporáneo. Más fácil es darse cuenta de las intenciones remotas de un proyecto de ley comunizante o sectario, que percibir cuán lejos están del espíritu de Cristo las costumbres y prácticas del medio social en que viven instalados muchos cristianos en la más absoluta buena fe. Algunos se consideran culpables al estrechar la mano de un masón o de un comunista, pero no al tratar con quienes violan abiertamente la justicia en sus negocios y la caridad en sus palabras o en sus omisiones egoístas. Es más fácil guardar las apariencias y practicar las virtudes que requieren una entrega de fondo; observar las prácticas exteriores, hacer actos de devoción personal, separarse de cierto tipo de impíos, que cerrar el alma a todas las impiedades que Jesús combatió con mayor vehemencia. Sin embargo el testimonio de estos testigos incompletos suele acarrear más daños que bienes a la Iglesia. Los que esperan encontrar en la vida personal de los cató-

licos una traducción de su fe, condenan a la Iglesia como incapaz de reformar al hombre interiormente, y en algunos llegan a condenarla como cómplice o amparadora de las injusticias de esos cristianos de fachada. La fidelidad a Dios si es verdadera debe traducirse en justicia frente a los hombres.

En un ambiente tan profundamente pagano como el que nos rodea hay que descubrir y combatir el mal no sólo en abstracto y en teoría, sino en los casos concretos y en la práctica. Abuso de las riquezas, acaparamientos, especulaciones, precios injustos, vida social exagerada, constituyen otras tantas deserciones al espíritu social del cristiano que es necesario señalar en forma bien precisa. Hay que vivir permanentemente alerta para no desertar del espíritu de Cristo y no adherir a la mentalidad pagana del ambiente. Hay un peligro continuo de solidarizar más íntimamente con las costumbres de la sociedad en la que vivimos temporalmente, que con las máximas de la Iglesia que es nuestra sociedad de la eternidad.

El peso de una tradición prácticamente pagana en que estamos viviendo es enorme: es rara la época y el país marcado no sólo simbólica sino también efectivamente por la señal de la Cruz. Esta condición de lucha entre una visión cristiana de la eternidad, por tanto de amor y de justicia, y una visión pagana que sólo aprecia el goce en el tiempo, parece haber sido la condición normal en que se ha desarrollado la vida cristiana en sus veinte siglos de existencia.

Por eso, para llamarse defensor del "orden social existente" tenemos que recordar que éste tiene poco

de cristiano. El católico ha de ser como nadie amigo del orden, pero éste no es la inmovilidad impuesta de fuera sino *el equilibrio interior* que se realiza por el cumplimiento de la justicia y de la caridad: No basta que haya una aparente tranquilidad obtenida por la presión de fuerzas insuperables; es necesario que cada uno ocupe el sitio que le corresponde conforme a su naturaleza humana, que participe de los trabajos, pero también de las satisfacciones, como conviene a hermanos, hijos de un mismo Padre.

CRITERIOS PARA JUZGAR EL ORDEN SOCIAL.

Para conocer cuál sea este equilibrio interior tenemos la luz de nuestra razón, luz poderosa que nos pone en contacto con la verdad, con el orden de las cosas, con la naturaleza humana, tomada en el conjunto de sus relaciones. De este estudio fluye la norma de moralidad que es la base de una moral natural.

Pero, además de esta luz común a todos los hombres, aunque desigual en su intensidad en cada uno de ellos, tenemos una luz más clara, la de la revelación divina, que sirve de supremo principio orientador, y la de las enseñanzas de la Iglesia que aplican esos altos principios a las circunstancias concretas en que vivimos.

Si no tuviéramos más luces que las de la pura razón natural viviríamos en perpetuo conflicto y el campo de nuestros conocimientos ciertos se vería estrechamente limitado. Felizmente tenemos esta otra fuente de verdad más segura garantizada con la asistencia del

Espíritu Santo, que según la promesa del Maestro estará con su Iglesia hasta el fin de los siglos.

Esta luz divina no la recibe cada fíel inmediatamente, por comunicación especial del cielo, pero sí por medio de la comunidad de los creyentes que es la Iglesia. Por ella y a través de sus pastores, en particular de Pedro, recibiremos el mensaje de Cristo, luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

La Iglesia no es una institución oficial, un puro cuerpo oficinesco, sino que es Cristo prolongado y viviendo entre nosotros. Si le preguntamos a la Iglesia qué concepto tiene de sí propia, nos dirá que ella es la manifestación de lo sobrenatural, de lo divino, la realidad nueva traída por Cristo, lo divino bajo una envoltura terrenal. Y como es la persona de Cristo donde la plenitud de esta divinidad se ha manifestado, la Iglesia es, según expresión de San Pablo, el cuerpo de Cristo. Esta unión de Cristo con la Iglesia visible, es tan íntima, tan indisoluble, tan esencial, que San Pablo llama a Cristo, la cabeza del cuerpo de la Iglesia. Según expresión de San Agustín, la Iglesia es el Cristo total.

El dogma de la Iglesia no es sino la proposición hecha a nuestra fe de la revelación de Cristo. La moral católica es un acomodar todo creyente a Cristo; para hacer de él, otro Cristo (1).

La autoridad de la Iglesia no es más que el magisterio de Cristo prolongado. No hay en ella sino una autoridad legítima, un solo Maestro, un solo Pastor: Cristo.

(1) Cfr. Karl Adam: "La esencia del catolicismo".

El creyente que acepta la autoridad de la Iglesia somete su pensamiento y su voluntad a Cristo, que dirige a la Iglesia por medio de sus ministros. Estos no son sino instrumentos del Maestro, pero es de El de quien desciende la gracia a las almas.

La unidad visible de este cuerpo visible viene de quien más directamente representa a Cristo, de quien por El ha sido encargado de conservar y proteger esta unidad: del Papa. Para todo fiel el Sumo Pontífice es la encarnación de la unidad de la Iglesia. Es él el Pastor que ha recibido del Pastor Supremo la misión de apacentar los corderos y las ovejas. No es una de las piedras de la Iglesia ni la primera piedra, sino la roca sobre la cual todas las demás piedras reposan. Por él cobra el edificio entero resistencia y solidez. Su autoridad se ejerce sobre todos los Pastores y fieles. Por esto es imposible buscar una solución social cualquiera prescindiendo de la autoridad del representante de Cristo. Sus normas serán indispensables para los verdaderos creyentes, y su gran preocupación deberá ser realizarlas en forma sincera atendiendo a traducir lealmente su pensamiento en las circunstancias concretas en que debe aplicarse. La ley del amor encuentra su más alta expresión cuando se realiza en la unidad de la Iglesia y conforme a sus normas.

Orientaciones pontificias en materia social.

El terreno social no está ahora inexplorado, al menos en la región de los principios y aún en muchas

aplicaciones, pues, ahí está la doctrina pontificia y la de los obispos y teólogos que han venido en nuestro tiempo a iluminar estos problemas como otrora lo hicieron sobre las preocupaciones de épocas anteriores. El primer Pontífice que se pronunció sobre estos problemas contemporáneos fué León XIII, abriendo la serie de documentos pontificios sobre todos los problemas públicos que atañen a la moral cristiana. Al hacerlo no era un joven ni podía ser tachado de inexperiencia pues, al dar al mundo la Encíclica "Rerum Novarum" en 1891, León XIII tenía 83 años y diez años más tarde confirmaba estas enseñanzas en la Encíclica "Graves de Communi" sobre la Democracia Cristiana.

Estos documentos han sido universalmente reconocidos de incomparable valor y los Pontífices más recientes han reiterado su actualidad. S. S. Benedicto XV recomendaba a los cristianos no apartar los ojos de la Encíclica "Rerum Novarum" de la cual el tiempo no ha logrado menoscabar la fuerza ni disminuir la oportunidad.

S. S. Pío XI atribuyó tal importancia a la Encíclica 'Rerum Novarum" que al celebrarse los 40 años de su publicación promulgó la más importante de sus encíclicas, "Quadragessimo Anno" y pronunció un discurso radiodifundido al mundo entero afirmando que la Encíclica de León XIII "es la gran carta que debe ser el fundamento de toda actividad cristiana en materia social. Quien hiciera poco caso de ella o de su solemne conmemoración demostraría despreciar lo que ignora o no comprender lo que conoce a medias".

La documentación pontificia sobre la acción social

es inmensa. Sus más importantes documentos son los siguientes: "Rerum Novarum", "Quadragessimo Anno", "Charitate Christi compulsi", "Divini Redemptoris", discurso de Pentecostés de S. S. Pío XII en 1941.

A la luz de estas enseñanzas podemos, pues, marchar tranquilos: el precepto del amor bien fijo en el alma, y las enseñanzas de nuestros pastores señalándonos soluciones precisas para los problemas de nuestra época. Estos deberían ser los principios orientadores de quien quiera ser un católico de verdad.

Formación social.

S. S. Pío XI decía con pena que "los católicos del mundo entero bastante instruídos, en general, respecto de sus deberes individuales ignoran en su gran mayoría sus deberes sociales. Es ésta una inmensa laguna sobre la cual conviene esclarecer la conciencia porque es la causa de muchas desgracias.

Muchos, tristemente, piensan que son ajenos al catolicismo principios que son hijos auténticos del amor cristiano, y aún osan confundirlos con las doctrinas socialistas y comunistas. Esto no es nuevo. Ya León XIII decía al Cardenal Mermillod: "Sé que se critican vuestras ideas como si fueran socialistas. No, no son socialistas. Los que ésto afirman no sospechan siquiera las doctrinas fundamentales del orden social cristiano" (1).

---

(1) Cfr. Guitton: "El amor, clave de la paz social". Difusión, Buenos Aires, 1944, pág. 17.

S. S. Pío XI se queja de la conspiración del silencio en torno de la Encíclica "Rerum Novarum"; y algo parecido debería lamentar posteriormente respecto a su propia Encíclica "Qudragessimo Anno". Deplora el Santo Padre que la enseñanza de su predecesor, tan noble, tan elevada, haya provocado hasta en los mismos católicos la desconfianza y el escándalo. En la Encíclica "Ubi Arcano Dei" lamenta "que muchos que admiten la doctrina católica sobre la autoridad civil y el deber de obedecerla, sobre el derecho de propiedad, sobre las relaciones del poder religioso con el poder civil, etc., en sus discursos y escritos y en todo el conjunto de los actos de su vida proceden exactamente como si las enseñanzas y las órdenes promulgadas y reiteradas tantas veces por los Sumos Pontífices hubieran perdido su valor primitivo y ya no merecieran ser tomadas en consideración. Este hecho revela una especie de modernismo moral, jurídico y social, condenable tan formalmente como el modernismo dogmático".

Como lo reconoce el P. Rutten "no sólo la mayoría de los industriales, sino también un gran número de personalidades católicas del mundo político y de las obras de beneficencia permanecieron indiferentes y a menudo hostiles a la organización de sindicatos autónomos y a la legislación protectora del trabajo en favor de los adultos".

La burguesía católica en su resistencia a la justicia social ha actuado no en cuanto católica, sino en cuanto burguesía, pero esta distinción fácil para nosotros, no lo es para los obreros, que cada domingo han visto

salir de la Misa a aquellos con quienes tropiezan como adversarios en el terreno económico.

No se puede decir ni de lejos que las clases acomodadas estén bajo el control de la Iglesia, pero es cierto que un buen sector de ellas ha dado pruebas de fidelidad ritual y aun espiritual al catolicismo. Por desgracia, muchos no han pensado en acomodar las exigencias de su fe con las condiciones de su actividad económica. La vida de oración se tenía en el templo, pero no se prolongaba en la acción cotidiana. En la iglesia se han dejado llenar del pensamiento de la eternidad, pero fuera de ella, desgraciadamente, se han dejado absorber por las preocupaciones del tiempo, de la riqueza y el placer.

Nosotros, al menos, no desoigamos la voz de la Iglesia tan clara en materia social. El deber de los católicos no es el contentarse con aceptar las conquistas sociales, cuando no se puede menos, ante la fuerza de los hechos. Sería terriblemente penoso para el católico ver que otros católicos sólo a última hora aceptan una victoria obrera, después de haber hecho lo posible por impedirla. El católico en materia social ha de luchar en primera fila, y esto no por miedo al comunismo sino en virtud de su fe. Aunque no hubieran nacido Karl Marx ni Lenín, aunque Rusia estuviera bajo el régimen de los zares, mientras haya un pobre que padezca injusticia, el católico se siente unido a él, deudor a él: de ésta deuda no se sentirá libre hasta haberla pagado. El católico es social, no por anticomunista, sino porque es católico.

El sacerdote, en especial, tiene el sagrado deber de

dar testimonio de la verdad cristiana en el terreno social con no menor valentía que en otro terreno en que está interesada la revelación sobrenatural. El sacerdote puede como Judas traicionar la causa de Cristo, y lo haría cada vez que no defendiera a Jesús en el terreno que es atacado. No debe haber razón ninguna. ni el temor de amedrentar a quienes quizás debe muchos servicios, ni la timidez frente al poder, ni el peligro de ser mal interpretado que lo autorice a callar. Predicar sólo la resignación y la caridad frente a grandes dolores humanos sería cubrir la injusticia. Resignación y caridad deben predicarse siempre, pero simultáneamente el deber de luchar con todas las armas justas para obtener la justicia.

Un año de silencio puede parecer demasiado poco mientras se vive teniendo con abundancia cuanto se necesita, pero puede parecer demasiado largo para la carne de una clase que sufre. Es muy peligroso el demonio de la novedad y de la precipitación, pero, no menos peligrosos son los demonios de la omisión, de la lentitud, del esperar indefinidamente (1).

Motivos religiosos que urgen una solución social.

Es casi imposible predicar a estómagos vacíos. Un Obispo con cristiana prudencia decía: "No prediquéis demasiado la virtud a menos que por las circunstancias que viven vuestros oyentes les sea fácil practicarla". En

(1) Jules Simon.

ésto no había hecho más que repetir lo que dijo Santo Tomás, el cual exigía una cierta cantidad de bienes materiales como condición normal para la práctica de la virtud (1).

El alejamiento obrero de la vida religiosa obedece en gran parte a la preocupación absorbente de su lucha por la vida. Lo que les interesa primeramente a ellos es cómo dar de comer a la mujer y a los hijos, cómo luchar contra el alza incesante de la vida, cómo asegurarse una relativa tranquilidad en la vejez que se le viene encima. Las preocupaciones religiosas les parecen entonces, desligadas de su vida cotidiana, la única que ellos llaman "vida real" y terminan así por desinteresarse del cumplimiento regular de sus deberes religiosos, a pesar de guardar un sentimiento cristiano en el fondo de sus almas y un amor a tradiciones religiosas de que felizmente no se han desprendido totalmente. Si entonces les apareciera la Iglesia hablándoles del cielo, realidad por ellos desconocida, y hablándoles también de la tierra, que es lo único que ellos conocen y aprecian, el apostolado cristiano tendría un éxito muy diferente. Por la tierra subirían al cielo. Los puntos de contacto entre el sacerdote y los fieles se establecerían más fácilmente e irían desapareciendo prejuicios desde mucho

---

(1) "Ad bonam autem unius hominis vitam duo requiruntur: unum principale, quod est operatio secundum virtutem (virtus enim est qua bene vivitur); aliud vero secundarium et quasi instrumentale, scilicet corporalium bonorum sufficientia, quorum usus est necessarius ad actum virtutis". S. Thom., De Reg. Princip., 1, c. 15.

tiempo acumulados, en el sentido de que la Iglesia se desentiende totalmente de los problemas humanos.

¡Qué deprimentes son estas palabras que un sacerdote francés dice haber oído en su patria y que por desgracia también se dicen en otros países!: "Este barrio no vale gran cosa desde el punto de vista religioso: es todo obrero". ¡Palabras desoladoras que deberían ser una lanza clavada en el corazón de todos los que aman a Cristo!

La vida moral de los obreros en las condiciones actuales de su ambiente es deficilísima. Pío XI en su Encíclica "Quadragessimo Anno" dice: "Son tales actualmente las condiciones de la vida económica y social, que muchos encuentran inmensas dificultades para realizar la única obra necesaria, la de su salvación eterna. Uno se espanta de los graves peligros que corren en los talleres modernos la moralidad de los trabajadores, sobre todo la de los jóvenes, el pudor de las mujeres y de sus hijas; se horroriza cuando piensa en los obstáculos que proporciona el régimen actual de trabajo. La materia sale ennoblecida del taller, mientras los hombres se corrompen y degradan".

Estas condiciones, por distintos motivos, no son menos favorables en la clase media, que encuentra dificultades enormes para poder recibir una educación cristiana y para llevar una vida conforme a la moral de Cristo, dada la insuficiencia de sus recursos económicos. ¿Cómo tener los hijos que Dios quiera enviar, cómo pagar un colegio católico, cuando no hay los medios suficientes para afrontar esos gastos en conformidad a un mediano standard de vida en el que quieren mantenerse?

La clase alta tiene también peligros que nacen precisamente del exceso de medios de vida a su alcance. Pereza, molicie, sensualidad, juego, ebriedad... Consecuencias de su excesiva riqueza.

El orden social actual no responde al plan de la Providencia. La vida religiosa y moral en cada uno de los medios sociales está dificultada actualmente por el problema del exceso o de falta de medios de vida. Para muchísimas personas el ambiente en que viven es tan opuesto a la moral como el aire envenenado para la respiración de los pulmones.

Dios ha querido al crearnos, que nos santificáramos. Este ha sido el motivo que explica la creación: tener santos en el mundo; tener hijos en los cuales se manifestaran los esplendores de su gracia. Ahora bien, ¿cómo santificarse en el ambiente actual si no se realiza una profunda reforma social?

La lección de Jesús.

Nadie como Jesús tenía ante sus ojos el deseo de sanar nuestras almas, de restablecer nuestras relaciones con Dios, de fortalecer nuestra vida interior. Pero conociendo la realidad de nuestra naturaleza humana, nos trató no sólo como almas, sino como hombres, como seres que deben mirar al cielo, pero afirmar también sus pies en la tierra. Por eso inició el Salvador su misión apostólica haciendo el bien material, sanando los enfermos, multiplicando los panes, ofreciendo aliviar la car-

ga y dar paz a los espíritus. Se mostró primero el Hijo del Hombre antes de darse a conocer como el Hijo de Dios. San Jerónimo hablando de El dice que después de su predicación curaba todo desfallecimiento y enfermedad, a fin de persuadir con sus obras a los que no había persuadido con su discurso.

Nosotros no podemos como el Señor multiplicar los panes, ni resucitar a los muertos, pero, podemos ser los cooperadores abnegados de los que trabajan en aliviar todos los sufrimientos humanos.

Esta ha sido la tradición de la Iglesia. Los Apóstoles desde el principio realizaron en forma intensa la práctica del más hondo sentido social: invitaron a los cristianos de Jerusalén a poner sus bienes en común; designaron a los diáconos para socorrer a las viudas; visitaban a los enfermos y encarcelados. Este es el mismo espíritu que rige en la propagación actual del Evangelio: en las misiones junto a la capilla está el dispensario. No cabè duda que más que muchos sermones está influyendo en la evangelización de la China la labor del P. Jacquimot que ha obtenido la formación de una zona de paz donde han ido a refugiarse varios centenares de miles de pobres chinos desposeídos de todo por los horrores de la guerra, recibiendo del misionero pan, techo y abrigo, en forma más efectiva que la que prometen muchos agitadores.

La JOC, institución providencial para nuestro siglo, ha reconquistado para la Iglesia, en menos de diez años más de quinientos mil jóvenes obreros del mundo. Pero la JOC no es sólo una predicación abstracta del dogma y de la moral cristiana, sino también y muy principal-

mente un servicio social, servicio para los enfermos, servicio para los soldados, servicio de colocaciones, servicio de representación, de las aspiraciones de la juventud proletaria ante los poderes nacionales y aún ante la organización internacional de Ginebra. La JOC, ha seguido el ejemplo de Jesús; ha reconocido en los seres humanos no sólo almas que enseñar. sino hombres que servir y salvar.

La Iglesia tiene enorme poder de asimilación de todas las condiciones humanas para elevarlas, lo que no es sino una consecuencia de La Encarnación que ella prolonga para la salvación de todas las razas y clases sociales en todos los períodos de la historia. Por eso los Sumos Pontífices nos invitan seriamente a una adaptación de nuestro apostolado a los problemas de la época en que vivimos, a los problemas que preocupan cada clase, cada ambiente de nuestra sociedad.

La predicación del sacerdote debe estar también ajustada al ambiente real de los fieles: que los mineros tomen contacto con una religión hecha para ellos, ajustada a sus realidades y que solucione sus problemas; que los campesinos se encuentren con un párroco como ese inimitable cura Brochero que comprendió los tesoros encerrados bajo esas asperezas del alma gaucha e hizo de las serranías cordobesas pueblos de santos.

No podemos escandalizarnos de esta aspiración, tachándola de ilegítima, porque la Iglesia afirma continuamente que está llamada a solucionar todos los problemas humanos, incluso los más materiales. Ella no estima indigno de su misión sobrenatural bendecir los huevos de Pascua, el horno del pan, las estaciones de

ferrocarril, el lecho nupcial. Un sacerdote con sobrepelliz y estola no cree rebajarse cuando se dirige al establo de las bestias e invoca sobre ellas las bendiciones de la Santísima Trinidad. Inspirado en este criterio Benedicto XV no temía decir a un apóstol social: "Recordad que cuando establecéis una casa rural cumplís una misión sagrada".

La acción social merece bien la ayuda entusiasta de todos los católicos ya que su fin último es el de restablecer, sin revoluciones ni trastornos, sino por la aplicación valiente y sostenida de todos los medios legítimos, la armonía del plan providencial en la sociedad que nos rodea. Una acción social, así concebida, tiene a Dios por aliado. El éxito final le pertenece.

Indicábamos en el prólogo de este libro que la finalidad de estas páginas no es tocar puntos técnicos, ni pronunciarse sobre los medios inmediatos de acción. Con todo no podemos menos de recordar que el espíritu sobrenatural sólo no basta para solucionar el problema social. Aunque todos los cristianos fuesen santos, no por ese solo hecho se solucionaría el mal social, aunque claro está la tarea estaría enormemente facilitada al desaparecer el principal escollo del egoísmo. Hace falta también la técnica. Es necesario observar las cosas, criticar las ideas, razonar sobre los hechos, proponer planes y construir. Hay que pasar de la moral a la técnica y para ello se necesita talento, trabajo y preparación especial. Los que se afanan en esta senda tan difícil, tan llena de precipicios, merecen nuestra simpatía, incluso cuando sin quererlo cometen errores tan difíciles de evitar en un camino rodeado de precipicios.

Esta colaboración armoniosa de los hombres de buena voluntad en la cual cada uno aportará su granito de arena, no podrá menos de ser bendecida por Dios, y con la bendición divina se camina hacia la solución de un problema que tanto interesa al hombre para el tiempo y para la eternidad.



V

LA PRACTICA DE LA JUSTICIA

TODA educación social comienza por valorar la justicia. La justicia parece una virtud desteñida, sin brillo, porque sus exigencias son a primera vista muy modestas, por eso no despierta entusiasmos. Su cumplimiento no acarrea gloria. Es la más humilde de las virtudes. Uno podrá ufanarse de sus limosnas, pero no de no haber matado a alguien, ni de haber pagado sus deudas, de no haber difamado al prójimo. Esto es lo que tenía que hacer y nada más.

Y sin embargo la justicia es una virtud difícil, muy difícil cuya práctica exige una gran dosis de rectitud

y de humildad. Hay mucha gente que está dispuesta a hacer obras de caridad, a fundar un colegio, un club para sus obreros, a darles limosna en sus apuros, pero que no puede resignarse a lo único que debe hacer, esto es, a pagar a sus obreros un salario bueno y suficiente para vivir como personas. Hay quienes gozan en abrumar con su bondad a sus inferiores, pero les niegan la más elemental justicia. Y luego se asombran que sus empleados no aprecien todo lo que su bondadoso patrón hace por ellos, que a pesar de todos sus esfuerzos sean ingratos y descontentadizos. Aunque parezca paradógico, es más fácil ser benévolo que justo, pero benevolencia, sin justicia no salvará el abismo entre el patrón y el obrero, entre el profesor y el alumno, entre marido y mujer. Esa benevolencia fundada sobre una injusticia fomentará un profundo resentimiento.

Al que se siente superior le halaga tomar una actitud paternal porque le da una deliciosa sensación de mando. La simple justicia destruye esa sensación y lo coloca en pie de igualdad con los que estima sus inferiores. Pero el hombre, el obrero particularmente, no quiere benevolencia, sino justicia, reconocimiento de sus derechos, de su igualdad de persona. Ningún otro substitutivo lo puede satisfacer.

Esta benevolencia, como muy bien la analiza Ch. Blüher (1), revela un engaño inconsciente dirigido a

---

(1) Citamos ampliamente en este párrafo algunas hermosas ideas de Ch. Blüher en su obra: "La reconstrucción social según el plan de Pío XI".

eludir la justicia; envuelve el deseo de conservar la propia estimación, incluso ante sí mismo, como hombre desprendido y generoso, pero conservando también los beneficios de sus bienes y de su influencia. Es una combinación del servicio de Dios con el de mammona. El que practica la caridad pero desconoce la justicia se hace la ilusión de ser generoso cuando sólo otorga una protección irritante, protección que lejos de despertar gratitud provoca rebeldía.

Muchas obras de caridad puede ostentar nuestra sociedad, pero todo ese inmenso esfuerzo de generosidad, muy de alabar, no logra reparar los estragos de la injusticia. *La injusticia causa enormemente más males que los que puede reparar la caridad.*

No es raro encontrar quienes entiendan mal la doctrina de la Iglesia sobre la caridad. Es cierto que ella coloca a la caridad como la más perfecta de todas las virtudes, pero no a una caridad que desconoce a la justicia, no a una caridad que hace por los obreros lo que ellos deberían hacer por sí mismos, no una caridad que se goza en dar como favor, atropellando la dignidad humana, aquello que el obrero tiene derecho a recibir. Esta no es caridad sino su caricatura. *La caridad comienza donde termina la justicia.* A veces se da menos que lo que reclama la justicia y se piensa que se da más.

Que los encantos de la caridad no nos llevan a despreciar a esta hermana humilde y sencilla, la justicia. Dejémosla poner en orden la casa, colocar cada cosa en su sitio; después vendrá la generosidad del alma cristiana que llenará con largueza aquello que la justicia no pudo colmar.

Estamos felizmente en una época que clama por la justicia. Después de larga opresión los hombres no piensan satisfacerse con nada menos que con la justicia y aspiran a obtenerla aún cuando en la tentativa hubiera de saltar en pedazos el edificio social.

La pasión por la justicia estalla con fuerza desvastadora. En muchos casos la pasión es ciega y recurre a medios que están destinados a resultar desastrosos. Es triste, como lo deplora Pío XI, que el clamor por el pan, que es de toda justicia, vaya acompañado con frecuencia con sentimientos de odio que nunca pueden ser justificados.

El marxismo y el totalitarismo en medio de sus exageraciones han hecho un llamado a las masas para reparar la justicia violada por la economía liberal, y si han encontrado en ellas un eco profundo ha sido más, que por sus errores, por el alma de verdad que encierran, por su clamor en pro de la justicia. Si tantos obreros se han alejado en nuestros días de la fe, muchas veces ha sido porque ellos alimentan la idea equivocada que la Iglesia no está incondicionalmente al lado de la justicia, sirviéndoles de pretexto las actuaciones aisladas de muchos católicos desprovistos de sentido social.

A este desorden debemos oponer el orden de la justicia, sin temor de trastornos, ni de catástrofes. Los hombres son muy comprensivos para saber esperar la aplicación gradual de lo que no puede obtenerse de repente, pero los que no están dispuestos a seguir tolerando es que se les niegue la justicia y se les otorgue con aparente misericordia en nombre de la caridad lo

que les corresponde por derecho propio. Debemos ser justos antes de ser generosos. La injusticia causa más males que los que puede remediar la caridad.

El sentido de la rectitud.

El amor a la justicia se convertirá insensiblemente en una disposición de delicadeza, que nos incitará a evitar todo asomo de injusticia y a cortar una cooperación con los que pretenden perpetuar los abusos.

Cada cual practicará su profesión con absoluta corrección para con todos. El abogado defendiendo el derecho y evitando tinterilladas que pueden estar de acuerdo con la letra y no con el espíritu de la ley.

El ingeniero recordará que los hombres son de naturaleza muy distinta de las máquinas, que tienen derecho a consideraciones debidas a la dignidad de su persona, y no escatimará sacrificios para pagarles un salario justo mientras pueda soportarlo la empresa.

El agricultor reconoce que los hombres son inmensamente más valiosos que los más finos animales, y que las consideraciones que merece un ser humano son de orden muy distinto a las que podría dar a los otros seres de la creación material. El hombre es nuestro hermano. No soporta, por tanto, que mientras las cosechas se guardan con pisos de cemento y muros de concreto, y los caballos de carrera tienen abrigo para el invierno y un cuidador que les prepare la cama y la comida, los pobres, a causa de un salario injusto y de falta de ca-

ridad social vivan en chozas con suelo de tierra y techo de totora y en la práctica sean tenidos en menos estima que los animales que se presentan a la exposición.

El empleado no ocupará las horas de trabajo en actividades de lucro personal. El comerciante declarará honradamente las utilidades. El contratista no hará a la carrera sus trabajos con materiales de segunda, y a veces dejando deliberadamente mal terminada la obra para ser nuevamente llamado. El prestamista no exigirá intereses usurarios. El corredor de comercio no traspasará a su cliente los papeles inseguros; ni hace juegos turbios en la bolsa aprovechando noticias maliciosamente esparcidas, o abusando de informes confidenciales.

¡Acaparamientos, productos falsificados, vino bautizado, leche aguada, abonos mezclados con tierra, fardos de cáñamo con piedras en el interior, ampolletas quemadas con cajas nuevas... tantas y tantas formas del fraude social!

En el trato con las personas modestas el jefe no sospechará de sus intenciones, velará por sus intereses como por los propios, será agradecido a sus servicios recordando que todo el oro del mundo vale menos que un acto humano y que en este sentido el patrón queda siempre deudor a sus obreros.

Los patrones con frecuencia se quejan de sus obreros y lamentan que tengan tan poca conciencia. Los obreros echan de menos el espíritu de justicia y de caridad de parte de sus patrones. Cada clase social lamenta esta falta de conciencia en la clase que complementa la propia. Mientras esa conciencia se generaliza, yo, obrero o

patrón, haré un firme propósito: ¡Yo al menos, seré hombre de conciencia!

Así, en cuanto sea posible, el creyente mantendrá la integridad de su alma en un mundo que se desintegra. ¡Que sus manos sean puras por más impuro que sea el mundo que lo rodea!

El sentido del escándalo.

Hijo o hermano del sentido de justicia es lo que admirablemente ha llamado Jules Simon: "El sentido del escándalo", magníficamente descrito por él mismo (1).

Toda acción social exige primeramente en cada uno de nosotros una obra de purificación espiritual. La primera condición de esta obra es despertar en nuestro espíritu el sentido del escándalo. Tan sólo depende de cada ciudadano en una ínfima medida suprimir la miseria y la desocupación, dar a millones de hombres, desnutridos, alojados como perros, y reducidos a la desesperación, un alimento suficiente, una vivienda salubre y las condiciones esenciales de la moralidad. No podemos cambiar rápidamente el curso de la historia.

Pero una cosa depende de nosotros y esa siempre es posible. Aunque aceptemos el mal como una fatalidad provisoriamente invencible, no lo justifiquemos como

---

(1) Cfr. su obra: "Los católicos, la política y el dinero", de la cual entresacamos varios pensamientos citados en este capítulo.

si fuese el bien absoluto. Constreñidos a los actos viciados por las condiciones que nos dominan, podemos salvar al menos la pureza de nuestro juicio; podemos al menos afirmar que no es buena ni digna de ser inmovilizada para siempre una arquitectura social que hace nacer la miseria de la abundancia y la desocupación de la ingeniosidad técnica; que hace al trabajo esclavo y al dinero rey. *Lo que siempre podemos hacer es asombrarnos y sufrir.* ¡Asombrarnos y sufrir! He aquí lo que todo cristiano debe hacer cuando ve el desorden instalado en vez de la justicia.

Ha sido muy mal entendida la doctrina de la Iglesia sobre la resignación, como si el católico debiera resignarse, sin luchar, al curso de los acontecimientos: tal concepción equivaldría ciertamente al opio del pueblo. Pero no ha sido nunca esa la doctrina de la Iglesia: el católico debe luchar con todas sus fuerzas, valiéndose de todas las armas justas para hacer imperar la justicia. Sólo cuando ha quemado el último cartucho tiene derecho a decir que ha cumplido con su deber. Ante los hechos consumados, que no está en su mano evitar, se resigna, pero no ante las realidades que él puede evitar o modificar.

Es menester vivir, aceptar, someterse, pero se puede al menos mantener la rebelión dolorosa de las conciencias, porque también importa crear las condiciones psicológicas del progreso. Porque todo está perdido si el hombre se resigna al mal desde un principio y pone todo su valor y toda su prudencia en instalarse en el presente, sin guardar lo mejor para preparar el porvenir.

Es cierto que los problemas económicos son muy complejos. ¿Qué podemos hacer cuando nadie ve claro? Se diría que las soluciones escapan a la pobre inteligencia humana... Es posible; pero al menos se puede protestar, protestar con la conciencia cuando no se dispone de otra arma, protestar con la voz, cuando se tiene aliento. Se puede no adquirir el hábito de la injusticia. Se puede rechazar las complicidades... "El silencio sobre las injusticias sociales perjudica en mayor grado a la Iglesia de lo que pudieran servirla grandes discursos sobre el peligro de las logias".

La meditación, la oración, la educación deberían mantenernos con los ojos siempre abiertos al dolor humano, con el corazón adolorido por sus sufrimientos y con la conciencia que rectifica en cada circunstancia los criterios que la masa horriblemente niveladora trata de imponer como criterios de mundo, como lo que todos aceptan, como lo inevitable. El sentido del escándalo nos mantendrá en permanente protesta contra el mal.

Acortar distancias.

El amor a la justicia nos llevará a estar muy atentos en nuestro trato social para no herir a nadie, para no sospechar de sus intenciones, para no aumentar las distancias, sino más bien acortarlas con todos los que están lejos de nosotros, con los que no son nuestros hermanos en la fe, con los que no tienen nuestra mentalidad social, con los que no son de nuestra clase o de nuestro partido.

Frente a los que no creen, procuremos comprender su posición y no atribuyamos su alejamiento precisamente a la mala fe. Tendamos más bien, como lo aconseja San Ignacio, "a salvar la proposición del prójimo antes que a condenarla". Nosotros, gracias a Dios, poseemos la tranquilidad en el goce de la verdad, pero que esto no nos lleve a ignorar la angustia de nuestros hermanos, los tremendos desgarramientos de su alma en busca de luz (1).

Injusto sería condenar en bloque todo lo que los espíritus alejados de la Iglesia puedan decir, como si un filósofo incrédulo o un economista protestante o socialista estuviesen condenados a no decir nunca nada justo. No puede ponderarse hasta donde aleja de la verdad este simplismo e intolerancia para juzgar a los que no militan en el mismo ejército.

Nosotros somos solidarios de todos los espíritus que buscan honradamente la verdad, pues, esta búsqueda absolutamente sincera equivale a un bautismo de deseo que coloca a las almas en situación de recibir la gracia de la fe. El que dijo: "Yo soy la Verdad", reconocerá como suyo al hombre que honradamente lo ha buscado y lo salvará. Por eso dijo, San Juan: "El que hace la Verdad llegará a la Luz".

Por otra parte, como lo reconoce S. S. Pío XI: "Siempre ha estado en los designios de la Providencia Divina obtener el bien del mal. Cuando permite que las falsas

(1) La preciosa novela de Malègue: "Augustin, ou le Maître est là" (París, ediciones Spes). Nos hace comprender esta angustia del que pierde la fe, al mismo tiempo que la penosa colaboración a la gracia para su reconquista.

doctrinas se yergan contra la verdad católica, siempre es con el designio de que al fin la verdad resplandezca con nuevo brillo y que los fieles despierten de su letargo y se esfuerzen en alcanzar mayor perfección y santidad" (Quas Arcanas). Si nosotros hubiésemos sido más diligentes en defender y vivir la verdad ¿habrían existido esos errores? Si ahora nos hemos dormido ellos nos despiertan, a veces demasiado bruscamente, pero les debemos gratitud.

Una caridad que guarde la integridad inflexible para la verdad y la benevolencia para los hombres, aunque se llamen a sí mismos nuestros enemigos, atraerá o acercará al menos esas almas que reconocerán en esta mansedumbre el gesto del manso Cordero de Dios que rogaba por sus perseguidores. Más aún, si una causa justa fuese por ellos defendida debemos admirar su justicia, y nunca contribuir a hacer más hondas las divisiones en una campaña de odios, de recriminaciones, de sospechas, que no llevan sino a separar la familia de los hijos de Dios.

La palabra mentirosa, el juicio infundado aunque recaiga en los enemigos de Cristo y su Iglesia siempre es injusto, jamás se justifica, ni con el pretexto de humillar al enemigo o de impedirle hacer nuevos daños.

El amor a la justicia nos ha de llevar también a acortar distancia con los caídos, a compadecernos de estos hermanos y a no arrojar más barro sobre su desgracia.

Para nuestros propios defectos tengamos también los ojos bien abiertos, y no esperemos que sean los adversarios los primeros en señalarlos. Es ingrata la tarea de mostrar las propias deficiencias, pero no es esto

motivo suficiente para omitirla. Echaremos sobre nuestros defectos, no la mirada agriada y orgullosa del enemigo, sino la mirada del hijo de familia que ama el hogar paterno y cada uno de los que lo componen y desea verlo cada día más grande y respetable.

Y en materias que no son objeto de nuestra fe, ni de la enseñanza de la Iglesia, una gran sobriedad y moderación se impone tanto para afirmarlas como para negarlas. Mientras uno busque la verdad con buena voluntad y modestia merece que su libertad sea respetada, recordando la fórmula tradicional en estas materias para el católico: en las cosas necesarias la unidad, en las dudosas la libertad y sobre todas la caridad.

VI

EL APRECIO DEL TRABAJO Y DEL TRABAJADOR

Sentido social del trabajo.

HACER comprender la dignidad del trabajo humano es tarea fundamental de la educación social. Durante siglos se despreció el trabajo, sobre todo el trabajo manual, propio de los esclavos. Hay obras —se ha afirmado— que no hace un caballero, idea reforzada por la educación demasiado libresca que se ha dado hasta ahora sobre todo en los países latinos.

Una fuerte reacción felizmente se ha hecho sentir. El comunismo, el nacismo, el fascismo y no menos los movimientos de auténtica acción católica obrera han

creado una mística del trabajo y del respeto a la persona del trabajador y han encontrado profundo eco en las masas obreras.

La guerra contribuyó mucho a crear esta mística. Los jefes políticos y militares reforzaron, aún en los países democráticos, la idea de que el trabajo del obrero era tan necesario como la acción de los generales para ganar la victoria: el obrero lo comprendió y trabajó con denuedo.

Para el progreso humano en la época de paz el trabajo es tan necesario como para ganar la guerra. Los más altos escalones de la pirámide social se levantan sobre una base creada por el trabajo. Hermosamente reconoce Pío XI en "Quadragessimo Anno" este valor del trabajo, cuando dice: "¿No vemos acaso con nuestros propios ojos cómo los inmensos bienes que forman la riqueza de los hombres salen y brotan de las manos de los obreros, ya directamente, ya por medio de máquinas e instrumentos que aumentan su eficacia de manera tan admirable? No hay nadie que desconozca que los pueblos han labrado su fortuna y han subido de la pobreza a la cumbre de la riqueza sino por medio del trabajo acumulado de todos los ciudadanos, trabajo de los directores y trabajo de los operarios".

La palabra "trabajo" debería sugerirnos a todos no sólo un medio para ganar la vida, sino una *colaboración social*. Según esta concepción el trabajo podría ser definido: "el esfuerzo que se pone al servicio de la humanidad; esfuerzo personal en su origen, fraternal en sus fines, santificador en sus efectos".

Por el trabajo el hombre da lo mejor que tiene: su actividad personal, algo suyo, lo más suyo; no su dinero, sus bienes, sino su esfuerzo, su vida misma. Con razón los trabajadores se ofenden ante la benévola condescendencia de quienes consideran su tarea como algo sin valor. Trabajar en condiciones humanas es bello y produce alegría, pero esta alegría es echada a perder por los que altaneramente desprecian el esfuerzo del obrero, no obstante que se aprovechan de sus resultados.

Otros hay que ofenden al obrero haciéndole sentir que él vive porque la sociedad bondadosamente le procura empleo. Más cierto sería decir que la sociedad vive por el trabajo de sus ciudadanos: sin trabajo no habría riqueza ni sociedad. Esta idea podría ser mejor comprendida en una asociación vocacional en la que el trabajador, dejando de ser un simple asalariado, participará de la propiedad y aún de la dirección de la obra en que trabaja para bien y servicio de la sociedad.

Así como hay condecoraciones para los que realizan hazañas bélicas o llevan adelante con éxito gestiones diplomáticas debería haber condecoraciones para los "héroes del trabajo", héroes ocultos sin los cuales no progresa la humanidad. Con razón John Dewey se lamenta en sus innumerables libros pedagógicos sobre el falso planteamiento de la historia que sólo parece considerar sucesiones de guerras, tratados, dinastías, dejando de lado a los que han contribuído a hacer más grande y mejor la vida humana. Un nuevo humanismo

debe reemplazar a esta concepción decadente de la historia, un humanismo del trabajo, que encuentra la mayor grandeza en el Dios obrero.

La sociedad debería vivir en un acto continuo de acción de gracias a todos los que laboran su grandeza espiritual, intelectual, manual y consiguientemente de respeto a todo trabajador, de gratitud por sus esfuerzos que no se pagan con dinero. Siempre el que recibe el esfuerzo de un hombre recibe más que lo que le da al entregarle en cambio billetes de banco o monedas, aunque fuesen de oro legítimo. Es misión del educador hacer caer en la cuenta a sus alumnos de los beneficios inmensos que nos proporciona cada día el trabajo de los demás.

Esfuerzo fraternal.

Nada más desalentador que un esfuerzo cuya finalidad no aparece; nada más a propósito para engendrar optimismo que la comprensión del sentido social de nuestros sacrificios. Cuando un obrero piensa que trabajar no tiene otra finalidad que ganar su sustento, apenas si se esfuerza porque se siente un simple asalariado desprovisto de grandeza. Cuando el obrero, en cambio, descubre que su trabajo tiene *valor para la comunidad*, que es una contribución fraternal en bien de todos, su espíritu se ilumina con nueva luz, y sus músculos cobran nuevas energías. Esfuerzo sin sentido conocido, es esfuerzo perdido; tal es la conclusión de la psicología experimental moderna. Esfuerzo motivado, es esfuerzo aprovechado.

Descubrir el sentido social de cada trabajo debería ser una aspiración fundamental de quién aspira a dar educación social, y luego inculcar ese sentido, creando una mística del trabajo escolar, manual, profesional.

MÍSTICA DEL TRABAJO ESCOLAR.

Alumnos de escuela, colegio y aún de universidad toman con frecuencia su estudio como un sacrificio necesario, como un número de años que hay fatalmente que pasar para cumplir con la ley, con la voluntad de los padres, o para ganar un certificado que abra la puerta de los estudios superiores y después, las de la vida económica.

Tal concepción es profundamente pobre y desleída; es una mirada propia de condenado a galeras, incapaz de permitir el aprovechamiento de esos años preciosos que no volverán y de los cuales pende tanta suma de bienes para ellos y para la sociedad.

Los alumnos han de llegar a comprender que la sociedad tiene derecho a esperar, a exigir de ellos que realicen un progreso en las condiciones de vida, en el bienestar nacional, en la cultura, en la fraternidad social. La Patria de mañana será lo que ellos sean; progresará al paso de sus esfuerzos. Y ellos serán mañana, lo que sean hoy; si durante sus años de formación son indolentes, perezosos, egoístas, así serán los más el resto de su vida. Si no mastican hoy los problemas escolares, su dentadura intelectual será incapaz de morder mañana los graves problemas nacionales. El juego de la política, la chacota de las cámaras será la continuación de la 'tanda'' del Colegio.

Han de comprender además los alumnos que su santificación está vinculada a su trabajo escolar: su pupitre, sus libros, su pizarrón, sus láminas, sus tareas son su instrumento de redención.

MÍSTICA DEL TRABAJO PROFESIONAL.

Cada profesión ha de ser concebida no sólo como un medio de ganarse la vida, de mejorar su situación económica, de labrar un porvenir a sus hijos sino también como el ejercicio de una misión social y una colaboración al bien común de la sociedad.

A los muchachos al elegir carrera, a los jóvenes desde las cátedras universitarias y posteriormente a los profesionales en los consorcios técnicos debería insistirse en la mística del servicio profesional. Ensayaremos algunas sugerencias en este sentido.

La Agricutura ha de ser mirada no sólo como la mejor inversión del dinero, ni como la explotación lucrativa de la tierra, motivos muy justificados, sino también como un servicio nacional, como la manera de suministrar abundante y económicamente los bienes que el país necesita. Cuando pensamos que hoy día en Chile la zona agrícola regada es apenas un 8% de la zona central que va de Aconcagua a Valdivia inclusive, y esta zona central apenas representa un 26% del total del país, concluímos que Chile vive principalmente de la agricultura de poco más del 2% de su superficie total. De estos 15 a 20.000 kilómetros cuadrados depende una población de más de 5.000.000 de habitantes. ¿Es posible en estas circunstancias descuidar el cultivo de una parcela de terreno?

Crear nuevas fuentes de riqueza, extender las zonas de regadío, mejorar los cultivos y la ganadería, por un motivo social, darán un nuevo sentido a la vocación del agricultor que verá cuán grande es su influencia en los destinos nacionales. Esta comprensión le hará aceptar con gusto las indicaciones de un moderado y bien intencionado control gubernamental en orden a la explotación agrícola cuando éste parezca necesario.

El agricultor tiene también frente a sí a sus inquilinos y trabajadores de cuya cultura y bienestar es responsable. Esa es su gran familia, y no son sus siervos, sino sus colaboradores, los que le ayudan a obtener la riqueza que él posee, el bienestar de que goza. Tienen ellos derecho, no menos que él, a llevar una vida en verdad humana: habitación higiénica y alegre, salario familiar suficiente, cultura, descanso y distracciones. El agricultor con mentalidad social debe preparar a sus trabajadores para que puedan llegar a ser propietarios en un sitio conveniente. Los frutos de su campo han de proporcionar bienestar al patrón y también a sus colaboradores.

La vida y educación religiosa de los trabajadores y la constitución de sus hogares han de ser preocupación constante del agricultor, sobre todo, dadas las condiciones de nuestro sistema de inquilinaje. Pero que esta preocupación espiritual vaya acompañada del espíritu de justicia y respeto de que antes hablamos, pues de lo contrario la Religión reñida con la justicia provocará en el alma del obrero una profunda antipatía a la Iglesia que ellos juzgarán por la actitud de sus patrones.

El agricultor, su esposa y sus hijos encontrarán siempre trabajo amplio en medio de esa gran familia de sus trabajadores, si toman en serio su misión. Las clases de catecismo se alternarán con las lecciones de economía doméstica, costura, cocina, puericultura . . . trabajo propio de las hijas. El patrón y los hijos del patrón enseñarán a sus inquilinos a aprovechar su cerco, la crianza de conejos, la apicultura, hortaliza, mecánica, etc.

Un fundo cada vez mejor trabajado, más ampliamente explotado, con cultivos más y más especializados, con una familia de trabajadores que progresa en piedad, cultura, riqueza, que se incorpora también a la vida de propiedad, que prepara a sus trabajadores para llegar a ser propietarios y los capacita con organizaciones como las cooperativas de crédito, de producción, de ventas, necesarias para el desarrollo de la pequeña sociedad rural: he aquí la agricultura tomada con sentido social.

El ingeniero y el industrial tienen una misión semejante, aunque en distinto campo. El industrial, como León Harnel modelo de industriales, debe ser el "buen padre" de sus obreros, colaboradores en su empresa social, su "gran familia" de cuya educación y porvenir igualmente cuida, a los cuales a medida que sea posible irá incorporando en la participación de las utilidades de su empresa, aún en la dirección de la misma, suavizando bajo la forma de un contrato de sociedad el actual contrato de trabajo asalariado. El industrial ha de procurar dar más y más competencia técnica a sus obreros, en forma que "industria nacional" signifique algo más que etiquetas y materiales nacionales. Para eso

tomará a pecho la formación especializada entre sus obreros y entre los hijos de éstos, como lo hace por ejemplo Ford, en Detroit, invirtiendo en su escuela técnica una buena parte de sus utilidades.

El espíritu paternal del industrial no lo autoriza a desconocer las legítimas organizaciones obreras, manejadas por ellos para velar por sus intereses.

Y así cada profesión podría ser analizada bajo el aspecto de su misión social.

El médico no sólo atiende enfermos pudientes que puedan pagar buenos honorarios sino que se pone a disposición de las asociaciones y familias obreras para prestar sus servicios y extender su cultura; aprovecha su entrada en el hogar en momentos difíciles para sugerir discretamente un consejo que significará unir una familia, salvar una vida, moralizar las costumbres.

El abogado tiene la misión de defender el derecho, la justicia, y no la injusticia aunque pueda pagar caro. Toma sobre sí la defensa de intereses que suelen descuidarse porque "dan menos", tales como los conflictos sindicales, la defensa de los derechos constituídos por el Código del Trabajo. El abogado aprovechando su cultura jurídica puede ir estudiando las deficiencias de la legislación actual y unido con otros colegas está capacitado para elaborar proyectos que puedan transformarse en leyes. La aprobación de las leyes es incumbencia exclusiva del Parlamento, pero ojalá que en su preparación y estudio participen quienes se interesan seriamente por el bienestar nacional. Los políticos suelen estar demasiado ocupados con sus querellas parti-

distas para tener tiempo de estudiar lo que en realidad de verdad interesa al país.

El militar y el marino tienen una misión de seguridad nacional, que les veda escrupulosamente toda intervención en la política y en las intentonas que se hacen para mezclarlos en cuartelazos de inseguridad nacional, reñidos con la dignidad del Ejército. Esa no es su misión. Si es oficial o sub-oficial tiene a sus órdenes hombres en cuya formación y cultura puede influir poderosamente. Muchos de los conscriptos son cera blanda que tomarán la forma que les darán sus instructores. Caer en la cuenta de esta misión y realizarla es tomar en serio las estrellas de oficial.

El corredor de comercio con criterio social no puede contentarse con comisiones de sus clientes, sino que se empeña en vincular los factores de la producción, en buscar capitales que hagan posible la creación de nuevas industrias; aspira a hacer circular la riqueza, a multiplicar el número de propietarios que participen del dominio de grandes empresas que necesitan de la colaboración aunada de muchas voluntades.

Esto supone, claro está que los corredores forman un cuerpo intachable, que recomienda con honradez las empresas que son realmente inversiones seguras y no meras especulaciones.

El empleado vive con frecuencia mecanizado, desprovisto de ideales: trabaja en labores rutinarias, contribuye a la formación de riquezas ajenas que a él no le enriquecen más allá del modesto sueldo, no tiene grandes espectativas de progreso, ni ve posible durante muchos años la formación de un hogar, y después no

sabe cómo podrá dejarlo crecer según el plan de la Providencia. El empleado ordinariamente está desinteresado de corazón de aquello en que trabaja, y también desinteresado de hecho si la vigilancia es escasa. El auténtico complejo de inferioridad roe con frecuencia al empleado y por eso se desquita de su tarea, que él siente inferior, con el público ante el cual toma con frecuencia aires de déspota, tratándolo a su arbitrio, según la ley de su "gana" o de sus simpatías personales. El empleado lleva una vida bien dura por cierto y necesita como nadie una formación social. Más aún que el obrero necesita el empleado ser reincorporado en forma vital al trabajo que realiza. Ha de ser tomado más en cuenta; ha de ser más comprendido y respetado por sus superiores para que pueda hacer "un servicio social". Si no es tratado con respeto ¿cómo se le va a exigir que respete a los que a él acuden?; si sus necesidades no son tomadas en cuenta, ni siquiera comprendidas. ¿cómo va él a comprender las necesidades angustiosas de quienes acuden a su oficina para obtener un servicio público o privado?

El empleado que comprende su misión y sirve con respeto, alegría, que recibe a sus clientes por más molestos y numerosos que sean con ese rostro abierto que parece decirles: "¡Aquí estoy a su servicio!" "¿Qué puedo hacer por Ud?" ¡Cuánto bien realiza! Sale uno de la oficina diciendo: ¡Que Dios te conserve y te bendiga! El complejo mecanismo de la sociedad moderna camina por él. Los bienes que realiza por él se realizan.

El político.—Aquellos que han buscado, o al menos han aceptado (¡son los menos!) la responsabilidad

de los destinos del país, tienen una responsabilidad, la mayor de todas, porque es la más extensa; abarca a todos los ciudadanos y todas sus necesidades.

¿Se dan cuenta de ordinario los políticos de la responsabilidad de su cargo? ¡Puede uno dudarlo!... ¡Con qué fervor hacen promesas de consagración a la Patria y a sus intereses que se olvidan al día siguiente de la elección.

Muchos van a la política para brillar, para surgir, para destacarse: motivos pobres. Otros para defender intereses de un gremio obrero o capitalista, o lo que es más triste todavía, puramente personales; para disfrutar de una influencia que se puede hacer pagar, motivo indigno y bochornoso. Otros van a defender intereses de su partido, motivo justo pero insuficiente, porque sobre los intereses del partido están los intereses nacionales. Otros, Dios quiera que sean muchos, van a la política para servir al país.

Un Presidente no debe ser liberal ni radical, sino Presidente de los Chilenos, y lo mismo un senador o un diputado, es senador de la Patria y ante los intereses de la Patria deben ceder todos los intereses particulares, incluso los de su partido, si alguna vez llegan a estar en oposición.

A los políticos quisiéramos los simples ciudadanos verlos de cabeza en los intereses de la Patria, estudiando con pasión los medios de hacerla progresar, de solucionar sus hondos problemas: ¿cómo instruir nuestra masa de analfabetos?; ¿cómo hacer servir mejor a las necesidades nacionales nuestra educación?; ¿cómo mejorar la formación de nuestros maestros?; ¿cómo dis-

minuir la mortalidad infantil?; ¿cómo alimentar nuestra población desnutrida?; ¿cómo dar en realidad de verdad pan, techo y abrigo a nuestro pueblo?... Quisiéramos verlos hacer examen de conciencia nacional sobre el presupuesto y revisar partida por partida los gastos nacionales. ¿Qué país pobre como el nuestro, se puede dar el lujo de tales y cuales delegaciones...? ¿Puede mantenerse tal partida meramente suntuaria? Mientras faltan 400.000 casas para que el obrero simplemente "viva" ¿se pueden autorizar tales o cuales gastos?... Mientras el empleado modesto gana tales sueldos ¿se pueden autorizar tales otros para los primeros jefes?; ¿hay proporción entre ambos?

Nuestro presupuesto es reducidísimo, como propio de un país pobre. Hay fábricas en los Estados Unidos que gastan más que todo nuestro presupuesto nacional, pero administrado con honradez ¡cuánto bien alcanzaría a realizar! Además hay progresos en el orden nacional que no significan mayores gastos, sino orientación, colaboración particular, dar aliento y dar confianza. Al político le toca tomar esas iniciativas, consultar, documentarse, encuestar para resolver con acierto.

En las fábricas norteamericanas se ha llegado a una perfección técnica extraordinaria: en la fábrica Ford, al término de cada línea de montaje cada tres minutos se logra armar un automóvil..., con todo, el progreso de perfeccionamiento no se considera cerrado, y si un ingeniero o un empleado, o un obrero tiene una idea cualesquiera, fruto de su experiencia, que mejore la producción, será inmediatamente tomada en cuenta y la invención será inmediatamente recompensada.

Ojalá pudieran llegar también a nuestro parlamento en forma efectiva, las voces de los ciudadanos, sus aspiraciones, sus clamores y fueran *tomados en serio*.

Esto supone que el político ha de ser un hombre de estudio, "consagrado" a su cargo, lo que tenemos tanto más derecho de pedir y aún de exigir cuanto ahora todos los políticos están altamente, por lo menos, suficientemente rentados. Y si por sus preocupaciones personales, por sus negocios, no tienen tiempo de "estudiar", de "consagrarse a la Patria", que no entren a la política, pues una actuación descuidada significa traicionar a su Patria en momentos muy graves.

Este descuido debería ser severamente sancionado. ¿Cómo? Es bien difícil decirlo: pero que los mismos políticos descubran el camino efectivo de realizarlo.

La fiscalización administrativa es indispensable, con tal que sea realizada con alto espíritu público, con la mirada puesta en la Patria, más que en los intereses del propio partido o en la combinación que representa. Si el mal está en las propias filas, que sea denunciado con tanta fuerza y vehemencia como si estuviera en las adversas y si el mal lo comete un adversario la crítica no obedezca a otro fin que al bien público, no al rencor político, pues eso divide más la familia nacional, y hace perder toda eficacia a la crítica.

¡Si pudiéramos llegar a tener un cuerpo numeroso de *políticos nacionales!* Hombres que no tengan empacho en acercarse a su adversario político, para pedirle su colaboración en un proyecto de bien público y de asegurarle sinceramente su apoyo en cuanto haga por

el bien común. "Salus pública suprema lex". Todo cede ante el bien del País.

Se dirá que todo ésto parece ignorar las realidades, que la vida de cada día es muy diferente, que los adversarios harán imposible esa conducta... Creemos sincera y firmemente que esto no es así. Hemos visto a políticos contemporáneos de algunos grandes países realizar esa superación de sus problemas. Durante los años de guerra se ha realizado un esfuerzo común formidable de sello profundamente patriótico. Esto que ha sido posible en una guerra ¿no se puede realizar en la paz? ¿Acaso los peligros que tenemos que superar en los años de paz no son tan graves como los que se debatían en la guerra?

Por otra parte, cuando se mira la historia nacional en sus grandes períodos que no están muy lejos del nuestro, vemos la consagración de sus gobernantes al bien de la Patria. Con presupuestos minúsculos como eran los que teníamos antes de percibir las cuantiosas entradas del salitre y del cobre se hizo progresar la educación, se trajo profesores de Europa, se crearon colonias en el Sur, se formó la marina nacional, se equipó nuestro ejército. ¡Ojalá volvieran esos tiempos!

La política tiene una función social y, precisamente porque los políticos están más altamente colocados, porque tienen una labor directiva, de ellos ha de venir al país un ejemplo de moralidad privada y pública, de honradez, de sobriedad de vida, de trabajo, de consagración al bienestar nacional.

El periodista, el escritor y el radiodifusor.—Su misión es crear ambiente a una idea. Su oposición puede

aniquilar un proyecto; su silencio le impide nacer o lo ahoga; su propaganda puede llevar un país a la guerra o a la paz, dar el triunfo a un candidato, a un proyecto.

La prensa puede contribuir enormemente a producir y a mantener la división nacional por el tono de sus polémicas, la ironía de sus ataques, por las calumnias que esparce, o permite que se formen por sus informaciones tendenciosas. Hay quienes preferirían que la prensa no existiera para que hubiese más paz en los espíritus... pero aunque se empeñen seguirán existiendo prensa, radio, revistas, cine... Son realidades que no se puede pensar en suprimir sino en orientar para el servicio de la Sociedad.

La moral periodística tiene no sólo un sentido negativo, sino enormemente positivo; hay grandes causas que debe favorecer y fomentar; hay pasiones que debe impedir que surjan, tales como los odios políticos e internacionales aunque sea a precio de la humildad y de la moderación; hay pasiones que debe fomentar como el sincero patriotismo, el hambre y sed de justicia, la elevación de todos los ciudadanos a un nivel de vida humana.

La prensa —hoy diríamos la publicidad— ha sido llamada el cuarto poder del Estado. Lo es y tiene su responsabilidad y la de los otros tres poderes que de ella en cierta manera dependen.

* * *

En esta forma podríamos seguir reflexionando sobre cada una de las actividades humanas para descubrir

en ellas su sentido social. Invitamos al bondadoso lector a que cierre por un instante el libro, tome papel y pluma y se pregunte: "¿Qué sentido social tiene mi profesión? ¿Qué posibilidades de servir a los demás encuentro en mi vida de trabajo? ¿Cómo puedo realizarlas?

Feliz él si descubre sus posibilidades de dar. Aprenderá por propia experiencia, que hay más alegría en dar que en recibir.

El trabajo santifica.

Con mayor profundidad y riqueza que el comunismo la Iglesia ha logrado crear una auténtica mística del trabajo, en grupos de Acción Católica obrera. Movimientos como la J. O. C. y la L. O. C. no sólo han reconciliado al trabajador con su suerte, sino que le han inspirado amor por su trabajo, orgullo de su vida de trabajador, alegría de sacrificarse por los demás y una magnífica irradiación apostólica.

Estos grupos de luchadores obreros han logrado comprender que no puede haber escisión entre su vida religiosa y su vida profesional. El trabajo no es una tarea que han de soportar durante algunas penosas horas del día, las menos posibles, para escapar luego a su vida espiritual y cultural. No; el trabajo es para ellos su grandeza, su vida. En su trabajo cotidiano se santifican y tienen conciencia que mediante él están construyendo la ciudad terrestre, y colaborando con Dios el plan de redención sobrenatural.

El destino eterno del hombre está en armonía con su destino temporal. "Mi máquina trabaja conmigo, debo dominarla, admirarla, amarla; amarla porque ella me conduce a Dios siempre que me sirva cristianamente de ella". "El fin de la producción es procurar a cada hombre hierro, lana, carbón, pero sobre todo procurar a cada uno de los trabajadores su parte de cielo. . ." 'Amar mi máquina; entre ambos vamos fabricando la vida eterna". Así meditan cada día miles de jóvenes obreros católicos.

El trabajador que comprende así la vida no es un proletario amargado que odia al que posee más que él y procura escapar de su clase social. Es un luchador que exige respeto para su persona, pues, tiene conciencia de lo que significa ser hombre e hijo de Dios; batalla por conseguir, en unión de los otros trabajadores, las condiciones para una vida respetable, pues sabe que se le deben en justicia como recompensa de un esfuerzo que él realiza con honradez, devoción, alegría y espíritu de servicio social.

Hay en el movimiento jocista un impulso de fe, de heroísmo, una exigencia de santidad que transporta a los tiempos de la primitiva Iglesia. Cuando esta doctrina prende en un alma de obrero, ese hombre es un santo y si es necesario un mártir, como santos y mártires ha producido a millares la juventud obrera, sobre todo en Francia y Bélgica, comenzando por su primer Presidente, Fernando Thonet, muerto, en el campamento de concentración de Dachau, cantando y ofreciendo su vida por la clase obrera.

El obrero comprende además que él está llamado a ser apóstol de Cristo, el único responsable de la salvación de la clase obrera, participante del verdadero real sacerdocio de Jesús, pontífice supremo de la humanidad.

¡Obrero, Cristo te necesita!, es la palabra que resuena cada día en su alma invitándola al apostolado. Al llegar a la fábrica lee el letrero que allí está colocado: "Prohibida la entrada a todo el que no sea obrero". Esto lo estimula: el sacerdote, el universitario no podrán entrar, pero allí está él para hacer penetrar a Cristo en la fábrica, y con él vendrán la justicia, la caridad, la alegría.

La dignificación del trabajador es el tema obligado de todas las grandes concentraciones jocistas. Recordemos lo ocurrido en una de ellas el 17 de julio de 1937 en el Parque de los Príncipes, de París, el hecho más importante de nuestro atormentado siglo, como escribía Mauriac. 80.000 jóvenes obreros habían venido a expresar su concepto del trabajo cristiano. En medio del parque un tosco altar de madera. Hacia él innumerables cortejos con sus instrumentos de trabajo desembocan como los brazos de un río, representando a las varias corporaciones. Todos querían construir la nueva ciudad cristiana cuyo arquitecto es Cristo.

Los cortejos avanzan y van construyendo el altar. De pronto desde una de las extremidades del estado se adelanta un grupo de obreros. Innumerables antorchas escoltan una inmensa cruz blanca llevada sobre un lecho de rosas rojas. Es la cruz del Altar, dicen los muchachos obreros, símbolo de todos los sufrimientos de la clase obrera. La acaban de fabricar ellos, los carpinteros.

La voz del altoparlante, estremece el corazón de la turba: ¿Quién es ese Obrero, que marcha a paso igual que nosotros, que se asocia a nuestros trabajos... que no es de ninguna provincia, pero a quien todos los obreros del mundo proclaman su jefe?... ¡Es El!, prorrumpen ochenta mil voces. ¡Es El! y un repique glorioso de campanas, llena los aires y... "nosotros hijos del siglo diecinueve, amargados y pesimistas, dice Mauriac, no hemos podido impedir las lágrimas ante el espectáculo de esos muchachos obreros, optimistas en su martirio, curtidos por el trabajo, y transfigurados por la fe..." Allí en pleno París, a la luz de la noche estrellada, los obreros jocistas erigen la inmensa Cruz, signo de su liberación a cuya sombra ofrecerán junto con la santa Hostia su vida de obreros, sus amores, sus esperanzas en un porvenir mejor.

Pero alguien falta aquí, claman desde el otro punto del estadio cuarenta mil voces femeninas, como un repiqueteo de campanas pascuales. ¡No! Ella no puede faltar. Y mientras se alza la Santa Cruz, encarnación de todos los tormentos y de todos los ideales obreros, un canto dulcísimo rasga la noche de París. "¡Obrera bendita entre todas las mujeres, enfermera de todas las almas; lucero de todas las mañanas de nuestra vida de trabajo. Virgen María!"

¡Somos jocistas! Cantamos la esperanza de un porvenir mejor. Un mundo nuevo surge del seno del dolor, traemos el mensaje de amor, de paz, de luz. Marchemos, compañeros unidos en la acción, llevando al mundo obrero, la paz, la redención.

Al día siguiente en la Misa, celebrada por un jocista sacerdote, ¡perdón, Señor! gritan esas ochenta mil voces a la faz del mundo, porque el gran pecado del mundo moderno fué no haber querido a un Cristo Social. Nosotros queremos abolir ese pecado.

¡Hijos del Milagro!, les dijo entre sollozos, el gran Arzobispo de París, el Cardenal Verdier: "Jocistas, hijos del milagro os bendecimos... Han pasado sólo diez años. Ayer eráis cuatro. Hoy sois quinientos mil los jóvenes obreros que ostentáis la espiga jocista en vuestros pechos... Jamás desde la Cruzada un impulso cristiano ha suscitado tanto entusiasmo en tantos corazones... Adelante, a conquistar el mundo".

Con decisión, con golpes de martillo sobre el yunque, esas ochenta mil voces valientes repiten: "Prometemos llevar a su término la revolución espiritual iniciada hace diez años... Prometemos devolver a Cristo la clase obrera".

* * *

La juventud obrera católica nos da un precioso ejemplo de la concepción cristiana de la santificación de la vida por el trabajo cotidiano. Es en la brecha de la prosaica acción de cada día en la que encontraremos un camino seguro de santidad, pues como dice Pemán: "No hay virtud más eminente que hacer sencillamente lo que tenemos que hacer".

VII

DOS SENTIDOS QUE HACEN FALTA

El sentido social

Los males que acabamos de enumerar tienen inmensas proyecciones y su remedio completo sobrepasa nuestras posibilidades, incluso si contáramos con la buena voluntad colectiva, cuánto más si ha de ser el resultado de iniciativas aisladas. Esto no puede ser obstáculo que detenga nuestro trabajo: a nuestros esfuerzos corresponderá siempre un resultado y aunque éste no sea todo lo grande que quisiéramos, encierra el fruto de todo lo que podemos dar. Cada cual tiene una obliga-

ción social bien definida según sus condiciones personales, su cultura, su riqueza, su talento, pero para que se resuelva a actuar conforme a su misión es necesario que despierte previamente su sentido social.

Algunos no creen en la existencia de un sentido social y aun se burlan de su nombre. ¿No hay acaso sólo cinco sentidos? Fisiológicamente sí, pero psicológicamente, no. Hay un sentido cristiano que nos mueve a la santidad y nos pone en condiciones de percibir el error y descubrir la verdad en materias religiosas; hay un sentido moral que nos lleva a reaccionar espontáneamente ante el bien y ante el mal moral. Hay sentido artístico, sentido musical, sentido social. . .

El sentido social es aquella cualidad que nos mueve a interesarnos por los demás, a ayudarlos en sus necesidades, a cuidar de los intereses comunes. Si ensayamos una definición más cabal, podemos decir que es aquella aptitud para percibir y ejecutar prontamente, como por instinto, en las situaciones concretas en que nos encontramos, aquello que sirve mejor al bien común.

Quien tiene sentido social comprende perfectamente que todas sus acciones repercuten en los demás hombres, que les producen alegría y dolor y comprende, por tanto, el valor solemne del menor de sus actos. Santo Tomás llega a decir que todo desfallecimiento en cualquiera virtud hiere en alguna manera la justicia social. Por consiguiente toda falta, aunque sea secreta repercute en el cuerpo social, afecta a los demás.

El hombre con sentido social no espera que se presenten ocasiones extraordinarias para actuar. Todas las situaciones son importantes para él, pues repercuten en

sus hermanos. Por eso cede espontáneamente el asiento en un tranvía; toma para sí el sitio más incómodo; no arroja los papeles en la calle; adivina el dolor que se oculta bajo los harapos y aún el que está todavía más encubierto; simpatiza con el empleado condenado a sonreir perpetuamente y a quien incomoda lo menos posible; a pesar de su pobreza sabe encontrar medios para hacer la caridad. . .

En cambio, quien no tiene sentido social actúa siguiendo la ley de su capricho, buscando siempre el menor esfuerzo aunque haya de molestar a los demás en los cuales no piensa. Por eso naturalmente tira al suelo los papeles sucios, colillas de cigarros aun en una oficina, hace sonar inmoderadamente el claxon del automóvil; arroja un objeto al alcantarillado aunque para deshacer el desperfecto haya de bajar un obrero a veces con riesgo de su vida; si tiene automóvil no se preocupará de que el pobre chauffeur espere largas horas, inclusive en las noches de invierno; si va a una tienda hará perder tiempo al vendedor removiendo todos los objetos aunque esté resuelto a no comprar nada; si compra algo pide que le manden, y, con suma urgencia, el paquete aunque pueda él llevarlo sin dificultad. Mientras los otros descansan él habla en voz alta, si pasa por una puerta la deja abierta, si suena el teléfono lo deja sonar hasta que otro vaya a atenderlo. Sus conversaciones son siempre de sí mismo, sin interesarse en las cosas de los demás. En todo hallará "el pero", o el lado débil en la conducta de los otros. Estas frases las dirá con frecuencia: ¡Eso no me importa!, o bien: Esto sólo me importa a mí; o aún: ¿Quién me lo ha

encargado?; Esto le toca a él: ¡que se las arregle! Estas y otras mil manifestaciones triviales, a las que un hombre poco observador no da importancia, denotan a las claras la ausencia del sentido social.

Esta falta de solidaridad humana comienza a verse desde el colegio en el espíritu de broma ininterrumpida que hiere a los profesores y molesta a los compañeros. Si algunos menos inteligentes que él pierden el curso y el dinero penosamente reunido por sus padres, como consecuencia de la tanda que él organiza en la clase ¿qué importa?, ¿para qué es tonto? Esta ausencia de sentido social se nota también en las frases duras, poco delicadas con que un muchacho señala los defectos de los demás, en las alusiones burlescas a su pobreza, a sus faltas naturales, a su incapacidad para el estudio. Cuando algo se distribuye, el primero y el segundo y el tercero en pedir es él. Cuando hay un trabajo que hacer es él el primero en no oir y si es necesario en desaparecer. Muestras reveladoras de esta ausencia de espíritu social son esos letreros en las clases, en las paredes de las casas, hasta en los monumentos afeados definitivamente. En fin, las demostraciones del espíritu antisocial son innumerables y revelan un alma en la cual la caridad está en crisis.

Y esta crisis del sentido social es especialmente grave en nuestra época. Siempre ha sido seria; ha disminuído en las épocas de gran fervor religioso, pero vuelve a agudizarse tan pronto disminuye la fe en la solidaridad sobrenatural de los hombres, como está sucediendo en nuestros días.

Venimos saliendo de la guerra más cruel de la historia en la que millones de hombres han encontrado la muerte, no sólo en los campos de batalla, sino en lo que revela una degeneración insospechada en horrendos campos de concentración.

De "indignos de vivir" se ha calificado a millones de ancianos, a enemigos políticos, a hombres de raza diferente ahogados en cámaras de gases, muertos de hambre, expuestos a torturas que Dante no concibió posibles en su infierno. Los judíos —por no referirnos sino a un solo caso— perdieron más de cuatro millones de hombres asesinados con macabro ensañamiento. En Alemania, Rusia, Japón, en la España Roja, ¡qué refinamiento de la crueldad! Y lo que da más que pensar es que estos crímenes han sido cometidos con premeditación, a sabiendas de todo un pueblo —de muchos pueblos— sin protestar, sin sanción gubernativa, más aún con expresa aprobación en muchos casos... El empleo de armas de destrucción como las bombas voladoras y la bomba atómica, que aniquilan regiones y hacen extensivos los horrores de la guerra a poblaciones enteras, haciendo imposible la vida, demuestran un triunfo técnico, pero una horrenda degeneración moral en la manera de concebir las relaciones humanas. Al ver los crímenes de nuestra época se nos revelan con toda fuerza los bajos fondos del espíritu humano que la cultura no ha logrado borrar, y que demuestran ahora de qué es capaz un hombre sin control superior. Países como el nuestro que no tienen sus manos manchadas con esos crímenes ¿podrán permanecer tranquilos? ¿Podrán pensar que poseen un tipo de hombre superior?

El pensamiento de San Agustín viene a nuestro espíritu: no hay pecado que haya cometido un hombre que no lo pueda cometer yo también.

El hombre del siglo XX cuando pierde su contacto vital con la divinidad es una fiera devoradora. En cada uno de nosotros ruge esa fiera y si las condiciones de ambiente son propicias, muchos de ellos demostrarán sus instintos sanguinarios.

Esos estallidos son como las explosiones de un volcán: ocurren raras veces, pero demuestran lo que se encierra debajo de esa montaña cubierta de nieve o de vegetación. Bajo la apariencia pulida, fina, del hombre del siglo XX ¿qué se oculta?

Las manifestaciones cotidianas de la falta de sentido social, no van manchadas con sangre, pero sí de falta de justicia, de respeto, de delicadeza. No destruyen un pueblo pero le impiden tener el grado de bienestar a que tiene derecho. A veces no son faltas contra la justicia, pero sí contra la caridad; no quitan, pero tampoco dan; no matan ni roban, pero tampoco aman ni sirven.

El hondo problema social de nuestros días ¿se resuelve por vía pacífica? Los que tienen ¿están resueltos a ceder parte de sus privilegios para que los que no tienen posean algo? ¿Están dispuestos antes que estalle la revuelta, o antes que urja la ley a anticiparse por amor a lo que después deberán abandonar por la fuerza?

Los políticos ¿se preocupan con sinceridad del bienestar del país? ¿Juzgan con sinceridad y benevolencia al adversario, le tienden la mano, dan el primer paso,

aun a riesgo de un desaire, para hacer Patria? Quien lea la prensa cotidiana podrá juzgar. . .

Los profesionales y la juventud estudiosa ¿se inclinan al pueblo, se acercan para conocer sus problemas? ¿Organizan una cruzada de educación y de cultura? ¿Estudian cómo abaratar la vida, cómo crear nuevas riquezas, cómo servir con más eficiencia y a menos costo, pensando que una profesión más que un medio de lucro es un servicio?

La juventud en general ¿se da al estudio, a su formación honda, seria, alegre, o está minada por una vida social hueca, prematura, exagerada?

Al hacernos estas preguntas constatamos con evidencia que falta sentido social, la condición primera de toda reforma. En los capítulos siguientes haremos sugerencias de medidas que podrían contribuir a desarrollar "una mística del sentido social".

El sentido de responsabilidad.

Otro de los rasgos salientes de nuestra época es la falta de responsabilidad que se echa de ver en nuestros días (1). La impresión general que produce la joven generación contemporánea es la de no tomar nada en serio, la de no cuidarse de guardar la palabra empeñada, ni de proseguir las obras comenzadas. Los ejemplos que podríamos citar son innumerables. Jóvenes que toman a su cargo una obra, la protección de una fami-

---

(1) Citamos algunos pensamientos del autor, expuestos en la obra agotada "Puntos de Educación". Santiago, Splendor, 1944.

lia pobre, un apostolado determinado, y por la más mínima dificultad desisten con toda naturalidad de lo comenzado sin detenerse a pensar en las consecuencias que su actitud acarreará para los demás. Se inscriben en la Acción Católica, comienzan a asistir a las reuniones, pero por el más mínimo motivo dejan de seguir concurriendo... Ofrecen su cuota, pero el día menos pensado dejan de pagarla "porque sí". ¡La puntualidad! no la conocen muchos. No han reflexionado sobre el valor del tiempo para los demás, sobre el respeto que deben a sus semejantes a quienes no debieran exponerlos a perder ni siquiera un minuto.

No se valoriza cada cosa por su aspecto intrínseco y, por lo tanto, no se le da el sitio que le corresponde en una jerarquía de valores bien ordenada. Se encarga a un joven la preparación de un círculo de estudios, y no lo prepara o lo hace superficialmente para salir del paso. ¿Cuántos se dan cuenta que este tema talvez no lo oirán más sus compañeros; que quizás se alejarán de esa actividad al sentirse defraudados en sus esperanzas de formación o de aposolado? Y el fracaso de una obra a la que han ofrecido su actividad no parece preocuparlos mayormente ni les hace perder un momento de sueño ni la olímpica paz de su espíritu.

La vida religiosa es también tomada superficialmente. Se la concibe como un conjunto de prácticas que hay que hacer ritualmente, más que como una donación entera de la persona a Dios, como un ponerse en sus manos para realizar el doble mandato de amor a Dios y amor al prójimo. La moral se ha convertido para muchos no en una vida entregada en manos del Creador,

sino en una casuística que les permita moverse con libertad. De aquí el rehuir las responsabilidades que a cada uno incumben en la sociedad religiosa y civil en que cada uno vive.

El sentimiento se despierta con facilidad, pero ¡cuán a flor de tierra! Emoción pasajera que no mueve una vida. En los grandes dolores ¡cuán poca reflexión! La horrible guerra que nos acaba de azotar fué para muchos más la ocasión de mostrar sus simpatías intransigentes por uno de los bandos en lucha que un problema humano trágico que debía conmovernos hasta lo más íntimo del ser. En la tragedia del terremoto de 1939, todavía tan presente en nuestro espíritu, fué profundamente significativa la actitud de muchos jóvenes que partieron generosamente para el lugar de la catástrofe, pero al ver la realidad de lo ocurrido y lo que se esperaba de ellos se contentaron con pasearse como turistas, sacar unas fotografías de las ruinas y volverse a contar sus impresiones del terremoto.

Las conversaciones corrientes son un reflejo de esta superficialidad que denota una falta absoluta de responsabilidad: fiestas, diversiones, biógrafos, pelambres, escándalos, algún chiste son el elemento ordinario de la mayor parte de las conversiones que traducen una trágica ligereza.

La vida cívica no es concebida en forma más consciente. La juventud moderna se apasiona mucho más por la política inmediata que por el trabajo más oscuro, más sacrificado, más lento de una formación profesional seria y la adquisición de conocimientos sistemáticos de historia, sociología y demás ciencias. que la capaci-

tarían para ejercer una influencia profunda en el futuro. Entre los movimientos ideológicos que la solicitan prefiere los más extremos, los que hieren más fuertemente su emotividad; y debido a esta misma ligereza de formación, de la cual al menos globalmente se da cuenta nuestra juventud, prefiere sentirse masa, ser gobernada y dirigida, dejando a otros el trabajo de pensar y de dirigir.

La falta de síntesis ideológica de la juventud moderna hace que aborde la vida sin una orientación definida. Con mucha frecuencia no sabe un joven al terminar sus humanidades qué carrera ha de seguir, o se determina por motivos completamente secundarios, circunstanciales, que no debieron haber sido los móviles de su conducta.

Aburguesamiento de la juventud; instalación de lleno en el ambiente de este mundo y pérdida total, de parte de muchos, de la visión de la eternidad en la vida y consiguientemente ansia de placer desmedida. Se ha olvidado que ella ha sido hecha no para el placer, sino para el heroísmo. Quiere evitar todas las molestias de la acción. El amor gigantesco de un Francisco de Asís y de un Javier que lo renuncian todo por Cristo, el celo de San Pablo que aspira incluso a ser anatema por ganar sus hermanos para Jesús, está muy lejos de ser siquiera comprendido por el espíritu de la mayor parte de nuestros contemporáneos.

La inconstancia en el bien comenzado es consecuencia natural de esta actitud espiritual. Como no hay arraigo ideológico suficiente, falta el espíritu de sacrificio para hacer frente a los compromisos en los días

malos y difíciles y de ahí viene a ser que es la gana, la que determina la conducta. Si hay gana se acude; si no hay gana, no se acude y se abandona la obra, como trágicamente lo estamos comprobando todos los días.

FORMAR HOMBRES RESPONSABLES.

Hay, pues, que crear el culto de la *responsabilidad*. Hacer consciente a cada joven y aún a cada niño, que es una *persona*, que en sus manos hay latente un inmenso poder, para el bien como para el mal, que así como los átomos microscópicos son capaces de esa tremenda energía cuando se la logra desencadenar, así ellos también son potenciales de felicidad ajena, de resurrección nacional. ¡Responsabilidad! ¡Responsabilidad! ¡Responsabilidad! Es una palabra que los educadores han de predicar en todos los tonos y en todos los momentos a los educandos. No cumplen ellos su responsabilidad si no dan responsabilidades. No merecen respeto, si no respetan a los menores; no son de fiar, si no aprenden a fiarse. No deben dirigir si no enseñan a dirigir, si no van entregando gradualmente la responsabilidad de sus acciones a aquellos que la han de tener toda la vida. Es una horrenda tragedia para un joven encontrarse de repente con su destino en sus manos, sin haber hecho nunca antes la experiencia de su propio gobierno; encontrarse en un momento frente a responsabilidades sin haber tenido nunca ocasión de actuar frente a los demás.

Es más fácil gobernar a los niños como autómatas, imponerles una conducta y una sanción si no la cum-

plen, pero esa no es preparación para la vida. Dar responsabilidades supone exponerse de antemano a irresponsabilidades. Las primeras experiencias de la libertad llevan a abusos de la libertad. Esto debe preverlo el educador, para que no se amargue cuando lleguen esas realidades que a tantos desconciertan. No constituyen un fracaso. El gran fracaso es por miedo a los fracasos no poner al niño en posibilidad de éxito o de fracaso. Ayúdelo a hacer recto uso de su libertad pero no la suprima.

Una cruzada nacional se impone para cambiar el rumbo de nuestra enseñanza libresca, enciclopédica, en una formación que prepare más para la vida, que dé más sitio al desarrollo de la personalidad. En los capítulos finales expondremos más ampliamente el concepto de esta formación.

Pero que un gobierno que quiere tener ciudadanos responsables comience por dar responsabilidad efectiva a sus instituciones educacionales. Un gobierno que quiere hombres que sepan usar de su libertad comience por permitir un uso moderado, al menos, de la suya a los colegios y universidades para que puedan ensayar nuevos métodos, probar nuevos programas, abrir nuevas vías fuera de las trilladas, a la juventud; y esto no como una concesión penosa, a regañadientes, sino con un gesto amplio, comprensivo, ayudado de los medios que la pobreza nacional permita, sabiendo que en esto la educación particular colabora con la del Estado y es acreedora al respeto y gratitud de la nación.

¡Qué lejos estamos de la actitud llena de respeto de Estados Unidos, que reconoce en un absoluto pié de

igualdad todas las instituciones educacionales, las ayuda con largueza y les testimonia su reconocimiento por su colaboración al progreso nacional. Por eso es que los hombres formados en estas escuelas se sienten vinculados por una deuda muy personal con su colegio o su universidad; confiesan públicamente que su éxito en la vida se debe en gran parte a la educación recibida y acrecientan con sus generosas erogaciones esas mismas instituciones que son hoy los laboratorios de la grandeza de este pueblo.

Entre nosotros la enseñanza privada batalla por su derecho a vivir como un apéndice de la enseñanza oficial, sujeta a su mismo programa, sin ninguna libertad real de movimiento, y aún así se ve atacada por pequeñeces partidistas. ¿Cómo es pues de extrañar que no haya más formación de la responsabilidad, educación para la libertad, si el propio Estado comienza por no fiarse de sus educadores?

La enseñanza particular tiene en esto también su responsabilidad, a ella le corresponde, sean cuales sean las restricciones gubernativas de hoy, estudiar por su cuenta un plan de educación que haga progresar al país, y un método ideal en ese plan ideal; y luego con la fe y optimismo que llevan al triunfo formar la conciencia nacional para que ese plan sea realidad.

Estamos convencidos, ¿será demasiado optimismo?, que si se logra concebir ese plan y se demuestra al país que con él se pretende una real mejora nacional, no un fin partidista, sino el bien común, los egoísmos quedarán vencidos y terminará por imponerse.

VIII

RIQUEZA Y POBREZA

Uso del dinero.

El choque más vehemente entre el espíritu de Cristo y el espíritu del "mundo" se realiza en el terreno de las riquezas. Sus puntos de vista son irreconciliables. El uno pone su confianza y su amor en las riquezas de la tierra, a las que aspira como al supremo bien; el otro aspira a los bienes eternos y se sirve de los bienes de esta tierra como de medios para alcanzar los eternos, como de un instrumento de colaboración con Cristo.

El valor cristiano del dinero, es el de un instrumento y nada más, instrumento necesario ya que toda obra

grande supone dinero. ¿Cómo trabajarían los obreros si no hubiese grandes capitales que crearan industrias y ofrecieran trabajo? ¿Cómo prosperaría la ciencia sin medios abundantes consagrados a la investigación que procuren el pan cotidiano a los sabios y les permitan disponer de amplios recursos para la búsqueda e investigación científicas? ¿Cómo se solucionaría los problemas sociales más urgentes, como el de la vivienda, la higiene popular, la sanidad, sin grandes fortunas? La educación ¿no requiere acaso millones y millones invertidos en escuelas, sueldos de maestros, material escolar, sin hablar de la cifra fabulosa que requiere una enseñanza universitaria seria? La Iglesia misma ¿cómo podría realizar su labor apostólica, educacional, moralizadora sin los medios humanos? ¿Cómo viajarían sus misioneros, de qué vivirían, cómo haría vivir a sus colaboradores sin dinero propio o suministrado por la generosidad de los fieles? ¿Cómo puede fundarse un hogar sin un mínimum de recursos? ¿Cómo puede un matrimonio cumplir las normas de la Iglesia sobre la vida matrimonial sin recursos suficientes para alimentar a sus hijos? ¿Cómo puede darse educación cristiana si los padres no tienen una renta suficiente? ¿Quién podrá negar la verdad de estas afirmaciones? Son demasiado evidentes; y por tanto sería infantil una predicación contra el dinero, contra la riqueza, contra la existencia de capitales. . .

La predicación de un régimen de universal despreocupación de los bienes de este mundo de imprevisión en lo que respecta al futuro, convertida en ley universal sería perniciosa y lo menos que podemos decir, cándida.

Sería temeridad negarse al trabajo serio, despreocuparse del futuro, descuidar el pan de los hijos. La Iglesia nunca ha sido ilusa ni extremista sino profundamente realista, como realista fué Jesús que vivió toda su existencia en Nazareth del trabajo de sus manos, escogió como Apóstoles a quienes antes de su consagración apostólica se ganaban la vida con la pesca o construyendo tiendas como Pablo.

Peligros del dinero.

Jesús fué el gran predicador contra los abusos de las riquezas y nadie como El nos ha puesto en guardia contra los peligros del dinero.

¡Ay de vosotros ricos que ya tuvisteis vuestra recompensa!

"Mammona iniquitatis", llama Jesús al dinero (Lucas, XVI, 9).

Y en un lugar que no podemos leer sin temblor, dice con palabras de fuego: "En verdad os digo que más fácilmente pasará un camello por el ojo de una aguja, que no un rico entrará en el reino de los cielos" (Mateo, XX, 24). Podemos pretender suavizar la frase cuanto se quiera, pero allá está ella con toda su fuerza aplastante, como una amenaza eterna para los ricos como Epulón que nos describe el propio Jesús, que pasaba su tiempo en banquetes y festines y fué sepultado en el infierno.

Es por otra parte, un hecho indiscutible en la vida de Jesús que lo siguen algunos ricos; otros ricos que se acercaron a Cristo se empobrecieron voluntariamente

dejándolo todo como Mateo, o parte como Zaqueo, atraídos por su ejemplo. En cambio, la gran mayoría de los poderosos que aparecen en el Evangelio, o están unidos en su contra desde los sumos sacerdotes, escribas, fariseos, hasta Herodes y Pilatos, o por lo menos no figuran entre los seguidores de Cristo, rebaño de los pobres de este siglo.

¿Por qué la riqueza no suele figurar al lado de Jesús? ¿Por qué Jesús nos pone tan en guardia contra la riqueza?

Es un hecho que el dinero ejerce una extraña seducción, y ante el deseo de poseerlo, se sacrifican muchos principios. Con demasiada frecuencia en el origen de las grandes fortunas, hay acumuladas muchas injusticias: juego, especulación, usura, guerras... ¡Cuántas riquezas amasadas con la sangre de los trabajadores, y aún a veces, con la sangre de pueblos que son llevados a la guerra para hacer la fortuna de un grupo de especuladores sin conciencia. Bourdaloue decía: "Con frecuencia el origen de las grandes fortunas, hace temblar; hay quienes no tienen ningún escrúpulo cuando se trata de acumular dinero: todos los medios parecen lícitos" (1).

Una vez que se ha gozado de las comodidades que traen consigo las riquezas, resulta muy duro desprenderse de ellas. Hemos conocido a varios excelentes católicos que no han trepidado en abandonar todo cuanto poseían por cumplir sus obligaciones y, aún a veces,

(1) Sermón sobre las riquezas, ed. 1869, 2.º t., pág. 258.

la apariencia de una obligación, pero, con frecuencia la tentación de seguir poseyendo, a cualquier precio, es más fuerte y se sucumbe a ella.

La riqueza tiene el gran peligro de endurecer a quien la posee: vive rodeado del dolor y con frecuencia parece no verlo; si lo ve, no lo comprende; y si lo comprende, se niega a remediarlo por razones que no se comprenden o sencillamente por la sola razón de seguir incrementando bienes. Con cuanta frecuencia viven juntos los que nadan en la abundancia y los que se ahogan en la miseria. ¿Acaso los primeros no la ven? ¿Pues cómo cierran sus ojos?

La riqueza suele traer orgullo de la vida. Cuando se tiene fortuna se recibe adulaciones. Todo lo del rico parece bien, y hasta "talento" se le reconoce, que le es muy pronto negado, si tiene la desgracia de perder su fortuna. Eso engendra vanidad. El rico no está acostumbrado a ser contrariado; todos se inclinan ante él; sus órdenes son al punto ejecutadas y eso engendra orgullo... El rico es independiente: ambas palabras han pasado a ser sinónimas; el rico no depende, (depende menos) de los demás, y tiende a actuar como si no dependiera tampoco de Dios. Sus propios medios le proporcionan lo que el pobre ha de pedir a Dios en su humilde plegaria de cada día.

El que nunca ha experimentado el dolor no conoce su amargura, y si ha tiempo que goza de la riqueza, se ha olvidado fácilmente de su sabor. Esa es talvez la causa porque cierra sus ojos y sus oídos al sufrimiento. Llega a pensar que hay una clase que está curtida para el dolor y a la cual no hace mella el sufrimiento. De

ahí ese penoso contraste de quienes no pueden soportar en sí la más mínima molestia y presencia impasible los más grandes dolores ajenos.

El rico tiende a hacerse sensible, demasiado sensible al dolor físico, su vida suele ser más regalada, y de ahí que la pereza, la inacción sean con frecuencia el patrimonio de los hijos de ricos que dilapidan rápidamente lo que con tanto afán reunieron sus padres. Burham, en su libro "La revolución de los directores", afirma el desinterés por los negocios generalizado entre los hijos de los grandes reyes de la industria norteamericana; y en nuestra propia patria no tenemos más que ver el cambio de mano de las antiguas fortunas y la creación de nuevos ricos en los que hay nuevas energías, que talvez no serán el patrimonio de sus hijos o de sus nietos.

El rico suele también ser más sensible al dolor moral, a la crítica, al desaire, porque se cree con mayor derecho a la estimación de todos, y tiene más tiempo para vivir dentro de sí mismo. Por eso la neurosis, lo ronda con mayor frecuencia que al pobre que no tiene tiempo para pensar en sus penas y que las estima su patrimonio natural.

El rico tiene menos amigos hondos y verdaderos, aunque sean más los que lo rodean, pues mientras más se sube, más sinceramente solo se está, como las cumbres de las montañas a las que pocos llegan. Habrá muchos aduladores, pero ¿amigos?

Por eso no es de extrañar que la Iglesia que reconoce la legitimidad de la riqueza, más aún, su necesidad, ponga en guardia a sus fieles, contra sus peligros.

San Ignacio en una meditación central en sus Ejercicios, quiere precaver al ejercitante contra los escollos que ofrece la riqueza para una vida de perfección y a fin de darle colorido a su doctrina introduce, hablando a Lucifer que incita a otros demonios a que vayan y tienten a cada hombre primero de codicia de riquezas, para que de ahí venga a vano honor del mundo, luego a crecida soberbia y de ahí, a todos los otros vicios.

Derecho de propiedad privada y sus abusos.

La propiedad privada, que es fundamento de la riqueza, es en sí una institución de derecho natural, aunque puede estar viciada en su realización por abusos considerables. Aclaremos este concepto.

El concepto de propiedad que reconoce la Iglesia no es el liberal, del dominio ilimitado: facultad de disponer arbitrariamente de las cosas según el mero capricho de su dueño. La propiedad, según los teólogos, tiene dos funciones: una individual, la satisfacción de las necesidades del poseedor; y otra social, la realización del bien común al cual está sujeto todo dominio y condicionado por él.

Un sistema de propiedad que no sirve al bien común no está respaldado por el derecho natural y ha perdido su razón de ser como sistema jurídico, lo cual no quiere decir que el propietario pierda su derecho por el mero mal uso de su propiedad, pero sí que el régimen debe ser corregido por los poderes públicos para hacer imposible la repetición de tales abusos, y para orientar la

propiedad hacia el bien común, suprema norma de vida social.

A la luz de estos principios aparece que la Iglesia no defiende lisa y llanamente el orden actual que, más que de propiedad privada, puede llamarse de "abuso de la propiedad privada". Ingeniosamente piensa Chesterton (1) que el régimen de concentración de bienes en pocas manos se opone tanto al plan de Dios sobre la propiedad, como se opondría al plan de Dios sobre el matrimonio, la concentración de todas las mujeres en un harem. El plan de Dios sobre la distribución de los bienes no es que éstos estén en manos de pocos, sino a ser posible, en las manos de todos. La propiedad es de derecho natural, lo que quiere decir que todos están llamados a ser propietarios y que el régimen jurídico ha de ser tal que sea fácil a los hombres llegar a la propiedad.

El régimen contemporáneo de propiedad está muy lejos de responder al plan providencial. Ya en 1891 León XIII en la introducción de su Encíclica "Rerum Novarum" nos dice que "las riquezas han sido acumuladas en pocas manos y la multitud ha quedado empobrecida". Poco más adelante agrega: "Los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte que unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud inmensa de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos".

Pío XI en su Encíclica "Quadragessimo anno" recuerda estas condiciones de fines del siglo XIX: "la

(1) What is wrong with the world?

sociedad humana aparecía dividida en dos clases: la una con ser la menos numerosa gozaba de casi todas las ventajas que los inventos modernos proporcionan tan abundantemente; mientras la otra compuesta de ingente muchedumbre de obreros, reducida a angustiosa miseria, luchaba en vano por salir de las estrecheces en que vivía" (Qadr. Anno, N.º 2).

Ante esta situación, añade el Papa, muchos católicos, sacerdotes y seglares "no podían persuadirse en manera alguna que tan grande y tan inícua diferencia en la distribución de los bienes temporales pudiera en realidad ajustarse a los consejos del Creador sapientísimo". Estas voces fueron oídas por el augusto Pontífice León XIII, quién, dice Pío XI, "llamó a consejo a varones sabios, consideró atentamente y en todos sus aspectos la importancia del asunto y, por fin urgido por la conciencia de su oficio apostólico, y para que su silencio no pareciera abandono de su deber determinó hablar a toda la Iglesia de Cristo y a todo el género humano con la autoridad del divino magisterio a él confiado" (Quadr. Anno, N.º 2).

Bien claramente aparece de los textos citados con cuánta prudencia, madurez, reflexión fueron pronunciadas las palabras gravísimas sobre la actual injusta distribución de los bienes de la tierra, palabras que nacieron, no del deseo de agradar a las masas, sino "de la conciencia del deber apostólico".

En época más reciente que León XIII, en 1931, al promulgar Pío XI la Encíclica "Quadragessimo Anno", se alegra del cambio de condiciones "principalmente en las ciudades más prósperas y cultas, en la que mal se

diría que todos los obreros en general están afligidos por la miseria y padecen las escaseces de la vida". Pero viene luego un párrafo impregnado de tristeza y que fué escrito por Su Santidad teniendo en vista "las tierras nuevas", los países de nuestra América y los del Extremo Oriente, países en que el problema de la injusta distribución de riquezas es agudísimo. Dice el Papa: "Pero es igualmente cierto que, desde que las artes macánicas y las industrias del hombre se han extendido rápidamente e invadido innumerables regiones, tanto en *las tierras que llamamos nuevas* cuanto los reinos del Extremo Oriente, famosos por su antiquísima cultura, el número de los proletarios necesitados, cuyo gemido sube desde la tierra hasta el cielo, ha crecido inmensamente. Añádase el ejército ingente de asalariados del campo, reducidos a las más estrechas condiciones de vida, y desesperanzados de poder jamás "obtener participación alguna en la propiedad de la tierra" (Rer. Nov., N.º 35), y, por tanto sujetos para siempre a la condición de proletarios, si no se aplican remedios oportunos y eficaces. Es verdad que la condición de proletario no debe confundirse con el pauperismo, pero es cierto que la muchedumbre enorme de proletarios, por una parte, y los enormes recursos de unos cuantos ricos, por otra, son argumentos perentorios de que las riquezas multiplicadas tan abundantemente en nuestra época, llamada de industrialismo, están mal repartidas e injustamente aplicadas a las distintas clases" (Quadr. Anno, N.º 26).

De los textos citados se deduce que el régimen contemporáneo de propiedad está lejos de responder al

plan providencial, pues, hace imposible a innumerables hombres la práctica de la virtud por carecer de aquel mínimum de bienes materiales que reclama Santo Tomás como necesarios para practicar la virtud. Otros en cambio encuentran dificultades para tender al cielo por el peso excesivo de su fortuna.

Las estadísticas sobre la distribución de la propiedad son muy engañosas y no pueden arrojar una apreciación exacta, porque hay que saber interpretar los datos numéricos, pero una mirada a los antecedentes que tenemos sobre la distribución de la propiedad en países como el nuestro confirman gravemente las palabras del Papa al referirse a los "países nuevos" (1).

---

(1) Sobre la manera cómo está distribuída la tierra agrícola de Chile difieren un tanto las estadísticas presentadas en diferentes estudios. En el último estudio que conocemos sobre esta materia: "Panorama del derecho social chileno", por D. Francisco Walker Linares, Edit. Jurídica de Chile, 1947, pág. 43, leemos lo siguiente: "La superficie cultivable extensivamente alcanza alrededor del tercio del territorio nacional, pero la parte regada, esto es, la que se labora de manera intensiva, es muy pequeña, apenas poco más del 2% de ese territorio. No parece, pues, lógico que en un país con tan poca área aprovechable, la tierra se halle tan mal distribuída. En efecto, una ínfima minoría de 1.464 propietarios de predios de más de 2.000 hectáreas (o sea, menos de un tercio por mil de la población total del país), son dueños del 68,7% de las tierras cultivables chilenas; 129.127 pequeños propietarios de predios de menos de 20 hectáreas, sólo poseen el 2,5% de esos terrenos cultivables; los predios de menos de 5 hectáreas no pasan del 0,6% de tales tierras". Consúltense al respecto el Censo agrícola de 1935-36; el Plan Agrario de Chile de 1945; Mc. Bride: "Chile su tierra y su gente"; Herring: "Good Neighbors", 1944, pág. 191.

Se impone que entre nosotros, teólogos y economistas, recojan la invitación de Pío XI: "De ahí que es obra laudable y digna de todo encomio la de aquellos que, sin herir la armonía de los espíritus y conservando la integridad de la doctrina tradicional en la Iglesia, se esfuerzan por definir la naturaleza íntima de los deberes que gravan sobre la propiedad, y concretar los límites que las necesidades de la convivencia social trazan al mismo derecho de propiedad y al uso o ejercicio del dominio" (Quadr. Anno, N.º 17).

Propiedad privada y uso común.

Dos funciones tiene el derecho de propiedad, como indicábamos recientemente: una función individual y otra función social. ¿Cómo conciliar ambas funciones? El principio de solución lo da Santo Tomás cuando afirma que los bienes que poseemos como propios los usemos como comunes. Esta idea de la comunidad de uso encuentra una aplicación importante en nuestra época industrialista cuando el patrón crea fuentes de trabajo bien remunerado, abre fábricas, mejora los campos, de manera que sus bienes sean origen de bienestar para muchos conciudadanos.

Esta comunidad de uso llegará a realizarse en forma aún más acabada el día en que, según los deseos de los Papas, el contrato de salario sea en alguna manera temperado por el de sociedad entre el capitalista y sus obreros, de modo que todos ellos participen en los intereses de la industria y aún en la propiedad y gestión

de la misma. El Episcopado norteamericano, en forma especialísima, ya en 1929 esbozó un programa bien definido en que reclama con energía para los obreros la participación de los intereses y gestión de la empresa.

La actitud del propietario católico ha de basarse en el concepto que ante los hombres es propietario, pero ante Dios es mero administrador de sus bienes. Estos bienes son suyos, pero los posee para sus hermanos. No le está prohibido poseer ni economizar para aumentar su fortuna, pero al hacerlo piense en el plan de Dios. Que la idea que lo domine al dar y al guardar sea "el mayor servicio" de la comunidad, su mejor adaptación al bien común.

La fortuna obliga al propietario a cuidar de sus colaboradores, a procurar su bienestar, ojalá a vivir entre ellos, lo que se aplica sobre todo a los agricultores e industriales. Es una tragedia de las grandes concentraciones de capital, la despersonalización de la industria: en una sociedad anónima se pierden de ordinario esos contactos de patrón y obrero inspirados en el concepto de la gran familia. Cada trabajador es una ficha; tiene un contrato, está protegido por las leyes y por su sindicato. Esta manera de mirar el trabajo, no sirve ciertamente a la paz social; y donde se impone por las condiciones de la gran industria ha de ser atenuado por contactos más personales entre los jefes de bienestar y sus obreros, entre los dirigentes de sindicatos y sus asociados, entre los representantes de la empresa y del trabajo.

Entre el capital y el trabajo debe haber relaciones humanas. Tanto el patrón como cada obrero, es un

hombre con problemas personales y familiares, que han de ser resueltos con un criterio de colaboración social.

LAS DIFERENCIAS SOCIALES.

La diferencia en los bienes de fortuna ha ido en el transcurso de los años agrupando a los hombres en diferentes núcleos o clases sociales. Es cierto que la diferencia de riquezas no es el único factor que mantiene estas clases, pero es el principal.

La existencia de clases, es un hecho social y en forma más o menos acentuada, existe en todos los regímenes del mundo, pero hay que tender al menos a disminuir la tensión de la lucha, a evitar todo lo que pueda herir y a fomentar cuanto pueda extender los beneficios de la clase pudiente a las demás.

Todo hombre, cualquiera sea su fortuna o su apellido, merece el mismo respeto que el mayor potentado del dinero. La fortuna sola no es título de grandeza, ni la pobreza, causa de menor estima.

Cada hombre es hijo de sus obras y su mayor nobleza reside en la dignidad de su conducta y en la entereza de sus costumbres.

El trato de preferencia que puede dar un educador a los muchachos de situación más distinguida, de presentación más acomodada, crea amarguras y hasta odios profundos, cuyas consecuencias no se pueden prever.

Igual reacción provoca la actitud de jóvenes de posición más desahogada que al incorporarse a la vida universitaria o de trabajo, forman grupos cerrados a los que no son de su círculo, provocando heridas entre sus

compañeros de posición social más estrecha, que no pueden presentarse como ellos, que no son invitados a las mismas fiestas, que tienen preocupaciones diferentes. Estos grupos cuando existen muy marcados, son un factor de división social. La inexperiencia de los jóvenes, hace que ellos no caigan en la cuenta de las consecuencias de una actitud que estiman normal pero que deben prevenir sus padres y maestros.

A veces por desgracia lejos de prevenir estas dificultades las fomenta un criterio mal entendido que da una importancia excesiva al factor familia. Es natural y comprensible que las frecuentaciones sociales se hagan normalmente entre quienes están vinculados por lazos de amistad, parentesco, por intereses comunes. Es también natural que cuando un joven piensa contraer matrimonio se le haga pensar que no va a casarse solamente con la niña sino también, en cierto sentido, con sus padres y con su ambiente, que va introducir vinculaciones entre dos familias y que debe pensar seriamente si van a ser normales dada la educación de cada una de ellas. Esto es natural, pero de ahí, no se sigue que esta sola diferencia social sea un motivo suficiente para impedir la amistad o el vínculo profesional o el trato familiar con quien sea acreedor a esta confianza por sus méritos personales. Lo que importa, sobre todo, es no acentuar divisiones sino allanarlas. Que las tradiciones se guarden en cuanto tienen de constructivo y no en cuanto constituyen un prejuicio; que los hechos, en cada caso, sean examinados y juzgados en su verdad objetiva y en espíritu de caridad.

¡Dios quiera que una mayor nivelación de condiciones económicas y culturales vaya haciendo desaparecer entre nosotros ese abismo que separa los diferentes grupos sociales! Nada obsta a que haya afinidades que vinculen más unas familias con otras, con tal que el bienestar de la vida en verdad humana, sea participado por el mayor número posible de hombres.

Cada país tiene su tradición y no puede una nación aspirar lisa y llanamente a copiar las que son propias de un país vecino, pero es innegable que la doctrina del "common man" que constituye la esencia de la democracia norteamericana encierra un gran elemento de justicia, un principio eminentemente cristiano: igualdad efectiva de posibilidades para todos los ciudadanos, puertas abiertas bien amplias para todos los que tengan interés de ascender socialmente, estima y respeto del trabajo manual que no denigra a quien lo ejecuta. En Norte América, el joven que limpia los platos en el restaurant, que muchas veces es un estudiante universitario, bailará después con la señorita a la que ha servido a la mesa; el conductor de tranvías es tan respetado como la señora de paltó de pieles que viaja a su lado.

Este régimen supone, claro está, una educación generalizada, un sentido de responsabilidad bien entendido. Cada país tiene un cauce histórico característico. El nuestro ha sido muy diferente del de Estados Unidos, para bien en algunos aspectos, para mal en otros, ¿a qué discutirlo? pero es indiscutible que ganaríamos mucho al trabajar por hacer una realidad más palpable cada día en el orden espiritual, social, educacional, económi-

co, nuestra democracia confinada hoy apenas al orden jurídico y político, casi se podría decir, al teórico. Realizaríamos así ese deseo tan ardiente de Su Santidad Pío XII que establece como elemento sustancial del nuevo orden que propicia "la elevación del proletariado".

Cada conquista se paga. Nosotros nos gloriamos de nuestra élite cultural, pero ella cuesta el precio de un enorme descuido de la masa y ese precio es demasiado caro. Sin ahogar la vida de una selección, que en todo pueblo, aún en la democracia ha de existir, elevemos el pueblo común a una vida en verdad humana.

La moderación en la riqueza.

Un concepto fundamental en el uso de los bienes es la recomendación de la "medida" en la prosecución de la fortuna. El "auri sacra fames", sed del oro, esteriliza la vida para toda idea espiritual, para toda obra de caridad.

La fortuna para cumplir su misión, ha de guardar ojos, corazón, interés y tiempo para las causas desinteresadas agregándoles la posibilidad de realizarlas. El rico ha de aspirar a "poseer", no a "ser poseído"; a ser "dueño", no "esclavo" de sus bienes.

De aquí la sobriedad de vida, lo moderación en el uso del confort, el hábito del trabajo continuado en medio de la fortuna. Riqueza y sencillez; riqueza y modestia, son el verdadero sello de las almas nobles, que no miden su grandeza por la exhibición de tesoros com-

prados, sino por las cualidades de su espíritu, el refinamiento de sus virtudes y de su cultura.

Gracias a Dios podemos decirlo, con profunda verdad, hemos conocido y seguimos viendo en Chile ejemplos muy numerosos de esa verdadera nobleza, distinción de maneras, cultura refinada, sencillez de costumbres, servicialidad, espíritu fraternal con los pobres, sin asomo de proteccionismo, frugalidad, trabajo, sacrificio al par de sus inquilinos, y junto a eso una generosidad ilimitada para distribuir a los pobres y a las obras de bien el dinero que rehusan gastar en su persona; y todo esto con humildad exquisita, sin que la mano izquierda sepa lo que hace la derecha.

Estas personas forman parte del grupo de los pobres de espíritu de que habla Cristo; son los continuadores de la misión de los ricos que fueron sus amigos: de Lázaro, Marta y María que hospedaban a Jesús, del Centurión que edificó un templo, de Mateo, que dejó sus bienes por Jesús; de Nicodemo que le dió sepultura. Los ejemplos de estos pudientes, verdaderos católicos, son poco conocidos. El bien, no hace ruido; y estos hombres tampoco lo hacen. Se juzga a toda una clase social por la vida superficial, con frecuencia escandalosa de quienes no tienen tiempo y corazón sino para las diversiones, de quienes no tienen jamás bastante dinero para gastar en sus personas; y se condena junto con ellos a quienes felizmente mucho más numerosos de lo que se piensa no tienen otra preocupación que el servicio de Dios, su familia y la gran familia de los abandonados.

Con la misma entereza con que merecen censura los malos ricos, son acreedores a la admiración y a la gratitud de Chile estos soldados desconocidos de la virtud, símbolo de una sociedad que hemos de impedir que se extinga, pues representa una tradición de lo mejor que ha producido la Patria, vestigio de sus mejores épocas de grandeza moral. No podemos recordar algunos nombres porque es muy larga la lista que debería citarse en esta página de honor.

Frente a estos ejemplos florecidos en tierra chilena se puede pedir un mayor esfuerzo para no perder una tradición de sobriedad de vida. Hay derecho a pedir sencillez en el vestido de las señoras que piensan en adornarse con todos los animales raros que han existido en la creación, cualquiera que sea su precio; sobriedad de vida a los hombres que derrochan fortunas en bebidas dispendiosas, en el juego de las carreras. . . cuando no en el espectáculo mil veces más deprimente de amores ilícitos en que se dilapidan millones extraídos de los pobres y devorados en el vicio. Estos son los verdaderos revolucionarios. Hay entre ellos quienes gritan contra el comunismo, pero sus clamores no nacen como los del Papa de un deseo de justicia y defensa de los valores espirituales, sino del temor de ver cercenada su ilimitada libertad de gozar de la vida. Estos son los más peligrosos propagandistas de ese comunismo que rechazan con sus palabras, pero confirman con sus hechos. Se es responsable de una revolución, no sólo cuando se la hace, sino también cuando se la provoca.

Ojalá que todo el que posee fortuna se recogiera con frecuencia a hacer esta sencilla reflexión: ¿Qué pensaría

yo si me encontrara un día sirviente, inquilino, trabajador de un patrón igual a mí? ¿Qué bulliría en mi mente? ¿Qué aspiraciones querría ver satisfechas?... Es bien difícil que haya muchos que se resuelvan a poner en práctica este consejo, pues, nada hay más difícil que ahondar en la propia conciencia. La sinceridad es una virtud muy difícil; pero si, al menos uno, se resolviera a pensar y a obrar conforme a las luces de su reflexión ¡cuánto bien hubiera hecho!

La caridad que completa la justicia.

En el banco de la justicia siempre hay un lugarcito para la caridad. Por mejor organizadas que estén las instituciones sociales de un país "siempre habrá pobres con nosotros", según las palabras de Jesús, que constituyen un precioso llamado a la caridad.

La caridad actúa en el dominio de la plena espontaneidad: lo que no se puede reclamar con título de derecho es lo que se otorga por caridad. Esto no quiere decir que la caridad sea una virtud no obligatoria. Es tan obligatoria como la justicia, aunque por motivo diferente.

La caridad nos mueve a socorrer con generosidad de nuestros bienes a los pobres: lo que es superfluo para nosotros, la caridad lo pone al servicio de los pobres, y a veces la caridad llega aún más lejos, participa a los menesterosos, aún de lo que uno ha menester para sí. El verdadero cristiano da y da hasta que duela. Mientras la limosna no nos cuesta, vale poco.

La caridad no se contenta con la limosna; ésta para tener valor debe ser el fruto de un sentimiento interno de respeto y de amor al pobre. Por eso dice San Pablo: aunque distribuya en limosnas toda mi fortuna, si no tengo caridad de nada me aprovecha.

En Chile felizmente se da mucho y se da con amor. Exponentes de esta caridad los encontramos en todas las clases sociales, sobre todo entre los pobres. En el barco en que escribimos estas líneas sirve un marinero náufrago tres veces. Tiene cinco hijos propios y cuatro huérfanos a su cargo. A todos les ha dado una formación y a los nueve quiere como si fueran hijos propios.

El hondo sentido social del pueblo chileno se ve en la facilidad con que comparte su pobre vivienda y su modesta comida con los que tienen menos que ellos. El que no tiene donde vivir puede estar seguro que al recorrer el campo no le faltará un corazón amigo que lo reciba como "allegado", a pesar de que esta caridad crea muchas veces problemas de muy difícil solución. Hemos conocido el caso de una pobre mujer, madre de ocho hijos, que recibió por lástima a los siete huerfanitos hijos de una vecina, al morir su madre. No tenía ella cómo alimentar los propios, pero su corazón no pudo cerrarse al abandono de esos huachitos.

Pasados los instantes trágicos de la noche del 24 de enero de 1939 en los alrededores de Cauquenes, el camino en otras ocasiones muy traficado estaba desierto; de pronto en lo alto asomó una carreta que conducía un humilde campesino del Maule. Vestía pobremente y calzaba las clásicas ojotas de la tierra. Con una picana de coligüe al hombro se dirigió a uno de los habitantes

de Cauquenes, y aquel modesto campesino, padre de cinco hijos, le preguntó: "en donde se recibían las mantenciones para los que tenían hambre en la ciudad". El pobre agregó: "Señor, en el campo hemos sabido que en el pueblo ha pasado una gran desgracia; nos contaron que la gente lloraba ayer de hambre. Dios me dió este año una buena cosecha: quince sacos de trigo rindió uno que sembré. Yo he cargado cinco en mi carreta, señor, para entregarlo sin pago, a la olla de los pobres. De los diez restantes sembraré uno este año, y los demás para pan de mis huachitos".

He aquí un hombre de sentido social, que hizo profundo contraste con los que sin necesidad ninguna fueron a buscar el trigo donado para los pobres, y mayor aún, con los muchos explotadores de terremotos, carentes de todo sentido de solidaridad humana.

Entre las personas pudientes hay muchas felizmente que tienen "la inteligencia del pobre" de que habla la Sagrada Escritura. Hemos conocido personas que disponían de cuantiosa renta y no gastaban un centavo en el arreglo de su persona. Una de ellas en cierta ocasión debió pedir prestado un sombrero para salir de su casa, pues, no lo tenía y no quería disminuir en un centavo el presupuesto de sus pobres.

Estas personas, aunque sean pudientes, forman parte del grupo de los pobres de espíritu a quienes Cristo prometió el Reino de los cielos. En cambio aquellos que amontonan una fortuna que a nadie sirve, sino a lo más a satisfacer sus caprichos, deberían sentirse avergonzados ante los hombres, y temerosos ante Dios

a quien darán cuenta del talento escondido. Carnegie llega a decir que los que mueren en posesión de una fortuna inútil deberían considerarse deshonrados.

Espíritu de pobreza.

La pobreza de espíritu, necesaria para todo hombre, encuentra su perfección en el espíritu de pobreza, esto es, en el amor apasionado a la pobreza, y en la búsqueda de todo lo que es pobre y humilde por mejor imitar a Cristo pobre y humilde. "Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes, dálo a los pobres, sígueme". Seguir de cerca a Jesús es seguirlo en pobreza. El dijo de sí: "Los pájaros tienen nido, las zorras una cueva, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza".

En estas almas desposeídas de codicias, Jesús hace nacer la humildad, la paz, la sencilez. Estos hombres apasionados de la pobreza sienten la inmensa riqueza de poseer a Cristo; sienten la libertad de espíritu para anunciar la verdad con la valentía de Juan Bautista sin temor a los reyes ni a los ricos; sienten esa simplicidad y pureza que hacía a San Francisco de Asís el hermano de las aves y de los animales; sienten ese celo de Javier, el divino impaciente, que sin más tesoro que su confianza en Dios parte a la India, al Japón, a la China a anunciar a Cristo crucificado. Estos pobres han sido los grandes ricos del mundo, su tesoro más preciado, la garantía más pura del valer del hombre y la esperanza de resurgimiento en las épocas atormentadas. Uno de ellos, el Pobrecillo de Asís, fué el que escribió:

Señor haced de mí un instrumento de vuestra paz,
Que allí donde haya odio ponga yo amor,
Que allí donde haya ofensa ponga yo perdón,
Que allí donde haya discordia ponga yo armonía,
Que allí donde haya error ponga yo verdad,
Que allí donde haya duda ponga yo la fe,
Que allí donde haya desesperación ponga yo esperanza,
Que allí donde haya tinieblas ponga yo mi luz,
Que allí donde haya tristeza ponga yo alegría.

¡Oh! Maestro que no me empeñe tanto
En ser consolado........como en consolar,
En ser comprendido........como en comprender,
En ser amado........como en amar,

PUES:

Dando..........se recibe,
Olvidando..........se encuentra,
Perdonando..........se es perdonado,
Muriendo se resucita a la vida eterna.

¡Oh Señor, en el siglo de la riqueza, enséñanos a amar la pobreza como madre, multiplica el número de tus pobres voluntarios para que la riqueza de tu gracia se reparta abundante en los corazones hambrientos de Verdad y de Vida!

OTRAS POBREZAS.

Otras pobrezas hay que son también participación de la cruz de Cristo, de sus espinas, de su agonía. El dolor, la impotencia para obrar, la enfermedad, a veces

la locura y la demencia con que el Señor ha probado a las almas escogidas. El padre de Santa Teresa del Niño Jesús, ese hombre ejemplar que no titubeó en entregar a Dios sus seis hijas, terminó sus días privado de la razón. Nuestro Señor le mostró de antemano a Santa Teresa esta pena con que ella iba ayudarlo a completar lo que faltaba a su pasión.

Sacerdotes y seglares hemos conocido que han llegado al final de sus días, privados total o parcialmente de sus facultades, exigentes, reconcentrados en sí mismos, con esa psicología propia del enfermo ¡merecen respeto y ayuda! Están subiendo las últimas gradas de la escala de la vida y esa ascensión casi siempre es muy penosa; no miremos su presente, sino su pasado, y a Dios que forja por el dolor esas almas.

Otras personas, han sido probadas, como una gran señora chilena, que primero pierde a su marido, luego su fortuna, después el porvenir de sus hijas, luego la vida de ambas, en muerte trágica e instantánea. Consagra ella a Dios sus últimos días en un convento para ayudar a rehacer vidas desechas y ciega y paralítica termina sus días, quien se llamó y fué de verdad, Sor María de Jesús Crucificado.

Cuando encontremos estas pobrezas, respetémoslas, y si el Señor nos hace participar algún día de ellas, besemos su mano y digamos: Yo ya sé decir como mi padre, cuando la vida se le puso triste: ¡Dios lo ha querido así, bendito sea!

IX

SOBRIEDAD DE VIDA. LA VIDA SOCIAL.

La vida social es necesaria.

¿QUE designamos con el nombre de vida social? Simplemente ese conjunto de reuniones, fiestas, paseos, diversiones que llegan a constituir una vida, que se anuncia profusamente. Cada día los diarios, en una sección llamada "Vida Social", dan cuenta de los próximos bailes, estrenos en sociedad, matrimonios, excursiones, etc.

Precisando aún más el sentido de esta palabra diríamos que vamos a tratar de las reuniones, diversiones y

convenciones en que predomina el aspecto de placer o exhibición, insistiendo preferentemente en la forma cómo se realizan en la clase acomodada.

La vida social es en sí legítima. ¿Quién puede censurar una sana diversión, un honesto esparcimiento, el descanso después del trabajo. En este sentido más que legítima la llamaría obligatoria.

La mutua unión de las familias exige que se visiten, se inviten a sus hogares, se obsequien mutuamente. Para los jóvenes en particular, esta vida de sociedad desempeña una función especialmente importante. Mediante ella se podrán conocer, tratar previamente, probar la sinceridad de las cualidades requeridas para un próximo matrimonio. El amor y la juventud exigen legítimas espansiones que la vida social les depara, y si ésta es ordenada, con menos peligro que el que podrían encontrar en un trato escondido y con la conciencia de hacer algo vedado.

La vida social ha existido siempre en todos los tiempos, en todos los países y en todos los ambientes.

Pero la vida social para llenar su misión ha de ir envuelta en un ambiente de verdad, de simplicidad, de cándida alegría, ha de ser proporcionada a los medios y al rango de la de los que la llevan, ha de estar sujeta a la caridad y al bien común, bien común, que es la suprema ley social.

Ambiente de nuestra vida social actual.

Para juzgar nuestra vida social es necesario conocer el ambiente propio de nuestro siglo, ambiente del que

participan en mayor o menor grado todas las clases sociales. Comprender ese ambiente explica, aunque no justifica, la realidad de la vida social contemporánea.

El hombre de por sí es naturalmente gozador, pero esta hambre de placer se ve acrecentada extraordinariamente en nuestro siglo por el materialismo que todo lo invade. Los ídolos de nuestro tiempo son el amor, el dinero, el éxito, la honra y uno muy característico de nuestro siglo: el confort. Confort y placer son palabras que casi resumen las aspiraciones del hombre masa de nuestra época.

La industria ha multiplicado los instrumentos de placer en forma exhorbitante y una vivísima propaganda comercial los presenta al apetito de todos como aspiraciones que deben necesariamente ser satisfechas. Las vitrinas, avisos de la prensa y radio exaltan el apetito de todo aquello que nos dará confort, placer, sensaciones nuevas y desconocidas.

El cine, la gran universidad de nuestro siglo frecuentada por todas las clases sociales, es una exaltación maravillosa del placer y del amor. Cada día millones y millones de alumnos asisten durante dos o tres horas a una conferencia intuitivo-auditiva, hecha con el mayor arte y encanto sobre las ventajas del placer.

El mismo ambiente científico de nuestro siglo participa de esta mentalidad; y así nuestra época ha visto elaborarse filosofías muy en boga hoy día; el positivismo, el pragmatismo, el relativismo. Según estos sistemas lo único que cuenta es lo positivo, lo que se pesa, lo que se ve, lo que se mide. El criterio del valor en nuestro siglo es la utilidad; y filósofos muy de moda

ahora han dicho que es verdadero lo que conviene; que es falso lo que no sirve.

REALIDAD DE LA VIDA SOCIAL ACTUAL.

Dentro de este ambiente general no es raro que se haya encendido un ansia inmoderada de placer, que todos aspiren a gozar, que incluso los pobres busquen los mismos goces que hacen la felicidad de los ricos.

Las fiestas se multiplican, unas tras otras incluso el mismo día: una comida a las diez, un baile a la una; después visita a uno o varios cabarets hasta las cinco o seis de la madrugada.

Falta totalmente el espíritu de sobriedad tan connatural al espíritu cristiano que propone como virtud la penitencia y el sacrificio. Divertirse... bien, pero esa serie de fiestas una tras otra como para estrujar la posibilidad del placer, denota un espíritu enfermizo, una huída constante de sí mismo, una evasión de lo serio, un ansia de voluptuosidad inmoderada.

Estas fiestas se tienen de ordinario fuera del hogar, en locales públicos de asistencia incontrolada, donde fatalmente las miradas candorosas de una niña bien educada, habrán de tropezar con algo que manchará por lo menos su mente.

Con frecuencia estos ambientes en que se realiza la vida social denotan lo raro, lo extravagante, indicio de una falta de equilibrio interior, casi diríamos de una neurosis profunda y colectiva: ambientes bohemios, música extraña, orquestas tropicales, bailes de negros. En este ambiente ¿podrán prepararse la niña y

el joven a una vida sobria de trabajo, de deber social?

Lo artificial de la vida social contemporánea llega a extremos tan inverosímiles como a hacer de la noche día, no por necesidad alguna que lo justifique, sino sólo por motivos de vanidad en un principio... por ceder después a la moda y porque "así lo hacen todos". Subleva francamente pensar en esas fiestas sociales que comienzan a la una de la mañana o después con el trastorno consiguiente de la vida de muchos hogares: de los dueños de casa, los padres de toda esa juventud que está de fiesta, obligados a velar, si no por un deber estricto, al menos por el amor maternal que no descansa mientras los seres queridos están en peligro; de toda esa servidumbre obligada a trasnochar nada más que porque sí; de esos chauffeurs que dormitan expuestos a una pulmonía o murmuran contra las excentricidades de quienes abusan así de su situación.

Este ambiente es en sí una mentira y una excitación a la mentira. ¿Cómo extrañarse de que el sentido de la verdad esté ausente de los labios cuando está admitido en las instituciones?

La mujer se masculiniza en esta vida social frecuente. Muchas de ellas beben, beben fuerte, beben mucho... y lo que hace algunos años habría causado tremendo horror, ahora se celebra como una "gracia femenina".

Las niñas son talvez las que más salen perdiendo de esta vida social moderna. Por de pronto ellas salen, "viven" durante dos o tres años sólo para la vida social. Alguna vez nos ha sorprendido esta desconcertante respuesta: Su niña tiene veinte años, ¿qué hace?... "La niña está saliendo", se nos contesta.

¿Qué hace? . . . "Está saliendo", respuesta por demás significativa, esto es, no hace más que salir, o al menos su actividad principal es salir. Piensa en trapos, recorre las tiendas, visita a las modistas, va al biógrafo, o a un restaurant de lujo, da un baile, es invitada a otros bailes. ¡Está saliendo! ¡Qué ocupación más interesante y absorbente!

Este ambiente de fiestas llena por completo la cabeza de quien vive para él. Los modales mismos que al principio eran delicados, poco a poco, se van haciendo más sueltos, más libres, más vampirescos. Se desea agradar, y la pasión del agrado lleva muy lejos. La esclavitud de la moda, la horrible esclavitud, que hace de las niñas, niñas en serie como las botellas de Panimávida, todas con el mismo gusto, todas con las mismas leyes: harán lo que todas, porque todas lo hacen. Cuando la orden sea ponerse anteojos, todas se los pondrán; cuando sea echarse la cartera al hombro, todas se la echarán y, ¡cosa horrible! cuando el sargento de la moda llega a dar la orden de "arrancarse las cejas", hemos visto con pavor que innumerables niñas se han lanzado con una obediencia digna de la más ferviente comunidad religiosa a arrancarse una a una las cejas de su frente! ¿Es esto personalidad? ¿Qué valor podrán tener para resistir el embate duro de las solicitaciones de la vida quienes tan ligeramente se preparan para ella? ¿Cómo van a hacer de sus hijos, hombres de carácter quienes no son más que mujeres en serie, esclavas de la moda?

Por otra parte los jóvenes que frecuentan con exceso esta vida social inmoderada no afirman sus cualidades

masculinas, sino al contrario, las debilitan. El ideal de una sociedad es que sus hombres sean bien masculinos y sus mujeres bien femeninas. El exceso de vida social no lleva a este resultado, sino que tiende a producir un carácter medio, amorfo, mediocre.

Hemos visto con pena que cunde un espíritu de poca cortesía y de poca caballerosidad. La cortesía se va, la antigua caballerosidad desaparece, dicen los mayores y es ésta una realidad bien constatada. ¿Es esta desaparición de la caballerosidad una desgracia? Cremos que sí. El hombre siempre debe a la debilidad de la mujer su protección. A la madre, o a quien puede llegar a serlo, su respeto. Si atendemos a los deberes escolares éstos sufren con una vida social exagerada. El estudio serio, prolongado, arduo, que exige concentración, es casi imposible en esta vida superficial de continuo paseo. Esto contribuye a que quienes más han recibido, quienes más opciones tienen de producir, se vayan debilitando y haciendo incapaces para los problemas difíciles que exigen una masticación robusta.

Uno no puede menos de dolerse al ver ausentes de los sitios en que deciden los destinos de la Iglesia y de la Patria a tantos jóvenes maravillosamente dotados para ofrecer su colaboración pero vacíos de un sentido social profundo por la ligereza del vivir cotidiano.

¡Cómo extrañarse que otros hombres de formación más sobria y robusta, de una clase social más vigorosa los reemplacen en las responsabilidades que ellos deberían haber tomado!

Esto es tanto más grave cuanto se va generalizando la costumbre de iniciar precozmente a los niños en la

vida social. Culpa imperdonable de los padres que en una edad prematura introducen a sus niños en una vida para la cual no están preparados. Matinées infantiles, pololeos precoces, paseos de niños con carácter de vida social en las playas, reinas infantiles... otros tantos absurdos contra la pedagogía, contra el porvenir de esos niños, contra la paz social.

Las niñas desde muy temprano comenzarán entonces a pensar en componerse para agradar a los demás; no existirá para ellas el tiempo consagrado al cultivo de su infancia, ni tampoco se prepararán con las disciplinas que requiere la futura dueña de casa.

El estudio serio será abandonado por los muchachos que hagan una vida social intensa. Se contentarán con "calentar exámenes". El fracaso de muchos jóvenes en la universidad, se debe a su deficiente preparación causada por su excesiva vida social.

La ausencia de los padres de las fiestas sociales de sus hijos es otro mal característico de nuestro siglo, por lo menos en nuestra Patria. Muchas son las jóvenes que vuelven de una fiesta acompañadas por un amigo a altas horas de la noche. Las dolorosas consecuencias de esta conducta repercuten a fondo en las costumbres.

Podrán algunos decir que es mejor dar una formación más candorosa, más sencilla, más realista, con menos "prejuicios"... como se hace en otros países. ¿Cuáles son allí los resultados reales? Los datos que nos llegan son muy contradictorios. Sólo podemos afirmar que en Chile esta libertad ha sido bien dañina para la moral pública y privada.

Esta vida social desmedida trae como fruto inmediato el deseo de prolongarla aún cuando ha pasado la época que normalmente podríamos llamar vida social... De aquí que se vea con tanta frecuencia que los matrimonios jóvenes continúen saliendo con tanto o mayor fervor que durante solteros. Esta vida social de matrimonios jóvenes es aún más peligrosa y funesta de consecuencias, como lo demuestra una triste experiencia.

La limitación de la familia es una de sus primeras consecuencias. Se desea salir a toda costa y se elimina la maternidad que estorbaría la omnímoda libertad necesaria para este género de vida. La limitación de la familia en las clases altas de la sociedad en Europa es un mal que ha puesto en grave alarma a los gobernantes. Entre nosotros, gracias a Dios, aún se ven familias como las de antaño que pueden enorgullecerse del número de hijos que han dado a Dios. Por desgracia, la limitación desde hace algunos años ha comenzado a hacer sus funestos estragos. ¿Cómo se va a desear tener hijos que traben la libertad y cercenen el presupuesto ya demasiado escaso dado el tren de gastos del joven matrimonio? "Entre tener un auto y tener un hijo prefiero el auto", decía una desvergonzada mujer casada. Es más cómodo.

"Las anulaciones de matrimonio van siendo cada día más frecuentes, parecen una maldición de nuestro tiempo. Han pasado de 333 en 1932 a 1.099 en 1942. En diez años 10.000 familias de nuestra sociedad han de-

jado de ser cristianas preparando con su escándalo la ruina moral y religiosa de miles de familias más" (1).

La vida de continuas fiestas es fuente de disgustos, de roces, de celos que van trizando el vaso del común amor. Al propio tiempo aparece con facilidad en el escenario de esta vida social cotidiana otro u otra, que se insinúa al principio como una amistad ilícita, pero termina por desbancar a quien le había jurado un amor eterno. ¿Para qué hablar más largamente de este tema de suyo tan escabroso y tan lleno cada día de amargas realidades?

La vida social continuada en el matrimonio hace desagradable la vida en el campo y aún en la provincia, porque sólo se anhela vivir en Santiago o en los balnearios de moda.

El ausentismo de los patrones de los campos es funesto para el trabajo del marido y no menos funesto para la paz social con sus inquilinos. El problema social de nuestros campos tendría ya una real solución con el solo hecho de que los patrones vivieron la mayor parte del año en el campo, al menos mientras lo permite la edad de los hijos. ¡Cuántos problemas se solucionarían por el contacto personal de los patrones que son hombres de corazón honrado con sus propios inquilinos! Estos tendrían a quien hablar de sus dolencias, a quien pedir remedio en sus apuros y terminarían

---

(1) Mons. C. Casanueva: "El Diario Ilustrado", 21 de noviembre de 1944.

recobrando el tradicional cariño que unió antaño en Chile a los dueños de la hacienda con quienes laboraban la tierra base de la riqueza.

Los hijos de los agricultores formados en el ambiente campesino cobrarían amor a esa tierra, se ligarían con ella y tratarían por todos los medios de hacerla progresar. Este es el motivo por el cual protestamos con vehemencia contra una vida social desmedida que va creando hábitos de arraigo capitalino y va separando a los hombres de los campos.

Por este mismo motivo de una vida social exagerada, posible únicamente en la capital o en una que otra ciudad, se alejan los chilenos de la provincia. Raro es que el profesional joven y más rara aún la niña de sociedad que quiere irse a "enterrar" en provincia. ¡Es tan aburrida esa vida! ¡No hay ningún aliciente, no hay vida social en provincias!

Y así vemos que nuestras provincias progresan materialmente, pero no progresan al mismo paso en su aspecto intelectual y espiritual. Los mejores valores de las provincias quieren venirse a Santiago; los jóvenes formados en la capital que deberían ir naturalmente a enriquecer con su ardor juvenil y su preparación "la monótona vida provinciana" como la llama Daniel de la Vega, se quedan vegetando en Santiago, formando muchas veces un proletariado intelectual que sólo aspira a un puesto público que le permita arraigarse en la capital.

¿Consecuencias remotas, éstas de la vida social? Sí, pero consecuencias reales al fin y al cabo. Veamos otras que son más próximas.

La vida social prematura y desmedida crea un grave problema económico. Es muy caro llevar esta vida social. Cuestan muy caros los trajes que es necesario multiplicar, las atenciones sociales, las fiestas y espectáculos pagados, los tées, cocktails y comidas que se multiplican... El joven a esa edad con mucha frecuencia no gana nada. Es un estudiante universitario y a veces un pobre colegial de bolsillos bien vacíos. Esta vida con todas sus exigencias ¿quién va a pagarla? La niña saldrá a costa del joven; y el joven a costa de su papá. Y el pobre caballero que tiene que mantener solo los gastos del hogar, educar a sus hijos tiene aún que pagar los pololeos de su jovencito salidor. Por otra parte, niñas jóvenes, muy poco conscientes del valor del dinero y de lo que cuesta ganarlo, despilfarran en forma horrorosa. ¿Cuánto costaron las "once" en el restaurant? ¿Y el aperitivo? ¿Las entradas al biógrafo? Señor, cuánto costó esta semana la vida social de su hijo, las atenciones a su quizás, talvez, futura nuera; ¡porque en último término, todo sale de Ud!... Si le duele mucho, ¿por qué no se amarra los pantalones? Si se queja, ¿por qué no piensa de quién es la culpa? ¿Por qué no se unen los padres de familia y toman una actitud más valiente para marcar a sus hijos la línea de conducta?

Por otra parte estas fiestas sociales van creando un espíritu de rivalidad social. Se ostenta lo que no se tiene y otros que aún tienen menos incurren en gastos aún mayores para no quedarse atrás.

Cuantas veces en la casa falta lo necesario y sin embargo se hace ostentación de lo superfluo. A veces

faltan las sábanas, la ropa interior, el pan; no se ha pagado a la servidumbre y se participa en fiestas costosas. ¿Es esto sensato?

Pensemos que Chile es un país pobre; las grandes fortunas no abundan, y sin embargo, el tren general de la vida social no guarda proporción con estos antecedentes.

Una consecuencia aún más grave de la vida social desmedida es el mayor encono que adquiere la lucha social. Enorme es el escándalo de quienes ven gozar a un sector de la sociedad de todas las delicias de la vida, mientras ellos carecen de todo. Es horrible el contraste entre quienes nadan en la abundancia y quienes se ahogan en la desesperación de la indigencia. Esto va enconando día a día los ánimos.

La guerra con todo su cortejo de miseria, la pobreza extrema de grandes sectores de nuestro proletariado ofrece un tremendo contraste con esas suntuosas fiestas sociales que tan profusamente se anuncian en la prensa cotidiana: con largas listas de invitados que se exhiben prolijamente. ¿Cuánto costarán esas fiestas?

El pueblo es simplista para juzgar. No sabe que talvez ese dinero ha sido afanosamente trabajado; no sabe que un motivo juzgado honesto es el que mueve a aquel padre de familia a hacer ese desembolso con gran sacrificio... El pueblo contempla o imagina lo que es esa vida, cómoda, alegre, brillante, espumosa como el champagne de su buffet... y mientras tanto mira su pobreza, la desnudez de su buhardilla; sus niños esqueléticos, el arriendo que no ha podido ser

pagado, el lanzamiento como un fantasma próximo y después... la vagancia y la miseria.

El contraste es demasiado horrible. No decimos que sea injusto ese despilfarro, pero sí, al menos en las circunstancias actuales, es subversivo. Subversivo es hacer la revolución y más subversivo aún provocarla.

Estos desmedidos gastos que origina una vida social artificial son causa también de que con frecuencia no se mejore la situación del pobre, porque el tren de vida de quienes poseen el capital cuesta demasiado caro. Una vida social más moderada traería consigo más alegría para todos. Para los ricos que tendrían goces más sencillos, más naturales y, por lo tanto, más verdaderos; para los pobres que participarían con mayor generosidad en los beneficios económicos de sus patrones.

Se pretende paliar este lujo diciendo que así se da trabajo a mucha gente, que suprimir muchas fiestas costosas sería dejar en la calle a gremios de modestas personas que viven por este medio... Sí, pero ¿no podría darse otro género de trabajo a esos obreros? ¿No podría darse otra inversión más útil a ese mismo capital? El dinero ha de circular, pero ¿no podría circular en una forma más de acuerdo a la fraternidad humana? Porque es un hecho que el lujo de los de arriba fomenta el odio de los de abajo y que el ejemplo de una vida social sin medida es muy contagiosa; de las capas superiores se esparce hacia las inferiores, el ambiente de lujo, de placer pronto habrá tomado a toda la sociedad. ¿Con qué derecho podría quejarse un patrón de la pereza de sus trabajadores y de sus fiestas interminables, si él les ha precedido con el ejemplo?

La más grave de las consecuencias de una vida social precoz y exagerada está en el auge creciente del materialismo que todo lo invade. Tanta materia ahoga el espíritu; tanta diversión acaba con la seriedad necesaria en la vida para los grandes trabajos; tanta sensualidad acaba con la sobriedad de costumbres; tanto paganismo termina por matar la fe cristiana de los espíritus.

Nos quejamos a veces de que las viejas tradiciones de Chile desaparecen; echamos de menos la sobriedad de costumbres de antaño. . . tengamos la sinceridad de hacer un examen de conciencia. Como modesta ayuda a este examen han sido escritas las líneas que anteceden, sin el más leve deseo de herir, con el deseo de no encender sino de apagar la llama de las divisiones sociales. Porque fuego de odios habrá mientras haya combustible. Lo sensato para solucionar el problema no es cerrar los ojos sino abrirlos de par en par para ver la realidad de la lucha contemporánea; abrir bien abiertos los oídos para escuchar las quejas amargas de los que sufren y sus querellas, y luego con espíritu cristiano, con entereza varonil suprimir cuanto se oponga a nuestra razón o a nuestras creencias.

Quisiéramos invitar a reflexión en forma particular a nuestros hermanos en la fe, no porque ellos den motivos especiales de queja en su vida social; no porque su vida de diversiones tenga un carácter más exagerado que el de aquellos que no tienen sus creencias, sino porque los católicos tenemos obligaciones más estrechas, tenemos un precepto de caridad más enérgico, tenemos una conciencia de solidaridad social inmensamente mayor

Luz del mundo llamó Jesús a sus discípulos. Si la sal de la tierra se desvaneciera ¿con qué podrá la tierra adquirir sabor?

Querámoslo nosotros o no, en esta hora del mundo ha estallado una revolución social, la más violenta de la historia. Antes que explote en Chile anticipémosnos nosotros a quitar todo pretexto a esas querellas. Hagamos voluntariamente los sacrificios necesarios, y que los niños de hoy sean educados en un ambiente de mayor sobriedad, con un criterio de justicia social y caridad que los capacite para hacerlos constructores del mundo nuevo edificado sobre la fe de Jesucristo.

Soluciones positivas.

"La única razón para ser crítico, es ser constructivo, como la única razón para echar abajo una casa es construir otra en su lugar", hermoso pensamiento de Monseñor Fulton Sheen que debe siempre tenerse en cuenta al hacerse una crítica.

¿Cómo podrán corregirse los defectos que hemos señalado en la vida social? Aventuramos algunas sugerencias que tienen el mérito de haber sido discutidas en un grupo de caballeros, señoras, niñas y jóvenes inspirados en los ideales de la Acción Católica, pero sin que ésta esté comprometida en su solución, pues no se ha pronunciado al respecto.

Un punto de partida debe ser, como lo recomendábamos al iniciar este estudio, caer en la cuenta que no es posible ni conveniente suprimir toda vida social. Lo

repetimos una vez más: eso sería absurdo, contraproducente, antinatural.

Reconocemos también que bajo algunos aspectos ha disminuído la suntuosidad de ciertas fiestas de antaño, a lo cual ha contribuído que las casas son más pequeñas, el alza inmensa del costo de la vida y el hecho que la capital ha perdido el aspecto de una gran familia como lo era aún hace treinta años. A pesar de que no se ven ahora como antes, tantas fiestas extraordinariamente suntuosas, insistimos con todo, como primer elemento de solución en recomendar un espíritu de *sobriedad* en la vida social. Que por nada en el mundo pueda mantenerse la impresión de que hay una clase social que se divierte en exceso mientras el resto se afana en duros trabajos.

En vez de fiestas grandes, costosas, con invitación de personas apenas conocidas de la familia, podría sugerirse el que se multiplicaran las fiestas chicas, más íntimas, en el hogar, con menos ostentación, acomodadas a los propios medios. Que el espíritu de sobriedad y sencillez reine en estas fiestas familiares sin que sea necesario hacer un derroche de dinero y ofreciéndose a los invitados el agrado de convivir con simplicidad y alegría. La parte material que es el origen de los gastos, reducida al mínimum que la prudencia pueda aconsejar.

Que ese espíritu de verdad y de sencillez sean la norma de todas las ideas directivas de la vida social. La hora de las fiestas sea la hora en que la naturaleza llama a divertirse dejando para el descanso las horas

en que la naturaleza misma llama al descanso, cuando la vida es una vida de trabajo.

La moderación y sencillez propias de una vida social cristiana insinúan por sí mismas la sobriedad con que ha de tomarse el espíritu de diversión. No es ésta una tarea de aguante, sino un moderado descanso para proseguir los trabajos ordinarios, un rato de agrado y convivencia que no debe ser excesivo. Por eso cae de su peso que debería suprimirse la costumbre de multiplicar las fiestas en una misma noche; comida, baile; diversiones nocturnas... Una sola fiesta basta. ¡Somos discípulos de Cristo crucificado!

Un despertar de caridad se echa de ver en las filas juveniles de nuestros días y esto nos anima, aún a riesgo de parecer indiscretos, a recordar a los jóvenes que la caridad obliga también en las fiestas. Que la corrección, la caballerosidad, la benevolencia con la mujer, con toda mujer, aún la que no es un dechado de hermosura, obliga también en los bailes y no es sino aplicación de la hermosa virtud cristiana de la caridad.

La presencia de los padres, por lo menos de los dueños de casa, complementa una fiesta familiar y lejos de quitarle intimidad se la agrega en el verdadero sentido de la palabra. Si las fiestas fueran menos ostentosas, más sencilas, habría también sitio para los padres, con gran ventaja de la verdadera vida de familia. Las niñas no necesitarían volver solas, a veces en un taxi, en manos de chauffeur "desconocido" o entregadas a la benevolencia de un joven amigo.

La presencia de los padres podría evitar esa manera de bailar tan indigna que a veces se va introduciendo,

bailes en que la niña pierde su pudor, aja su dignidad y prepara inconscientemente caídas que nunca acabará de llorar.

Sobriedad y delicadeza en la manera de bailar. No entremos en pormenores; quienes deben entender, entenderán.

Esas matinées infantiles y en general la participación prematura de la niñez en la vida social, deben ser desterradas para asegurar a la niñez el mayor tiempo posible el goce del precioso tesoro de esos años que no volverán.

Algunos problemas especiales que crea la vida social.

Se ha mundanizado toda la vida.—La vida social tal como actualmente se concibe ha trastornado tan completamente los valores que en todo se busca la exhibición, el lujo, el deseo de aparecer inclusive en los actos religiosos.

Señalamos como un ejemplo típico la celebración del matrimonio religioso. El primer sacramento que administran los novios pierde con frecuencia el ambiente de una ceremonia religiosa en la cual van a prestar ante Dios, un eterno juramento de fidelidad y adquiere el carácter de una fiesta de exhibición social. La iglesia lujosamente adornada, trajes costosos, amigos invitados a presenciar un espectáculo de belleza acuden al templo a conversar durante la media hora larga que se hace esperar la novia, mientras "se llena la Iglesia" para

que no se pierda nada del espectáculo de su entrada sonriendo graciosamente a derecha e izquierda. ¿Es ésto un sacramento o más bien un espectáculo profano, una fiesta social que se celebra en la Iglesia?

Como solución práctica aconsejaríamos lo que, gracias a Dios, muchas parejas de novios han comenzado ya a hacer para marcar la primacía de lo espiritual en el matrimonio. La ceremonia se realiza temprano, a las nueve o diez de la mañana. Los novios y sus padrinos, oyen devotamente la Misa y comulgan en ella. Para que todos comprendan el profundo sentido social y religioso del matrimonio, se reparte a los asistentes un folleto explicativo de las ceremonias. La Misa nupcial es lo que debe ser: el sacrificio oficial de la Iglesia ofrecido por los esposos al cual todos asisten uniendo sus oraciones a las del sacerdote, incluso muchas veces dialogando las oraciones con el sacerdote.

No podemos menos que desear que esta santa costumbre se generalice, para que el matrimonio, sacramento social por excelencia, esté desde el principio impregnado del sentido religioso, única garantía de estabilidad y de felicidad.

Trato de niñas con jóvenes.—Las costumbres modernas en esta materia nos han llevado a prácticas totalmente desconocidas en tiempo de nuestros padres. No parece posible oponerse totalmente a la corriente, porque sería predicar en el desierto y el resultado sería aún contraproducente, pero para obviar en parte al menos este ambiente de superficialidades aconsejamos las siguientes medidas: que los padres se informen al menos de quiénes son los jóvenes que invitan a salir

a sus hijas, y que se nieguen terminantemente a permitir la salida de parejas solas en autos.

El cine, término el más frecuente de las invitaciones, sea concurrido con la menor frecuencia posible, pues en general no es una escuela de perfeccionamiento social, sino por el contrario una escuela de liviandad, de vida fácil, de flirteo ligero, de amores volanderos... cuando no de crueldad, de venganza, de sangre.

El ideal en cuanto a la asistencia al biógrafo sería limitar la asistencia a películas de verdadero interés, a obras que verdaderamente valen la pena ser vistas. Esto devolvería al cine su carácter educativo. Así como no leemos cualquier libro, sino solamente los mejores entre millares de obras que se producen, así también no deberían asistir los jóvenes sino a aquellas películas que se recomiendan por su valor intrínseco.

Damos este consejo no con el fin de alejar simplemente a los jóvenes de las diversiones, sino de proponerles otras mejores. Así, por ejemplo, cuando el tiempo y la ocasión lo permitan, recomendamos incesantemente la salida a la cordillera, las excursiones en bicicleta, paseos al campo en grupos de amigos, sencillos pic-nics que proporcionan alegrías más hondas y más puras.

Estas salidas al campo o estas fiestas en el hogar irán también alejando a los jóvenes de ese ambiente de nombres imprecisos: boites, cabarets, sitios públicos en que se respira aire bohemio, en que fácilmente se ponen las niñas en contacto con un tipo de jóvenes con los que normalmente hablando no van a cultivar

una amistad provechosa. ¿Para qué descender a pormenores que podrían resultar ofensivos?

No estará demás notar que no se puede dejar de censurar enérgicamente ese snobismo de algunas niñas que se interesan apasionadamente por artistas, músicos, literatos, bohemios que encuentran al azar, en los cuales nada les autoriza a pensar seriamente y a los que las une únicamente una ráfaga pasional o el culto de lo raro.

Frente a la vida social artificial ¡cuánto más digno, más grato, más íntimo sería volver a introducir la vida social en el propio hogar, en un ambiente simple de frugalidad que no cree problemas económicos, ni sacrificios mayores para la dueña de casa. En una palabra sencillez, sobriedad de costumbres, vuelta a la vida de hogar.

Vestidos.—Intimamente unido a este espíritu de exhibicionismo y de snobismo está un conjunto de modas que a nada bueno puede llevar, modas de playa totalmente desaconsejables, shorts, pijamas, exhibiciones prolongadas en traje de baño . . . ¡Dios quiera que no lleguemos aquí a lo que ya están lamentando en una república vecina, a los bailes en traje de baño en los restaurants de playa! ¡Háse visto aberración semejante! ¿En qué se diferencia una sociedad que esto hace, de la sociedad de la Roma pagana que mereció ser barrida por bárbaros más sanos, de costumbres más íntegras, por hombres más hombres y mujeres más mujeres?

Estas páginas no van a llegar a quienes más deberían llegar. Van a ser leídas por un público católico, pulcro, casto, pero que al menos ellos se reafirmen en

sus propósitos de mantener una pureza integral de costumbres como medio de arraigar en sus almas las grandes virtudes de la abnegación y del heroísmo cristiano, fundamento de la paz social.

En materia de vestidos cuanto se haga por llegar a una mayor sencillez de costumbres está bien hecho. La sobriedad en el traje es un factor de igualdad social. En los colegios de niñas insístaseles desde pequeñas en la sencillez perfectamente compatible con la elegancia femenina. Esos hábitos que se adquieren en los primeros años suelen ser decisivos para toda la vida.

Juego.—En sí considerado el juego es una diversión honesta: un pasatiempo que no puede ser censurado, y una manera de distraerse en familia, sobre todo en las tardes de invierno en el campo, pero va tomando proporciones tales en todo el país que no podemos menos que señalarlo como un peligro contra el cual hay que poner en guardia a la juventud.

En provincias, de manera especial, se juega horriblemente. Las mujeres sobre todo juegan como si fuese un programa fijo que consume normalmente sus tardes y sus noches. Hay grupos organizados establemente; casas de jugadores que reunen noche a noche grupos grandes de personas.

Una de las peores consecuencias del juego es el abandono por parte de las mujeres de los deberes del hogar: la casa anda sola, esto es, no anda... los niños son eliminados y cuando hay familia queda entregada a su sola iniciativa o en manos de las sirvientes. El marido abandonado, su ropa sin arreglar, los pequeños agrados del hogar sin ser tomados en cuenta. Llega el

marido de su trabajo, y la mujer está ausente... ambos pierden el carácter, vienen trizaduras morales; termina rompiéndose la unión matrimonial.

La pasión del juego llega a tales límites que se dan casos de grupos de jugadores que pasan la noche entera en el juego; allí se apuesta lo que no se tiene, y muchas veces para salir del paso... ¡se vende hasta la honra!

El juego de la ruleta es un peligro nacional. Estos últimos años se han jugado cifras que algunos hacen llegar a miles de millones. ¿Cómo va a ser compatible la seriedad de la vida, el esfuerzo serio, el trabajo honrado que junta los pesos uno a uno con esta vida en la que una noche se apuesta una fortuna reunida con sacrificios inmensos? ¿Qué escuela para los niños?

Señora ha habido que ha llegado a Viña del Mar a pasar las vacaciones con su familia, y ha tenido que volverse al día siguiente de llegada, porque en la primera noche perdió el dinero para el veraneo... ¡Volverse con sus niños, privarlos del aire de la costa, por la pasión del juego!

Con mucha frecuencia aparecen en los periódicos porteños en la época de verano, avisos de prendedores perdidos... Los cuatro días en que el casino estuvo cerrado no se perdió ningún prendedor. ¿Se habrían perdido antes?

Especial atención merece el juego de los niños, y es de todo punto de vista inconveniente que los pequeños se inicien jugando dinero. Por eso desaconsejamos formalmente la asistencia de los menores a las carreras de caballos que en sí son un hermoso espectáculo, pero que arrastran fácilmente a hacer apuestas en dinero.

Ociosidad veraniega.—Nuestra costumbre de vacaciones de tres meses pasadas sin hacer nada, lleva en sí el peligro de acostumbrarse a la ociosidad.

En otros países, pasadas unas cortas vacaciones de dos o tres semanas los jóvenes se ocupan en algún trabajo lucrativo, o al menos formativo: aprender mecánica, trabajar en el campo, ayudar a su padre en la oficina.

La vida de nuestras niñas pudientes es, en general, bastante ociosa. Gracias a Dios muchas de ellas han seguido cursos que las prepara como visitadoras sociales, educadoras familiares, Cruz Roja, catequistas y tienen una ocupación apostólica que llena buena parte de sus días. Muy laudable empresa. Familia de nuestra sociedad hemos conocido en la cual cada una de las hijas tomaba parte en el trabajo rudo del campo: ordeñaba sus vacas, salía a caballo a recorrer sus potreros. Eran ellas las colaboradoras del padre en la vida del campo.

En todo caso cuando salen a vacaciones podrían con mucho fruto llevar algunos libros de lectura provechosa para cultivarse intelectualmente. ¡Que no lean puras novelas que no hacen más que remover fantásticamente la imaginación ya harto excitada por el biógrafo!

Ayuda que puede dar el colegio a la solución de los problemas de la vida social.

Los colegios femeninos podrían prestar un poderoso auxilio a los padres prolongando durante un par de años la formación de las niñas, pues es un problema

para los padres en qué ocupar a sus hijas al salir del colegio, lo que las empuja a una vida social exhorbitante. Podría con mucho provecho el colegio organizar centros de ex-alumnas que den cursos de dibujo, contabilidad, música, economía doméstica, que las prepararía más para la vida y al mismo tiempo les daría una preocupación que concentre sus actividades provechosamente.

En los colegios, tanto de hombres como de mujeres, sería de desear una formación más social y más realista que prepare a los alumnos para abordar los problemas reales que los aguardan a la salida del colegio.

Colaboración de la Acción Católica a la realización de una vida social cristiana.

La primera ayuda que la Acción Católica presta, es la formación de un recto criterio social, la iniciación en apostolados sociales y el estilo de seriedad que da a la vida de sus militantes. Estas ayudas que podríamos llamar generales son preciosas, pero nos atrevemos a sugerir además otras colaboraciones más concretas.

En aquellos lugares donde el señor Obispo y el Cura Párroco lo crean conveniente podrían organizarse sencillas fiestas sociales en que los jóvenes católicos tengan ocasión de conocer a las mejores niñas de la Parroquia.

Es un hecho que la mayoría de nuestros jóvenes han de vivir en el mundo y aspiran a formar un hogar. Lo normal sería que estos hogares se formaran en un

ambiente íntegramente católico como el que puede proporcionar la Acción Católica.

Estas fiestas familiares se organizan con gran éxito en las parroquias de Norte América, Holanda, Alemania, presididas por el Párroco y en un ambiente de respeto y distinción social. En Chile también se han ensayado en varias parroquias con excelente resultado a juicio de los párrocos. Requieren, naturalmente, un grado de cultura y de moralidad que los señores párrocos son los llamados a calificar.

Convendría también que la Acción Católica continuara insistiendo en su campaña de santificación de las grandes fiestas católicas para que no pierdan su sentido plenamente sobrenatural. Así por ejemplo, la noche de Navidad no es a propósito para fiestas profanas: es la ocasión de intensificar la vida de familia, de unirse en torno al dulce recuerdo del nacimiento de Jesús y luego en la Misa de nochebuena.

La Acción Católica podría también proporcionar a sus diferentes ramas un programa de realizaciones cuyos puntos vienen a ser un resumen de lo que aquí hemos tratado:

1. Inculcar a sus militantes el ideal de una vida integralmente cristiana que se viva no sólo en el templo, sino también en el baile, en la playa, en el costo de los trajes, en todos los pormenores de la vida.

2. Predicar igualmente un criterio de sobriedad en las manifestaciones de la vida social. El trato social es un medio, no un fin; un descanso después del trabajo, una ocasión de conocerse, de cultivarse, pero no una vida absorbente.

3. Criterio de verdad. La vida social acomodada a las posibilidades económicas, a las horas normales, a la situación de estudio y trabajos de quienes la frecuentan.

4. Criterio de sencillez. No las grandes fiestas, suntuosas, caras, que excitan rencores y rivalidades, sino fiestas íntimas de familia entre personas que se conocen y que se estiman.

5. Criterio de vuelta al hogar. Menos exhibiciones en sitios públicos, menos biógrafos, boites, restaurants y más vida de hogar. Las fiestas junto a los padres, en su presencia amistosa. Que la vida social no desuna lo que Dios formó: el nexo sagrado de la familia.

6. Criterio de pureza. En los bailes, playas, excursiones, recuerden los jóvenes cristianos que son templos vivos del Espíritu Santo, que Dios habita en sus almas, que donde dos o tres de ellos están reunidos, Cristo está en medio de ellos.

7. Criterio de respeto a lo sagrado. El templo es la santa casa de Dios; el matrimonio un sacramento. Volver por los fueros divinos de este acto religioso trascendental en la vida del hogar.

8. Alejar el espectáculo denigrante de las tardes y las noches consumidas en el juego, para que los hijos tengan la dulce compañía de sus padres y no reciban la lección escandalosa de una vida tan miserablemente perdida.

9. Criterio de respeto a la niñez. No enturbiar prematuramente el alma del niño, con preocupaciones de orden afectivo ni mucho menos con lo que dice relación al sexo. Que los niños sean niños y que las niñas sean

niñas el mayor tiempo posible, lo cual no excluye que los niños tengan carácter y las niñas fortaleza.

10. Creación de un ambiente social cristiano de alegría, canto, contacto con la naturaleza que fomente las verdaderas amistades y los puros amores cristianos.

X

UN TRATO DE AMISTAD

LA gran escuela del sentido social, de la justicia, de la caridad, es la práctica y ninguna práctica es más provechosa que el trato social de cada día. Más que toneladas de consejos sobre la necesidad del espíritu social, vale una hora de acción social. Dewey tiene razón cuando acentúa el valor de vida en la educación: "Education is life and not preparation for life". Podríamos tal vez variarla un poco y decir: La educación prepara para la vida por la práctica de la misma vida.

La práctica más frecuente del espíritu social es el trato continuo con aquellos con quienes debemos nor-

malmente alternar en el colegio, o universidad, o en el trabajo, o en la vida de negocios, apostolado, diversiones, etc. El mejor "test" del sentido social de una persona es el trato cotidiano con sus compañeros de labor.

En este trato de cada día hay que estimular ciertas aptitudes y refrenar otras.

¿QUÉ HAY QUE ESTIMULAR? ANTES QUE NADA EL INTERÉS POR LOS DEMÁS.

¡Sál de tí mismo, por favor! Deja de seguir pensando perpetuamente en tí. Hubo hace años un juego: el Yo-Yo... y muchos parecen haber guardado el juguete intacto y lo usan en el día y en la noche, en la niñez y en la juventud, en la edad adulta y aún dicen algunos que hasta un cuarto de hora después de su muerte. En las conversaciones que sostiene la palabra que sale más veces de su boca es la palabra Yo; siempre Yo, Yo. Tenemos la tendencia innata de referirlo todo a nosotros. Si se nos muestra una fotografía, ¿cuál es el primer personaje que tratamos de descubrir? ¿Verdad que ante su importancia se eclipsan todos los demás? ¿He pensado alguna vez lo que ocurrirá a mi muerte? ¿No es cierto que pude ver mi entierro, leer los artículos de la prensa que comentaba mi sensible deceso?

¡Somos inmensamente egoístas! Tendemos siempre a flotar, como el corcho, y a ponernos en toda oportunidad en el primer lugar. Este yoismo ha de ser atacado a fondo si queremos obtener un trato de amistad, una conducta verdaderamente social.

El conocimiento de mis reacciones me dará a conocer las reacciones, de los otros, pues, en mí descubro una gran semejanza con todos los demás hombres.

Si yo me intereso en mí, él también se interesa en él. ¿Quiero trabar con él un trato de amistad? Piense en él, analice sus buenas cualidades.

¿Tengo que hablar con alguien? No le hable de mí, háblele de él, de sus cosas, de lo que a él interesa. Disraeli, uno de los más grandes políticos británicos, decía: "Habla a un hombre acerca de él y escuchará por horas".

Si únicamente nos preocupamos de interesar a los demás con nuestras cosas, nunca tendremos un trato social. ¿Por qué habrían de interesarse los otros en mí y en mis cosas, si yo no me intereso en ellos?

Alfredo Adler, el iniciador de la teoría del complejo de inferioridad, sostiene que el hombre que no se interesa por sus compañeros es el que produce las mayores dificultades en la vida y causa los mayores trastornos. Seguramente que tal debió ser el psiquismo de los creadores de los famosos campos de concentración, egoístas con ojos sólo para satisfacer curiosidades, para experimentar sus teorías, sin pensar jamás que precio se pagaba por ellas.

Dale Carnegie, en su sugestivo libro "How to win friends" —al cual nos referiremos varias veces en este capítulo— dice: "¿Cómo ganar amigos? Nos lo dirá el perro, el ser que tiene mayor número de amigos en este mundo. Es el único animal que no tiene que trabajar para ganarse la vida: la gallina tiene que poner sus

huevos, la vaca debe dar su leche, el canario cantar, pero al perro no se le exige sino su cariño.

"Y ¿cómo gana el perro sus amigos? El no ha leído nunca un libro de psicología, pero por instinto sabe interesarse en los demás. Desde que me ve, corre, me saluda con su cola, me salta al cuello, muestra una inmensa y sincera alegría al verme. Se interesa en mí y me llena de satisfacción; por eso cuando el perro enferma y muere, ha ocurrido una tragedia, sobre todo en la vida del niño: ha perdido su gran amigo. El perro, psicólogo por naturaleza, me enseña que ganaré más amigos interesándome dos meses en las cosas de los demás que en dos años de esfuerzos por interesar a los demás en las cosas mías".

PONERSE EN EL PUNTO DE VISTA AJENO.

"Póngase Ud. en mi punto de vista", es mi súplica frecuente. Pero, ¿me pongo yo en el punto de vista de los demás? Al criticar una conducta que me ofende, que daña mis intereses, que me parece incomprensiva, ¿me he puesto en el punto de vista del criticado? ¿Qué razones puede él tener para obrar así? ¿Cómo justificaría él su actitud?

La reflexión sincera del punto de vista ajeno helará muchas críticas en mis labios; me mostrará mis limitaciones y mis errores; hará crecer mi estima por los otros y hasta mi veneración por aquellos que yo había despreciado por ligereza.

Para el que sabe entrar en el punto de vista ajeno no hay complejo de superioridad: un indio, un negro,

un trabajador del campo en algo es superior a mí. He de saberlo reconocer para respetar a todos y aprovechar de su colaboración.. "Cada hombre que encuentro en algo es superior a mí y yo puedo aprender algo de él", decía Emerson. El que así procede, vive en esa humildad sincera que tanto gana los corazones; en cambio el que desea usar sus ojos sólo para mirarse a sí mismo merece la severa reprensión de Shakespeare: "Hombre orgulloso, apenas tienes un poco de autoridad despliegas tanta fantasía ante el alto cielo que haces llorar a los ángeles".

Estimar a los demás.

Cuando no hay estimación de algo o de alguien, la obra o el trato se hace imposible. Como decía un hombre de experiencia: "Es imposible tener éxito en una empresa a menos de trabajar en ella con alegría". Otro expresaba la misma idea, diciendo: "He conocido hombres que tienen éxito en su trabajo mientras se entregan a él con optimismo; comienzan a decaer cuando su trabajo comienza a ser para ellos, solamente su trabajo; si el entusiasmo y la alegría llegan a desaparecer, el fracaso llegará faltamente".

Uno ha de estar a gusto con los demás, si quiere que los demás estén a gusto con uno. Si uno se aburre con ellos ¿es de extrañarse que ellos se fastidien con uno?

Los mismos compañeros en las mismas circunstancias me parecen muy distintos según mi estado de ánimo al acercarme a ellos y no es raro, que mi estado

de ánimo influya en ellos y contribuya a dar un determinado colorido a su reacción.

Un profesor que examine sus éxitos y fracasos escolares podrá ver que uno de los factores que más influencian la actitud de la clase para con él, es su actitud interior para con la clase.

Si uno no estima a los alumnos, si desespera de su aprovechamiento, si desconfía de su talento o de la generosidad de su espíritu, no podrá —aunque quiera— expandir sus propias cualidades. Su genio parecerá trabado, su clase no tendrá brillo; no habrá alegría en su expresión ni en la exposición de sus temas. Estará predispuesto a notar las deficiencias de sus alumnos, el menor ruido y movimiento lo notará e interpretará mal, se volverá irascible, se enojará de hecho, comenzará a castigar. Una oposición sorda se irá formando, una tensión de espíritu lo hará insoportable para sus alumnos, y, alumnos y profesor sentirán el peso de muerte de esa clase, se romperán los vínculos de sus espíritus: la influencia educadora se habrá perdido.

Y cuando los alumnos, por una u otra causa —a veces por la malevolencia de un compañero— llegan a perder la estima del profesor, no estarán dispuestos a recibir lo que venga de él, discutirán interiormente sus observaciones, se cerrarán a su influencia.

¿Qué ha faltado entonces? La mutua estimación. Por eso poniéndonos principalmente en el punto de vista del profesor pensamos que la primera actitud que requiere un educador que quiere ser algo más que un simple explicador de lecciones, es un sano, franco y generoso optimismo. Ha de tener una predisposición,

y ha de cultivarla, a confiar en la riqueza y bondad de alma de sus alumnos.

Esos profesores "realistas", "llenos de experiencia", "desengañados de la vida", a quienes "nadie les cuenta un cuento", pueden retirarse de la educación; quizás su puesto estará con éxito en la dirección de investigaciones; su "experiencia" será muy útil para descubrir a los culpables, pero no para reformarlos.

Todos los grandes apóstoles han sido grandes optimistas, que a pesar de conocer la naturaleza humana, han esperado de ella. El primero en obrar así fué Jesucristo. Nadie conoció como El "lo que hay en el hombre", y nadie se atrevió tampoco a esperar tanto de él, ya que confió su obra, su Iglesia, sus sacramentos, su perdón, a la generosidad de los hombres.

Modestamente nos atrevemos a sugerir a los maestros que cada semana tomen la lista de sus alumnos, piensen en las necesidades y en los problemas de cada uno de ellos —que todos los tienen— y también en las *cualidades* de cada uno, porque a nadie le faltan éstas. Miren no sólo sus lados malos, sino sobre todo sus lados buenos, pues sólo con lo positivo se construye.

Se cuenta de una persona que tenía esta cualidad hasta la exageración. Un día alguien le dijo: "Yo creo que Ud. hasta el diablo le encuentra algo bueno". Y él responde con una ingenuidad pasmosa: "Pues claro. . . si es tan constante".

Si el marido que se queja amargamente de su esposa, que vive con la obsesión de su falta de comprensión, de su mal carácter, se propusiera cerrar por unos días ese capítulo y abriera el de sus cualidades, desenterraría

una a una esas piedrecitas preciosas que ciertamente están escondida en ella, como diamantes bajo el carbón (si no existieran esas cualidades ¿cómo se casó?). Si procediera así, la llama del amor a punto de extinguirse, cobraría nuevamente su vigor. Recordamos el caso de un joven cuyos padres querían a toda costa su matrimonio con una joven que les satisfacía plenamente. El estaba molesto con esta insistencia y se resistía. Desahogóse con un amigo y éste le pregunto: "¿Por qué no te gusta la niña?" Interrogólo sobre cada uno de sus posibles defectos y el joven decía: No..., no lo tiene... Oye, le dice su amigo, me atrevo a darte un consejo; ya que tus padres, serían tan felices con este matrimonio y tú no ves nada en contra, ¿por qué antes de resolverte no te detienes durante unos días a examinar sus buenas partidas? Aceptó. El amigo recibe, a los pocos días, una caja de puros, y un parte de matrimonio con esta post-data: "Estoy feliz, a tí debo el haberla descubierto".

¡Cuántos descubrimientos podemos hacer de personas que nos rodean desde hace años pasando inadvertidas, o aún molestándonos con sus pequeñeces sin haber reparado en sus cualidades. Así sucede muchas veces con la tía soltera, de quien los sobrinos se ríen, pero cuando ha muerto se ve el vacío que ha dejado su inmensa caridad, su profunda abnegación alimentada por una piedad —quizás un poco excéntrica— pero muy sincera.

Un profesor de literatura decía que él podía descubrir perfectamente en una novela si su autor amaba al público al cual la dirigía, o no; y estoy seguro, añadía,

que si no lo ama, el público tampoco gusta de sus libros.

Lo mismo puede decirse de un predicador o conferencista. Un gran actor que ganó una fortuna en el teatro, explicaba el secreto de su éxito. Con frecuencia los actores suben al escenario y no sienten ningún aprecio por su público y a veces lo desprecian. Yo, en cambio, decía él, me esfuerzo por amar a mi público, por avivar mi gratitud para con él, pues me dan los medios para vivir. Al presentarme ante ellos, procuro yo darles lo mejor que tengo y del mejor modo que puedo.

El actor que simpatiza con el público despierta una inmensa simpatía en el público.

"¡Si supiéramos amar!", es el título de una obra del P. Guitton.

Si supiéramos amar despertaríamos amor y habría un trato de más sincera amistad.

Las pequeñas atenciones.

¿Sabes el nombre de tus alumnos, de tus clientes, de tus empleados? No hay nada que el hombre ame tanto como su nombre, la palabra más importante de la creación. No un Ud. en general; sino, un Señor Fulano... ¡cómo cambia la conversación!

Candidatos han debido sus éxitos a esos pequeños detalles. Han saludado a don fulano de tal, le han escrito una carta personal. Grandes políticos han conocido a una persona, han apuntado disimuladamente su nombre y se han esforzado por retenerlo. En el fondo, esto revela un respeto del prójimo, pues equivale a

reconocer que su dignidad compensa el sacrificio de aprender su nombre.

Tenemos un amigo, el único que se ha tomado la molestia de apuntar la fecha del cumpleaños y estemos donde estemos, llega su tarjeta, su telegrama, o su llamada telefónica... ¿Pequeñeces? Pero ¡cómo se agradecen! Esos pequeños sacrificios son los que vinculan las grandes amistades. En el fondo revelan, un sentimiento de estima y respeto que cada uno de nosotros —tan amante de sí mismo— agradece.

En esta última guerra, los jocistas canadienses hicieron un magnífico apostolado: el del saludo del cumpleaños, y del día de santo... En el frente de Europa, en el Japón o en Filipinas se encontraba lleno de añoranzas el soldadito desconocido de todos. ¡Caramba, —pensaría en su soledad— hoy cumplo 25 años..., nadie lo sabe..., nadie me recuerda... Y llega una tarjeta de saludo, la única que recibe en su soledad; no es de la esposa, ni de la madre, es de la J. O. C., que le dice que sus compañeros lo recuerdan y que en la capillita de su parroquia esa mañana se rezará por él.

¡Quinientos mil obreros conquistados para Cristo en pocos años!

¿Cuántos serán los que han llegado hasta El por estas "pequeñas cosas", símbolo de una gran caridad?

Nadie es grande para su lacayo, reza un proverbio; sin embargo hay un libro: "Teodoro Roosevelt, héroe para su lacayo". Uno de ellos, sirviente negro del presidente compuso, en testimonio de gratitud, esta obra en la que aparecen continuamente las "pequeñas grandes cosas del presidente americano, que revelaban un alma

respetuosa de los demás. Al salir al jardín, desde lejos saludaba por su nombre a los empleados que encontraba, se detenía a conversar con ellos y cuando algo les interesaba, no lo olvidaba y en la primera ocasión satisfacía su curiosidad, o les daba la respuesta adecuada. ¿Cómo tenía cabeza para recordar esas curiosidades de sus empleados? Eso es lo que movió a su sirviente negro a llamarlo "héroe".

Hace por lo menos diez años, los tripulantes del barco en que he escrito estas líneas, vieron por última vez al Excmo. señor Labbé, Obispo de Iquique. Sin embargo todos lo recuerdan. Su palabra para cada uno, el saludo que a nadie olvida. . ., hace que tampoco nadie lo olvide a él.

Una amistad se alimenta de respeto y de estima y estas cualidades se echan de ver más en lo pequeño que en lo grande.

Aprender a conversar.

No es fácil conversar. Lo más difícil está, no en hablar, sino en callar.

El que se interesa en sí, quiere oir su voz.

En la conversación, se busca frecuentemente un deahogo, aún bajo el pretexto de una consulta. Un político, en un momento dificilísimo de su gobierno, rogó a un amigo se tomara la molestia de hacer un viaje, pues deseaba consultarlo. En la entrevista sólo habló el político durante varias horas: le expuso su problema, los pro y contra de su actitud, las resistencias que encontraba. El amigo escuchaba y al fin, el político sin ha-

berle pedido su opinión ni una sola vez, le agradece su visita que le ha sido tan inmensamente provechosa. ¿Lo consultó? No. Más que consejos lo que necesitaba era un desahogo.

Una señora va a ver al médico, le expone su enfermedad, le dice lo que necesita, el remedio que va a tomar. El médico escucha y por toda respuesta le dice: "Muy bien *colega*". ¿Para qué lo necesitaba a él? ¡Para que la oyera!

Cuántas veces vamos al director espiritual, o al consejero, no tanto para oir como para hablar. El que sabe escuchar tiene un gran camino asegurado y a la larga es el que domina. A veces uno se maravilla de encontrar amistades, en las cuales la *influencia* real pertenece a aquél que aparentemente tiene menos brillo, pero si más paciencia para escuchar.

Desde pequeños deben aprender los niños a no interrumpir, a escuchar con respeto no sólo exterior, sino interior, procurando comprender y asimilar.

Interrumpir equivale a decir: Su opinión no me interesa: ya ha hablado Ud. demasiado, escúcheme a mí que tengo algo más interesante que decir. Interrumpir denota una intoxicación del egoísmo.

"El que habla sólo de sí, piensa sólo en sí y el que piensa sólo en sí es horriblemente mal educado por más instruído que sea".

¡No discuta! Nada más inútil que discutir. El hombre se resiste, con todas sus fuerzas, a ser convencido de su error.

Es muy difícil ganar una discusión y si se gana tal vez se pierda al amigo. No es difícil mostrar a otro

que se equivoca; los demás tal vez lo verán; yo demuestro mi ciencia, mi talento... pero ¿y el contrincante? Si no tiene qué responder se sentirá mal, humillado, herido su orgullo y probablemente dirá, o al menos pensará: No sé qué decir, pero sigo pensando igual. Como dice un adagio inglés:

"A man convinced against his will,
is of the same opinion still".

En materias religiosas una discusión nunca ha convencido a nadie. Si la mente no está preparada, si el interés por conocer la verdad no está despierto: ¿a qué provocar, y aún, aceptar discusiones? En cambio si una persona tiene sincero deseo de conocer una doctrina, a ese se le puede exponer; si tiene dudas puede representarlas, urgirlas, exigir una declaración suficiente, y tal cambio de ideas será provechoso, pero una mera discusión no llevará a nada. Es con frecuencia una ocasión de exhibicionismo egoísta, y con frecuencia aparecen con el YO palabras irónicas o duras, demostraciones de un complejo de superioridad y aún de un instinto sádico.

NO DOGMATIZAR.

¿Por qué dogmatizar? Un gran presidente decía que si él pudiera estar cierto del 75% de sus afirmaciones se sentiría muy feliz. ¿Estás cierto del 55% de las tuyas? Y si no, ¿por qué le dices al otro —con tanto aplomo— que se equivoca? Decirle a uno que se equi-

voca es herirlo y si es cierto que se equivoca es herirlo dos veces.

Frases como éstas se oyen con tanta frecuencia: "voy a probarle que esto es así. . ."; "yo se lo demostraré. . ." Levantan oposición desde el primer momento, equivalen a un reto y la amistad no vive de retos.

En cambio, si uno siente modestamente de sí, expresará también con modestia sus opiniones. Con tacto, con delicadeza puede decir: Quizás me equivoque. . ., pero. . . ¿No piensa Ud. que. . .? Como creo haberle oído alguna vez. . . Tal vez podríamos enfocar este problema desde este punto de vista. . . Las cosas discutidas han de ser enseñadas como si se tratara de recordarlas. A quien no lo pide no le gusta ser enseñado. Al confundir la sinceridad con la rudeza se incurre en error que dificulta el trato amistoso. Sinceros siempre; jamás aceptar lo que no puede ser aceptado, pero expresarlo con modestia, con respeto a las opiniones ajenas, con temor de no haber considerado suficientemente el propio punto de vista. Excepto en aquellas verdades en que una certeza superior, como la fe, me ilumine, hemos de saber desconfiar; y aún en las verdades de la fe cabe el ser respetuosos y humildes al exponerlas.

¡Cómo aleja a los que no creen, el ver tratadas sus doctrinas de "infaustos horrores", de "mentiras", de "absurdos crasos"! No se puede ceder ni un punto de doctrina cuando ésta está en juego, pero siempre se puede guardar la caridad y la humildad en la exposición. Un modelo de esta actitud se ve en los artículos de los Padres Grandmaison, S. J. y Lebreton, S. J., en la

controversia sobre el modernismo con los propugnadores de doctrinas peligrosísimas condenadas por la Santa Sede. Los autores citados defendieron con gran entereza y ciencia el punto de vista católico y al mismo tiempo, con profunda humildad y caridad sin querer quebrar la caña trizada, ni apagar el fuego que aún humea.

Quien quiere persuadir algo a alguien, debe comenzar por persuadir a este "alguien" que él es su amigo sincero y que desea su bien. El camino a la cabeza comienza en el corazón.

Estas reflexiones de aplicación en la vida cotidiana valen inclusive en la vida de los negocios. Un comerciante confesaba ingenuamente que él había tardado muchos años en aprender a no discutir y que sus discusiones le habían costado muchos miles de pesos.

La amistad termina por hacerse imposible con un pontífice que dogmatiza continuamente.

Benjamín Franklin era un alegador intolerable. Un amigo suyo lo tomó aparte y lo sermoneó en una ocasión: "Ben. . . eres imposible. Tus opiniones son un chicotazo para quienes no las comparten. Son ya tan caras que nadie las quiere. Tus amigos lo pasan mejor cuando tú no estás; sabes tanto que nadie te puede decir nada. Por otra parte nadie intentará decirte nada, porque sabe que saldría con las manos en la cabeza".

Lo admirable es que Franklin supo comprender su error. El escribe: "Me hice una regla evitar toda discusión sobre sentimientos ajenos y dogmatizar sobre los míos. Evité palabras como: "ciertamente", "sin

duda", para usar otras mejores: "me parece", "pienso", "tal vez". Las conversaciones eran ahora posibles; yo sufría menos; cuando aparecía estar equivocado, tenía más facilidad para aceptar el punto de vista ajeno. Al principio me costó mucho, pero ahora me es tan fácil que creo que en los últimos 50 años nadie me ha escuchado una opinión intolerante". Y el mismo Franklin dice: "Creo que a este hábito y a mi integridad de carácter debo la influencia de que gozo ante mis compañeros, porque orador no lo soy... y a pesar de todo prevalecen mis puntos de vista".

Por algo dijo Nuestro Señor: "Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra". La tierra de los corazones no es el patrimonio de los dictadores que pueden atormentar, incendiar, matar...; lograrán adueñarse de un montón de ruinas, de una montaña de cadáveres, pero no del espíritu libre.

En cambio, el hombre sencillo que procura conocer a los demás, que se adapta a su manera de ser, que se ciñe a la ley de la verdad, que se confunde con la realidad, ése penetra en las almas y las domina. Posee un pájaro no el cazador que dispara y lo hiere o mata, sino el que cariñosamente lo alimenta y domestica; posee una fiera, quien logra amansarla a fuerza de paciencia y de bondad; posee un hombre quien va del corazón a la cabeza.

VIVE CONTENTO.

Hay algo que todos queremos unánimemente en todo el mundo: santos y pecadores, paganos y cristia-

nos, grandes y chicos. Todos convenimos en una aspiración: *La alegría;* todos queremos ser felices.

Por eso, quien ha conseguido la felicidad ejerce una influencia inmensa, un poder de atracción enorme. Todos lo admiran, lo envidian, buscan su compañía, se sienten bien junto a él. En cambio, un hombre por más virtuoso que sea, si vive melancólico merecerá que se diga: Un santo triste, es un triste santo. Si vive lamentándose de todo, del tiempo, de las costumbres, de los hombres..., los hombres terminarán por alejarse de él, pues el corazón humano busca la alegría, lo positivo, el amor.

En la vida de trabajo, como en la vida de familia, todos quieren ver una persona alegre. El gerente de una empresa comercial de grandes proporciones, decía que prefería como empleada a una niña con una gran sonrisa, aunque no hubiera terminado su educación, que a un doctor en filosofía con una cara adusta.

Por eso los chinos, en su filosofía tan humana, nos enseñan un proverbio que sería bueno rumiar debajo del sombrero: "El que no sabe sonreír, que no abra tienda".

Llama la atención en el comercio norteamericano el ambiente acogedor que encuentra el cliente. Uno recibe con frecuencia una acogida entusiasta, alegre, de sincera bienvenida que parece decir: "Nos alegramos de tenerlo aquí; ¿qué podemos hacer por Ud.?" Esto al principio puede parecer pura táctica comercial, pero en muchos casos al menos —y son los que uno no olvida— nace de un sincero deseo de servir, de un sentimiento de alegre amistad.

Donde quiera que encontramos una sonrisa llena como el sol, sincera, franca, calurosa, la agradecemos en este mundo en que dominan los días grises. ¡Cuántas veces tiene el poder de disipar los nublados!

Y ¿cómo conseguir esa actitud de alegría que hay que tener en sí antes de poder comunicarla a los demás?

Es necesario comenzar por salir del ambiente enfermizo de preocupaciones egoístas. Hay gente que vive triste y atormentada por recuerdos del pasado, por lo que los demás piensan de él en el presente, por lo que podrá ocurrirle en el porvenir. Viven encerrados en sí mismos y, claro está, no pueden salir. Cada idea que les viene a la mente parece hundirlos más en su pesimismo. Se parecen al que se hunde en el barro que mientras forcejea solo por salir, se hundirá más y más. Necesita tomarse de una fuerza extraña, distinta, para poder salir. Que se olviden pues, de sí y se preocupen de los demás, de hacerles algún bien, de servirlos y los fantasmas grises irán desapareciendo. La felicidad no depende de fuera, sino de dentro.

No es lo que tenemos, ni lo que tememos, lo que nos hace felices o infelices. Es lo que pensamos de la vida. Dos personas pueden estar en el mismo sitio, haciendo lo mismo, poseyendo igual, y, con todo, sus sentimientos pueden ser profundamente diferentes.

Más aún: en los lazaretos, en los hospitales del cáncer se encuentran almas inmensamente más felices que en medio de las riquezas y en plenitud de fuerzas corporales.

Una leprosa a punto de morir ciega, deshechos sus miembros por la enfermedad, escribía:

"La luz me robó a mis ojos.
A mi niñez su techo,
Mas no robó a mi pecho,
La dicha ni el amor".

Un grupo de marineros del vapor español "Churruca", condenados a muerte por el solo crimen de sus convicciones, bromean tranquilos al borde de la muerte que debía tener lugar a las seis de la mañana. Uno de ellos mira el reloj y advirtiendo que son las seis y media, dice al sacerdote que los acompaña: "Señor: no hay derecho; nos han robado media hora de cielo".

La alegría no depende de fuera, sino de dentro. El católico que medita su fe, nunca puede estar triste. ¿El pasado? Pertenece a la misericordia de Dios. ¿El presente? A su buena voluntad ayudada por la gracia abundante de Cristo. ¿El porvenir? Al inmenso amor de su Padre celestial.

Para quien sabe que no se cae un cabello de nuestra cabeza sin que el Padre de los cielos, que es al propio tiempo *su* Padre, lo sepa ¿qué podrá entristecerlo?

En un viaje entre Buenos Aires y Hamburgo se desencadenó una horrible tempestad, encerrándose los pasajeros en sus camarotes llenos de pavor. En el salón del buque juega feliz el hijo del capitán, un chiquitín. "¿Tú no tienes miedo?", le pregunta un marinero. "No, porque el papá gobierna el buque". Por más recia que sea la tormenta, el hombre de fe sabe que el Padre, a quien no falta poder, ni amor es quien todo lo gobierna y lo encamina para bien de sus hijos. Como decía

Santa Teresa: "Dios lo sabe todo, lo puede todo; me ama". La gran receta para tener alegría, es vivir de fe.

Quien quiera ayudarse también de medios naturales comience por no dejarse tomar por una actitud de tristeza. Sonría aunque no quiera; y si ni eso puede, tómese los cachetes y haga el paréntesis de la sonrisa.

William James critica a quienes piensan que la acción sigue al sentimiento, cuando en realidad la acción y el sentimiento van juntos y al regular la acción que está bajo el control directo de la voluntad, podemos llegar a controlar el sentimiento que no lo está. Por tanto, para llegar a sentirnos contentos, es necesario actuar como si lo estuviésemos.

Un hombre de negocios, carcomido por la neurastenia, fué a consultar a un amigo psiquiatra. Le expone la tristeza de su hogar, la pena que va consumiendo a su esposa, el silencio de muerte que planea sobre su casa. ¿Qué hacer? Sonría, amigo, y no mañana, ahora mismo. Al salir, en el tranvía... con más razón al llegar a su casa. Y no me diga que no puede hacerlo. Hágalo no más. Y así lo hizo. Llegó a su casa; saludó a su esposa con un sonoro "buenas tardes, hijita", agregando una sonrisa de sol primaveral, que ella miraba sin acabar de creer a sus ojos. Le aseguró que así la trataría en adelante. Todo cambió en aquella casa, y el ex-enfermo, descendiente en línea directa de la tribu de Isaac, comprobó que su sonrisa le iba aumentando incluso las rentas.

Si tienes tentaciones de melancolía apunta un consejo que te da un hombre que conoce a los demás hombres (Dale Carnegie): "Cuando salgas de tu casa le-

vanta tu mentón, eleva la coronilla de tu cabeza, estira cuanto puedas tus piernas, bebe el sol, festeja a tus amigos con una sonrisa y pon tu alma en cada paso. No temas ser engañado y no pierdas un minuto pensando en tus enemigos. Fija claro en tu mente lo que quieres hacer y, sin titubeos, camina hacia tu meta. Guarda en tu mente tus grandes proyectos y al correr los días te darás cuenta que vas aprovechando todas las oportunidades para tu fin. Pinta en tu alma la imagen del hombre útil, provechoso para los demás que quieres llegar a ser. Conserva una actitud mental recta, de valor, de franqueza, de alegría. Pensar rectamente es crear. Todo lo bueno es primero deseado y cada oración sincera es escuchada. Nosotros llegamos a ser como lo deseamos".

No basta sonreír para vivir contentos nosotros. Es necesario que creemos un clima de alegría en torno nuestro. Nuestra sonrisa franca, acogedora será también de un inmenso valor para los demás. ¿Sabes el valor de una sonrisa?

No cuesta nada pero vale mucho.

Enriquece al que la recibe, sin empobrecer al que la da.

Se realiza en un instante y su memoria perdura para siempre.

Nadie es tan rico que pueda prescindir de ella, ni tan pobre que no pueda darla.

Crea alegría en casa; fomenta buena voluntad y es la marca de la amistad.

Es descanso para el aburrido, aliento para el descorazonado, sol para el triste y recuerdo para el turbado.

Y, con todo, no puede ser comprada, mendigada, robada, porque no existe hasta que se da.

Y si en el último momento de compras el vendedor está tan cansado que no puede sonreir ¿quieres tú darle una sonrisa?

Porque nadie necesita tanto una sonrisa, como las que no tienen una para dar a los demás.

XI

EL PRIMADO DEL AMOR

ES un hecho que la caridad no es la virtud que aparece de relieve en la formación religiosa corriente, y que aún el sentido amplio, positivo de la caridad es con frecuencia ignorado de la juventud (1).

En una encuesta hecha entre los alumnos de un colegio particular sobre cuál era la virtud más necesaria a un joven, la caridad apareció en cuarto lugar y con

(1) Entresacamos para este capítulo varias ideas del hermoso libro "Todo el Evangelio en toda la vida", de T. de Poncheville.

pocos sufragios; y en las clases inferiores no obtuvo ni siquiera un voto. La formación religiosa había ido por otro lado.

Creen muchos que ser buen católico significa ante todo ser honesto. Un joven creerá cumplir sus deberes mientras no cometa malas acciones, sin sospechar que en virtud de su religión está obligado a "realizar perpetuamente buenas acciones". "No tengo nada de que acusarme; no hago mal a nadie". Está bien no hacer mal, pero está muy mal no hacer el bien.

Los mandamientos de Dios y de la Iglesia son todos obligatorios, los siete pecados capitales son todos graves, pero entre estos mandamientos y pecados hemos de destacar los que Cristo más destacó: la exaltación del amor y la condenación del egoísmo el peor de los pecados capitales, y fuente de todos los demás. Por desgracia en las clases de catecismo con frecuencia la caridad fraterna, las obras de misericordia son tratadas con mucho menor detención que la pureza, la honradez, el cumplimiento de los deberes religiosos, siendo así que, según San Pablo, la caridad es aún más perfecta que la fe y la esperanza.

Al preparar a los niños para la primera comunión, se insiste en prepararlos para vivir en estado de gracia, pero ¿se insiste igualmente en "el estado de caridad"? Se dice a los niños que hay que pedir a Jesús que los mantenga puros; pero ¿cuántos les recomiendan que pidan generosidad y sacrificio?

En los exámenes de conciencia se suele insistir en las negligencias en los deberes de piedad, pero no en las faltas de caridad. Muchos se acusarán del olvido de sus

oraciones, pero no suele haber escrupulosos de la caridad. Cuando alguien se acusa de haber faltado a la caridad se refiere a haber criticado, murmurado, pero suele olvidarse la parte positiva de la caridad. El niño debería ser invitado a examinarse también sobre estos puntos: ¿He pensado en los demás? ¿Me he molestado por hacerles agradable la vida? En el seno de la familia ¿he sido servicial? ¿He ejercido alguna buena influencia sobre mis amigos? Mi ambiente en el colegio, en la oficina... ¿es mejor gracias a mi esfuerzo? ¿A qué obra buena habría yo podido aportar mi concurso? ¿He demostrado bondad hacia los que sufren a mi alrededor? ¿He disminuído mis gastos superfluos para ayudarlos? ¿Quién está más cerca de Cristo por haberme encontrado?

Cada mañana un examen de previsión: ¿Qué obra buena puedo hacer hoy? Y cada noche un examen retrospectivo: ¿He procurado servir, ser amable, alegrar... hoy a los demás?

Otra posible deformación de la conciencia puede ocurrir en la niñez y es la de creer que la perfección cristiana consiste en la quietud, en la inmovilidad, en no hacer mal a nadie. Los padres pueden contribuir a este error, inculcando a sus hijos una actitud aislacionista. Con frecuencia se oye decir: "Por más que te molestes por los otros no esperes que ellos vengan en tu ayuda cuando tú los necesites", o bien: "No te metas en los asuntos de los demás... Deja que se las arreglen como puedan; tú no estás obligado a intervenir".

Lástima es perder estos años preciosos para inculcar la auténtica jerarquía de valores que quiere el Evan-

gelio. La influencia de la primera enseñanza es decisiva, pues deja en el alma como un molde del cual es difícil deshacerse.

Después, estos niños, convertidos en jóvenes y luego en hombres se encerrarán en su vida privada, no ejercerán acción alguna en el terreno social y huirán de la vida pública. Ni siquiera tendrán la menor idea que en este ausentismo puede haber algo culpable. La religión es para ellos una relación entre el alma y Dios, un conjunto de prácticas piadosas y nada más. Las grandes empresas de la ciudad humana pueden ser descuidadas sin pensar que por eso son menos buenos católicos.

Quizás inclusive algunos lleguen a escandalizarse de los sacerdotes cuando insisten tanto en la caridad, o en temas sociales, y digan: *"Yo no me preocupo de esas cosas, yo me ocupo únicamente de lo sobrenatural"*.

El deber de la Acción Católica, "deber de la vida cristiana" según Pío XI, no aparece sino como una añadidura artificial al verdadero programa religioso, una simple medida circunstancial, sugerida por una necesidad del momento, o impuesta por un deseo del Papa... Dios quiera que algunos no lleguen hasta criticar el formar parte de estas obras, culpándolos de "falta de fe", "falta de confianza sobrenatural", que echa mano de medios naturales, como si no bastara la confianza en Nuestro Señor para solucionar todos nuestros problemas.

Las reformas sociales de las encíclicas, quizás aparecerán como una concesión a las ideas del día y a las reivindicaciones populares, más que una aplicación ló-

gica de los principios del catolicismo a los problemas del trabajo... Aún se criticará la intromisión del Papa en terreno "extraño"... y no menos lo serán sus tentativas por solucionar los conflictos internacionales...

La solución de estos males requiere una educación religiosa en que la caridad ocupe el sitio que Cristo le señaló en su doctrina y en su obra.

Una anécdota entre muchas, nos cuenta el canónigo Thellier de Poncheville que confirma estos temores. Recién lanzado el movimiento de la Acción Católica, el Cura llega a una casa de buenos feligreses para invitarlos a las reuniones. Se dirige en primer lugar al padre de familia. Con cara picaresca demuestra éste que no se dejará pescar: "¡Según esto, señor Cura, usted querría que nosotros le hiciéramos el trabajo!"

Ya se entiende: el Cura está pagado para hacer estas obras de bien, "los demás" no tienen porqué preocuparse: ir a Misa, dar alguna limosna, confesarse por Pascua ¿para qué más?

El desairado Párroco se dirige a la dueña de casa: "Señora, usted sabe el bien que están haciendo las obras que sostiene la Acción Católica; ayúdenos". Su respuesta es maravillosa: "Tengo por principio, señor Cura, no ocuparme en lo que no me corresponde". ¡Lindo y cómodo principio!

Una última tentativa; allí está la hija: tiene apenas veinte años, quizás tiene un sentido más social... "Señorita, usted que está tan llena de pequeños trabajos, porque no me ayuda; hay tanto bien que hacer, que dejarlo de hacer sería faltar a la caridad".

"¿Faltar a la caridad, yo? Usted no me conoce. Yo nunca me ocupo de los demás".

No sabían estos tres individualistas lo que decía el Padre Gratry: el cristiano es un hombre a quien Dios ha confiado todos los demás hombres.

La caridad transformará al individuo.

Hay una fuerza inmensa de transformación de las almas que está encerrada en la caridad. Creado el hombre a imagen y semejanza de Dios se siente atraído a colaborar en las obras de Dios.

Cuando un joven no ha encontrado una obra que lo tome por entero, no rinde todas sus posibilidades, parece un caminante cansado, perdido en una ciudad extraña, pero cuando aparece una empresa que vale la pena, deja escapar un grito de liberación. ¡Por fin he hallado algo a qué dedicarme! Ha comprendido que su vida va a tener un sentido, pues, el hombre, como Dios, goza más dando que recibiendo.

Hay mucho heroísmo latente en nuestros jóvenes. Hay en ellos energías inmensas que requieren de alguien que las despierte y les muestre una causa lo bastante grande para ser digna de su vida.

¡Cuántos hombres habrían sido diferentes si hubieran encontrado en su vida alguien que hubiese tenido fe en ellos, alguien que hubiese sabido penetrar la corteza de indolencia y apatía que cubre los grandes valores del alma como el carbón cubre el diamante; pero se necesita un experto y sobre todo un hombre que

tenga fe en el hombre y en la gracia de Dios, siempre dispuesta a ayudar a la más noble de sus obras!

El educador que no está convencido de las posibilidades para el bien, latentes en el más despreciable de sus alumnos, debiera dejar de educar. El momento en que penetra en su alma esa "fría prudencia" hija del desengaño que no se fía de nadie, que nada espera y todo lo teme, es una indicación precisa que no debe seguir achatando y deformando almas; mejor que se retire.

Con qué emoción nos hablaba un jocista canadiense que acababa de visitar al Canónigo Cardyjn, fundador de la J. O. C., de su gratitud para con el Canónigo. "La clase obrera, decía, jamás pagará a Cardyjn su deuda, pues es inmensa. Cardyjn se fió de los obreros; tuvo fe en ellos; esperó su redención y se la confió a ellos mismos. En manos de los obreros estaba cierto que estaba seguro el porvenir de la clase obrera".

Esas palabras han resonado muchas veces en mis oídos: *¡"Se fió de la clase obrera!"* Algo aparentemente muy simple, y en realidad muy difícil. Fiarse es entregarle sus obras, sus proyectos, sus ideales, entregarse uno mismo en sus manos. Fiarse de los obreros, fiarse de los jóvenes, fiarse de los niños es una virtud profundamente formadora.

Aquellos que nunca han tenido alguien que se fíe de ellos, no han visto brillar la más bella estrella de su vida. Podrán después decir a sus padres y educadores, con razón: Hubiera sido diferente si alguien hubiese tenido fe en mí.

Todo hombre es débil cuando solo se defiende a sí mismo, pero su debilidad se vuelve fuerza cuando tiene

la responsabilidad de otros seres más débiles que él a quienes defender.

Este es el sano principio pedagógico escondido en lo que se ha dado en llamar "educación inglesa", y es el alma de la pedagogía de la Acción Católica, que según los deseos del Papa, es un llamado a los seglares para que en forma real y efectiva colaboren en la misión apostólica de la Iglesia. Cuando un joven ha tenido la dicha de ser incorporado desde pequeño a la Acción Católica y ha sido tomado en serio, ha recibido responsabilidades reales y efectivas, ha sido objeto de una gracia grande que va a transformar su vida.

Caridad y pureza.

"Poner la castidad al amparo de la caridad", era un pensamiento predilecto de Ozanam, y fué uno de los fines que persiguió al fundar las Conferencias de San Vicente de Paul.

El joven que no se preocupa sino de ser casto, difícilmente guardará su pureza en la época de las grandes luchas. Las malas pasiones se adueñan sin dificultad de un corazón que no está protegido por una pasión buena.

En cambio cuando un joven se entrega a una obra que vale la pena, los placeres sensuales se le hacen intolerables, pues son demasiado opuestos a las alegrías superiores de la caridad que ha comenzado a experimentar. Mas aún, los goces más legítimos como el matrimonio no le atraerán sino en la perspectiva de los hijos, del apoyo mutuo para una vida de valor social.

Un gran amor es de ordinario para el adolescente

el principio de una purificación moral y de una ascensión espiritual de que lo hubiéramos creído incapaz. Para ser digno de su ideal evita las antiguas caídas: la menor de ellas le parecería una traición, le incapacitaría para mirar con honradez y sinceridad la persona amada.

El que se entrega a una acción apostólica entre sus compañeros, comprueba muy luego que necesita todas sus energéas morales, que si pierde su pureza decae su esfuerzo interior, su tensión espiritual, reniega su bandera. Al hacer bien a sus compañeros, progresa en todas sus virtudes; sus miradas y sus deseos tienen una nueva meta. "Las tentaciones pasan sin que me atraigan. Me asombro de haber sido víctima de enemigo tan sucio. Ya no volveré a caer bajo su yugo". "Nuestra sección de la J. O. C. flaquea . . . La culpa es mía. No puedo invitar a mis compañeros al apostolado, cuando no tengo el corazón puro". Así escribían dos jóvenes transformados por el idealismo de la caridad.

Cuando el ideal es el establecimiento del Reino de Dios, siente el joven la imperiosa necesidad de poseer él primero a Cristo, a fin de poder darlo a los demás.

Acude espontáneamente a la oración. comulga con mayor recogimiento, se persuade que su progreso en la vida sobrenatural contribuirá al progreso de su apostolado.

Hacer el bien a los demás sirve más a los jóvenes que hacer el bien a secas. ¡Cómo bendecirán después a quien los inició en el apostolado social!

Uno que protestaba amargamente contra los mandamientos de Dios, mirándolos como restricciones, cerco de prohibiciones, cuando descubrió el valor central de

la caridad, en la vida cristiana, exclamó: "Mandamiento de Dios, mandamiento supremo del Evangelio, gran mandamiento de amor, qué impulso habéis dado a mi vida, qué ánimo a mi ser! ¡Aumentad aún más vuestras exigencias: no haréis sino dilatar mi corazón!

Pesada es una moral en que predominan las cadenas; suave, alegre es la moral en que predominan las alas; y el amor tiene alas.

La ambición de dar.

Hay que aprovechar esos hermosos años de la niñez y juventud para hacer entrar en todas formas en el alma abierta entonces como nunca a todas las causas grandes y desinteresadas el espíritu de generosidad, la ambición de dar.

Recordamos una conversación con el que entonces era Rector del Teologado de la Compañía de Jesús en Lovaina, R. P. Juan B. Janssens, S. J., uno de los educadores más notables de Europa, recientemente elegido General de la Compañía de Jesús. El tema era el egoísmo que fácilmente se infiltra en el alma de quienes consagran largos años al estudio, y él decía: Para combatirlo los profesores deberían mantener vivo el interés de sus alumnos por todos los grandes problemas de nuestro tiempo y hacerles ver la relación entre su vida de estudiantes y esos problemas. Eso mantendría siempre viva su caridad y despierto su sentido de responsabilidad.

Además de las sugerencias de los profesores, las conferencias, las revistas sobre temas de actualidad, las

lecturas dirigidas, los círculos de estudio, todo, hasta los cuadros de los corredores, las inscripciones en los muros, todo debería converger a crear un clima de caridad, la ambición de dar.

Especialmente ayuda la lectura de ciertos grandes escritores, que han poseído el don de simpatizar con las necesidades humanas, cuyas obras son un continuo llamado a la colaboración humana, a la generosidad. Amado Nervo cuya filosofía como él dice "sólo quiso una cosa, elevar tu espíritu", tiene el don de gravar en el alma sentimientos generosos: *Dar.*

"Todo hombre que te busca va a pedirte algo".

El rico aburrido, la amenidad de tu conversación; el pobre, tu dinero; el triste, un consuelo; el débil, un estímulo; el que lucha, una ayuda moral.

Todo hombre que te busca de seguro va a pedirte algo.

¡Y tú osas impacientarte! ¡Y tú osas pensar: qué fastidio!

¡Infeliz! La LEY escondida que reparte misteriosamente las excelencias, se ha dignado otorgarte el privilegio de los privilegios, el bien de los bienes, la prerrogativa de las prerrogativas: ¡DAR! ¡Tú puedes DAR!

¡En cuantas horas tiene el día, te pareces a El, que no es sino dación perpetua, difusión perpetua y regalo perpetuo!

¡Debieras caer de rodillas ante el Padre y decirle: "Gracias porque puedo dar, Padre mío. Nunca más pasará por mi semblante la sombra de una impaciencia!"

"¡En verdad os digo que más vale dar que recibir!"

Irás por el camino buscando a Dios; pero atento a las necesidades de tus hermanos.

En cualquier momento, en cualquier lugar, entre cualquier compañía, te formularás la admirable pregunta de Franklin:

¿"Qué bien puedo yo hacer aquí?"

Y siempre encontrarás una respuesta en lo hondo de tu corazón.

Apareja el oído, los ojos y las manos, para que ninguna necesidad, ninguna angustia, ningún desamparo, pasen de largo.

Y cuando a nadie vieras en la carretera llena de huellas, que relumbra al sol, cuando el camino esté ya solitario, vuélvete inmediatamente hacia tu Dios escondido.

Si El te pregunta dentro de tí mismo:

—¿Cómo es que no me buscabas, hijo mío?

Le dirás:

—Te buscaba, "Señor", pero en los otros.

—¿Y me habías encontrado?

—Sí, Señor; estabas en la angustia, en la necesidad, en el desvalimiento de los otros.

Y El, por toda respuesta, sonreirá dulcemente.

Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

Adolescente, joven, viejo: siempre que haya un hueco en tu vida llénalo de amor.

En cuanto sepas que tienes delante de tí un tiempo baldío, ve a buscar el amor.

No pienses: "sufriré".

No pienses: "me engañarán".

No pienses: "dudaré".

Ve simplemente, diáfanamente, regocijadamente, en busca del amor...

No te juzgues incompleto porque no responden a tus ternuras: el amor lleva en sí su propia plenitud.

Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor".

Esta es la misma filosofía social que trasuman los hermosos pensamientos de Gabriela Mistral. En el himno cotidiano dice:

Dichoso yo, si al fin del día,
Un odio menos llevo en mí,
Si una luz más mis pasos guía
Y si un error más yo extinguí.
Y si por la rudeza mía
Nadie sus lágrimas vertió,
Y si alguien tuvo la alegría
Que mi ternura le ofreció.

Que se nos perdonen estas citas que nos sentimos tentados a multiplicar por su belleza intrínseca y porque sirven de ejemplo vivo del servicio que presta la literatura a la formación social. Ella contribuye a desarrollar en el alma el sentido de la caridad, el sentido del pobre, que tanto alaba la Sagrada Escritura: "Bienaventurado el que tiene la inteligencia del pobre".

XII

ACCION SOCIAL

DESPERTAR o avivar el sentido social, más que fijar un programa de acción ha sido la aspiración de este libro. Hemos insistido en los grandes principios de la pedagogía social y en su realización práctica, en los deberes de estado que ofrece la vida cada día.

Pero más allá del deber de estado hay otros campos en que actúa nuestro sentido social: hay posibilidades de apostolado religioso, político, cívico, de comprensión humana, de concordia internacional ninguno de los cuales es extraño a quien ha comprendido la ley de la caridad. La actuación en cada uno de estos campos

será mayor o menor según las circunstancias; a veces tendrá que reducirse a mantener vivo el interés por estos problemas, a la oración, al consejo; pero en todo caso un hombre que tiene sentido social comprende que en todos estos campos se ventilan problemas que le son propios.

Nuestra época necesita afirmar fuertemente la responsabilidad de cada hombre en los intereses comunes. Ha habido tiempos en los cuales las instituciones sociales se presentan como casas sólidamente construídas, provistas de todo lo necesario: no requieren otro esfuerzo que el de las necesarias reparaciones. Pero hay otros períodos, como el nuestro, que reclaman no ya reparar goteras y rellenar grietas, sino reconstruir los edificios arruinados por un terremoto.

Si aún lo dudamos recordemos los "dolores humanos" que describíamos al comenzar este libro y que hacen de nuestra época "la más difícil de la historia", según palabras de Pío XI. El gran Pontífice comprendió como pocos el valer del trabajo humano en la construcción del Reino de Dios. Sus últimas palabras fueron: "Aún teníamos tanto que hacer". En sus encíclicas llama a todos los hombres de buena voluntad a colaborar en la construcción de un orden social inspirado en los principios del Evangelio.

La Acción Católica.

La primera actividad propia de un católico es su colaboración al apostolado jerárquico de la Iglesia en el terreno de la Acción Católica. A ella lo han llamado

reiteradamente los últimos Pontífices, declarando que forma parte integrante de la vida católica.

Muchos católicos antes del llamado de los Papas, (y algunos aún después) se sentían tentados a mirar la Iglesia como un edificio terminado. Si necesitaba algunas reparaciones sería el clero el encargado de realizarlas: a ellos no les correspondía sino instalarse. La majestad de los grandes templos que se perpetúan como la Iglesia en edades distintas contribuía a mantener esta ilusión de lo inmóvil y lo definitivo.

Nosotros que no hemos participado en la fundación de la Iglesia hemos vivido como si ésta se hubiese hecho sola o hubiese existido siempre, y esto nos ha detenido de servirla apasionadamente, como sirve el hombre que construye su propia casa. Hemos pensado más en vivir de la Iglesia, que en hacerla vivir, y por esto hemos vivido más pobremente. Para muchos la Iglesia ha sido el refugio contra todas las inquietudes, el seguro de la eternidad, una tribuna desde la cual se puede ver el desfile de la vida sin temor de ser ahogados en la marejada humana.

Felizmente después del llamado a la Acción Católica tendrá más y más claridad la idea de que nosotros como los pioneers cristianos somos albañiles y aún piedras vivas de la Iglesia, que necesita de nuestros sudores y aún de nuestra sangre como argamasa para afianzar sus muros.

Nosotros somos responsables de la Iglesia, colaboradores de Dios en la gran edificación del Cuerpo del Señor, en la redención y santificación de la humanidad que es lo que da pleno sentido a la creación.

Maravillosamente expone esta idea Karl Adam cuando dice: "El ser esencial de la Iglesia debe realizarse y expresarse no sin los fieles, sino por ellos. En sus miembros y por ellos debe afirmarse y perfeccionarse el Cuerpo de Cristo. Para los fieles, la Iglesia no es únicamente un don, es también un deber. Tienen ellos que preparar y cultivar la tierra buena en la que la semilla del Reino de Dios pueda germinar y prosperar. En otros términos: la vida de la Iglesia, el desarrollo de su fe y de su caridad, la elaboración de su dogma, de su moral, de su culto y de su derecho, todo esto está en estrecha dependencia de la fe y de la caridad personal de los miembros del Cuerpo de Cristo. Por la elevación y el abatimiento de su Iglesia en la tierra, Dios recompensa el mérito o castiga el demérito de los fieles. Puede decirse con san Pablo (Eph., II, 21-22), que la Iglesia, fundada por Cristo, es edificada también por la obra común de los fieles. Trabajemos siempre en edificar el templo de Dios y precisamente aquí abajo, trabajemos en su casa, es decir, en la Iglesia, dice San Agustín con profundidad. Dios ha querido una Iglesia cuyo pleno desenvolvimiento y perfección fuesen fruto de la vida sobrenatural, personal de los fieles, de su oración y de su caridad, de su fidelidad, de su penitencia, de su abnegación. Por eso no la ha establecido como institución acabada, perfecta desde el comienzo, sino como algo incompleto que deja siempre lugar e invita siempre a un trabajo de perfección".

En la construcción de un orden social cristiano la primacía corresponde a lo sobrenatural y es la Acción Católica la primera llamada por los Pontífices a rea-

lizar esta restauración sin desechar la valiosa colaboración de las otras instituciones aprobadas por la Iglesia para promover la piedad y el apostolado, tales como las congregaciones marianas, órdenes terceras, pías asociaciones que, según reiteradas declaraciones de los Pontífices guardan todo su valer y su oportunidad en cristiana colaboración con la Acción Católica.

El principio "politique d'abord" es falso. El primer elemento de restauración social no es la política, sino la reforma del espíritu de cada hombre según el modelo que es Cristo. Y este principio conviene afirmarlo con fuerza para evitar las desviaciones de quienes pueden sentirse tentados a despreciar el trabajo lento que realiza en las almas y en los ambientes la Acción Católica, dejándose seducir por los resultados de efecto más aparente y más rápido, aunque menos profundo que puede obtener la política.

La Acción Católica está llamada a formar y santificar a los seglares y por medio de ellos transformar la vida, transformar el medio ambiente, conquistar la masa. Tres finalidades magníficas que, felizmente, como ha demostrado la práctica, no son sólo ideales sino realidades.

Acción política.

Entre los deberes de justicia señalábamos el cumplimiento de los deberes cívicos, obligación grave de todo ciudadano.

La política mira al bien común, está destinada a crear las instituciones de justicia social que traen el bien general.

¡Cuántos bienes dependen de las leyes! La educación, bienestar, libertad, el respeto a la conciencia, la organización de la vida económica, la defensa de la patria. A nadie, por tanto, es lícito desinteresarse de una causa en que se juegan intereses tan importantes.

La colaboración de cada cual será diferente según su edad, preparación, independencia económica. En la juventud el aspecto formación es el más importante, pues mientras mayor sea esa formación mayor será su influencia en los destinos nacionales.

Países jóvenes como el nuestro necesitan especialistas bien preparados que puedan dar una orientación bien definida a sus problemas. Y eso no se improvisa. Por eso conviene que desde el colegio se forme a los niños en contacto con las necesidades nacionales, aprendan a discutirlas y adquieran conciencia de que en ellos descansa el futuro del país.

La formación política de la juventud debe inculcar la primacía de los intereses nacionales sobre los partidistas, la sinceridad, la abnegación y disciplina en el servicio del partido pero más aún en el servicio de la nación; no debe fomentar el odio a los otros partidos y debe hacer posible el espíritu de comprensión para llegar a entenderse caundo haya intereses superiores en juego. Ahondar divisiones en la familia nacional es crimen de lesa patria; acortar distancias es trabajar por la grandeza del país.

El patriotismo no ha de ser belicoso con otros países. La nación más que por sus fronteras se define por la *misión* que tiene que cumplir. Querer que la patria crezca no significa tanto un aumento de sus fronteras,

cuanto el cumplimiento de su misión. ¿Cuál es la misión de mi Patria? ¿Cómo puede realizarla? ¿Cómo puedo colaborar yo a ella?

Ante los peligros de la anarquía social y política tan generalizado en nuestros días es muy fácil que surja el deseo de una política de fuerza. El respeto a las instituciones puede llegar a parecer fuera de lugar. Una actitud de violencia puede parecer más eficaz que la educación de las conciencias; en lugar de la caridad que transforma las almas, el sable que corta las discusiones; en lugar del apostolado humilde la fuerza y el castigo. Y algunos pueden aspirar a reemplazar la democracia por el totalitarismo.

La autoridad es absolutamente necesaria; hay una inmensa falta de respeto al poder establecido que es necesario afirmar. Las sanciones eficaces son indispensables y hace falta que sean en verdad eficaces frente a los grandes como a los pequeños, y más frente a los grandes, porque su responsabilidad es aún mayor. Pero al juzgar la anarquía juzguemos sus causas, mirémoslas con profundo espíritu de justicia y caridad y antes que pedir cañones tengamos la conciencia de no estar amparando injusticias.

Las revoluciones más que con fusiles se combaten con una justa renovación. En un país de gente contenta no se concibe el comunismo. La mejor manera de acabar con las huelgas es acabar con la miseria y con los prejuicios que mantienen el clima de agitación social. Acabar con la miseria es imposible, pero luchar contra ella es deber sagrado. Que el país vea que sus políticos no buscan intereses personales, sino los de la nación y

que ponen todas sus energías para dar bienestar no a un grupo sino a la masa de sus conciudadanos; que si no se obtiene todo lo que se desea es porque la pobreza de la nación, la falta de medios humanos y técnicos no permiten llegar más lejos. Eso convence. Más eficaz que la victoria por la violencia es la victoria por el convencimiento de la razón. Por la razón primero; la fuerza viene después en nuestro escudo.

Que un proletariado amargado por una serie de malos entendidos no tenga derecho a pensar que estamos contra ellos. Que la actitud social política de quienes profesan la fe en Jesucristo se inspire en la justicia deseada con hambre y sed, y en el amor que no trepida en sacrificarse por el bien de los hermanos.

Hemos de desear un orden social cristiano. Este supone el respeto a la Iglesia, a su misión de santificar, enseñar, de dirigir a sus fieles, y supone también algo tan importante como esto: que el espíritu del Evangelio penetre en las instituciones, y que las leyes se inspiren en la justicia social y sean animadas por la caridad. Un estado es cristiano no sólo cuando restablece el nombre de Dios en sus juramentos, sino cuando el sentido del Evangelio domina su espíritu.

Colaborar a un orden social así concebido es realizar la mayor obra de caridad social.

Política internacional.

La suerte de los otros países no puede ser extraña a quien tiene hondo sentido social y ha de propiciar en la medida de su influencia una política internacional justa.

La guerra es un mal inmenso. León XIII decía hace más de 50 años, cuando sus consecuencias no eran ni la sombra de las actuales: "Combatir por las armas puede ser alguna vez necesario, nunca es posible sin producir una suma enorme de calamidades, sobre todo con los grandes progresos de la ciencia militar, la inmensidad de los ejércitos actuales, las multiplicadas maquinarias de muerte". ¿Qué habría dicho ahora si hubiese presenciado la muerte y la masacre de la última guerra, y los preparativos de la próxima con armas que podrán aniquilar países completos?

La guerra significa el fracaso de la caridad. Y lo más trágico es que un católico por más que ame con pasión la caridad, no puede condenar la defensa armada, ni las alianzas militares porque sería abrir las puertas a los apetitos devoradores de la injusticia; pero al aceptar estas realidades, si es de veras cristiano, se sentirá poseído de un inmenso dolor y junto con la prudente previsión trabajará con toda su alma en crear en las relaciones internacionales un clima de caridad e instituciones que salvaguarden la justicia.

Todas las tentativas que se hagan por la comprensión internacional, por la creación de un derecho e instituciones internacionales deben encontrar en los católicos sus más ardientes partidarios.

El odio contra otros países, la suspicacia convertida en sistema, la prédica "anti" contra tal o cual país, los prejuicios raciales, el orgullo de superioridad nacional, el patriotismo convertido en sistema, todo esto ha de ser eliminado pues se opone a la fraternidad internacional. El amor a la patria, lo repetimos, más que en

el ensanche de sus fronteras se ha de traducir en el cumplimiento de su misión.

Y si en virtud de la justicia o de la caridad, porque también hay caridad internacional, se llega a ver la necesidad de medidas que beneficien a otros países aún a expensas del propio, hay que propiciar tales soluciones, pues los problemas internacionales, no menos que los de la vida privada, han de ser resueltos en justicia y caridad. ¡Nunca será patriotismo negarse a escuchar esas voces!

Acción cívica.

Además de la acción política propiamente tal hay una acción de bien público en el orden temporal que puede llamarse "cívica".

La acción municipal de suyo no es acción política, aunque por desgracia hasta allí ha llegado la politiquería... Obras como la de habitaciones obreras, lucha contra el alcoholismo y la tuberculosis, Cruz Roja, moralidad pública, educación popular, instituciones recreativas para después del trabajo, excursionismo, campos de deportes, colonias de vacaciones, albergues para desamparados, patronato de la infancia, protección de la niñez, casas cunas, son obras de caridad cívica en las cuales hay un campo inmenso para la actividad de quienes se interesen por el bien común. En cada una de ellas pueden ejercer su actividad quienes se interesan por el bien común. En estas obras trabajan abnegadamente los católicos y colaboran fraternalmente con personas de "buena voluntad"; este trabajo en

común ha de servir para acortar distancias, para unir en la práctica de la caridad y, para muchos, ha de ser el camino para Cristo. El que hace la verdad llega a la luz.

Acción económico-social.

Vecino al campo de la acción cívica está el de la acción económico-social.

La acción en los sindicatos obreros y patronales, en las juntas de arbitraje, en la creación de cooperativas de créditos, producción y consumo, en la preparación de técnicos y dirigentes que puedan hacer marchar estas instituciones; el "servicio social" y la "educación familiar", la carrera apenas iniciada entre nosotros de "jefes de bienestar", el servicio de "orientación profesional" y "relaciones industriales", son campos de acción económico-social de grandes proyecciones.

Cabe señalar la necesidad de seminarios de estudios sociales en que se investiguen las realidades nacionales, se discutan planes de reforma social, se elaboren proyectos que se harían llegar una vez maduros a las cámaras por manos de los parlamentarios. Estos y otros trabajos están llamando a los católicos e indicándoles que allí les aguarda un puesto para dar testimonio de su espíritu de justicia y caridad.

Acción intelectual.

Hay quienes tienen cualidades extraordinarias para pensar, exponer, escribir y muchas veces no se encuentran bien en el terreno de las realizaciones. La acción

intelectual es preciosa en la crítica de los defectos y en el estudio de soluciones sociales. A veces un escritor tiene más influencia que muchos realizadores: basta mirar a Kant, Marx, Nietzsche, o si se prefieren ver influencias luminosas, las de Kempis, Tomás de Aquino, Pedro Canisio, etc. Cada uno de nosotros ¡cuánta gratitud no debe a escritores que han ejercido poderosa influencia sobre su vida! Un libro para muchos ha sido la ocasión de descubrir su vocación a la fe, al sacerdocio, al apostolado social.

En el campo de la acción intelectual se destaca la influencia del *magisterio* universitario, secundario, primario, de escuelas nocturnas o de centros obreros. ¡Ojalá que los jóvenes que preparan su bachillerato pensaran más en la noble misión del magisterio! La carrera, por desgracia, está mal rentada, tiene poco brillo humano, pero ofrece en cambio oportunidades de forjar hombres.

El *publicista*. Si en cada diario, revista (ahora debemos agregar la radio) hubiera escritores o locutores católicos, llenos de sentido social dando testimonio de la verdad en forma brillante, cálida, con profundo sentido humano, ¡cuánto bien se haría! Hay quienes tienen grandes talentos artísticos y nunca han sospechado que pueden ejercer una influencia social, si con espíritu de colaboración los ponen al servicio de una causa de bien común.

Fuera de estas actividades más destacadas, cada profesión ofrece campo de trabajo cotidiano para una acción social profunda.

Acciones escondidas.

No queremos terminar estas líneas sin señalar un apostolado a quienes talvez piensan que su suerte los priva de toda acción social.

Padres y más aún madres de familia, absorbidos por sus deberes de hogar, están llamados a formar un hogar modelo, un ambiente sano en medio de las costumbres enfermas, a preparar hijos instruídos en el espíritu de justicia por su enseñanza y más aún por su ejemplo. ¿Es acaso pequeña esta colaboración a la reforma social? Si los hijos que vienen son mejores, los tiempos que vienen serán también mejores: esos niños son el mañana.

Enfermos, incapacitados, ancianos... también tienen una misión social: el ejemplo de resignación y sobre todo el ofrecimiento con espíritu sobrenatural de sus atormentadas vidas será fuente de bendiciones.

La acción social de la oración es la mayor de todas, porque, como decía San Ignacio: el que ora negocia con Dios, causa primera y motor universal, pero para que pueda llamarse social ha de ser hecha con el espíritu social, pensando no sólo en sí mismo sino también en los demás, deseándoles a ellos esa abundancia de bienes que anhela para sí. La mejor oración social es el Padre nuestro, enseñada por el Autor de la ley de la caridad, en la que se pide al Padre bienes materiales y espirituales para todos los hermanos.

La acción de la oración debe ser común a todos por más afanados que estemos en el uso de los medios externos. Sin ella ninguna acción tiene garantías de per-

severar. La rectitud de intención, el equilibrio de espíritu, la humildad de corazón, la fortaleza de ánimo para continuar dándose al prójimo sin desmayar encuentran en la oración su gran fuerza, que así como es alimento del individuo es bendición para la sociedad.

Una sociedad con sentido social.

Realizarla: esa es la misión de todos nosotros. ¡Cada uno ha de poner su esfuerzo; que nadie se excuse pretextando que su acción es insignificante!

El niño desde pequeño ha de ser educado con sentido social. No hay ninguna edad que sea demasiado temprana para dar esta orientación.

Cada acción aún la más escondida de la vida tiene un valor social: no la desperdiciemos aunque parezca mínima.

Y así el fruto de todos irá surgiendo como una sociedad más humana, más fraternal.

Una sociedad que se ha ido alejando de su Dios, porque no ha visto en la moral de sus fieles la divina irradiación de su fe, volverá a Cristo por el esplendor de la caridad.

El dogma de la comunión de los Santos plenamente vivido triunfará sobre la internacional materialista.

La Iglesia aparecerá a los hombres, Madre solícita de sus hijos que luchan penosamente por ganarse el pan.

Los hombres del siglo XX para entrar en la Iglesia esperan ver en nosotros, los que vivimos en élla, el testimonio de la caridad de Cristo.

XIII

LA VIDA ESCOLAR COMO MEDIO DE FORMACION SOCIAL

LOS alumnos al abandonar su escuela o su colegio, deben ir provistos de un hondo sentido social. No se les puede pedir que sean técnicos en economía, pero sí que estén dispuestos a poner al servicio de sus hermanos y para bien de todos, los conocimientos adquiridos y la influencia que puedan ejercer.

Un clamor general se eleva, sin embargo, quejándose de que los alumnos que terminan sus estudios en colegios oficiales o particulares no sacan de su educación un sen-

tido social que responda a los largos años de instrucción. En general son *individualistas* y se desinteresan de todo lo que es bien común: deberes cívicos, labor municipal, acción católica, vida universitaria, asociaciones gremiales, obras de beneficencia.

SOLIDARIDAD SOCIAL.

La *formación individualista* de los años de colegio puede en parte ser responsable de este resultado. ¿Ha habido alguien que durante los años de colegio se haya encargado de hacer caer al niño en la cuenta de que sus actos repercuten en sus compañeros, que él está ligado a ellos por deberes y derechos recíprocos?

Con frecuencia el alumno vive creyendo que su pereza o laboriosidad, son asuntos que sólo a él interesan y que, a lo más, ha de responder de ellos a la Dirección del Colegio. ¡Profundo error!

Suena la campana antes de clases, para que los alumnos se pongan en orden y se recojan en un ambiente de seriedad previo a la lección. La medida es de carácter eminentemente social: crear un clima propicio al trabajo de todos. Pero ¿se empeña el educador en hacer conocer esta finalidad social? El muchacho, de suyo, tenderá a divertirse, "a tandear", hasta el último momento, evitando el ser sorprendido, para que *no lo* castiguen. Quizás el Inspector ha reforzado esta actitud, pues le ha dicho: el que se porte mal tendrá que vérselas *conmigo*. Así se forma una concepción individualista, pues estos muchachos *viven en común, pero no para la comunidad.*

El móvil de la emulación, bueno en sí, pero usado sin discreción como único medio para hacer avanzar, deforma el sentido social. El estímulo de ganar un sitio, de obtener un premio, el temor de una reprensión que lo humille cuando no son acompañados de una educación social hunden al individuo más y más en su visión egoísta de la vida.

El aislamiento excesivo de cada alumno frente al profesor, se opone también a una visión social. Las preguntas que el profesor hace a su alumno si tienen por objeto el medir sus conocimientos, o su aprovechamiento, lo mantienen apartado en una isla, lejos de toda influencia: ayudarlo sería una falta que merecería castigo. ¿No podría ensayarse, al menos en ciertas ocasiones, un método de mayor colaboración entre los alumnos? Lo esencial es que el alumno comprenda que hay que reemplazar el principio de su responsabilidad individual delante del profesor por el de la *solidaridad social,* solidaridad de los alumnos entre sí y de los alumnos con el maestro y no contra él.

Es fundamental que el alumno comprenda que sus actos repercuten en los demás en infinitas vibraciones de alegría o de dolor. Este hecho da solemnidad a la acción más pequeña. a la más humilde virtud, pues nunca deja de tener repercusiones sociales.

Hay dos frases triviales que deben suprimirse del vocabulario humano, partiendo de la escuela: "esto no me importa", "esto sólo me importa a mí". Santo Tomás llegó a decir que cualquier desfallecimiento en cualesquiera virtudes en alguna manera hiere la justicia social, pues toda falta aunque sea secreta repercute en el

cuerpo social. No puede, por tanto, ser buen ciudadano quien se limita a no violar la ley, pero es un perezoso, un gozador, un ignorante. Este es una calamidad desde el punto de vista social.

La educación por la acción.

Una pedagogía social no puede contentarse con decir al niño: cuando tú seas grande harás ésto o aquéllo. La enseñanza moral, más que ninguna otra disciplina, para ser asimilada debe ser vivida. Debe el niño *obrar* conforme al precepto moral, en forma adecuada a su edad, a su temperamento, a su grado de formación. Mediante la acción, más que por los consejos, adquirirá el sentido de las posibilidades para la vida; la acción fortalecerá su voluntad, en la acción se alcanzan esas intuiciones de la sensibilidad que más rápidas que el raciocinio, presienten el peligro y sugieren la actitud conveniente.

Muchos intelectuales de situación desahogada al querer ir al pueblo, lo irritan en vez de acercarlo y esto se debe a aquella falta de tacto que no se adquirió oportunamente en una acción realista.

Para formar el sentido social de nuestros alumnos, más que conocimientos muy extensos, hay que darle hábitos de abnegación, de comprensión, de reflexión. Una enseñanza demasiado recargada, libresca, memorista, favorece poco —muy poco— la formación de esos hábitos.

Las Escuelas Nuevas han formado y acentuado mucho este principio de formación por la acción. Al visi-

tar la escuela dirigida por Décroy, en Bruselas, pudimos constatar que en vez del maestro que enseña desde la cátedra y los alumnos que escuchan desde sus bancos, existía una comunidad de trabajo para producir un resultado que sea el fruto de la colaboración de todos. Lo que se busca no es la emulación del alumno frente al alumno, la lucha académica, sino su colaboración para un trabajo común. Frente a la concepción individualista que castiga la colaboración, se presenta el ideal de la solidaridad, fundado en una intensa ayuda. No es el individuo el que trabaja, sino el equipo: su "unión hace la fuerza". El método de los centros de interés que ha procurado, antes que nada, buscar una materia que interese al alumno y lo estimule al trabajo en equipo, tiene también la ventaja de desarrollar simultáneamente su sentido social, ya que en este sistema el menor interés del alumno en su labor aparece inmediatamente repercutiendo en el grupo.

Es indiscutible que este método se aplica más fácilmente a la enseñanza primaria que a la secundaria, pero aún así es muy útil porque aviva en los alumnos el sentido social y los prepara para posteriores actuaciones.

Con todo, hemos conocido liceos en Europa en los que la enseñanza secundaria es dada en gran parte en forma activa y en colaboración constante de alumnos y maestros. Requiere, indiscutiblemente, profesores de gran capacidad y de una imaginación poderosa para estar continuamente descubriendo maneras de suscitar la colaboración de sus alumnos ante problemas que hasta ahora han sido expuestos doctoralmente.

Mientras no haya una reforma sustancial de programas, es casi imposible pensar seriamente en la aplicación de un método activo en países, como Chile, cuyo programa está horrorosamente cargado de materias. Todo lo que puede recomendarse se reduce a algunas actividades aisladas que fomenten el trabajo en común, pues la mayor parte del tiempo —por desgracia— la consume la absorción casi memorista de los programas tremendamente recargados.

En los colegios ingleses hay mucha afición por las Debatings Societies, pequeños parlamentos en que los alumnos discuten sobre materias de interés; y no menos los clubs dramáticos y academias literarias. Podría también emplearse, con éxito, la lectura dramatizada de piezas que se presten a este fin, tomando cada alumno un rol; o bien la preparación entre varios de un trozo literario, de una traducción, de un análisis; o aún el estudio distribuído de una pieza en forma que a uno le corresponda la trama, a otro los sentimientos que en ella se desarrollen, a otro el estilo. Los profesores que verdaderamente dominan su materia dan margen a que en clase participen, ordenadamente, los alumnos en la discusión de un tema, aportando a la dificultad propuesta sus puntos de vista, recogiendo los ataques venidos de otros campos, de modo que la conclusión sea el resultado del esfuerzo de todos.

¡Qué interesantes resultan estos cambios de ideas! Cuántos aspectos nuevos se presentan, incluso para el profesor; y de ordinario sucede que terminada la clase, durante uno o varios recreos los alumnos siguen discutiendo o comentando la materia iniciada en clase. La

hora pasa velozmente y se despierta el deseo de seguir profundizando ese tema.

Este es el fondo de los círculos de estudio, de que hablaremos después, y cuyos resultados son muy alentadores.

En general, todo lo que signifique un desplazamiento del problema del "teaching" al "learning" (el enseñar, por el aprender) contribuirá a dar mayor iniciativa al alumno, a aguzar su ingenio, a hacerlo sentir en forma vivida la insatisfacción del que busca y aún no halla y se siente estimulado a seguir buscando. En esta búsqueda en colaboración habrá aprendido a ayudar a los demás y a hacerse ayudar por ellos, a conocer a los hombres, a adaptarse en su manera de vivir y de ser, habrá pulido sus propias asperezas para no chocar demasiado con los otros, sabrá en adelante hacer una crítica y recibirla. El respeto por la persona de los demás, su tacto, su comprensión, habrán aumentado enormemente. La autoridad no parecerá la enemiga, sino la colaboradora necesaria de la cual es imposible prescindir para avanzar.

¡Claro que este método requiere maestros de gran personalidad! Si no los hay es preferible ceñirse a la vieja tradición que, por lo menos, da un camino, que empeñarse en buscar un atajo pero sin poder encontrarlo. Si el maestro no es "forjador de almas", es inútil cualquier sistema. Pero no hay dudas que maestros bien dotados aprovecharán mucho más sus cualidades con métodos aprobados por la experiencia, que les ahorrarán ensayos inútiles.

El programa de estudios y la formación social.

En una formación verdaderamente social todas las materias del programa deben ofrecer su aporte, de manera que la educación sea social por la organización escolar, por la disciplina de la clase y por el contenido de cada materia en la medida en que esto sea posible.

¿Cómo pueden contribuir las diferentes asignaturas a una formación social? Ensayemos de hacer algunas sugerencias.

La *Literatura* se presta mucho a dar al alumno una visión de las relaciones del hombre con sus semejantes, subrayando —cuando se ofrezca la ocasión— el alcance social de los pensamientos y situaciones que se analizan.

Para muchos profesores una obra no vale sino por su belleza estética: un libro está bien o mal escrito, no es moral ni inmoral. . . La vida moral es un argumento para el artista, pero la moralidad del arte consiste en el uso perfecto de un medio imperfecto.

Este principio es por demás falso y peligroso. Ciertamente que el punto de vista estético no se confunde con el punto de vista moral, y que una obra puede ser estéticamente bella aunque en el fondo sea inmoral, y que el alumno debe estar preparado para gustar la belleza dondequiera que ella se encuentre, sin que sus principios sean motivos para desconocer el valor literario de la obra que examina; todo esto es muy cierto, pero no nos autoriza a dar la formación literaria en obras de formas bellas, pero de fondo envenenado. Por

el contrario, usemos en la formación humanista las obras que encierran ideas y sentimientos verdaderamente nobles en una forma bella: y estas obras no faltan.

Es sin duda mucho más educativo dar a leer, de una manera habitual, libros que puedan ejercer una influencia positiva porque exaltan la lealtad, la amistad, la abenegación, el desinterés, que otras de carácter exclusivamente sentimental, o bien de pasajes épicos que, aunque no hagan un daño positivo, no dejan tampoco ninguna influencia en el alma.

¡Cuántos autores hay, cuyas obras exhalan como perfume una sana filosofía, animadora para el bien! Citaremos como ejemplo unos pensamientos de Amado Nervo:

"Yo te destino mi filosofía,
porque así la comprendas, niña mía,
con ella tus anhelos atemperes,
y contemplando en paz la lejanía
de tu seguro edén, ames y esperes.
Cada vez que te quejes de impotencia,
cada vez que resurja tu impaciencia
por no asir al ensueño, aún lejano,
yo te predico, amor, que la existencia
nunca a los buenos promete en vano.
Que los goces que ansías por ahora
secretan ya su miel embriagadora,
y a su tiempo han de abrir el rojo broche;
que el bien que no llegó para la aurora,
sin duda llegará para la noche."

(Elevación).

El mismo poeta es quien dice:

Ayuda con tus obras al intento divino
de mejorar el mundo; sé colaborador
de Dios, ve despejando de zarzas el camino
de su divino
amor.

No es de extrañar, pues, que la humanidad agradecida dedique a Nervo pensamientos como el que copiamos de Gabriela Mistral:

Amado Nervo, suave perfil, labio sonriente;
Amado Nervo, estrofa y corazón en paz...
De donde tú cantabas se me levantó el día
cien noches con tu verso yo he dormido en paz.
Aún era heroica y fuerte, porque aún te tenía;
sobre la confusión tu resplandor caía.
¡Y ahora tú callas, y tienes polvo, y no eres más!

Nunca se podrá insistir bastante en la influencia de las obras que se leen en esta edad, tanto para el bien como para el mal, y si una obra estética en su forma ha producido un daño moral, el resultado es la negación profunda de la belleza.

Una gran verdad escribió el autor de estas líneas:

"Le cœur de l'homme vierge est una vase profond,
Lorsque la première eau qu'on y verse est impure,
La mer y passerait sans laver la souillure,
Car l'abime est inmense et la tâche est au fond".

El profesor que analiza la belleza de una obra si lo hace únicamente en términos de la belleza literaria, se expone a disminuir en el alma de sus alumnos el sentimiento de su dependencia y de sus obligaciones con los demás hombres. Por tanto, que no se deje de analizar cuando sea oportuno —sin exageración— la situación humana de los personajes, su problema individual, familiar, social. Si se trata de los sentimientos de un obrero de vida penosa, que se figuren los alumnos cuáles serían sus sentimientos en situación parecida.

Que conozcan también el esfuerzo de los literatos para producir la obra que nos deleita. Léon Bloy tiene a este propósito pensamientos llenos de verdad y de un amargo sabor: ignoraban todos las privaciones sin cuento en medio de las cuales escribía sus libros, comiendo dos o tres veces por semana, sin tener cómo socorrer a sus pobres padres y en una ocasión sin tener los pocos francos necesarios para enterrar a su hijo, muerto de privaciones.

Los alumnos de literatura han de persuadirse de la repercusión social de todo lo que se escribe. El punto de vista estético no es el moral, pero en caso de conflicto, éste prevalece.

Que al estudiar la literatura la gusten por su belleza en sí misma, y también por ser instrumento poderoso y necesario para difundir el bien y la verdad en el mundo: la argumentación más cierta no penetrará en la masa si no sabe tocar sus fibras humanas por una presentación psicológicamente estética.

La Historia.—Utilizar la historia como medio de formación social puede alarmar a un historiador más

aún que a un literato al servirse de las bellas letras con una finalidad extraña a la asignatura misma. La historia, dicen algunos, ¿no es una ciencia con una finalidad bien precisa, constatar los hechos, analizarlos, señalar el vínculo que los une? Utilizar la historia con otra finalidad equivale a falsearla.

Pero este temor no es fundado si se entiende bien qué pretendemos al hablar de utilización de la historia. En primer lugar, en ninguna forma sería lícito falsificar los hechos, ni aún silenciar ciertos acontecimientos, disminuir ciertos personajes, o dejar en la sombra a aquellos cuya influencia ha sido nociva. Eso sería no hacer labor social, sino llanamente: ¡mentir!

Disminuir las dificultades reales de la vida, presentar caracteres ideales equivale a falsear definitivamente la conciencia de muchos alumnos y desconcertarlos al primer choque con la realidad. En la educación social, los medios mientras más honrados son más eficaces. Quede, pues, bien claro que utilizar la historia significa ante todo probidad histórica, actitud que el profesor deberá inculcar antes que nada por su ejemplo.

No deformar los hechos no significa no juzgarlos moralmente y el educador debe darse cuenta que todo lo que el alumno conoce deja en su alma un juicio de valor, que puede ser errado. Más aún: es un hecho psicológico que el niño al conocer una realidad histórica tiende espontáneamente a justificarla. Lo que existe por el solo hecho de existir, tiende a aparecer como moral. Lo que los hombres han hecho y repetido tantas veces durante siglos, debe ser correcto.

Esto nos muestra cuán necesaria sea la rectificación del maestro, mostrando las consecuencias de cada conducta, el error moral o la belleza que encierra. Una ciencia sin conciencia es la ruina del alma.

La subordinación de la actuación humana a la moral es la primera verdad que el profesor de historia ha de inculcar a sus alumnos cuando se presente la ocasión. Que conciban el ideal de una conducta coherente, firme, inteligente, en el uso de todos los medios: diplomacia, administración, la guerra misma cuando es necesaria y justa.

Gladstone dijo una frase que resume esta idea: "Es imposible que sea políticamente justo lo que moralmente es falso". Que con este criterio los alumnos lean y descifren la historia. El pragmatismo que juzga los acontecimientos por su utilidad está demasiado en el ambiente para que el maestro consciente pueda prescindir de él; su silencio ante las brutalidades históricas puede saber a aprobación —o al menos a indiferencia— y puede paralizar la recta formación de la conciencia juvenil.

Una vez puesta en claro, la supremacía del bien común sobre los intereses individuales o colectivos, estarán más preparados los alumnos para profundizar el valor del patriotismo y el sentido de la comunidad internacional. El patriotismo puede presentarse no como un sentimiento orgulloso, despreciativo de los demás pueblos, ni como una exaltación bullanguera, sino como el amor de la comunidad nacional, de su historia, de sus tradiciones, de la misión que a su Patria le corresponde desarrollar. Porque una Patria es más que

la lengua y el suelo: *una misión espiritual que cumplir.* El profesor con su experiencia mayor y su cultura más amplia ayudará al alumno a comprender cuál sea esta misión.

Pero la grandeza de la Patria no es un fin supremo que justifique todos los medios. Los Estados, como los individuos, tienen deberes recíprocos y ninguno puede prevalecerse de las cualidades de su raza, de una situación especial de poder para desalojar a los demás en provecho propio. La civilización ha de ser obra común de todos los pueblos en colaboración fraternal.

Una concepción auténtica del valor y del heroísmo, necesita la intervención del profesor, para ser esclarecida. El alumno está en la edad combativa por excelencia y se siente tentado a calificar de heroico únicamente al militar que muere en el combate o realiza una gesta bélica de trascendencia. El heroísmo del santo, el del misionero, el del hombre consagrado a la enseñanza o a las prácticas de beneficencia. es no menor aunque más oculto. Cada día hay ocasiones para poner frente al heroísmo bélico el heroísmo político.

Y aún conviene que el alumno llegue a apreciar el valor de una vida consagrada a modestas ocupaciones, a cumplir los deberes de un padre de familia, jefe de taller o modesto empleado u obrero, con indomable energía. La virtud es bien difícil y algunas veces el hombre siente la impresión de encontrarse solo en un mundo de mentiras; para dar testimonio de la verdad y realizar la fraternidad humana hay que ser héroe. Esta valoración más exacta de las virtudes cívicas, que no son necesariamente las guerreras, será un aporte precioso de

la clase de historia. Preciso es recordar en todo momento la consagrada expresión de José María Pemán: "No hay virtud más eminente que hacer sencillamente lo que tenemos que hacer".

La comprensión de la vida social del pasado necesita también una ayuda del profesor, el que contribuirá a descubrir los motivos que explican, sin justificarlos siempre, ciertas actitudes sociales que hoy nos parecen del todo deformes.

El profesor de historia ha de ayudar a comprender el ambiente espiritual de cada época, sobre todo de la nuestra; la situación de los obreros en el curso de las edades, los esfuerzos cristianos por su elevación: por ejemplo, el ambiente creado por las corporaciones en la Edad Media, la influencia social de San Francisco de Asís, de las encíclicas pontificias, de reformadores seglares como De Mun, Harmel, etc. Oportunas sugerencias sobre estos puntos permiten apreciar el valor social de la historia.

J. Dewey insiste mucho en la deformación que significa la historia corriente, antes que nada militar y diplomática, en la formación de la conciencia humana. No se ha valorado, como debiera, la influencia de todos los hombres que con su abnegación más escondida han contribuído en la industria, comercio, educación, medicina, labor social, apostolado religioso, a la elevación del género humano. Así sin falsear, al contrario, completando el cuadro puede la historia contribuir a desarrollar un sentido social más afinado.

Otras asignaturas.—Un profesor con profundo sentido social, fácilmente encontrará en su asignatura,

cualquiera que ella sea, la materia a propósito para hacer ver la vinculación de unos seres con otros, sus deberes recíprocos, la necesidad de mirar al bien común.

La filosofía, sobre todo la moral, pero no una simple física de las costumbres, se presta admirablemente para hacer ver los derechos fundamentales de la persona humana: los constitutivos esenciales de la personalidad, aquello que la diferencia del simple individuo, esto es, su naturaleza espiritual y libre. Cada hombre, por más modesto que sea, merece y exige mi respeto; tiene una cualidad que fuera del hombre sólo Dios posee: la libertad, el poder de elegir.

El fundamento del derecho aparecerá en la naturaleza íntima de las cosas y no en el simple capricho humano; por lo tanto es obligatorio para todos: ricos y pobres, patrones y sirvientes. El obrero y el niño, tienen derechos que no pueden ser atropellados ni por el monarca. Cuando cumplen su deber son más dignos de estima que el hombre de ciencia que rechaza sus obligaciones. Los derechos todos de la persona humana: a vivir, a educarse, a llevarse una existencia digna, ofrecen el fundamento a la clase de sociología. Los derechos de la sociedad sobre cada uno de los ciudadanos y las obligaciones recíprocas de éstos a colaborar al bien común, por el sufragio, contribuciones, aporte de su persona, de su talento, en ciertos casos de la vida misma, si se presentan con firmeza no pueden menos que desterrar el individualismo —por lo menos— de la inteligencia.

La psicología racional además de confirmar las conclusiones espiritualistas de nuestra fe dará un apoyo

firmísimo de orden intelectual para nuestra conducta desinteresada y generosa, ya que uno de los móviles más frecuentes para encerrarse en una actitud egoísta es el ambiente materialista que nos rodea.

La certeza del destino eterno de la vida humana, la satisfacción de la felicidad total a que aspiramos fortalecen el desinterés y la abnegación social. Aún cursos, aparentemente desprovistos de toda posibilidad de orientación social, ofrecen un campo de aplicaciones bien reales, siempre que el maestro tenga esta preocupación anclada en su espíritu. La geología y la geografía humana mostrarán al alumno la dependencia del hombre respecto a su medio físico y los esfuerzos que ha debido hacer para alcanzar el progreso y la civilización que hoy disfrutamos. Cada hombre, por tanto, es solidario de los demás; tiene deudas no pagadas por cada uno de los beneficios de la civilización de que él disfruta. La mejor manera de cumplir esa obligación es su colaboración en beneficio de los demás en la forma más generosa que le sea posible.

Sully Prudhomme, finge en "El Sueño" una pesadilla a propósito, para comprender esta interdependencia humana:

"El labriego me ha dicho en sueños: Haz tu pan,
Ya no te nutro; rotura el suelo y siembra.
El tejedor me ha dicho: Hazte tus ropas tú mismo.
Y el albañil: Empuja tú mismo la llana.
Y solo, abandonado de todo el género humano,
Del que arrastraba por doquier el implacable anatema,

Cuando imploré del cielo una piedad suprema,
Conocí mi felicidad y la del siglo en que vivimos.
. . . .
Abrí los ojos, dudando de la realidad del alba;
Esforzados compañeros silbaban en sus escalas;
Los telares zumbaban y germinaba la campiña.
Comprendí mi error y ví que en este siglo
Nadie puede jactarse de prescindir de los hombres,
Y desde entonces los amo a todos."

Incluso las lecciones de canto, pueden hacer conscientes a los alumnos de sus deberes sociales. Los cantos corales por la disciplina que imponen, constituyen una verdadera educación social. Si se trata del canto gregoriano, el joven aprenderá a fundir su plegaria en la del coro impersonal que alaba y suplica a media voz. Comprenderá fácilmente después de esta experiencia que Dios no hace acepción de personas.

Foerster cita el caso de Damrosch, formidable maestro de canto que formó en los Estados Unidos coros populares que reunían a millares de obreros, a los que electrizaba por su manera de instruirlos en la técnica del canto y en sus aplicaciones morales.

Los exhortaba a unos a moderar su voz para valorar las de sus compañeros, y siempre haciéndoles entender la necesidad de armonizar la acción individual con la del conjunto. Así el canto coral resulta una actividad eminentemente social que supone una gran delicadeza de sentimientos sociales y una capacidad de acción coordinadora. Los cantos a dos voces suponen colaboración especial, el apoyo que las voces inseguras requie-

ren de las que están más definidas, son otros símbolos y refuerzos de sentimientos sociales, como la amistad, la camaradería, el espíritu de comunidad.

Estos ejemplos tomados de aquí y de allá, servirán para hacer ver al maestro cómo la educación puede inspirarse en un sentido social profundo, con tal que él recuerde la máxima de San Agustín: "Omnia innuunt, sed intelligentem requirunt".

Todo está lleno de simbolismo, pero reclama un ser comprensivo que les arranque su secreto.

XIV

ESPIRITU DE INICIATIVA Y SENTIDO SOCIAL

DISCIPLINA y libertad, respeto y confianza, iniciativa y obediencia son términos a primera vista antagónicos y que, sin embargo, una pedagogía social no debe oponer, sino por el contrario combinar.

En la llamada "educación inglesa", se llega a entregar en forma más o menos completa el gobierno del colegio en manos de los alumnos. Hemos conocido también colegios así en Alemania, como la Odenwaldschule; en Francia, como la Ecole des Roches; en Bélgica el Colegio Cardenal Mercier, y en Portugal, el Cole-

gio de Curía, dirigido por los Jesuítas Españoles (1).

La idea de asociar a los alumnos en una cierta medida al ejercicio de la autoridad debe ser mirado como un principio de formación social que hace desaparecer la idea individualista del alumno frente al maestro, para dar lugar a la concepción de solidaridad de los alumnos entre sí y con sus educadores.

La implantación de este sistema de colaboración de los alumnos en el gobierno del colegio ofrece serias dificultades, sobre todo, donde no hay tradición ni de parte de los maestros ni de parte de los alumnos. La exageración de este sistema lleva lisa y llanamente a la anarquía, como ocurrió con las famosas escuelas libres de Hamburgo que fueron un exponente del desorden constituído en sistema y la antesala de la cárcel, como nos lo decía el último director de dichas escuelas.

Antes de pretender realizar estas ideas hay que estudiar bien el terreno en que se han de aplicar, los medios de que se dispone, el ambiente general del personal docente y la colaboración que prestarán al nuevo sistema, el grado de autoridad de que gocen ante sus alum-

---

(1) Si se quiere una idea más completa sobre el particular pueden consultarse:

"School of to morrow", de John Dewey.

"La Escuela y el Carácter", de Foerster. Ed. Difusión Arg.

"La Escuela Nueva". de Filho. Ed. Labor.

"Comment former des chefs", de G. Berthier. Editado por Delachaux et Nestle.

nos, la tradición disciplinar de éstos. En todo caso, la implantación ha de hacerse *muy gradualmente,* dando responsabilidades a los alumnos y viendo cómo las desempeñan.

Como muestra de algunas de las actividades que se les han confiado anotamos las siguientes, tomadas de un informe de las escuelas de Viena. En 20 establecimientos se confió a los alumnos la administración de las bibliotecas; en 28 la organización de los actos escolares; en 32 organizaron cursos, conferencias y equipos de trabajo común; en 11 tomaron la formación de orquestas; en 15, las representaciones teatrales, encargándose los mismos alumnos inclusive de los decorados; en 11 colegios organizaron las excursiones escolares; en otras 11 escuelas, corrieron con los deportes, y en 12 establecimientos organizaron cursos gratuitos suplementarios para alumnos retardados.

En la Ecole des Roches, primer ensayo francés de la aplicación de los "métodos ingleses", el señor Berthier afirma: "que el grupo de los mayores es la más sólida garantía del orden". Llega un momento en que la parte material y el trabajo del colegio está controlado por los capitanes, elegidos por los alumnos con la aprobación de la Dirección del establecimiento. Un capitán general, dirige a todos los capitanes, coordina todas las iniciativas de los alumnos, prepara los futuros jefes y se esfuerza por ser el vínculo constante de unión entre los alumnos, los maestros y la Dirección. El cuidado del estudio, del dormitorio, de los juegos, hasta de la salud de sus compañeros está bajo la responsabilidad de uno de los capitanes.

Así aprenden éstos a organizar, a dirigir, a prever. Así aprenden, también, a conocer a los hombres, a sostenerlos en sus debilidades, a esforzarlos. El carácter del capitán se afirma a medida que se presentan los problemas y se ve obligado a buscarles solución.

En un colegio así organizado no hay posibilidades de conflicto entre maestros y alumnos, porque no hay dos fuerzas antagónicas. Toda la autoridad está orientada hacia un mismo fin comprendido por profesores y alumnos: el bien común.

Colaborador, no menos del profesor que de los alumnos, el capitán aprende a mandar y a obedecer. No puede tener éxito, sino uniendo en justa proporción la equidad y la bondad. Una cosa le está prohibida: convertirse en policía. Su influencia la ha de emplear, persuadiendo amistosamente a sus compañeros.

Este es el ideal del sistema. ¿Y la práctica? Dependerá, sin duda, de las influencias que arriba señalamos y de la discreción que se haya tenido para introducir el método. En todo caso podemos afirmar que han dado muy buenos resultados en nuestros colegios chilenos el confiar a los alumnos las responsabilidades de la organización de las obras de caridad: apostolados de Acción Católica, de catecismos, de las Conferencias de San Vicente de Paul, de Congregaciones Marianas, de ligas deportivas, atención de pequeños almacenes, librerías, etc. En todos estos casos no ha habido niñerías que deplorar y, por el contrario, se ha visto aparecer personalidades destacadas que de otra manera tal vez nunca se habrían revelado.

La mayor parte de los juegos tienen un elemento de formación social, por cuanto al jugar se observan determinadas reglas que todos deben cumplir como en la vida real.

Los juegos organizados, especialmente los deportes, ofrecen mayores posibilidades y son, por otra parte, los que prefieren los alumnos. Los adolescentes no aceptan un juego desorganizado, ya que su mentalidad participa de la seriedad del adulto y del espíritu lúcido del niño: por eso sus juegos son bastante serios.

El foot-ball es un juego en realidad educativo. Cada jugador ha de renunciarse por amor a su equipo; por más frío que haga ha de estarse donde se le ha situado, dejando correr a quien le corresponde. Cada uno, como después lo hará en una organización para ganarse su vida, tiene que cumplir su cometido en la mejor forma posible, con inteligencia y no en forma maquinal. Los jugadores deben saber contenerse ante las faltas involuntarias de sus compañeros, refrenando sus deseos de recriminarlos. Esto los prepara a comprender los desfallecimientos de los demás en la vida cotidiana. Mientras dura el juego nadie puede distraerse un instante, porque sus faltas las expiará todo el equipo; el acierto de uno debe ser explotado por el otro, y el que se reconoce más débil, debe dejar su sitio al que podrá sacar mejor partido de la situación: preciosas lecciones de solidaridad.

La formación de orquestas y coros y las representaciones teatrales, tienen un valor de educación social

bien efectivo, por la coordinación de fuerzas que supone la producción de un todo armónico.

Los trabajos domésticos son elementos preciosos para apreciar el esfuerzo humano, para comprender en forma intuitiva el sacrificio de los demás, y al propio tiempo echan por tierra el prejuicio del carácter humillante de los trabajos domésticos. No hay trabajo indigno de un hombre y esto lo aprenden prácticamente quienes desde temprano se gastan en ellos.

Actividades extra escolares.

La vida moderna tiene más peligros para la juventud, pero también ofrece medios más ricos para su formación. Los niños y jóvenes de ahora tienen más libertades que los de hace cuarenta años, pero también tienen a su alcance ocupaciones interesantísimas en que actuar su libertad. Entre éstas hay algunas que señalamos especialmente por su valor social.

El Scoutismo.—El movimiento scout con su ley, sus tradiciones de honor, el ejercicio de la responsabilidad que cultiva entre sus miembros, tiene un valor altamente social.

Enseña al muchacho a obedecer al que tiene autoridad, porque la tiene, aunque sea su compañero. Es una escuela de jefes, por cuanto confiere responsabilidad a muchachos jovencitos que saben que el progreso de su movimiento depende de ellos.

"Servir", "Siempre listo", preciosas máximas scoutivas de un profundo sentido social. La buena acción cotidiana desarrolla el hábito de la abnegación y a ve-

ces estas buenas acciones significan sacrificios reales hechos por servir desinteresadamente a los demás. En una localidad los scouts arreglan los caminos de los suburbios que estaban intransitables y lo hacen en beneficio de los pobres obreros que debían atravesarlos diariamente; en casos de incendio, accidentes, allí se los encuentra dispuestos a servir. Nos extrañaría ver con cuánta seriedad toman los scouts su máxima de servir, su propósito de la buena acción cotidiana: han puesto su honor en esta conducta y la realizan.

Los trabajos domésticos preparan al scout a ser un colaborador de sus padres en la vida del hogar. La austeridad de la vida del campamento lo acerca un poco siquiera al pobre que carece de comodidades, cuyas privaciones sufridas —no por deporte— sino por imposibilidad de tener otra vida, él comienza a sospechar y a comprender.

SERVICIOS SOCIALES.

La educación para ser realista ha de ir siguiendo paso a paso los acontecimientos de la vida real y enseñando a los alumnos a verlos, a juzgarlos y a actuar según lo pidan las circunstancias.

Con frecuencia ocurrirán circunstancias a propósito para hacer caer en la cuenta a los alumnos de la vida real que llevan sus conciudadanos y de los dolores de los hombres de más allá de las fronteras. Así se irá formando un sentido de solidaridad con sus conciudadanos y una amistad internacional hacia todos los que forman la gran familia humana. Estos sentimientos

deben desarrollarse en el alma del niño desde muy temprano, antes que ninguna amargura profunda haya cerrado su corazón.

Esta caridad puede fomentarse aún más con ocasión de algún accidente doloroso ocurrido en un país vecino, una colecta, un sacrificio, aunque sea un mensaje fraternal con ocasión de recordar el "Amaos los unos a los otros" base de toda comprensión. El desarrollo del espíritu misional, de que pronto hablaremos, es otro medio poderoso de hacer comprender esta solidaridad humana.

La correspondencia interescolar sirve para ensanchar el horizonte de los alumnos. Varios casos concretos conocemos, y hemos notado que quienes la practican son espíritus abiertos a las iniciativas sociales. Un alumno del Liceo de Arica mantiene correspondencia con un amigo desconocido del Liceo de Punta Arenas con el ánimo de vincularse los extremos del país; en igual forma puede darse esta correspondencia con jóvenes de otros países.

Las visitas organizadas a países vecinos, preparadas suficientemente y hechas no sólo con espíritu de divertirse, sino de ampliar sus conocimientos, son un medio de formación y de vinculación efectivas.

La Acción Católica ofrece excelentes oportunidades a sus miembros para estrechar amistades con jóvenes de otros países o provincias en sus congresos, provocándose un acercamiento profundo, una comprensión íntima y siendo ocasión de que se formen amistades, muchas de las cuales han de desafiar los años. En mayo de 1944 se celebró junto a Santiago, en la

Casa de Ejercicios Loyola (Marruecos) el Congreso Ibero Americano de Estudiantes Universitarios y de Pax Romana. Acudieron delegados de casi todos los países del continente: una semana duró el torneo; a los dos días ese centenar de muchachos estaba íntimamente unido por una franca amistad, fortalecida por el espíritu cristiano; las exposiciones de cada relator sobre la situación religiosa, social, universitaria de su país, tan semejante en muchos otros tópicos a la de otros países americanos hacía aparecer muy clara la conclusión de unirse para realizar con mayor eficacia el programa común.

La colaboración de todos los maestros.

La formación social encierra un problema de orden moral: la educación de la voluntad. No hay formación social profunda si no se llega a obtener una virtud como connatural, de modo que las ocasiones hagan brotar del fondo de la conciencia un movimiento generoso y casi irresistible hacia el bien social.

La formación profunda de la voluntad no puede ser la obra de un maestro; es la obra de todos los educadores unidos en un mismo ideal y en una colaboración constante. Sería antipedagógico el separar a los maestros en dos grupos: los que forman el corazón y los que forman el cerebro. Que los educadores se persuadan que son solidarios los unos de los otros, que sus esfuerzos deben ir unidos, y que comiencen por ofrecer a sus alumnos el espectáculo de la colaboración. No se olvi-

den también de recurrir en la forma más amplia posible a la colaboración de la familia.

Estos ejemplos de verdadera colaboración de los profesores entre sí y de los profesores con los alumnos, tendrán un peso infinitamente más eficaz que todas las nociones teóricas de sociología y de moral.

No olviden los maestros que la enseñanza social para producir frutos verdaderos debe ir ligada al ejercicio cotidiano de las virtudes que hemos recomendado. Esas nociones a primera vista insignificantes: la puntualidad, cerrar las puertas, subir despacio las escalas, no perturbar el sueño de los otros, apagar las luces, tienen una importancia de vida que nunca se podrá exagerar bastante.

De parte de los profesores se requiere también un conocimiento realista de los problemas sociales. Ellos están llamados a corregir el egoísmo y un buen remedio será hacer caer en la cuenta continuamente a los alumnos de su campo de acción en cada uno de los problemas de su época. Que su reacción frente a los grandes dolores humanos no sea simplemente la de la curiosidad satisfecha, sino un espuelazo a la acción fraternal. Para poder actuar así el maestro debe comenzar por conocer y sentir estas realidades con un conocimiento real, no puramente libresco.

EL 8 DE SEPTIEMBRE
DE MIL NOVECIENTOS
CUARENTA Y SIETE
DIERON TERMINO A
LA IMPRESION DE
ESTE LIBRO LOS
TALLERES DE LA
IMPRENTA CHILE
EN LA CIUDAD DE
S A N T I A G O

LAUS DEO



EDITORIAL DIFUSION S. A.
Santo Domingo 1114 -:- Santiago
PRINTED IN CHILE